

A hand wearing a grey, textured knit glove holds a lit sparkler. The sparkler is bright yellow and orange, with many sparks flying out. The background is a dark, moody blue with some blurred light spots.

PARTE 2

*Te doy
mi amor*

SILVIA CRUZ

Te doy mi amor

Silvia Cruz

Una niña triste en el espejo me mira prudente y no quiere hablar
Hay un monstruo gris en la cocina que lo rompe todo
que no para de gritar

Tengo una mano en el cuello, que con sutileza me impide respirar
Una venda me tapa los ojos, puedo oler el miedo y se acerca...

Rozalén (*“La puerta violeta”*)

*“Hay para mí más peligro en tus ojos
que en afrontar veinte espadas desnudas”*

Romeo y Julieta (William Shakespeare)

TRISTAN

La vida se ha convertido en un infierno para mí desde que me fui de Madrid. Mi somnifobia ha vuelto a empeorar y mi terapeuta, John, ha decidido dejar de recetarme los ansiolíticos porque dice que estoy abusando de ellos y que es peligroso. Es él quien viene a mi casa para suministrarme una gragea cuando no puedo soportar la ansiedad, aunque, según él, puedo intentar dejar atrás mi dependencia de las pastillas, pues ya lo hice cuando estaba en España.

Eso fue distinto. Tenía un juego en mis manos que me permitía soñar con ser alguien normal. Y más que normal, me sentí un superhéroe con ella.

Pero ahora estoy tan desesperado por dormir, aunque sea una maldita noche un mínimo de cinco horas, que no sé qué hacer.

Mañana comienzo la promoción del estreno de la serie que rodé en Madrid, “Luna de cristal”, y no dejo de pensar en ella, no dejo de pensar en Luna.

En realidad, no he dejado de hacerlo ni un instante durante estas seis semanas y tres días que llevo sin verla ni saber qué habrá sido de ella. El único vínculo que me he permitido tener con Luna ha sido la abogada que he contratado para que lleve su caso, contra Juan. Le prometí que no la dejaría sola en esto y pienso cumplir mi promesa. Espero que ella también cumpla la suya de encarar a ese malnacido para que cumpla su jodida condena.

Luna...

Qué difícil se me está haciendo esto. ¿Cómo puede alguien colarse tan dentro de ti en sólo unos días? ¿Y cómo puede ser que no la haya conseguido olvidar ni un poquito con todos los días que llevo sin verla ni sentirla? Al contrario, creo que cada día la extraño más.

Especialmente por las noches. Porque durante el día me la paso trabajando tanto en la promoción de la serie como en las clases de canto que estoy dando para la próxima película, que todavía no se sabe ni quién será mi compañera de rodaje y de cartel. Pero las noches son un martirio.

Ahora mismo, esta maldita noche de verano, me metería en mi cama con ella, la saborearía de arriba abajo y me entregaría en cuerpo y alma en una noche salvaje de sexo con la mujer de mis sueños.

Pero no puedo ni meterme en la cama. La soledad me está matando por

dentro y, sin embargo, siempre me he sentido cómodo en soledad. Pienso en todos y cada uno de los momentos que compartí con Luna sentado en un sillón, mirando mi cama con recelo, con un vaso lleno de whiskey en la mano y suspiro al mirar el cuadro de cupido herido sobre mi cama.

Luna me ha corroborado lo que yo ya sabía. Que el amor duele. Pero ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado un dolor tan inmenso. ¿Qué estará haciendo? ¿Pensará en mí? ¿Estará dándole su maravilloso cuerpo a otro? ¡Maldita sea, por qué cambié mi número! ¡Por qué no guardé el suyo! Quiero oír su voz, aunque sólo sea eso, una maldita vez más.

Es mi cuarto vaso de whiskey y, a pesar de que el alcohol me pone más triste, por lo menos me ayuda a dormir.

Cansado de pensar en Luna me levanto y me fumo un cigarrillo en la ventana de mi cuarto. Y me doy cuenta de que todo esfuerzo de intentar dejar de pensar en ella es inútil. Si sólo con mirar al cielo veo una inmensa Luna que brilla como siempre.

¡Joder! ¡Esta noche estoy melancólico de más! Siento una humedad desconocida en mis ojos y eso hace que me cabree más conmigo. ¡Yo no he llorado en mi puta vida! Y estoy a punto de hacerlo... por ella.

—¡Soy un maldito! —Grito y reviento mi vaso medio vacío contra el suelo. —Joder, Luna. —Me tiro de los pelos desesperado por dejar de una vez de lado esta tristeza tan desgarradora.

Mi móvil suena de repente y la melodía de “Psycho” de Muse me alerta de que es John, el único amigo de verdad que tengo. Me acerco a la mesita de noche para coger el móvil, me siento en la cama y lanzo tres suspiros antes de contestar.

—Hola...

—Tristan, ¿qué tal estás hoy? —John está preocupado por mi estado. Me llama a diario para comprobar que no he hecho una tontería.

—Igual. Jodido. Muy jodido. —A él le puedo confesar la verdad.

—¿Estás solo? ¿No tienes ninguna acompañante hoy tampoco? ¿No está Nika contigo? —Cuánta pregunta estúpida.

—Como si se me pudiese empalmar con todo lo que he bebido. —Bufo. —Y lo de Nika ya se acabó. Sólo la he buscado un par de veces o tres porque me recordaba a tiempos mejores, pero ya no era lo mismo...

—¿Otra vez estás borracho, Tristan? ¡Joder! ¿No tienes bastante con los problemas que ya tienes? Nika no será lo mismo que Luna, pero al menos te mantenía distraído. Yo pensaba que te estabas deshaciendo de ese miedo tan

absurdo de repetir varias veces con la misma mujer.

—Sólo la he visto tres veces desde que volvió de Madrid, John. Aunque la prensa insista en afirmar que tenemos una relación, no es verdad. Y sí, tienes razón, ya no me da ya miedo repetir con una misma mujer. Siempre que me haga olvidar a esa tortura que tengo en la cabeza a todas horas.

—Esa tortura se llama amor, Tristan. Deberías intentar hablar con Luna. Tienes que admitir que estás peor sin ella que con ella. —En eso mi amigo tiene toda la razón. Suspiro y miro al techo.

—No querrá saber de mí...

—No lo has intentado siquiera.

—Se merece ser feliz de verdad. Tú y yo sabemos que aún no estoy listo para esto. La defraudaría, se me iría de las manos con mi escaso autocontrol sobre mis impulsos...

—¿Y si para ella ser feliz significa estar contigo? —Se me escapa una lágrima que borro rápidamente de mi cara al oír eso.

—La dejé tirada, John. Me fui y corté toda comunicación con ella. Ella no sabe que lo hice para protegerla y seguro que los rumores de que tengo algo con Nika la habrán hecho creer que me escapé de ella por otro motivo muy diferente. ¿Crees que después de todo querrá escuchar una película rocambolesca sobre fobias y asesinatos en familia? Lo que querrá será olvidar el daño que le hice. Y, francamente, no creo que pueda soportar hacerle un daño aún peor o una rotunda negativa de ella por su parte para volver a verme. Si me rechazara de esa manera sería mi fin. Y sé que lo merezco. Merezco esta mierda y mucho más. Pero me duele demasiado renunciar a ella.

—Tristan, te he dicho mil veces que tú no eres como tu padre. Os parecéis mucho físicamente, no te lo voy a negar, pero no...

—¡Soy su jodido calco, John! —Me tiro a la cama bocarriba.

—Tristan, somos dueños de nuestros actos. Somos libres de escoger quiénes queremos ser. ¿Quién quieres ser tú?

—Yo sólo quiero tenerla junto a mí.

—Suenas derrumbado Tristan. Ve, búscala, dile lo que sientes. Cuéntale lo que te pasa y déjala decidir por ella misma si quiere seguir a tu lado cuando lo hagas.

—Pensaré en ello. —Digo sin fuerzas para seguir pensando. Al fin el alcohol me está dejando adormilado.

—Está bien. Descansa. Inténtalo al menos. Prueba con la relajación.

—Eso haré. Adiós. —Cuelgo y me quedo un rato mirando al techo.

Puede que lo haga. Puede que la busque. Puede que trate de convencerla de que lo deje todo y se venga conmigo, con este amargado, tarado, inseguro, marcado psicológicamente y sobre todo muerto de amor por ella. Pero parece poco probable que yo sea capaz de hacer tal cosa.

Los ojos me pesan de tanto darle vueltas al coco...

“Papá ha llegado a casa, está enfadado. Me grita y me dice que mi mamá es mala, que lo quiere echar de casa y que quiere que otro hombre sea mi papá.

Yo no quiero otro papá. No quiero ningún papá. Los papás gritan, están casi siempre borrachos, insultan. Yo sólo quiero estar con mi mamá. Mi hermanita llora en su cuna y mi mamá también llora. Le dice a mi papá que se vaya y nos deje en paz. Yo también quiero que se vaya. Me tapo los oídos. No quiero oír más gritos. Pero mi papá pega a mi mamá y la tira al suelo del golpe, y ahora, soy yo quien grita.

—¡Mami! ¡Mami! —Me tiro sobre ella y lloro mientras miro a mi papá y no comprendo por qué hace esto. Mi mamá es buena. —¡No pegues a mamá!

—¡Quítate del medio! —Me grita papá y me empuja. Mi mamá se asusta al ver que me ha hecho daño y me he golpeado contra la pared. —No vas a dejarme por otro. Tú eres mía, ¿me oyes? Prefiero verte muerta que en los brazos de otro. —Mi papá está haciendo daño a mi mamá, le está apretando del cuello.

—¡Suéltala! ¡Suéltala! —Le grito hasta hacerme daño en la voz. No puedo separarlo de mi mamá. Es demasiado fuerte. —¡Deja a mamá!

Pero papá no hace caso.

De repente, mamá se queda dormida y papá la mira con miedo. ¿Qué pasa?

—¿Isabel? —Intenta despertarla. —Isabel... ¡oh, dios mío! ¡Qué he hecho...! —Papá se tira de los pelos, me mira con el horror en los ojos y se va. Por fin se ha ido.

—Mami, mami, ya se ha ido. Ya puedes despertar. ¡Mami! ¡Despierta mami! —Mi hermanita sigue llorando cada vez más fuerte. —¡Mami! ¡Despierta! ¡Papi ya no está!”

Abro los ojos de golpe y de un salto me incorporo en la cama. Mierda. Ese maldito sueño otra vez... Necesito más whiskey. Eso me mantiene sereno y aleja las crisis de ansiedad.

Así que antes de que desemboque en otra maldita crisis me dispongo a beber a morro directamente de la botella, cierro los ojos y continúo bebiendo

hasta que siento otra vez mis neuronas adormiladas.

Al cabo de un rato me vuelvo a quedar dormido por la borrachera. Vestido y todo. Y sueño con otra pesadilla, mi nueva pesadilla: Luna diciéndome que la deje en paz, que ella ya ha hecho su vida con otro que la ama de verdad y sin miedos.

Dos horas y media después me despierto sobresaltado y asqueado con mi puta realidad.

Esto no puede seguir así. ¿Cuánto tiempo más tengo que esperar para olvidarla?

¿Cómo hago para arrancarla de mí?

LUNA

—¿Luna? ¿Me oyes? —Me pregunta Ana y sacudo la cabeza para volver a la tierra.

Otra vez me he quedado pasmada mirando la silla en la que Tristan se solía sentar cuando venía a la cafetería. A veces hasta oigo su voz. Me estoy volviendo chalada.

—Sí, sí, café con leche y tostadas con... con...

—Café solo y tostadas con tomate y aceite. —Me aclara Ana con una ceja alzada.

—Sí, eso, para la mesa seis.

—La tres. —Se cruza de brazos.

—Entendido. —Me giro y me pongo a ello. Pero sé que Ana está mirándome fijamente a mi espalda.

—Necesitas un ligue nuevo. —Sus palabras chocan con mi espalda y rebotan para salir disparadas a algún lugar lejano a mí.

—No quiero más problemas ahora mismo. Sólo necesito que pase ya el juicio contra Juan y poder poner en orden mi vida. —Le digo sin mirar mientras preparo el café.

—También necesitas olvidar a Tris...

—¡No lo nombres! —Esta vez sí que me giro y le dedico una mirada llena de rabia. —¡No quiero oír su nombre! ¡Ya no está, no volverá y no tengo forma de verlo ni saber de él! ¡Así que te agradecería que me facilitaras la tarea de olvidarlo! —Le apunto con el dedo. Desde que Tristan se fue mi carácter se ha vuelto más duro como consecuencia de que he tomado la decisión de convertirme poco a poco en una persona segura de sí misma y menos temerosa.

—¿Acaso hace falta que lo nombre para que pienses en él a todas horas? —Me riñe mi amiga. —¡Siempre estás mirando a esa silla, o a la puerta, como si estuvieses esperando que apareciera en cualquier momento! —Aprieto la mandíbula y gruño. Ana tiene razón y me aborrezco por no ser capaz de ser más fuerte. Pero lo estoy intentando.

—Por eso estoy buscando otro trabajo. —Digo.

—¡Qué! ¡No, Luna! ¡No me vayas a dejar sola en esta mierda! —Señala el suelo. La miro y suspiro.

—Nunca te dejaré sola Ana. Tú eres mi familia, mi apoyo, lo único que de verdad tengo. —El labio de Ana comienza a temblar por la emoción. —Pero tengo que olvidarlo de una vez. Y tengo que solucionar el tema de Juan. Y no te preocupes, cuando todo esté en orden volveré a salir con hombres. Ahora mismo no estoy del todo presente y no tengo muchos ánimos. Toma, el café de la tres. —Le tiendo el vaso. —Ahora llevo yo las tostadas.

—Vale. —Ana me sonrío y se va con el café, gracias al cielo dando la conversación por finalizada, porque no puedo aguantar mi entereza todavía durante mucho tiempo cuando hablo de él.

Cinco minutos antes de las tres, la hora en la que salgo de trabajar, una mujer muy arreglada y con una apariencia muy formal entra en la cafetería y me sonrío como si me conociera. Yo, por más que la miro de arriba abajo, no tengo ni idea de quién es.

—Luna, ¿verdad? —Me tiende la mano y la estrecho con incertidumbre. ¿Quién es?

—Sí, dígame. —Digo mientras la estrecho.

—Soy Mónica Sanz, abogada. —Mierda. ¿Es la abogada de Juan? Porque mi abogado de oficio es un señor mayor que no tiene tanta pinta de pijo. —Me gustaría hablar un rato contigo, si no es inconveniente. Sales ya de trabajar, ¿verdad? —¿Cómo sabe mi turno?

—Sí, eh... deme unos minutos. Me cambio de ropa y salgo enseguida.

—Tranquila. Te esperaré ahí sentada. —Me señala una mesa de la cafetería.

—De acuerdo. ¿Quiere que le sirva algo?

—Un té negro con azúcar de caña, por favor. —Dice sonriente.

Es demasiado amable conmigo para ser la abogada de Juan. Le preparo el té, se lo sirvo y me dirijo al almacén de la cafetería para cambiarme de ropa, con una extraña sensación en el estómago.

Cuando salgo, tomo asiento frente a ella. Estoy hecha un flan.

—Dígame Señora Sanz, ¿en qué puedo ayudarla? —Le pregunto intentando no mostrar mi nerviosismo.

—¡Oh, llámame Mónica, por favor! Si vamos a trabajar juntas tenemos que hablarnos con cordialidad.

—¿Juntas? No entiendo... yo ya tengo mi abogado...

—Sí, lo sé. Ramón Benítez. Ya he hablado con él y le he dicho que yo me haré cargo del caso. —Me quedo a cuadros.

—Sigo sin entender...

—Luna, tranquila, soy de las mejores abogadas de Madrid. —Me coge de la mano y mi estado de shock se acrecienta con esa afirmación.

—¿Cómo?

—Mi cliente me ha pagado una importante suma para hacer que a Juan Ramírez Belmonte se le imponga la mayor de las condenas posibles. —Mis ojos se abren cada vez más.

—¿Su cliente? ¿Qué cliente? —Separo mi mano de la suya y me yergo en la silla.

Esto me suena muy raro. Esto me suena a... Tristan. ¿De veras no ha sido capaz de hablar conmigo ni siquiera para informarme de esto? ¿Tanta indiferencia siente por mí que no he merecido ni una conversación por su parte? Porque está claro que si es él el que está detrás de todo esto es únicamente porque se siente culpable. Seguro que debe imaginarse que yo ya sé que mantiene una relación amorosa con la tal Nika, ¡todo el mundo lo sabe! a pesar de que a mí siempre me insistió en que no podía llegar a más con ninguna mujer. Y yo, como una tonta, lo creí. Creí el papel que interpretó conmigo para simplemente llevarme a la cama y convertirme en su “nueva víctima”.

—No me está permitido revelar su identidad. Pero tú no te preocupes. No te costará nada a ti. Todo corre de parte de mi cliente.

—Lo siento, no puedo aceptarlo. —Me levanto y cojo mi mochila para irme cagando leches del medio de la intermediaria de Tristan Moore y su mala conciencia.

No quiero darle motivos para que piense que así arregla todo el vacío que dejó en mí. Ni tampoco quiero que se sienta bien consigo mismo. Lo que realmente querría sería volver a verlo alguna vez y ver en sus ojos que realmente no todo fue mentira.

Pero dudo mucho que nos volvamos a ver.

Él me dejó muy claro en su nota que cortaría toda relación conmigo y que hasta cambiaría de número para que yo no lo llamase, como sin duda lo habría hecho para suplicarle que no me dejara. Ahora ya no siento esas ganas de suplicar. Después de muchas noches de lágrimas, amargo llanto y hasta gritos de dolor por su pérdida, ahora lo que quiero es olvidarme de que esos maravillosos días existieron.

En una cosa tengo que darle la razón a Tristan Moore, el amor duele. Sin embargo, no voy a perder la esperanza de sentirme de verdad querida alguna vez. Como creí sentirme una vez por él.

—¡Luna! —La mujer me vuelve a sujetar de la mano para evitar que me

vaya. —No seas tonta. ¡Podemos pulverizarlo!

—Mira Mónica. No es nada personal contigo. Pero dile por favor a tu cliente, el Señor Moore, que no tiene que sentirse en deuda conmigo. Dile que yo ya le he olvidado y que mi nuevo novio no entendería que otro hombre me pagase un carísimo abogado. —Miento y sé que lo hago con la esperanza de hacerle daño. —Así que se lo agradezco mucho, y te lo agradezco a ti, pero no es necesario. Dile que puede seguir haciendo su vida con Nika y que le deseo lo mejor. —La mujer me mira anonadada, sin saber qué decir.

Eso me constata que es él quien está detrás de todo esto.

Me giro y me voy intentando mostrarme serena y segura de mí misma, aunque por dentro estoy hecha un puñado de nervios.

Decido volver a casa andando, a paso rápido. Al menos andar me hará descargar un poco de adrenalina y podré controlar un poco así el llanto, al menos hasta llegar a casa, el único sitio donde me permito llorar por Tristan Moore.

Toda esa fortaleza nueva que he decidido sacar me sirve momentáneamente, pero, al llegar a casa, me tiro sobre el sofá y me desmorono llorando de nuevo como cada día, en soledad. La canción de “Rupture” de Cranberries es mi única compañera, como todos los días. La escucho una y otra vez y vuelvo a recordar los bonitos momentos que viví con Tristan, que, aunque para él fueran parte de la ficción a la que está acostumbrado a vivir, para mí fueron muy reales y, los mejores días de toda mi vida.

La parte masoquista de mí me domina durante un momento y vuelvo a mirar en Instagram las fotos que algunos paparazzis colgaron nuestras. Aunque cada vez ocupan un lugar más distante en el tiempo, pero siguen ahí. Hay una en especial que es mi preferida. En ella Tristan me levanta en el aire mientras me besa acaloradamente bajo una lluvia incesante creada por el agua de un aspersor en el Retiro.

Se vuelve a humedecer mis ojos, aunque también sonrío al recordar ese día. Lo quiero tanto...

¿Podré olvidar alguna vez a Tristan Moore y volver a enamorarme de alguien que sienta que soy suficiente para él, tal y como soy?

No... no podré olvidarlo...

Nunca...

El agujero de mi pecho es demasiado grande y no puedo volver a llenarlo de nuevo de una manera tan bonita, mágica y esperanzadora como lo hice aquellos días, a su lado.

TRISTAN

Hoy he empezado clases de yoga y meditación en mi casa con una mujer que John me ha recomendado. Me siento muy ridículo haciendo todas estas posturas y el rollo ese de la respiración... pero si sirve para poder dejar mis angustias a un lado, me conformo con hacer el ridículo.

Sarah, la entrenadora de yoga, sí que se lo toma muy en serio y la verdad es que me tengo que esforzar mucho en no reírme cuando la veo tan metida en el papel. Yo nunca he sido una persona muy espiritual, que digamos.

La chica está como un tren y creo que a veces me pone ojitos y me toca de una manera especial cuando me ayuda a colocarme en la posición adecuada. Y, sin embargo, mi miembro viril no ha dado muestras de estar vivo en ningún momento. ¡Eso sí que es raro! Hasta la última vez que estuve con Nika tuve problemas de erección y a duras penas pude acabar la faena. ¡No tenía bastante con mis paranoias de siempre! ¡Ahora me va a costar también empalmarme! ¡Vamos, no me jodas!

Maldita Luna...

Después de la clase estoy empapado en sudor y hambriento. Algo que agradezco, porque me he alimentado muy mal últimamente y no me interesa perder masa muscular para la película que comenzaremos a rodar en unos meses en la que seré el protagonista al fin.

Sarah se va con una enorme sonrisa y quedamos en continuar el lunes siguiente con las clases. Voy a darle un margen de una semana a la clasesita ridícula a ver si me ayuda a relajarme y dormir.

Marcia, mi asistente, ha dejado un buen asado para comer y creo que hoy al fin voy a comérmelo todo y dejar de tirar comida.

Tengo que llamar a Mónica Sanz, la abogada que he contratado para Luna, pero voy a esperar a hablar con ella cuando haya terminado de comer. Porque estoy seguro que tener noticias de esa maldita mujer me hará perder el apetito y volver a ponerme nervioso.

Aunque, cuando estoy ya terminando mi plato, después de jugar con el móvil en la mano durante minutos, al final marco su número. Ya estará despierta. Hay mucha diferencia horaria con España, pero Mónica es madrugadora. Enseguida contesta.

—Hola Señor Moore. Iba a llamarle ahora mismo.

—¿Qué tal está Mónica? —El corazón me bombea en el acto al pensar que voy a tener noticias de Luna.

—Bien, Señor Moore. Aunque tengo que comunicarle un pequeño problema con Luna Sáez.

—¡Qué! ¡Qué pasa! —Me tenso y suelto la comida sobre el plato.

—No quiere que yo la represente, señor.

—¿Por qué? —Pregunto con pesar. —¿Le has dicho que eres una de las mejores? ¿Le has dicho que ella no tiene que pagar nada?

—Lo hice, Señor Moore. Pero ella... no quiso aceptar su ayuda. Dice que tiene nueva pareja y que no entendería que otro hombre le pagase un carísimo abogado. —Mi mundo se paraliza al oír eso. Todo deja de moverse. Mi corazón se para y mi respiración también.

—¿Está con otro? —Pregunto casi sin voz.

—Eso me dijo, señor.

—No... no es verdad... ¿la viste con otro? —Me levanto de la silla y comienzo a dar vueltas por toda mi casa, acariciándome el pelo, tratando de buscar la serenidad que me falta.

—No, es sólo lo que ella dijo. Me dijo que se preocupara usted de una tal Nika, que ella se encargaría de su propia vida, o algo así.

—Piensa que estoy con Nika... quizá por eso lo dijo. No puede ser verdad... no está con otro. —Divago en voz alta. —Escúchame Mónica. Ve allí y vuelve a insistirle. Dile que no acepto un no. Dile que, si no acepta mi ayuda, yo mismo iré a buscarla y a ponerla en su sitio. ¡No puede permitir que ese malnacido salga del juicio sin la mayor de las condenas posibles!

—Pero...

—¡Pero nada! ¡Te he pagado para hacer tu trabajo, maldita sea! ¡Te pagaré lo que haga falta! ¡Pero quiero que me asegures que ese bastardo se pudrirá en prisión! ¡Así que vuelve a buscar a Luna, convéncela, no me importa lo que tengas que inventar para hacerlo, pero hazlo! ¡Y llámame justo después para comunicarme su decisión, que espero por tu bien que sea positiva! Me da igual la hora que sea, tú llámame justo cuando hables con ella de nuevo.

—Pero...

No le doy opción a réplica y cuelgo. La ansiedad me está consumiendo por dentro y tengo que serenarme cómo sea. Llevo un infernal mes y medio repleto de ataques de ansiedad y pánico. Tengo que frenarlo y, he encontrado un motivo para hacerlo. Quiero recuperar a Luna.

No puedo imaginarla con otro. No. Ella me ama a mí. Me lo confesó. No puede ser que me haya olvidado ya. ¡No puedo permitir que esté con otro sin haberle dado una oportunidad a lo nuestro! Porque sé que ella es la única capaz de hacerme salir del pozo en el que me encuentro desde que murió mi madre. Porque sé que yo podría hacerla feliz. Sí. Ya la hice feliz una vez. Sonreía sin cesar a mi lado, se mostraba apasionada, alegre, viva. Sólo tengo que conseguir una cosa antes; controlar mi ansiedad y frenar los ataques.

No existe otro modo. Si de verdad quiero intentar la locura de recuperar a Luna e intentar forjar una relación con ella tengo que controlar esta mierda.

Así que empecemos por el ataque que está empezando a darme en este mismo momento.

Siéntate Tristan. Cierra los ojos. Concéntrate en tu respiración. Así. Eso es. Y piensa en algo positivo como... volver con ella.

Cuarenta minutos después estoy bastante tranquilo, para ser sincero. Y bastante sorprendido. Porque la noticia de que Luna está con otro casi me aniquila por dentro. ¡Esta mierda del yoga funciona! Es una buena noticia. Puede que siga sintiendo el dolor en el pecho de la pérdida de Luna, pero combinado con ese dolor, siento la esperanza de poder controlar mis mierdas y recuperarla.

Me ducho y me preparo para el viaje de hoy con una nueva esperanza en el pecho.

Es de noche y estoy en Nueva York. A punto de salir a plató. Jack Ford (el chico bueno de la serie “Luna de cristal”) Nika Carlin (mi compañera de set en la serie y la mujer que todos los medios me atribuyen como pareja actual) y yo vamos a hacer la entrevista promocional de la primera temporada de la serie que hemos rodado juntos entre Madrid y Los Ángeles, en el show nocturno de la cadena Fox de televisión. La entrevista será televisada esta misma noche en directo y colgada en internet al día siguiente.

Es la primera de varias entrevistas que la productora tiene contratadas en numerosos canales de televisión y demás medios de comunicación tanto estadounidenses como también en Inglaterra, por ser de habla inglesa.

Soy consciente del alcance mediático que estas entrevistas tienen y que, muy posiblemente, puedan ser un altavoz para comunicarme de alguna forma con Luna, si es que llega a verlas alguna vez. Aunque Joe, mi agente, me ha insistido una y otra vez que no haga declaraciones de posibles relaciones amorosas, porque dañarían mi imagen pública y mi caché, ya que el hecho de ser

soltero hace que el público femenino muestre más interés en mí. Especialmente ahora que voy a protagonizar al fin una película.

Nika, Jack y yo llevábamos cuatro semanas sin vernos, desde que terminó todo el rodaje, y tengo que admitir que hoy Nika se ve espectacular después de haber pasado por maquillaje. Pero, para mí, ella ya sólo es un obstáculo entre Luna y yo.

Así que, después de varias preguntas por parte del presentador sobre la sinopsis de la serie y otras dirigidas a mi compañero Jack sobre su vida en familia, abordo la pregunta sobre si hay algo entre Nika y yo como puedo.

—Nika es una de las actrices con más proyección de futuro que he conocido. —Contesto con una mirada cómplice hacia mi compañera de set. Ella aletea sus pestañas creyendo que estoy coqueteando. —Pero sólo somos amigos. No hay nada más, lo siento. —Nika asiente a mi declaración, pero no parece muy conforme.

—Pero, han salido fotos vuestras pasando alguna velada juntos fuera del rodaje. —Añade el presentador mientras muestra algunas instantáneas robadas de Nika y mías de una vez que coincidimos en un pub nocturno y acabé llevándomela a la cama. En las fotos aparecemos los dos muy acaramelados en mitad de la pista de baile. Mierda. Esto no va a ayudar a mi credibilidad.

—Somos buenos amigos. —Vuelvo a insistir. —Mi mente está puesta en otra cosa.

—¿Otra cosa u otra persona? —El presentador quiere más información sobre mi estado sentimental.

Está bien, lo entiendo. Pero no voy a airear mis sentimientos en televisión. Nunca he sido capaz de hablar de ellos con mis seres más cercanos, sólo con John. Así que este presentador no va a ser el primero.

De repente, en la enorme pantalla que hay tras el presentador, una preciosa foto de Luna en mis brazos hace aparición y me quedo mudo al verla. Joder... Luna...

—Este Tristan es todo un seductor. —Añade Nika y la miro mordiéndome la lengua para no mandarla a la mierda.

—¿Quién es esta preciosa joven, Tristan? —Me pregunta el presentador con curiosidad.

Miro al público del plató y recuerdo que Joe, mi agente y manager, me ha insistido en que no hable de mis sentimientos hacia ninguna mujer.

Lo sopeso bien. No quiero decir nada que me comprometa ante la opinión pública ni mucho menos a Luna, que tiene que afrontar un juicio en breve contra

su expareja. No quiero que la prensa la moleste a ella, ni que la asedie día y noche. No quiero que lo que siento por ella le perjudique en ese juicio. No quiero ser un obstáculo en su vida. Por muy enamorado que esté de ella. Ya buscaré la forma de ser yo mismo quien le haga saber lo que siento por ella.

—Es una persona que no pertenece a este mundo. —Digo simplemente. —Ni siquiera tengo contacto con ella. —No sé por qué me siento miserable al decir algo así.

Gracias al cielo, debido a la falta de tiempo, se zanja la conversación aquí y muestran un clip de la serie para promocionarla, ya que a eso es a lo que venimos. Pero no tienen otra cosa que hacer que mostrar una escena de cama entre Nika y yo de la serie.

El presentador nos despide tras mostrar el clip y da paso a la publicidad para despedirnos como es debido. Me quito el micrófono y me dirijo a mi camerino. Por el camino, miro mi móvil para ver si tengo noticias de Mónica, la abogada que he pagado para Luna. Pero nada.

—¿Te apetece salir un rato esta noche? —Me sorprende Nika a mi espalda cuando estoy abriendo la puerta de mi camerino. Me giro y la miro confundido. —Jack se ha apuntado.

—Eh, te agradezco la invitación, Nika. Voy a volver a Los Ángeles el domingo y mañana tengo cosas que hacer. Tengo cosas que resolver.

—Una lástima. Podríamos repetir lo de la última vez. —Dice con un tonito lastimero ridículo.

—Nika, déjalo estar. —Digo cansado y entro en mi camerino.

En la habitación de mi apartamento que tengo en Nueva York me tumbo en la cama y no dejo de mirar el móvil. Necesito una maldita señal que me diga que puedo ir planeando un acercamiento con Luna. Pero mi teléfono sigue mudo.

Pruebo con la relajación y trato de dormir algo. Cuando llegue la llamada me despertaré. Seguro.

LUNA

La mañana del viernes en la cafetería ha sido como siempre un trasiego. Pero agradezco estar tan ocupada para no pensar en él. Ha venido otra vez la abogada esa, Mónica Sanz, y me ha insistido en llevar mi caso contra Juan. He vuelto a declinar la oferta. A pesar de que Ana me ha gritado hasta la saciedad porque no está de acuerdo con mi decisión.

Aunque, cuando le he explicado mi motivo, mi amiga al fin ha comprendido mi situación. Tristan está con Nika y me ha hecho el corazón trizas. Si no estuviera con nadie al menos habría podido seguir creyendo que conmigo todo fue especial y mágico. Pero me ha mentido sólo para llevarme a la cama y me ha dejado aquí, con un tremendo agujero en el pecho y sintiéndome sola, vacía y sobre todo estafada. Así que no quiero contribuir a limpiar su sucia conciencia conmigo.

Si Tristan no es capaz al menos de hablar conmigo y decirme cuáles son sus verdaderos motivos para ayudarme es que no pueden ser buenos. Así que no quiero su ayuda. No quiero seguir pensando en él. No quiero sentirme tan vacía. Quiero continuar con mi vida.

Me ha costado derramar muchas lágrimas de sangre para liberarme de la prisión de Juan. No quiero ser prisionera ahora de un amor no correspondido y que ni siquiera está presente en mi vida. No quiero desperdiciar mi corazón con alguien que nunca más va a volver a mi lado. Con alguien a quien sólo pueda admirar desde la distancia de una pantalla de plasma. Aunque, ahora en casa, sola y vestida con su chándal que una vez me prestó cuando pasé la noche en su casa, escuchando de nuevo la canción de "Rupture" en bucle, lo único que deseo es que la vida alguna vez me vuelva a dar la oportunidad de volver a degustar sus besos.

Después de otra larga noche en la que duermo a ratos y lloro su ausencia a otros, el sábado me levanto un poco más determinada a olvidarlo.

Necesito salir de mi rutina y sobre todo necesito salir de las cuatro paredes de mi casa. De modo que salgo a correr un rato y a gastar energías. A lo mejor así esta noche no es tan mortífera.

Me obligo a almorzar y paso unas horas por la tarde leyendo. He elegido un thriller. Algo que se aleje del romanticismo. Aún no estoy preparada para eso.

Y también me obligo a dejar de escuchar una y otra vez esa maldita canción.

Por la tarde Ana me llama por teléfono y me anima ver su nombre en la pantalla del móvil que... me compró Tristan.

—¡Hola! —La saludo, entusiasmada por hablar con alguien.

—Hola mujer de las cavernas. ¿Te apetece salir un rato con tu mejor amiga esta noche?

—¿No has quedado con Brandom hoy? —Ana sí ha tenido suerte y su relación con ese cantante va viento en popa.

—No. Se ha vuelto a ir de gira con el grupo. Está en Alemania esta semana. —Dice con voz tristona. —Le he dicho que me llame el lunes, al trabajo. Te necesito de intérprete. —Pongo los ojos en blanco.

El inglés de Ana ha mejorado bastante gracias a la colaboración de Brandom, pero sigue siendo insuficiente para mantener una conversación telefónica con él, y siempre que Brandom está fuera, me usan de intérprete entre los dos. No me importa hacerlo por ella, pero siempre me pone melancólica escucharlos hablar de amor.

—¿Cuál es tu plan entonces?

—¿Quieres ir al Marilyn?

—La verdad es que sí. Necesito salir y dejar de pensar. —Además, ese es el único sitio al que de vez en cuando salgo a cantar un poco mis penas.

—¡Genial! Te veo allí a las diez.

—Allí nos vemos. —Digo animada. Aunque el Marilyn me recuerde también a Tristan porque allí le dediqué una canción de amor, en realidad, cualquier sitio me recuerda a él.

A las diez en punto estoy en la puerta del Marilyn arreglada y esperando a mi amiga. Mientras espero, una mujer que me resulta familiar entra en el bar y me mira de arriba abajo. ¿De qué me suena?

—¡Hey! —Me sorprende Ana. —Ya estoy aquí. Vamos dentro. — Entramos y pedimos una cerveza cada una. Después nos sentamos en una mesa mientras escuchamos de fondo la actuación improvisada de una chica que canta “Amiga mía” de Alejandro Sanz. —Dime. ¿Lo has visto ya? —Me pregunta mi amiga cuando ya estamos acomodadas y yo me quedo extrañada.

—¿El qué?

—¡La entrevista que hizo ayer Tristan! ¡¿Qué va a ser?! —El corazón se me para.

—¿Hizo una entrevista?

—¿Pero tú en qué mundo vives? Hizo una entrevista con la víbora esa de

su compañera. —Se me hace un nudo en el estómago.

—Ya sabes que no soy muy asidua a las redes sociales... ¿Qué dijo? ¿Han confirmado ya el romance?

—¡No puede ser que no lo hayas visto! ¡Tienes que verlo con tus propios ojos, Luna!

—No sé si me atrevo... —Me bebo la mitad de mi pinta de un trago. Ana me mira como si no se creyese lo que digo. Para mí tiene mucho sentido. Verlo de nuevo me hace daño. Y si lo que tengo que escuchar es negativo todavía más. Aunque bien sé que cuando esté sola en casa lo miraré sin poder evitarlo. —Ahora mismo quiero pensar en otra cosa. —Sonríó a mi amiga. —Dime, ¿cómo te va con Brandom? Parece que todo va genial entre los dos, ¿no es así?

—¡Sí! Estoy tan emocionada... lo único malo es que todavía no lo entiendo del todo bien. Sólo me entero de lo que quiere claramente cuando me dice “Fuck”. —Ana y yo soltamos una carcajada ante su comentario. Me viene bien estar con ella. Hace que ría y es la única que lo consigue de verdad desde que Tristan se fue.

En ese momento, la mujer que vi en la calle y que creo conocer de algo comienza a hablar en inglés con alguien en voz muy alta, hace que me llame la atención en el bar y vuelve a mirarme. Me dedica la misma cara de extrañeza que yo le dedico a ella. Tiene el pelo negro y muy corto. Unos ojos muy azules y muy maquillados. Es muy guapa.

—¿La conoces? —Me pregunta Ana.

—Eso creo, pero no sé de qué.

—A mí también me suena. Puede que sea una cliente de la cafetería.

—Tiene un aspecto muy pijo para venir a la cafetería, Ana.

—¿Luna? —Una voz masculina me sorprende a mi espalda. Al girarme veo al pianista del bar. —Eres Luna, ¿verdad?

—Sí, sí, soy yo. —Digo extrañada de que conozca mi nombre. Aunque será porque he venido alguna vez a cantar desde que Tristan se fue.

—¿Te importaría acompañarme en una canción? Recuerdo haberte escuchado varias veces cantar aquí y lo haces muy bien. —Me quedo boquiabierta.

—¡Sí, sí! —Me anima Ana.

—Ehhhh, vale. —Me levanto con paso tembloroso y acompaño al pianista hacia el escenario.

—¿Qué quieres cantar? —Me pregunta al tomar asiento junto al piano. ¿Qué me gustaría cantar? Si él estuviera aquí...

—Noventa minutos, de India Martínez. —Le pido. Noventa minutos no puede durar el amor... representa exactamente lo que viví con él.

Todo tenía una fecha de caducidad demasiado corta. Quizá si me hubiera dado un poco más de tiempo podría haberle demostrado que puedo ser suficiente motivo para él.

Me acerco al micrófono y cierro los ojos para imaginarme que le canto esta canción a él.

De pronto, el bullicio del bar cesa y me permite concentrarme más en el mensaje que quiero darle.

No puedo evitar que alguna lágrima se me escape. Tristan ha sido el gran amor de mi vida. La única persona que me ha hecho de verdad feliz. Y, aunque fuera una mentira todo, amé y sigo amando su mentira. Lo echo tanto de menos que no sé si alguna vez podré olvidarlo de verdad. Siento la necesidad de perdonarlo, pero entonces todo dolería más, porque yo sería la única persona a la que tendría que culpar de haberlo perdido a él.

Cuando termino mi canción vuelvo a ser consciente de dónde estoy, al escuchar los aplausos. Me levanto tímidamente, doy las gracias y vuelvo rápidamente a la mesa donde Ana me espera.

—¡Guau! ¡Ha sido increíble! —Grita Ana entusiasmada. —Seguro que has pensado en Tristan...

—Ha sido como si se la cantara a él. —Admito.

—Hola. —Me giro y veo a la enigmática mujer de antes junto a mí. —Eso que acabas de hacer ha sido increíble.

—Hola, ¿te conozco?

—Me llamo Milagros. No he tenido el placer de hablar nunca contigo, pero te he visto venir algún sábado de estas últimas semanas por aquí. —Ana me mira sorprendida y después mira a la tal Milagros. Sí, he venido aquí sola, a cantar cuando la soledad me ha podido. —Tienes una voz maravillosa. Me gustaría verte en una audición, si lo ves bien. —Ana y yo nos miramos sorprendidas.

—¿En una audición? ¿Para qué?

—Es verdad, perdona. —Milagros se ríe. —No me he presentado del todo. Trabajo para una empresa cazatalentos. Soy manager. Sería sólo para abrirte una ficha profesional y, si saliese algún trabajo interesante, te lo haría saber por si estás interesada. Pero necesito material decente que presentar a las productoras. —La miro petrificada. ¿Cazatalentos? ¿Yo serviría para el mundo del espectáculo? Lo dudo mucho... —Así que, si lo ves bien, acordemos una cita en

la sala de actos de la empresa en la que trabajo, así podremos grabarte apropiadamente y, con un poco de suerte, encontrarte algo digno de una voz y un aspecto como el tuyo. Toma, esta es mi tarjeta. —Me tiende una pequeña cartulina con su nombre en él, Milagros Escribano.

—¡Genial! ¡Claro que irá! —Grita Ana. Yo la miro perpleja. No entiendo lo que está sucediendo. —Luna, dale tu número, ¡vamos! —Miro a Milagros que me sonrío.

—Ehhh, sí. —Se lo dicto y lo anota.

—Luna, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Bien Luna, nos vemos pronto. Te llamaré durante la semana que viene para decirte qué huecos tengo para la audición. —Milagros me tiende la mano de forma muy profesional y se la estrecho todavía en shock. Después se despide y se va.

—¡Madre mía! —Vuelve a gritar Ana cuando volvemos a estar sola. —¿Te imaginas? ¡Vas a ser una estrella! ¡Como...

—¡No lo digas! —Corto a mi amiga. —No voy a volver a cometer el error de anticipar mi futuro.

Sin embargo, la irrupción de Milagros en mi vida ha vuelto a hacer que mi cabeza trabaje por sí sola y se imagine un futuro para mí mejor del actual.

Y, quizá... volver a ver a Tristan algún día, pero al fin hacerlo de igual a igual.

Esa idea cabalga por mi cerebro sin permiso, pero se ha instalado ahí, y vuelvo a soñar con volver a tener a Tristan Moore de frente, ojalá más pronto que tarde.

Y esa idea ha conseguido despertar mi ilusión de nuevo.

Si existe la posibilidad de volver a encontrarme con Tristan Moore de frente, no quiero que se encuentre a un alma solitaria y triste, compadeciéndose de sí misma.

Así que acepto de buena gana la proposición de Ana de salir a bailar esa noche y lo damos todo.

Incluso me tomo alguna copa que me sientan extrañamente bien y acabo dándolo todo en la pista de baile con mi amiga.

Creo que hay esperanza para mí. Mientras hay vida hay esperanza. Siempre la hay. Debe haberla.

Si no, ¿qué sentido tiene todo?

TRISTAN

—¡Joder Mónica! ¡Te dije que la convencieras! ¡Te dije que tú tienes que hacerte cargo de la acusación! —Le grito al teléfono desde mi habitación en mi piso de Nueva York.

—Lo sé, Señor Moore, pero Luna se niega en rotundo a que usted se haga cargo de los gastos de su defensa. No tuve forma de convencerla.

—¿Pero por qué no? ¿Tanto me odia? ¡Maldita sea! —Pateo una figura de madera que tengo en la habitación.

—Dice que usted ya tiene pareja y que debe preocuparse de su pareja, no de ella.

—¿Qué maldita pareja?! ¡Ufff, qué terca es esta mujer! Bueno, déjame a mí. Yo me encargaré de convencerla de otra forma. Pero no voy a permitir que ese jodido cabrón salga de ese juicio con una pena inferior a lo que se merece. —Cuelgo y vuelvo a golpear una silla que me encuentro en el camino. —¡Eres un maldito grano en el culo, Lunita! —Grito lleno de rabia. —¡Pero esto no quedará así! ¡Ni de coña!

Cuando siento que la ansiedad está a punto de colapsarme los pulmones decido hacer uso de la meditación de nuevo. Si me funcionó ayer tiene que hacerlo hoy también.

Aunque anoche volví a dormir horrorosamente mal, y ahora mis sueños sólo son con ella dejándome, olvidándome. ¡Qué ironía! Toda una vida huyendo del amor y llega ella y me vuelve todo del revés.

Como la meditación no consigue calmarme todo lo que necesito acabo llamando a John, desesperado.

—¿Tristan? ¿Estás bien? —Me contesta John enseguida.

—¡No! ¡Luna me odia! ¡Está con otro! ¡Y ni siquiera acepta mi ayuda con lo de la abogada! ¡Me duele el pecho y no puedo calmarme ni con la puta meditación!

—¡Oye! ¡Relájate! Toma asiento.

—¡Estoy sentado! ¡Joder!

—Ahora habla en un tono más relajado. —Resoplo. —Vamos, si me vas a hacer trabajar un sábado por la noche, al menos, no me hables rugiendo. —Gruño para asentir que tiene razón. —¿Te duele el pecho?

—Sí. Y estoy bastante mareado. —Me tumbo bocarriba en mi cama e intento respirar con normalidad, pero no puedo.

—Tristan, tienes que calmarte. Te dará un infarto algún día. ¿Desde cuándo te duele el pecho? Eso es nuevo para mí.

—No lo sé. Desde hace unas semanas noto un dolor intenso cada vez que pienso en ella...

—¿Has intentado hablar con Luna y arreglar tu patosa huida?

—¡No, joder! ¡¿Qué parte del “Luna me odia y no quiere saber nada de mí” no has entendido?!

—¡Tristan!

—¡Vale, vale, joder, lo siento!

—Pues tendrás que intentarlo mejor. Porque mandar una abogada de intermediaria no es la mejor opción para buscar un acercamiento con una persona de la que estás enamorado.

—¡No digas eso, por lo que más quieras! —Aprieto los ojos y me siento en caída libre.

—Puedes llamarlo cómo quieras, Tristan, pero es amor. Estás enamorado de ella y tú la dejaste. Así que tú tendrás que arreglarlo. No tienes nada que perder, Tristan, el no ya lo tienes, te lo has dado tú solito. Pero no Luna. Ella a ti no te ha dicho que no nunca, a nada. —Tiene razón. Mi respiración se relaja de un momento a otro. —Ella no quiere hablar con una abogada intermediaria, vale. Eso tiene todo el sentido, aunque tú no lo veas. Si no es una persona interesada, como tú siempre la has descrito, es normal que no le interese tu dinero ni tu poder lo más mínimo. Lo que necesita es oír de tus propios labios que ella te importa de verdad.

—Me importa de verdad... —Susurro dándome cuenta de lo que eso significa para alguien como yo. —Tengo miedo, John. No quiero herirla. No quiero ser como mi padre con mi madre. Ese maldito apareció muerto tras matar a mi madre. Se dio un tiro en la sien, como un cobarde. Yo no quiero ser cobarde, como él. Mi padre debió darse el tiro antes de acabar con la vida de mi madre...

—Tristan, para. Deja de torturarte por los actos de otros. Tú no eres tu padre, tú nunca habrías dañado a tu madre, ni le harías daño a Luna...

—Se lo hice, John.

—Te fuiste, sí, pero porque tenías miedo.

—John, me follé a otra la misma noche que me confesó su amor. Es lógico que ahora me odie. Yo también me odio.

—¿Te follaste a otra cuando te confesó eso? ¡Maldita sea, Tristan, eres todo un experto en joderla de verdad! —Suspiro.

—¿Qué hago? ¿Cómo arreglo eso? ¿Puedo arreglarlo? Y, sobre todo ¿Merezco que me perdone?

—Esa decisión es de Luna. En tus manos está sólo el intentarlo. Pero si no lo intentas nunca lo sabrás. Nunca sabrás si Luna y tú podríais ser felices, daros amor, pasión, esas cosas que sólo las personas elegidas pueden darte, Tristan. — Cierro los ojos y pienso en todas las veces que Luna estuvo entre mis brazos.

—Creo que yo la hacía feliz...

—Lo sabes, Tristan. Eso se sabe.

—Estoy muerto de miedo. No tengo ni idea de esto...

—Libérate de una vez de esa cárcel que te has impuesto tú solito y permítete vivir de verdad. La fama y el dinero no sirven de nada si no tienes a nadie con quién compartirlas. Eso es el amor, Tristan, compartir. No es nada de esa negatividad que tú te has empeñado en creer. Tu padre no amaba a tu madre de verdad porque no era capaz de amar, tú sí. —Una lágrima me resbala por la cara mientras escucho en silencio las palabras de John. —No quería a tu madre ni os quería a tu hermana ni a ti. Tú no eres el que tiene que pagar la condena de un asesino, debería haber sido él. Tú siempre te has hecho cargo de tu hermana y de tu tía. Tú sabes querer, él no. Lo que pasa es que tienes miedo, porque tus heridas son demasiado profundas. Pero tienes que dejarlas cicatrizar ya. O te desangrarán por dentro.

—Tendré que aceptar que la necesito para hacer eso.

—Bien. Pero primero trata de relajarte. Cierra los ojos. —Lo hago. — Piensa en que vas a hacer lo que esté en tus manos para arreglar esto y piensa que lo vas a hacer bien, con positividad, con ganas de ser feliz y hacerla feliz. Piensa también que, si Luna no te perdona, al menos tendrás tu conciencia tranquila, porque habrás hecho lo que debías hacer. Pero enfócate en que lo conseguirás. Harás que te perdone porque; ella te quiere.

Las palabras de mi amigo John me llegan a un lugar muy profundo de mi cuerpo y consigue que, de alguna forma, las guarde en una especie de caja fuerte en mi interior. Esa será mi meta y haré lo que esté en mis manos para conseguirlo.

Esa noche consigo dormir un poco más, aunque me despierto constantemente a causa de pesadillas que ahora tengo con Luna, pero no cunde el pánico gracias a las palabras de John y mi nueva determinación, así que

consigo quedarme dormido después de despertarme súbitamente dos veces. Tras la tercera me es imposible, pero dormir cinco horas y media ha sido todo un hito para mí en comparación con lo que he dormido estas últimas semanas. Aunque echo de menos lo bien que dormía con Luna...

El domingo vuelo de vuelta a Los Ángeles. Esta semana que entra tenemos dos entrevistas programadas para la promoción de la serie.

Paso el día también pensando en cómo puedo abordar mi nuevo reto.

También llamo a Sarah, la entrenadora de yoga y meditación, y concierdo una cita para la clase de mañana por la mañana.

Por la noche del domingo comienzo a leer el guion de la película que voy a empezar a rodar como protagonista principal dentro de algo más de un mes. Hoy me han avisado de que ya tienen a una chica para hacer el papel de coprotagonista conmigo, aunque la productora parece que tiene problemas de entendimiento con ella con respecto a las condiciones de contrato.

La noche del domingo es diferente a todas las demás desde que me fui de Madrid, porque tengo un plan en mente y me mantiene ilusionado, pero a la vez nervioso. No sé qué me voy a encontrar mañana.

Al despertar por segunda vez tengo el corazón alborotado, pero no por angustia, ni miedo, ni ansiedad. Acabo de tener un sueño erótico con Luna y, por primera vez en mi vida no quería despertar de un sueño. Quería que durara para siempre. Ha sido tan real... que casi siento el calor que emanaba su piel en la mía. Me acabo de despertar con una sonrisa enorme pintada en la cara y... con una erección de campeonato.

Así que me voy hacia la ducha, bastante divertido por la reacción de mi cuerpo, y decido darme una ducha y masturbarme antes de la clase de yoga.

Sarah llega puntual, justo cuando yo estoy terminándome el desayuno. No son cosas mías, creo que le gusto por cómo me mira, pero ignoro su comportamiento y trato de enfocarme en la clase de yoga y meditación. Creo que está dando buenos resultados en mí.

Cuando termina la clase, me despido de ella precipitadamente. Tengo una llamada muy importante que hacer.

Medito bien lo que quiero decir. No puedo sonar desesperado, la asustaría y no lo entendería. Tampoco puedo abordar su realidad, así como así, sin pensar en las consecuencias que tendrá para ella. ¡Joder, qué nervioso estoy!

Ojalá no hubiese borrado el teléfono de Luna, sería mucho más fácil. Pero es lo que hay...

Antes de marcar el botón de llamada, decido hacer un poco de relajación

con mi cuello. ¡Bueno, ya está bien de dilatar el momento!

Pulso la dichosa tecla y espero...

—Hola, Aranda, ¿dígame? —Sé quién es... Vamos allá.

—Hola, me alegra oírte, pásame con ella, por favor, es importante...

LUNA

—¿Quién es? —Contesto una llamada de un número que no conozco justo cuando estoy entrando en la cafetería para trabajar mi turno del lunes.

Esta semana Ana y yo estamos de tarde. La saludo con la mano, ella está ya en la tarea, tomando nota de un pedido por el teléfono de la cafetería.

—Hola, Luna, ¿verdad?

—Sí...

—Soy Milagros. Nos conocimos el otro día en el Marilyn.

—¡Ah, sí! ¡Dime! —Jaime, mi jefe, me mira mal por estar atendiendo una llamada telefónica en el trabajo. Me pongo el mandil y le dedico una sonrisa de culpabilidad. Pero esta conversación es importante.

—Quería ver si puedes venir mañana por la tarde a hacer la prueba.

—¿Por la tarde? ¿No puede ser por la mañana? —Con un día de margen solo me va a ser difícil cambiar el turno.

—¿Puedes a la una?

—¡Sí, sí, a la una estoy allí!

—Vale, te paso la ubicación por Whatsapp.

—¡De acuerdo! ¡Hasta mañana! —Cuelgo rápidamente y me guardo el móvil para no molestar a mi jefe.

—Sir, can you call in five minutes? —Escucho a Ana decir por el teléfono de la cafetería en inglés a alguien que llame de nuevo dentro de cinco minutos.

Me aganto la risa. Seguro que es Brandom y ella está esperando a que Jaime se haga su escapada diaria para hablar sin impedimentos. Ana cuelga y se acerca muy nerviosa hasta donde estoy.

—Hola. —Le digo.

—Hola. ¿Qué tal tu domingo? Yo tenía ayer una resaca...

—Pues bueno... Vi la entrevista de Tristan. —Confieso con tristeza.

—¡¿Y?! —Grita Ana.

—¡Chicas! ¡A trabajar! ¡Que tengo que salir! ¡No os pongáis a chismorrear! —Nos riñe Jaime.

Ambas asentimos con cara de chupar limones. Es un estúpido cuando quiere. Pero, por suerte, se va enseguida cuando ve que ya estamos todos los del turno de tarde establecidos.

—¿Ves cómo dijo que no tiene nada con Nika? —Vuelve a la carga Ana.

—Sí...

—Y, entonces, ¿por qué esa cara de amargada? Lo dijo delante de ella. Yo sé que esa furcia fue la que le calentó la polla y luego él...

—¡Ana! ¡No hables así! ¡Hay clientes!

—¡Pero tengo razón! ¡Yo sé lo que vi cuando Tristan estaba contigo! ¡Cuando te miraba! Si él pudiera hablar contigo y explicarte su porqué...

—¡Dijo que no soy de su mundo! ¡Dijo que ni siquiera tiene contacto conmigo! —Maldigo la facilidad que tengo para llorar cuando hablo de él.

—Luna, ¿qué querías que dijera en televisión? —La miro y no sé qué responder. Vuelve a sonar el teléfono de la cafetería y Ana da un salto. — ¡Discúlpame! —Me grita y le digo que vaya a atender la llamada. Suspiro mientras voy colocando platitos, tazas y cucharillas sobre el mostrador. — ¿Hello? Yes, Yes. —La escucho eufórica hablando con Brandom y siento una envidia enorme en mi pecho. Esa podría ser yo si continuara teniendo contacto con él. Aunque no tuviéramos nada serio. Me conformaría con saber que se acuerda de mí... Pero... Sólo soy una persona que no pertenezco a su mundo...

—¡Yes, yes! ¡Luna! —El grito de Ana me saca de mi ensoñación y doy un respingo. —Toma. —Me tiende el teléfono. Otra vez quiere que le haga de intérprete y yo no estoy hoy para nada. Hoy ya hace siete semanas que se fue y cada día duele más.

—Cafetería Aranda. —Respondo. Se hace el silencio y miro a Ana encogiéndome de hombros. Ella me mira ansiosa. —Hello Brandom. —Saludo por teléfono con un suspiro. Ana me mira más que emocionada. Siempre está emocionada cuando habla con él. No la culpo. El amor, cuando es correspondido, es lo mejor que hay. Pero Brandom sigue sin responder. — ¿Brandom? —Miro al teléfono. ¿Por qué no responde? —¿Hello?

—Hola Luna. —Su voz se me clava en el estómago.

No puede ser... Ahora comprendo la histeria de Ana, que me mira como si estuviese esperando mi transformación en caballo o cualquier truco de magia emocionante.

—¿Tristan? —Pronuncio su nombre con miedo.

—Sí, Lunita, soy yo. —¡Dios! Mis piernas tiemblan como si se fueran a desmoronar. Ahogo un quejido como puedo. —¿Cómo estás? —¡Que cómo estoy! ¡A punto de sufrir un infarto!

—¿Qué quieres? —Pregunto al recordar la idea que tenía en mente hace unos segundos. “No pertenezco a su mundo”, así que no sé qué puede querer de

alguien como yo.

Cojo el teléfono y me voy a una mesa de la cafetería para tener un poco de privacidad e insto a Ana a que no me siga. No quiero que nadie interfiera en lo que tengamos que decirnos, al fin, Tristan y yo.

—Muchas cosas.... Quiero muchas cosas... pero empecemos por una. ¿Por qué no has aceptado la abogada que te he mandado, Luna? Te dije que no te dejaría sola en esto y quiero mantener mi palabra.

Me falta el aire.

—Sí, me dijiste muchas cosas... y ahora mismo no sé cuáles eran verdad y cuáles mentira. —Respondo con rabia y la respiración acelerada.

—Luna, nunca te he mentado. ¿Por qué dices eso? —Parece herido también.

—Tristan, no quiero recordar los motivos por los cuales me siento dolida contigo. Ha sido muy duro para mí. —Unas lágrimas recorren mi cara y las limpio con rapidez. No quiero llorar más por él.

—Siento mucho haberme ido así, yo...

—¿Y también sientes haberte follado a otra la noche que te confesé mis sentimientos? —Le escupo y casi estallo en llanto al gritarlo.

—Luna... de verdad que siento mucho la manera tan torpe en que yo...

—¡¿Torpe?! ¡Yo no lo llamaría así! ¡Interpretaste muy bien tu papel! — Finalmente arranco a llorar con desesperación. —¡Fuiste frío y despiadado!

—Pequeña, no llores, no tienes la culpa...

—¡No me llames “pequeña”! ¡¿Sólo me has llamado para que acepte tu estúpido abogado y limpiar tu conciencia conmigo?! ¡Pues olvídalo! ¡No necesito tu caridad ni la de nadie! ¡Puedo solucionar mi vida sola! ¡Porque ya me cansé de vivir mentiras, Tristan! Para ti sólo fue un juego, ahora lo veo claro. Pero para mí no. Así que no voy a seguir jugando.

—Luna...

—¡Sólo quieres limpiar tu conciencia conmigo! ¡Sólo quieres que te diga que estoy bien para poder seguir haciendo lo que te dé la gana sin remordimientos!

—Luna, escúchame...

—¡Has estado viéndote con Nika! ¡Hay fotos de vosotros dos juntos varias veces más después de dejarme aquí, destrozada! ¡Tú, que decías que no repetías nunca con las mujeres! ¡Mentiroso! —Mi llanto se hace ya insostenible.

—¡Luna, escúchame, joder!

—¡No! ¡Si lo único que quieres es darme tu caridad guárdatela para

alguien a quien le interese! ¡Como tú me dijiste que hiciera yo con mi amor! — Lloro desconsoladamente mientras Tristan se queda callado. Me cuesta admitir que, después de todo, estoy esperando a que me diga que estoy equivocada con él, ahora que ya he descargado la rabia y la pena que lleva consumiéndome semanas. No dice nada y el agujero de mi pecho se hace más grande. Cuando por fin puedo volver a articular palabra me despido. —Adiós, Tristan.

—No, por favor...

Cuelgo y apago el teléfono inalámbrico de la cafetería. Para evitar así que vuelva a llamarme. Dejo caer mi cabeza sobre la mesa de la cafetería en la que estoy sentada y lloro sin encontrar consuelo.

Siento una mano sobre mí que me acaricia.

—¿Qué ha pasado? —Pregunta Ana.

—No quiero hablar de él. Quiero... quiero...

—Tranquila. —Ana se sienta junto a mí y me acaricia la espalda hasta que me consigo medio tranquilizar.

—He sido muy dura. —Digo mirando a la nada. Ahora me maldigo por haberlo sido, pero ha sido un mecanismo psíquico de defensa. No quiero volver a caer.

—Tenías que descargar toda tu mierda. Es normal. Pero, ¿ves? Te ha llamado. Es una señal, Luna. —Miro a Ana.

—Sólo quería que aceptase la maldita abogada. Sólo eso.

—Luna, no le has dejado hablar.

—Y ya no lo hará más...

El resto del lunes lo paso trabajando a destajo para evitar pensar en lo inevitable.

Por la noche, en mi cama, vuelvo a acordarme de él. Me pongo su chándal, la canción de “Rupture” y lloro abrazada a mi almohada, hasta que el sueño me vence.

Estoy frente al edificio que Milagros me ha indicado. Estoy temblando de pies a cabeza. ¿Qué hago yo en un sitio como éste? Estoy loca... completamente loca...

Es ahora, cuando estoy a punto de subir el primer peldaño, que me conduce hasta la entrada del edificio “Sunlight”, la empresa cazatalentos, en un polígono industrial a las afueras de Madrid, que me siento estúpida.

Me giro y decido volver a mi piso, a mi absurda realidad. Yo no pertenezco

a este mundo. Tristan lo gritó al planeta entero en televisión. Yo no soy tan sofisticada como Nika, ni capaz de fingir sentimientos como Tristan. Pero, por otro lado, algo me grita en mi interior que puedo serlo. Que puedo dejar de ser la niña triste y asustada que vivió una tortura con Juan. También puedo dejar de ser la inocente inexperta que Tristan sedujo con mentiras. Puedo demostrar que hay dentro de mí también tesoros por descubrir, como en cualquier ser humano. También tengo cosas que contar al mundo, y, sobre todo, tengo mucho que contarle a él. Tengo mucho que dar, “tengo la necesidad de girar la llave y no mirar atrás” como diría Rozalén.

De modo que entro en el edificio y me dirijo al mostrador de información que hay frente a mí. Reúno las fuerzas que puedo en mi interior y me dispongo a mostrar una parte de mí que vive en la penumbra desde hace mucho. Está viva, sí, pero lleva dormida mucho tiempo.

—Hola, me llamo Luna Sáez. Tengo cita con Milagros Escribano. —Le digo a la recepcionista.

—Hola. —Dice sonriente. —Al fondo del pasillo, en el salón de actos. — Me indica con su mano.

—Gracias. —Aprieto mi bolso contra mí como si así pudiese reforzar una especie de armadura que me infunde fuerzas.

Al abrir la puerta me encuentro con un enorme salón de actos que bien pareciera un magnífico teatro de cualquier ciudad cosmopolita. Las tenues luces que hay enfocan al escenario, donde un chico con una guitarra está interpretando una hermosa canción que no conozco.

Me quedo atrapada en su íntima interpretación. Eso es lo que tengo que conseguir yo. Inflo de aire mis pulmones y bajo lentamente la grada, hasta que encuentro a unos señores que examinan concienzudamente la interpretación de ese chico. Milagros es una de ellas, reconozco su corta melena morena enseguida. Ella también me ve, me saluda con la mano a la distancia y me indica con ella que me siente. Eso hago y espero mi turno sentada. Hecha un flan.

Después del chico, una pareja de bailarines interpreta varios bailes de salón, muy bien ejecutados. Me encantaría bailar como ellos. Yo era una buena bailarina hasta que me topé con Juan y me prohibió toda clase de “exhibición” al resto de la humanidad, o así lo calificaba él. Para mí, la música no es un método de exhibición. Para mí la música es un método de expresión. Todo lo que sientes, todo lo que vives, todas las emociones del mundo pueden canalizarse mejor con la ayuda de la música o cualquier forma de expresión artística.

—¡Luna Sáez! —Gritan mi nombre y doy un brinco. Me levanto y levanto

la mano. Un hombre me sonríe. —Al escenario, Luna. Demu estranos de qué eres capaz. —Respiro hondo y voy en dirección al escenario.  Cu ntas celebridades habrán hecho un recorrido similar sintiéndose tan peque nas como yo me estoy sintiendo ahora mismo? Subo al escenario por un lateral y veo a un chico con una guitarra sentarse sobre un taburete en el escenario. — l es Antonio, te va a acompa nar en tus canciones. Hemos preparado tres canciones para ti. De diferentes estilos.  Est s lista? —Me pregunta el hombre cuando ya estoy frente al micro.

—S . —Digo por el micrófono y mi voz retumba por toda la sala. Aunque apenas la reconozco.

—Adelante, Luna.

El chico de la guitarra comienza a tocar “90 minutos” de India Martinez. La canción que Milagros me oyó cantar. Y me alegro de la elección porque puedo pensar que estoy en alguna sala oscura y solitaria, cantando mis sentimientos por Tristan. Cuando el foco me alumbr  sólo a mí ya no veo a nadie más. Mis sentimientos salen solos, en forma de melodía musical, los lloro y los grito con la fantasía en mi mente de que Tristan los est  escuchando.

La siguiente canción también la reconozco. Es una preciosa balada de R&B de Julia Martín llamada “ImposSible love”, en inglés, que también puedo sentir como mía y que me hace cantar mi lamento de la misma intensísima forma.

Por último me hacen escoger una canción de Whitney Houston y elijo “All the man that I need”. Cada vez me siento más segura de mí misma. Incluso, en esta última, me permito pensar que estoy cantando para una gran audiencia.

— Perfecto! —Escucho la voz del hombre de antes, aunque no lo veo porque sigo cegada por el foco. —Tenemos material importante. Milagros te llamar  si sale algún proyecto interesante.

—Vale. —Contesto y bajo del escenario. Al bajar veo a Milagros esperándome junto a la escalinata.

— Ha sido maravilloso, Luna! —Me abraza y yo respondo tímidamente a su abrazo.

—Gracias...

—Voy a mandar tu audición a todos los representantes que conozco y a las productoras. Estoy segura de que en breve tendr  buenas noticias para ti. Espero que est s lista para este reto.

—S , estoy preparada. —Digo con convicción.

— Genial! Este es el mejor momento de tu vida. Tienes que aprovechar las

oportunidades que se te brindan.

—No puedo estar más de acuerdo.

TRISTAN

Sigo en estado de shock tras haber escuchado de nuevo su voz, pero sobre todo por la rabia que mostró al hablarme y... esa amargura que yo le he provocado. No la merezco, ya lo tengo más que claro.

Llevo dos días haciendo lo que puedo para no caer en el abismo. Lo he conseguido gracias a la meditación. Eso es bueno. Me estoy empezando a curar de mis fobias. También he vuelto a tener sueños húmedos con Luna. Pero ahora mi enfermedad se llama “amor”. Porque ya no tengo miedo a admitirlo, la amo.

Solía temer ese sentimiento. Solía temer las facciones negativas que despierta dicho sentimiento en las personas, más específicamente en mí, porque en mis genes llevo la semilla del “mal amor” de mi padre. Pero me he dado cuenta de que también mi madre y todo su precioso amor influyó en mí.

También lo ha hecho Luna, y sacó lo mejor de mí cuando estaba a mi lado, aunque también lo ha hecho al rechazarme. Quiero superar mis mierdas. Quiero ser mejor persona por ella, aunque no quiera saber de mí, pero quiero que llegue el día en el que, en nombre de ese amor y de lo que ha despertado en mí, pueda mirarla a la cara y darle las gracias por haber conseguido hacerme mejor persona.

De todos modos, y aunque le desee lo mejor, no puedo evitar que duela, que la tristeza de no tenerla me invada... No sé si rendirme o no. No quiero ser injusto con ella si la hice sufrir tanto y ha decidido olvidarme. Ella le dijo a Mónica que tiene otra relación, y, ¡joder, cómo duele eso! Aunque a mí no me dijo nada cuando descargó su enfado conmigo. Pero creo que no voy a dejar paso a esa opción en mi cerebro y pensarla con otro. Pienso que puedo darle al fin lo que ella merece. No puedo conformarme con perderla para siempre. No sin intentarlo al menos una vez más.

Mi móvil suena y me acerco a cogerlo. Es un whatsapp de Mila.

“Mira lo que tengo en mi poder” dice y me manda un vídeo. Con poco ánimo le doy a reproducir. Pero lo que veo en él me deja patidifuso.

—¡Luna! —Me siento en el primer sitio que encuentro, para no perder el equilibrio.

Luna aparece en el centro de un escenario. Lo reconozco. Es la sala de actos de la empresa en la que trabaja Mila. Luna canta una preciosa canción con

un gran sentimiento, con los ojos cerrados y hasta creo que una lágrima rueda por su mejilla.

No puedo terminar de ver el vídeo y finalmente decido que ya está bien de meditación y de hacerme el fuerte por hoy. Voy a abrir otra botella de licor.

No sé cuánto tiempo llevo bebiendo cuando suena el timbre de mi puerta. Me levanto con torpeza del sofá y me golpeo con varios muebles mientras voy hacia la puerta para abrir.

—¡Eh! ¡John! ¡Amigo! —Le doy un fuerte abrazo a mi terapeuta.

—Tristan, ¿otra vez borracho? ¡Joder! ¡¿No decías que estabas mejor?! — Entro en mi casa y John me sigue.

—Tengo mis momentos...

—Tristan, tienes que parar este desastre. —Dice mi amigo entrando en mi casa y cerrando la puerta tras de sí.

—A veces lo tengo controlado, John, tranquilo. —Intento dar otro lingotazo a la botella, pero John me la arrebató de las manos en el momento en el que la acerco a mi boca. —¡Oye!

—¿Has hablado con Luna?

—Sí. —Levanto la barbilla desafiante.

—¿Y?

—No quiere saber de mí. Piensa que la dejé para irme con Nika y cree que le he engañado con mi problema. ¿Contento? No quiere que la moleste y quiere olvidarme. Así que devuélveme la maldita botella.

—Ni hablar. Métete en la ducha y quítate esa estúpida borrachera de encima, hazme el favor.

—¡No! Hoy la meditación no ha funcionado, John. Hoy tengo un día duro. Déjame beber.

—Tristan, sólo porque la llames una vez no va a caer rendida a tus pies. No puedes ponerte así sólo por aguantar el chaparrón que sin duda te mereces.

—No estoy así sólo por eso. —Le señalo mi móvil. —Mila me mandó un mensaje. No sé cómo lo ha conseguido, pero ha convencido a Luna de que haga una audiencia para ella y, conociéndola, está dispuesta a sacar partido de sus facultades artísticas. Sin duda Luna no ha debido reconocerla con su nuevo look, porque yo recuerdo bien que a Luna no le agradaba mucho la presencia de Mila.

—¿Mila? ¿Has metido tú a Mila en esto? ¡Estás loco!

—No, no. Yo no le pedí que lo hiciera. Lo hizo ella solita. Sentía mucha curiosidad por conocer a la mujer que me tiene así...

—¡Tristan! ¡Acabo de tener una maravillosa idea! —John parece eufórico

de repente. Lo miro extrañado.

—¿Qué idea?

—Tú déjame a mí. Voy a ayudarte a recuperar a Luna.

—¡¿Tú?! ¡Cómo!

—Como lo hacen las personas normales. Está claro que los inválidos emocionales como tú no tienen ni idea... Pero prométeme que seguirás luchando por encontrar el buen camino y que cuando la tengas de nuevo de frente no la cagarás.

—Joder, ¿estás en serio? ¿Podrás hacer que eso pase?

—Lo haré sólo si me lo prometes.

—¡Lo prometo! ¡Lo prometo!

—Pues dame la maldita botella de whiskey ahora mismo y métete en la ducha.

Cinco días han pasado desde que hablé con John y me prometió que haría lo posible por traerme a Luna de vuelta. Pero no he tenido noticias de ella y John evita hablar conmigo del tema cuando lo llamo. De modo que me estoy por fin conformando con haberla perdido.

Lo extraño de todo es que no he vuelto a tener una sola pesadilla desde hace tres días. La verdad, es que a veces no sé si estoy despierto o dormido. Sólo me dejo llevar por el volumen de trabajo que tengo, que es mucho.

Anoche tuvimos otra entrevista en otro show nocturno de televisión para promocionar la serie, aquí en Los Ángeles. Hoy tenemos otra entrevista para otra cadena y en cuatro días tendremos una entrevista en Londres, para una cadena de televisión inglesa.

Pero hoy, al terminar la clase de yoga y meditación con Sarah, algo me ha hecho despertar de golpe de este estado de trance. Sarah se me ha tirado al cuello, me ha besado con ansias y mi cuerpo ha respondido al contacto sin pensarlo. Hace mucho que no siento el contacto ni el calor de un beso o un abrazo, y esa ha sido principalmente la razón por la que me perdí en ese gesto. Pero, al clamar el nombre de Luna en sus labios, la magia se ha roto enseguida y he despertado.

—¡Joder! ¡Hoy es el juicio! —Pienso en voz alta mientras separo a Sarah de mí. Ella me mira sin comprender. —Tengo que hablar con ella...

LUNA

Después de la audición volví a mi rutina diaria del trabajo duro en la cafetería y también tuve las últimas reuniones con Ramón, mi abogado de oficio, para preparar el juicio contra Juan. Me sentí un poco esperanzada por la llamada de Tristan y pensé que, a lo mejor, volvería a intentar hablar conmigo. Pero no ha sido así. Lo peor de todo es que sigo deseando que lo haga, aunque haya resurgido una nueva determinación en mí de no dejarme arrastrar de nuevo por un mal amor.

Pero, varios días después de la llamada de Tristan, mientras me preparaba la cena en casa, recibí una llamada anónima a mi teléfono. Lo miré con miedo, y no pude evitar contestar, rezando para que fuese él.

—¿Hola? ¿Quién es?

—¿Luna? —Una voz con acento norteamericano dice mi nombre y se me eriza la piel.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy un amigo de Tristan Moore. —Dice la voz de ese desconocido en inglés. El corazón se me para y dejo todo lo que tengo entre manos. ¿Un amigo? ¿Qué quiere de mi un amigo suyo? —Me gustaría hablar contigo y explicarte algunas cosas sobre Tristan.

—Creo que eso debería hacerlo él mismo...

—Creo que lo ha intentado y tú no le has dejado.

—¿Que lo ha intentado?! ¡Me ha llamado una maldita vez en dos meses y no ha dicho nada! —Mi pulso se dispara. El caparazón anti-hombres se me activa en el acto y la respiración se me acelera. —Y me parece muy cobarde pedirle a un amigo que le haga el trabajo sucio. Dile que te pague lo que haya acordado pagarte, pero que no quiero perdonarlo a través de abogados caros o llamadas de amiguitos chantajeándome emocionalmente para ello. —Estoy a punto de colgar.

—¡Espera! Escúchame un segundo, Luna. No soy un amigo normal y corriente. Soy su terapeuta. Tristan tiene un problema y creo que te hablé de ello. —Me quedo callada y aguardo para escuchar finalmente qué me tiene que decir ese señor. —Tú no sabes hasta qué punto es difícil todo esto para él. Pero lo es, y mucho. Y creo que tú puedes ayudarle, Luna.

—Ya estoy cansada de ser el resorte de los demás. Yo también he necesitado su ayuda y lo único que me dejó al irse fue una herida enorme que he tenido que curar yo sola. Pero dígame que no se preocupe más por mí. He sufrido heridas mucho peores y sigo en pie. Tiene el camino libre para irse con Nika o con quien quiera. No hablaré de él con la prensa, si es lo que le preocupa.

—Luna, Tristan no está con nadie. Él no puede estar con nadie por su problema y...

—¿Entonces para qué demonios me llama? —Grito enfurecida. Si no es para volver conmigo, entonces, ¿qué es lo que necesita de mí? —Si quisiera vender información de él a la prensa ya lo habría hecho, así que dígame que esté tranquilo, no pienso hablar de él.

—Creo que para Tristan eres muy importante, Luna. —Se me arruga el corazón al oír eso.

—Entonces, ¿por qué ha dejado pasar siete semanas para llamarme? ¿Por qué cuando lo ha hecho no me ha dicho nada? ¿Por qué se acostó con otra la misma noche que le confesé mi amor? —Comienzo a llorar y escucho el suspiro del amigo de Tristan al otro lado del teléfono. —Creo que necesito esta vez mucho más que una simple excusa de un estúpido miedo del que yo no soy responsable. Yo también sé lo que es el miedo, ¿sabe? Y tengo cosas importantes que resolver. Cosas que no he dejado que influyeran en lo que sentía por Tristan.

—Tú no sabes lo que él ha pasado...

—¿Sabe acaso usted lo que he pasado yo? —Grito desesperada, aunque me obligo a serenarme y me siento en una silla. —Mire, sé que no le interesará mi vida, pero he pasado cuatro años en una relación horrible, llena de malos tratos, palizas, violaciones y vejaciones. Tengo un maldito juicio que hacer frente y no tengo fuerzas para seguir los juegos de Tristan Moore. Si él tiene algo que decirme sabe dónde vivo y hasta le di mi número de teléfono. Si decidió borrarlo será porque no será tan importante para él saber de mí.

El amigo de Tristan guardó silencio después de mi declaración. Eso me constató lo que llevo semanas macerando en mi mente. Yo no soy para él lo que él es para mí y no quiero las migajas de lo que quiera darme, ni de él ni de nadie. Aunque Tristan Moore sea el hombre más deseable y maravilloso de la tierra.

No voy a negar que he seguido esperando esa llamada de Tristan cada minuto de estos días que llevo sin él, incluso después de haber hablado con su “amigo” o “terapeuta” o cómo él lo quiera llamar. Pero me alegro de no haber cedido ni haberme ablandado. Yo no soy una “terapia” soy una PERSONA y también necesito vivir y cumplir mis sueños y sentirme querida y valorada.

Y hoy es el día más importante de mi vida. Ana, mi gran amiga, me acompaña apretando mi mano hacia el interior de los juzgados, donde el juicio de Luna contra Juan se va a celebrar en unos minutos. Ramón, mi abogado, nos sigue y nos indica que asiento tenemos que ocupar cada una en la sala donde se celebrará el juicio.

Yo, como acusación particular, tengo que estar al frente y es donde tomo asiento. Me sudan las manos, las piernas me tiemblan.guardo en silencio hasta el momento en el que finalmente se abren las puertas de la sala y, escoltado por dos policías y esposado, Juan hace aparición y mi mundo vuelve a pararse de repente. Me maldigo por compadecerme de sus ojeras, de su amargura y de su dolor, pero eso sólo dura un instante. Mi compasión termina en el momento en el que sus ojos se posan en los míos y me dedica una mirada de rencor y rabia que conozco bien. Y sé que, si pudiera, ahora mismo las manos de Juan estarían estrangulando mi cuello, intentando darme muerte. Porque seguro me responsabiliza a mí de su desdicha. Supongo que no se habrá parado a pensar jamás en la mía propia. Supongo que yo, para él, simplemente era de su propiedad y pensaba que tenía todo el derecho a hacer de mí lo que él quisiera.

—Señor juez, yo no le violé. —Declara Juan con cara de perro abandonado cuando llega su turno y mi abogado le pregunta por qué me agredió sexualmente. —En las pruebas médicas no encontraron restos de mi semen, sino de otro. —Lanza su dardo envenenado mirándome fijamente.

—¿Y la puerta de la habitación de Luna? ¿No la rompió usted? —Le tiente mi abogado.

—¡La rompió ella con un palo! ¡Estaba endemoniada cuando yo llegué a casa y me amenazó con matarme! —No puedo creer lo que oigo... ¡Cómo puede ser tan cabrón!

—¡No me diga! ¿Y tampoco la ató en la cama? ¿Ni la golpeó hasta dejarla aturdida? ¡Porque aquí tengo el informe médico con todas las marcas que le dejó a mi clienta! —Mi abogado pone el informe sobre la mesa del juez, que ojea todo detenidamente. —Le dejaste contusiones en la cara, ambas muñecas, en uno de los muslos y desgarros vaginales. —Dice mi abogado apuntándole con el dedo.

—Los desgarros vaginales no fueron míos. ¡Pregúntele a ella! Se estaba follando al actorucho ese, Tristan Moore —aprieto los ojos al oír eso porque sé que van a tener consecuencias en mí sus palabras —y seguro que también le calentó la polla a algún famoso más para conseguir fama y dinero. —Es un miserable. Un pestilente miserable. —Yo sólo me defendí cuando vi que quería

pegarme. La ató a la cama para evitarlo y ella se hizo daño meneándose como una culebra para soltarse. ¡Estaba desquiciada! ¡Quería matarme! Y yo hice lo posible para evitarlo, como cualquier otro hombre hubiera hecho.

—Señor Ramírez, puede decir lo que quiera, pero la policía encontró un preservativo en la habitación en la que recluyó a Luna Sáez contra su voluntad, y, ¿adivine qué? Tenía restos de fluidos suyos, Señor Ramírez.

—Ah, eso fue porque la noche anterior me llevé a una amiguita a casa. —Dice con media sonrisa pintada en la cara. —Luna me dejó quedarme en nuestra casa mientras encontrara otro sitio a dónde irme. Y, si ella estaba haciendo ya su vida con otros, ¿por qué no iba a poder hacer yo lo mismo? —Comienzo a sentir unas náuseas en el estómago que me devoran.

El turno de su abogado defensor comienza y Juan se recrea en su narración, colocándose él como la víctima de mi supuesto maquiavélico plan para quedarme con todo “nuestro” patrimonio. ¡Como si el piso de mi madre fuese suyo! ¡O el coche que yo he pagado letra por letra y sigo pagando! Aunque no he querido usar, pues apesta a él.

La parte más bochornosa es cuando muestran fotos mías con Tristan durante su estancia en España. Haciendo alusión a lo bien que yo estaba a pesar de ser víctima de malos tratos. Todos me miran y siento cómo me culpan por ello. Me culpan de querer vivir, de querer ser feliz.

Mantengo el tipo como puedo y me obligo a seguir manteniendo la cara en alto y no me permito dejarme amedrentar por las miradas, mucho menos por la de Juan.

Llega mi turno y contesto una por una las preguntas de mi abogado, describiendo la sucesión de los hechos de aquél día. Y no sólo de ese, sino de todas y cada una de las aberraciones que padecí de manos de Juan y que guardo en mi memoria con cuidado.

Cuando el abogado de Juan se acerca a mí me yergo, adoptando una posición defensiva.

—Usted dice que mi cliente le pegaba con asiduidad. —Me dice.

—Así es. —Trato de mostrar mi tono de voz firme y seguro. No quiero darle a Juan el placer de verme otra vez rota, por él.

—Y si eso es así, ¿por qué nunca lo denunció?

—Porque tenía miedo y, porque no quería hacerle daño. —Miro a Juan mientras digo esto. Jamás he sido capaz de decirle todo lo que sentía. Ésta será la primera y última vez que lo haga. Con suerte.

—¿Tenía miedo de dejar al Señor Ramírez, Señorita Sáez?

—Sí, mucho.

—Y sin embargo lo dejó. Y no le dio ningún miedo exponerse a la mirada de Juan ni a la mirada pública exhibiendo su aventura sexual con un famoso actor. —El abogado de Juan me pone unas fotos en las que Tristan y yo salimos besándonos delante de mí. Trago saliva.

—Sí que lo tenía. Mucho, mucho miedo. Pero quería rehacer mi vida. — Me esfuerzo en separar los ojos de la imagen de Tristan besándome y vuelvo a mirar a Juan. —Le dije que le perdonaría todo si me dejaba en paz, si me dejaba hacer mi vida. Pero siempre supe que jamás lo haría. Sabía que vendría a por mí y sería implacable en lo que él considera mi “castigo” por haberle dejado de querer. —Juan entrecierra los ojos al escuchar esto y aprieta los labios.

Llega el turno de mi amiga Ana, que declara como testigo, responde a las preguntas de mi abogado y describe nítidamente todas las veces que ha visto marcas y heridas en mi piel provocadas por Juan. También narra las veces en que Juan ha ido a recogerme al trabajo y ha montado un numerito porque no le ha gustado algo de mi comportamiento. Después, el abogado de Juan, cambió con sus preguntas el rumbo de la declaración cuando mi amiga tuvo que admitir ante el tribunal que nunca presencié una agresión de Juan hacia mí. Aunque sí que sufrió ella una cuando intercedió en una disputa, justo frente a la puerta de la casa de Ana.

Ninguno de los testigos puede declarar haber presenciado una agresión por parte de Juan a mi persona.

Es cierto... Ahora que lo pienso él siempre se cuidó mucho de no agredirme frente a nadie. Siempre tenía lugar entre las cuatro paredes de mi casa. Donde nadie le podía recriminar su actitud.

Algunos vecinos declaran que en unas pocas ocasiones escucharon gritos, pero nada de golpes. Y el abogado de Juan consigue que todo parezca que son simples discusiones de pareja.

Esto pinta mal... Y, si Juan sale impune y, por tanto, en libertad, estoy muerta.

Cuando el tribunal se ausenta para deliberar sobre el veredicto me quedo sentada y pienso en qué puedo hacer si Juan sale libre de ésta. Ana me habla, mi abogado me habla, pero no puedo escucharles.

Cuando vuelven, nos ponemos todos en pie para escuchar la decisión. Aprieto los ojos con fuerza y rezo por primera vez en mi vida para que Juan no salga, al menos no ahora. Necesito un poco de tiempo para poder hacer algo con mi vida y alejarme de aquí, de él.

—Declaramos al acusado, Juan Ramírez Belmonte, inocente de ser causante de los hechos de agresión sexual, pero culpable de los hechos de agresión contra la demandante y retención de la demandante contra su voluntad, e imponemos una pena de prisión de dos años y medio y una indemnización de quince mil euros. —El mazo del presidente del tribunal golpea la madera y abro los ojos de golpe.

¿Inocente de agresión sexual? Miro a mi abogado horrorizada. Dos años y medio... no es suficiente. No, no lo es. Podría salir mucho antes por buena conducta. Pero me tendrá que bastar para poner tierra de por medio y buscar la forma de salir de aquí, cagando leches.

Mi abogado y Ana lanzan toda clase de maldiciones mientras salimos de la sala. Según mi abogado, parece que algún juez no ha creído mi versión de los hechos y por eso han rebajado la pena al mínimo.

No soy capaz de expresar ahora mismo emoción alguna. No sé si estoy feliz o triste. Aliviada o asustada. Y, mucho me temo que Juan va a recurrir la condena. Mi abogado, al menos, me está gritando sin cesar que nosotros sí la recurriremos al supremo. Así que todavía no puedo sentir nada con claridad con respecto a este tema.

Esta tortura aún no ha acabado.

Al salir de los juzgados, me encuentro con la abogada que quiso contratar Tristan para mí. Frunzo el ceño al verla, acercándose a mí.

—Esa condena ha sido lo más injusta del mundo, Luna. Podemos recurrir y, si me dejas, haré que ese bastardo se pudra en la cárcel. —Me dice.

—¿Te ha pedido Tristan que vinieras? —No sé por qué pienso ahora en él. Quizá porque ahora mismo necesitaría un abrazo por su parte. Se me cristaliza la mirada.

—No ha hecho otra cosa más que insistirme que hiciera justicia contigo.

—Saldré de esta. —Digo fríamente y me voy.

Necesito ir a casa, darme un baño, relajarme y pensar. Tengo que hacer algo si la justicia no hace nada. Tengo que luchar todavía más fuertemente y salir de ésta. Yo sola. Sin salpicar a nadie más.

Por la noche, recibo una llamada de Milagros. Contesto rápidamente porque ahora mismo es mi única vía de escape.

—¡Luna! ¡Tengo una promotora interesada en ti! ¡¿Qué digo una promotora?! ¡Tengo a un monstruo interesado en ti! He tirado de contactos con un viejo amigo y con gran influencia y ha funcionado. ¿Sabes algo de interpretación? —Me dice y sonrío. Es una señal del cielo. —Escúchame. Tú

dominas bien el inglés, ¿verdad? Eso al menos pusiste en tu ficha...

—Sí, lo domino bien.

—¡Estupendo! Porque me han llamado de una productora bastante importante. ¡La Summit ni más ni menos! —Joder, ¿en serio? Me quedo muda. —Quieren rodar un musical y buscan actores y actrices secundarias. ¡Dime que sabes de interpretación, por lo que más quieras!

—Puedo hacerlo. —Digo convencida y nerviosa a la vez. —Dime qué hay que hacer y lo haré.

—Pues tendremos que volar a Los Ángeles. —Se me corta la respiración. ¡Tristan! —Te voy a apuntar para el casting de varios personajes y te pasaré al email las líneas que te tienes que aprender para el casting. Volamos en dos días, Luna, porque el casting tiene que cerrarse de aquí a una semana y el rodaje empieza en dos meses. Así que, por lo que más quieras, dime que no tienes inconveniente en venirte a Los Ángeles en de dos días. No te preocupes por los gastos, porque ellos se encargan de todo. ¡Por favor! Es una oportunidad de oro. Para las dos. Si todo sale bien, podremos ambas incluir en nuestro currículum un trabajo para la Summit. ¡¿Sabes lo que es eso?!

—Cuenta conmigo, Milagros. —Confirmo sin dudar.

Necesitaba una vía de escape de Madrid y de Juan, y, no se me ocurre una mejor que ésta.

Además, si lo hago bien y me quedo en Los Ángeles, tendré la oportunidad de volver a verlo. De volver a ver a Tristan, aunque sea en la distancia. Pero esta vez no seré una simple camarera asustada. Podrá ver lo que de verdad se perdió conmigo y, puede que vuelva a sentir interés por mí. Puede que quiera volver a estar conmigo. Puede que... puede que mi vida deje de ser un desastre.

Sólo con tener la oportunidad de tenerlo cerca ya me siento la mujer más feliz de la tierra. Aunque lo ame y odie a partes iguales. Aunque tenga la culpa de mi dolor en el pecho.

Nunca he amado a nadie así.

TRISTAN

Hoy he salido un rato con mis compañeros de rodaje de la serie que estoy promocionando. Me han llegado las noticias del juicio de Luna por medio de Mónica, la abogada que pagué para que la defendiera, y casi me vuelvo loco y lo rompo todo en mi casa. Así que, si finalmente Luna ha decidido dar carpetazo a todo a su manera, no puedo hacer otra cosa que respetar su decisión y continuar con mi vida.

Dentro de dos días volaré a Londres, y cuando vuelva comenzaré el entrenamiento de lleno de la película que voy a rodar como protagonista. Voy a estar ocupado y voy a centrar mis energías en mi trabajo, que es lo único que me ha dado buenos resultados y alegrías duraderas en la vida.

En el reservado de la discoteca en la que estamos bailando la música y el alcohol no para de correr y hasta consigo olvidarme de todo por unas horas. Necesitaba esto. Liberarme de mis castigos y de la culpa, volver a ser un hombre joven de veintiocho años con ganas de reír, bailar, disfrutar.

He echado el ojo a una de las chicas de maquillaje, que ya me atrajo en Madrid, pero a la que presté poca atención después de conocer a Luna. Bailamos sensualmente unas cuantas piezas hasta que Nika se interpone entre los dos y, con poco tacto, se deshace de su rival. En realidad, me da igual. Cualquiera de las dos puede ocupar ese lugar hoy junto a mí en la cama. Porque la necesidad que tengo no es más que volver a hacer las paces con la parte de mi anatomía que se ha desvinculado de mí desde hace muchas semanas.

Y quizá Nika no sea una mala opción, después de todo. No creo que a estas alturas espere gran cosa de mí. De modo que bailo con ella, la aprieto contra mí y parece más que a gusto entre mis brazos.

Mis compañeros incluso nos corean.

Acabo estampando mis labios en los suyos y dejándome llevar por la pasión que me pide mi cuerpo. Aunque no sea ella la opción más deseable para mí. Tengo que seguir con mi vida y tengo que dejar hacer la suya a Luna. Sin mí.

Nika me sigue el juego. Enreda sus manos en mi cuello y su lengua con la mía. Gracias al cielo me estoy poniendo cachondo y no dejo que la parte de mi subconsciente que grita que pare me domine.

Así que, cuando ya hemos dado suficiente espectáculo, me llevo a Nika a

mi casa.

Sí, ya lo sé. Nunca he llevado a una mujer a casa. Pero sólo porque nunca duermo con una mujer, porque temo dar un espectáculo lamentable en mitad de la noche con mis pesadillas y que luego todas mis mierdas se aireen en la prensa amarilla.

Sin embargo, hace días que no tengo pesadillas. Ya ni siquiera recuerdo lo que sueño. Porque tampoco he tenido sueños eróticos con Luna. Simplemente ando en un estado de sonambulismo perpetuo en el que ni siquiera soy capaz de diferenciar si estoy soñando o despierto.

Mi cabeza está rara y se ha convertido en una especie de habitación vacía que necesita ser rellenada con alguna experiencia que me recuerde que sigo vivo.

Al llegar a mi casa, Nika se desnuda antes incluso de llegar a la habitación. Cosa que hasta agradezco, porque en el último momento me he arrepentido de llevármela a mi cuarto, a mi cama. Creo que ese lugar voy a reservarlo todavía un poco más por si... bueno, por si la vida al final me da otra oportunidad.

Pero no voy a pensar en eso ahora.

Entre mis brazos, llevo a Nika desnuda hacia la habitación de los invitados y la suelto sobre la cama. Le beso con desesperación, intentando así concentrarme más en la tarea que tengo entre manos.

Me desvisto impaciente. Puedo hacer esto. Puedo dejar a Luna ser libre de mis paranoias y hacer una vida normal, lejos de mí. Puedo yo también seguir con mi vida, tal y como antes de conocerla la hacía.

Me pongo el condón rápidamente y me entrego a la tarea de dar y recibir placer del cuerpo de Nika. Ella parece disfrutar bastante y eso me ayuda a continuar, aunque me sigue costando más de lo normal rematar la faena. Pero al final lo consigo, tras dos orgasmos de Nika me corro y me desplomo en la cama, junto a ella.

Nika se enreda en mi pecho, lo acaricia y susurra algo sobre la pasión y lo bien que nos entendemos ella y yo en la cama. Yo asiento mirando al techo. No ha estado mal... tampoco ha sido nada del otro mundo...

Ella sigue hablando mientras yo emito gruñidos que simulan prestarle atención y pienso de nuevo en lo que dejé en Madrid. La sensación que experimenté después de hacerle el amor a la única mujer que se ha colado de verdad en mi corazón. Las risas. Las miradas. Ufff echo de menos esa mirada. Llenaba mi pecho con sólo mirarle a los ojos.

Un rato después Nika duerme a mi lado y yo me levanto sigilosamente, me fumo un cigarrillo y merodeo por mi casa hasta que al final, me siento en el sofá

del salón y pongo algo de música a un volumen bajo. Pongo una emisora de música española y fumo como un tonto.

Así pasan al menos dos horas hasta que escucho la canción que Luna un día cantó por petición mía en aquel bar.

Me levanto rápidamente y cojo mi móvil. Rastreo la canción y la guardo. “Comiéndote a besos”... Rozalén...

Fue muy bonito, mientras duró... Te recordaré siempre, Luna, mi Luna.

—Tristan, despierta. —Abro los ojos.

—¿Qué pasa? —Me despierto y veo a Nika, vestida con una de mis camisetas, frente a mí. Me he quedado dormido en el sofá. —¿Qué hora es? —Me levanto aturdido.

—Las diez. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir anoche. Bebí demasiado. —Nika me sonrío y creo que quiere algo.

—Lo pasé muy bien. Podríamos repetir...

—Tengo un día bastante ajetreado. Otro día mejor. —Me alejo de ella y me dirijo a la cocina.

—Tienes una casa impresionante. —Me dice abrazándome por la espalda mientras que estoy cargando la cafetera.

—Gracias. —Trato de sonar educado, pero distante.

—¿Por qué no reconoces ya que te gusto bastante? —Frunzo los labios y me giro.

—Nika, me gustas, sí, pero no para tener una relación contigo. Yo no busco una relación. Estoy bien como estoy. —Nika suspira.

—En Madrid pensé que te estabas pillando por la camarera esa... Ya veo que no. —Aguanto la respiración y trato de no mostrar mi debilidad por Luna. —Ni por ella ni por nadie. ¿Por qué eres tan duro? —Dice acariciando mi mejilla.

—Soy así. —Me encojo de hombros. —¿Quieres café? —Cambio de tema. Ella asiente visiblemente desilusionada por mi declaración. —Bien, desayunemos y después te llevo a casa. Tengo que ir después a clase de canto y de baile. —Vuelvo a girarme y sigo preparando el desayuno.

Nika se sienta en la mesa y guarda silencio mientras yo preparo el desayuno.

Durante el desayuno tampoco habla mucho.

—Al menos dime que te caigo bien. —Dice de repente.

—¡Claro! ¿Por qué no ibas a caerme bien?

—Cuando le conté a la camarera esa que habías pasado la noche conmigo pensé que me odiarías y que, si no lo hacías, sería porque yo te gustaba de verdad. Pero ahora estoy desconcertada de verdad.

—Aquello fue más culpa mía que tuya. —Confieso atormentado por el recuerdo y sigo comiendo.

—Entonces, te arrepientes... de haberme buscado aquella noche. —Nika me mira con tristeza y yo me siento lo peor del mundo.

—Sí, me arrepiento. No porque tú no me gustes, pero le hice daño a una persona muy importante para mí.

—Eso quiere decir que no estaba equivocada... esa chica te gustaba bastante, ¿verdad? No eran cosas mías. —Suspiro y asiento. —Esa mujer es imbécil. —Frunzo el ceño.

—No la conoces. No deberías hablar mal de ella. —Le amenazo con el dedo. —Ella actuó como cualquier persona con dignidad hubiera hecho. Arrastrarse por alguien que te ha traicionado no merece la pena.

—Por ti sí. —Su declaración me deja mudo.

—Termina el desayuno y vístete. —Me levanto de la mesa cansado de la conversación y me meto en la ducha.

El agua caliente me alivia un poco la sensación de frialdad en mi piel. Pero no rellena el vacío. No, yo no merezco su perdón. Luna es una persona pura, angelical, noble... y yo... un desalmado como mi padre. Algo que yo ya sabía desde que tuve uso de razón.

Estoy en el avión, está a punto de despegar, rumbo a Londres, en donde tenemos concertadas varias entrevistas promocionales de la serie.

A punto de apagar mi teléfono móvil, pero, de pronto, suena en mis manos y me llevo un susto ante la sorpresa.

Es John...

¿Qué querrá ahora?

—Hola John, estoy a punto de despegar. Habla rápido.

—Me debes una cena o algo. ¡Qué cojones! ¡Me debes una mariscada!

—¿Cómo?

—Pero en un sitio caro.

—¿De qué hablas, John?

—Mira en tu whatsapp y verás quién está aquí, en Los Ángeles, para hacer el casting como actriz secundaria de la película que vas a rodar TÚ. ¡Y gracias a mí!

—¿Y por qué no me lo dices tú, ya que me has llamado?

—Dejaré mejor que te dé la ansiedad esa estúpida tuya en soledad. —¡Será capullo!

—¡Genial! ¡Ríete de mí y de mis problemas! —Le grito. Todos en el avión me miran asustados, así que bajo la voz. —No tiene gracia, maldito loquero.

—La verdad es que sí la tiene. Y pagaría una fortuna por ver la cara que se te va a quedar. Lo he conseguido gracias a Joe, tu representante, y a Mila, que no tiene ni idea de cuál es el verdadero plan, así que tendrás que invitarnos a todos. ¡Buen viaje! ¡Ah! Y trata de que no te dé un infarto. Sería conveniente que volvieras a L.A. de una pieza y remataras tú solito la faena.

John me cuelga y yo le lanzo todo tipo de maldiciones al teléfono como si fuera a él mismo. Después abro el whatsapp.

—Señor, vamos a despegar, tiene que apagar el teléfono. —Me dice una azafata poniéndome ojitos.

—Sí, sí, voy. —Pero primero abro el whatsapp, más que intrigado.

En él me encuentro una jodida foto de Luna con Joe, mi representante, en el aeropuerto de L.A. y con Mila, que está irreconocible tras su cambio de look. ¡Joder! ¡Está aquí mismo! Nos hemos debido cruzar incluso.

Me levanto del asiento del avión y me dirijo hacia la puerta del avión.

—¡Señor! ¡No puede levantarse, vamos a despegar!

—¡Tristan! ¿Qué cojones haces? —Me dice mi compañero Jack. Lo miro. ¿Qué hago? No puedo irme y dejarlos a todos plantados... Tengo un jodido contrato con la promotora. Me vuelvo a mi asiento y llamo a John.

—Que no se mueva de L.A. hasta que yo regrese. ¿Me has entendido? ¡Dime que me has entendido, John! —Digo con firmeza.

—Tú vuelve pronto y... entero. Yo me encargo de lo demás.

—Eso espero.

—Ella estará aquí cuando vuelvas. Así que disfruta de tu viaje a Londres y ponte cómodo. ¡Ah! Y trata de dormir algo para tener una cara decente cuando vuelvas.

—¡Deja de tocarme los cojones y haz lo que te pido! ¡Joder! —Me tiembla el pulso.

—Señor, apague el teléfono, por favor. —Vuelve a insistir la azafata.

—¡Voy, joder! —La pobre chica se asusta ante mi grito. —Perdón, perdón.

Cuelgo y apago el teléfono, sintiendo como si mi corazón hubiese subido cabalgando hasta mi garganta. Tiro del cuello de la camisa que llevo, que parece que de repente quiere estrangularme. Tengo que garantizar que Luna permanezca en L.A. unos días más. Y tengo que hablar con Mila. Luna no puede saber nada. No quiero que huya. No...

LUNA

Ha sido todo una locura. Después del juicio la prensa rosa me ha seguido a dónde quiera que fuera y me han frito a preguntas sobre Tristan y la relación que tuvimos.

Por supuesto no he contestado nada.

Ni siquiera he vuelto a ir a la cafetería. He evitado por todos los medios salir a la calle.

Le he pedido unas semanas a Jaime, mi jefe, alegando estar en una situación bastante estresante y él me las ha concedido sin pensar. Él tampoco quería a la prensa rosa y todos esos paparazzis merodeando por la cafetería.

Ni siquiera he podido despedirme de Ana como es debido antes de viajar a L.A.

Mi teléfono no ha parado de sonar estos días y he tenido que contestar a todas las llamadas por si era Milagros o alguien de la Summit. Pero todo eran llamadas de paparazzis enloquecidos por saber qué me une a mí con Tristan Moore y sedientos de confidencias. Nada. No me une nada. Eso es lo que he contestado incesantemente y con convicción.

Así que a los nervios ya intrínsecos de tener que hacer un casting para una superproducción televisiva se suman los nervios por toda la locura que mi vida está experimentando.

No solo eso. Justo antes de despegar mi avión con destino a L.A., he recibido una llamada de mi abogado, Ramón, informándome que Juan también ha recurrido la sentencia del juicio y que el juez le ha dejado en libertad provisional bajo fianza hasta que se celebre el nuevo juicio. ¡Dios mío! ¡Cómo está la justicia en mi país! Aunque dudo mucho que Juan pueda conseguir los seis mil euros de la fianza, pero nunca se sabe...

De modo que me voy a L.A. más que convencida de lo que estoy haciendo.

Cualquier cosa que ponga tierra de por medio entre Juan y yo es buena.

Paso todo el vuelo con un nudo en el estómago que se acrecienta cuanto más corta se hace la distancia entre Tristan y yo. Voy a respirar el mismo aire que él en breve. Quiero verlo. Quiero besarlo. Quiero... No, no puedo querer eso. Aunque... quizá... ya lo he castigado lo suficiente y puedo intentar hacerle recordar lo bonito que era cuando estábamos juntos.

Además, tengo la presión de hacer bien el casting para no tener que volver a España en una buena temporada. No puedo fallar en esto.

Milagros va a mi lado. Es una chica muy simpática y alegre y me contagia de entusiasmo. Dice que confía en mí. Dice que va a salir todo redondo. Me ayuda con algunas líneas y practicamos juntas en el avión las escenas de los personajes para las que me voy a presentar.

Cuando aterrizamos, un tal Joe, que dice ser representante de grandes actores, nos recoge y nos da la bienvenida a L.A.

Milagros, que es una especie de “manager” para mí, dice que confía ciegamente en él y que estaría bien contar con su ayuda como mi representante. A mí eso ahora mismo me suena todo al cuento de la lechera. Primero tengo que hacer un casting y hacerlo bien. Después, si consigo hacerme con algún papel secundario, pensaré en todo lo demás.

Joe me cae bien enseguida y parece que a Milagros ya la conoce de antes. Así que nos sentimos cómodos los tres rápidamente. Joe me pregunta sobre mi formación. Le digo que estudié para profesora de música, le cuento mi afición por la música y le prometo por lo más sagrado que voy a hacer un buen casting y no voy a dejar a nadie indiferente.

Joe nos lleva hasta el hotel en el que Milagros y yo nos vamos a hospedar mientras estemos en L.A., dice que los gastos corren de parte de la productora, mientras se celebre el casting. Es un hotel increíble. Jamás había estado en uno igual.

Cenamos algo en el restaurante del hotel los tres y tenemos una amena charla en la que Joe me da muy buenos consejos para afrontar el casting, que empezará mañana y en el que sólo quedan dos vacantes por cubrir. Pero yo no puedo dejar de pensar en Tristan y en lo cerca que debo estar ahora mismo de él.

Cuando estoy sola, en mi habitación, decido buscar información sobre él en mi móvil. No lo he hecho casi nunca y dudo mucho que en internet esté su dirección o su teléfono, pero me gustaría mucho saber cómo puedo hacer para volver a verlo, aunque sea desde cierta distancia.

Lo que veo en internet no es lo que esperaba. Tristan está en Londres, según las últimas noticias sobre él y, para colmo, hay unas fotos nuevas de él con Nika, bailando y en actitud bastante cariñosa de hace un par de días atrás, justo de cuando yo estaba saliendo del juicio contra Juan.

¿Cómo he podido ser tan gilipollas de pensar que se preocupaba por mí?!
¡No digamos ya de echarme de menos!

Tiro mi móvil contra la cama y lanzo un grito de enfado.

Siento un par de lágrimas que quieren salir de mis ojos, pero no les consiento que lo hagan.

—¡Olvídate ya de él, Luna! ¡Y céntrate en labrarte un futuro mejor y, sobre todo, lejos de Juan! —Me grito a mí misma y me meto en la cama. —Esta noche va a ser una soberana mierda... Pero espero que pronto nos veamos las caras, Tristan Moore.

El primer día de casting es una de las cosas más emocionantes y a la vez más estresantes que he vivido. Me presento para dos papeles; el de la mejor amiga de la protagonista y también para el de la chica chunga que quiere quitarle el chico a la protagonista. Es un poco difícil meterse en el papel porque ninguno de los actores protagonistas está presente y, en su lugar, nos colocan unos maniqués que simulan ser ellos.

Yo me he aprendido bien todas las líneas y he practicado en mi mente y en la habitación de mi hotel cientos de veces, pero los nervios de sentirte observado cambian la situación por completo.

Aun así, lo recuerdo todo más que bien y, sobre todo, me dan a enhorabuena cuando represento el papel de la chica que le quiere quitar el novio a la protagonista. La verdad es que imaginarme que ese muñeco era Tristan y poder hablarle como a mí me gustaría hacerlo ayuda.

Por la tarde el casting sigue y en esta ocasión nos hacen cantar algunas canciones de las que se interpretarán en la película. Milagros me mira desde la grada y sonrío. Creo que satisfecha con lo que estoy haciendo.

Al terminar todo un día entero de pruebas nos dicen que volvamos al día siguiente con nuevas líneas aprendidas a la mitad de las participantes en el casting. Las siguientes pruebas se celebrarán en dos días. Según Milagros, eso significa que he pasado el primer corte y por la noche lo celebramos juntas yendo a un club nocturno para tomar unas copas y bailar un poco.

La vida en este lugar de la tierra parece tan diferente que me da la impresión de estar viviendo en un sueño.

Milagros es una chica alegre y muy amable. Bebemos y bailamos y nos reímos mucho.

Estoy en mitad de la pista de baile dándole todo cuando siento un cuerpo pegarse a mí por detrás. Me giro rápidamente y veo a un chico muy mono sonriéndome. Creo que quiere bailar conmigo y yo le sigo el juego. Milagros también está bailando con un hombre que acaba de conocer, así que no creo que

le moleste.

—¿Cómo te llamas? —Me grita el chico por culpa del volumen de la música.

—Luna, ¿y tú? —Grito yo también.

—Marc. Bailas muy bien. ¿De dónde eres?

—De España.

—¡Conozco Ibiza! —Grita de forma muy simpática y me hace reír. Ibiza... es uno de los lugares más conocidos de mi país, sin duda.

Sigo bailando con Marc que, aunque no lo haga demasiado bien, parece disfrutar de lo lindo de la música y de mi compañía.

Al cabo de unos bailes más, Milagros aparece en escena, me coge del brazo y me dice que tenemos que irnos. Parece enfadada. Algo le habrá pasado... Así que me despido de Marc con un beso en su mejilla y salgo del club con Milagros.

—¿Puedo volver a verte? —Escucho a mi espalda. Me giro y veo a Marc. ¡Qué mono! ¡Ha salido a buscarme!

—¡Claro! —Digo feliz.

—¡No! —Grita Milagros. La miro extrañada. —Tenemos mucho trabajo por delante. —Me aclara. Miro a Marc. Me gusta, es mono, y necesito ilusionarme...

—Vengo aquí siempre. —Me dice ignorando a Milagros. Le sonrío y le guiño.

—Vale. —Milagros tira de mí y yo no paro de mirar hacia atrás.

El chico era muy mono. Bueno, vale, no tanto como Tristan, pero si él está en otras cosas con otras mujeres no debo cerrarme en banda a conocer más hombres.

En el taxi, camino al hotel, Milagros no para de hablar y hablar y me da la impresión de que evita el tema.

—Mañana te prepararé bien para el papel de la chica mala. Creo que es el que más les ha gustado de ti y...

—¿Por qué no puedo conocer a algún chico? ¿Va eso incluido en el contrato? —Le reto. Milagros me mira y suspira.

—No, pero no sería conveniente.

—¿Por qué no? —Le reto.

—Eso te distraería.

—¿Es así la vida de los actores? —Trato de imaginarme un poco la vida de Tristan.

—¿Es eso lo que te preocupa? No te eches ahora atrás, Luna. Si te dan ese papel te pagarán cincuenta mil dólares por un rodaje de dos meses. Tendrás las dietas incluidas y el alojamiento. Creo que no está nada mal, ¿no crees?

—¡Cincuenta mil dólares! —Me escamo. —No, no, no me preocupa en absoluto. Sólo sentía curiosidad.

—Es mejor que no te relaciones con desconocidos ahora mismo. No debes revelar nada del rodaje y hay mucho cara dura por ahí suelto.

Las palabras de Milagros me hacen pensar que eso mismo lo habrá oído Tristan en infinidad de ocasiones. Sin embargo, no le importó conmigo. Cada rato libre que tuvo durante el rodaje de la serie me lo dedicó a mí... sin siquiera conocerme y exponiéndose a una desconocida.

Hoy los castings son mucho más duros. Ayer pasé prácticamente el día recluida en el hotel practicando. Hoy el nivel de los participantes es bastante más elevado y se ve que están más experimentados que yo en este ámbito.

Pero yo me esfuerzo todo lo que puedo en que mi papel suene creíble.

Cuando llega mi turno, sobre el escenario del teatro en el que se están haciendo las pruebas, el director de la película me da un montón de indicaciones de cómo tengo que colocarme para que se me vea bien en la cámara. Esa es la parte más difícil para mí, porque no estoy acostumbrada a filmarme ni a hacerme fotos. Dice que mi perfil bueno es el derecho, así que hago un esfuerzo para recordarlo en todo momento mientras hablo con el muñeco que han puesto como si fuese el actor principal e interpreto, como si me fuese la vida en ello, el papel de mujer enamoradísima y dispuesta a lo que sea por conseguir su amor.

—Tienes que sonar más desesperada. —Me grita Richard, el director, mientras digo las líneas del guion que me dieron. Cargo todavía más de desesperación mi voz. —Eso, así. Ahora levanta las manos y agítalas en el aire mientras le gritas. —Hago lo que se me pide. —Genial. Ahora llórale. ¿Puedes llorar? —Joder. ¿Llorar? ¿Así, sin más? Tendré que esforzarme.

—Sí, sí. Lo intentaré. —Digo mirando en la dirección de dónde procede la voz del director, aunque con los focos alumbrándome a la cara no puedo ver nada.

—Vale, pero escúchame. Olvídate del guion. —Me señala el director. —Me gusta mucho tu voz y como cantas, pero tienes que creértelo un poco más. —Me muerdo el labio. Necesito este trabajo. —Di lo que tú quieras decir, sólo piensa que el amor de tu vida de acaba de decir que quiere a otra y tú no estás

dispuesta por nada del mundo a dejar que ese chico se te escape.

—De acuerdo. —Digo temblorosa.

—Vale, vamos allá. Olvida que aquí hay más gente. Estáis solos, Ithan, que es el protagonista, y tú. —Cargo de aire mis pulmones y comienzo mi alegato. Me imagino hablando con Tristan, pues así me resultará más fácil.

—Ithan, te quiero, nadie va a quererte como yo, tienes que verlo. Esa mujer no te ve cómo te veo yo, jamás te hará feliz. Yo sería capaz de cualquier cosa por ti. ¿Por qué no eres capaz de quererme a mí?

—Muy bien, sigue. Trata de llorar.

—¿De veras no significo nada para ti? —Poco a poco siento llegar la humedad a mis ojos. Vamos Luna, llora, por lo que más quieras. Trato, para ello, de recordar la infinidad de insultos que recibí de Juan, sus palizas, violaciones. Pero nada surte tanto efecto como recordar el día en el que Tristan Moore, lo más bonito que me ha pasado en la vida, decidió irse y dejarme atrás dejándome claro que yo no era importante para él. —¿De verdad vas a apartarme de tu vida, para siempre? No es justo. Yo... te quiero. Quédate, quédate conmigo. —Digo con los ojos llorosos mientras acaricio el rostro del muñeco. —Haría lo que fuera por una noche a tu lado...

—Impresionante. —Escucho una voz proveniente de la oscuridad. —Richard, pruébala en el papel de protagonista. —Esa voz...

—¿Qué? Tristan, esta chica no tiene nada de experiencia y ya tenemos a Amanda Walls. —¿Tristan?! ¡Qué cojones...! Me tapo con la mano la luz del foco, a modo de visera, y lo busco. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Está aquí! ¡Mirando mi actuación!

Con las manos en los bolsillos y dedicándome una mirada de, ¿qué? ¿qué significa esa mirada? ¡Por favor, por qué es tan guapo! ¡No es justo!

—Amanda Walls ha puesto muchos inconvenientes para este papel, Richard, no sé, si se raja en el último momento estamos en un problema. —¿Qué está haciendo aquí? ¡Madre mía! ¿No estaba en Londres? ¡Está aquí! ¡A escasos metros de mí! Me mira con una sonrisa traviesa en la cara y se acerca al escenario en el que estoy. Sube cada peldaño que le lleva hasta mí con una calma aniquiladora y yo comienzo a temblar de pies a cabeza. ¡Viene! ¡Se acerca! ¡¿Qué hago?! —Me gusta como lo haces. —Me dice sonriente. Yo no puedo pronunciar palabra. Estoy en shock. —Richard, vamos, pruébala. —Pide mirando de nuevo al director, que permanece callado mientras observa cómo Tristan y yo nos miramos. —Mírala. Es perfecta. —Me señala. ¡Dios! ¡Perfecta! ¿Ha dicho eso de verdad?

—Sí, Pruébala Richard. —Añaden Joe y Milagros.

Yo no puedo apartar mis ojos de él. Después de dos meses sin verlo al fin lo tengo de frente.

Lleva el pelo más corto y una barba de dos días, y está más impresionante que nunca. Sus azules ojos brillan y también sonrían. Me muerdo el labio mientras pienso en todo lo que lo he echado de menos. Aunque, sobre todo pienso en todos los besos que le daría si pudiera.

—Esta bien. Probemos y veamos si hay química entre vosotros. Si no la hay, no perderé el tiempo en esto, Tristan.

—Veamos si la hay. —Me susurra Tristan desafiante.

Por un lado, quiero huir, salir corriendo. Esta prueba es demasiado dura para mí. Porque, me siento débil y a punto de un infarto por tenerlo de nuevo de frente. Por otro lado, me tiraría a su cuello y le suplicaría que me follara hasta que me matase.

—Probad la escena del beso. —Escucho al director y yo me giro rápidamente a mirarlo. ¡¿El beso?! ¡Dios! —Tristan, tu personaje, Ithan, le confiesa a Katy, que será interpretado por Luna, que ha besado a otra, pero que sólo fue una estupidez, porque realmente se ha enamorado de Katy y lo hizo porque no quería admitirlo. —Narra el director mientras yo siento la mirada de Tristan sobre mí de una intensísima manera. —Tú Luna, serás Katy. Tienes que decirle que no lo crees —claro que no lo creo —y que no puedes confiar en él —claro que no confío en él —pero, al final, sucumbes a su beso porque estás enamorada —claro que estoy enamorada. Suspiro. Esto no estaba en mis planes. No sabía que Tristan trabajaba en esta película. Pero... ¡es genial! Puedo besarlo sin sentirme estúpida por ello. Puedo tocarlo y sentir su piel sin tener la sensación de ser una estúpida por haberle perdonado todo sin esfuerzo por su parte. —Tú dilo como te salga, ¿vale Luna? —Asiento. —Bien, pues vamos allá.

Madre mía... sí, sí, vamos allá.

Miro a Tristan. Él clava su mirada en la mía levantando la cabeza en actitud chulesca, como si estuviese delimitando su territorio y su respiración se hace más ruidosa. Su mandíbula cuadrada me distrae, igual que su cuello. Me gustaría lamerlo y perderme en su aroma...

Carraspea y me recorre con los ojos. De arriba abajo. Se relame, cierra los ojos y gira su cuello. Como si estuviese buscando concentración en alguna parte de su interior. Cuando abre los ojos de nuevo sé que comienza la función.

—Katy, por favor, no te alejes de mí por un simple beso que no significó nada para mí. —Dice Tristan comenzando su alegato, mientras se acerca a mí y

me acaricia el rostro. ¡Ay! Conectar de nuevo con su mirada y con su piel me hace marearme. —Sólo quiero estar contigo. —Métete en el papel, Luna, háblale con el corazón en la mano.

—¿Que no significó nada para ti? ¿Cómo puedes ser tan frío? —Le acuso. —Puede que para ti no significara nada, pero para mí sí. Pensaba que yo te gustaba, pensaba que yo era especial. Sólo te has divertido conmigo. Y, de paso, me has hecho un daño inmenso. —Digo lo que siento. Es lo que siento. Mi mirada se vuelve vidriosa como reacción instantánea.

—Lo siento. No volveré a hacer una estupidez así. —Sus manos acunan mi cara y siento mi piel arder ante el contacto. Cierro los ojos para saborearlo y más lágrimas se me escapan. —Te quiero. —Dice. Abro los ojos rápidamente. Es todo cuanto quiero oír de sus labios. Aunque sea mentira. Pero su mirada parece sincera. Es un magnífico actor, no lo olvides, Luna. —No sabes cuánto. No sabes lo importante que eres para mí... —Apoya su frente en la mía e inspira mi aroma. —No me dejes. Te lo suplico. Estoy perdido sin ti...

—No puedo confiar en ti... —Digo en un hilo de voz. —Volverás a hacerlo. Volverás a fallarme...

—Antes me arrancarían los ojos. —No puedo frenar ya las lágrimas. He soñado con escuchar esas palabras tantas noches y... ahora las interpreta para mí. —Te amo, pequeña. —El corazón se me para. Pequeña... así solía llamarme. Sus labios se acercan lentamente a los míos y me falta el aire. Me siento caer en un abismo. Necesito besarle. Siento el roce de sus labios en los míos y aprieto los ojos. Va a besarme. —Mírame. —Su petición me traslada a tiempos mejores. Momentos que compartí con él. —No dejes de mirarme nunca. —Me pide y me besa con demencial lentitud.

Siento sus labios acariciar los míos y la humedad de su lengua surcar mi boca en busca de la mía. Mi cuerpo cobra vida propia y enredo mis manos en su pelo, apretándolo contra mi boca. Escucho su gemido y noto sus dedos aprisionando mis rizos. Me besa con desesperación, así como yo lo hago. Y me vuelvo loca en ese beso.

—¡Maravilloso! ¡Espectacular! —Grita el director y me separo de golpe de Tristan al recordar que sólo ha sido una interpretación. —Luna, ven conmigo a mi despacho. Tenemos que hablar. —Miro al director, después a Tristan y trago saliva. Tristan... Me has hecho tanta falta...

—Enhorabuena. —Dice sonriente. —Creo que tienes el papel protagonista. —Sacudo la cabeza y bajo del escenario, sintiendo la mirada de Tristan clavada en mi espalda.

Estamos en un angosto despacho Richard Carlin, que es el director, y yo.

—Luna, creo que Tristan y tú tenéis una química especial. Creo que podrías hacerte cargo del papel principal. Lo que acabo de ver ha sido impresionante. ¿Qué dices? —¿Yo? ¿Protagonista de una película? Ahora mismo no puedo pensar. Tras esa puerta está Tristan, el amor de mi vida y todavía siento el calor de sus labios en mi boca. —Sólo tienes que firmar esto y listo. Para mí está muy claro. Lo que acabo de ver ha sido impresionante. Mágico. Se respiraba la pasión. Firma, por favor. Puede ser una gran oportunidad para ti. —En ese momento la puerta del despacho se abre y veo aparecer a Joe.

—Richard, si no te importa me haré cargo de la negociación, junto con Luna. —Me sonrío. —Porque si no me equivoco te están ofreciendo un papel de protagonista. —Asiento con cara de póquer. —Estupendo. Puedo ser tu representante si quieres. —Dice sonriente.

—Va... vale. —Digo sin saber qué otra cosa decir. Estoy perdida en este mundo.

—Genial.

—¿Tú vas a representar a los dos protagonistas? —¿Cómo? ¿Joe es el representante de Tristan? Esto me huele raro.

—Así es. ¿Qué contrato le ofreces?

—Doscientos mil dólares más dietas, alojamiento y días de promoción. — Joder, doscientos mil dólares. Me siento mareada.

—Tristan dice que acepta trabajar con ella si le pagáis quinientos mil dólares y las mismas condiciones de dieta y alojamiento que a él. —Ay, dios. ¿Qué?

—Eso es mucho dinero para una principiante, Joe.

—Cuatrocientos mil. No bajaremos de ahí. Esta chica ha sido relacionada sentimentalmente con Tristan Moore por la prensa del corazón, así que ya tienes la mitad del trabajo de promoción hecho. —¿Están queriendo decir que van a jugar con mi vida privada? ¡Ah, no!

—Eso suena interesante... la mitad del márquetin estaría ya hecho con filtrar alguna foto de ellos juntos.

—Perdón, pero creo que se trata de trabajo, de interpretar un papel, no de interpretar una vida. —Interfiero. Ambos me miran serios.

—Luna, este mundo funciona así. —Me aclara el director y yo me quedo de piedra. —No tienes que acostarte con él si no quieres. Ni siquiera tenéis que besaros con lengua. Pero sólo con la posibilidad de que entre los dos protagonistas de una película romántica taquillera exista una relación haría a los

fans enloquecer y acudir en masa al cine. Sobre todo, tratándose de Tristan Moore. Incluso podríamos hacer un merchandising bueno. ¡Acepto cuatrocientos mil dólares! —Me tiende la mano. Yo me quedo planchada. Mi cuerpo y mi mente han desconectado y no sé cómo volver a despertar.

—Luna, es buena oferta. Hazlo. —Me anima Joe. Estoy bloqueada. Levanto la mano, pero sólo porque no sé qué otra cosa hacer y sello el trato.

—¡Estupendo! Mañana comenzarán Tristan y tú las clases de baile. ¡Y te pondré un profesor de canto de inmediato! ¡Esto va a ser la bomba! —Joe y Richard salen del despacho dándose palmadas en la espalda y yo todavía estoy en shock.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Lo has conseguido! —Grita Milagros que entra en el despacho del director, donde me hayo más que perdida. Me abraza y yo sigo sin poder responder. —Increíble. Ha sido increíble. Cuando Joe me lo propuso me parecía una locura, pero, ¡mírate! —Al final la abrazo cuando mis manos y mi cuerpo responden. —Sabía que tenías algo especial. Lo vi desde el principio. Gracias al cielo Joe nos ha ayudado y te han dado la oportunidad de oro para esta audición.

De pronto, levanto la vista y veo a Tristan sonriente, apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

—Enhorabuena. —Dice.

—¿Qué tramas? —Me separo de Milagros y me acerco un poco a él. Me mira extrañado. —No me mires así. ¿Joe es tu representante?

—Sí, ¿y? —Ni yo misma sé a dónde quiero llegar a parar. —La verdad que no tenía ni idea de que estabas aquí para el casting hasta hace dos días.

—No entiendo. ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué has pedido que me prueben en el papel de protagonista? —Tristan se acerca a mí con los brazos cruzados todavía.

—Porque sabía que podías hacerlo. Tienes talento y yo sólo te he dado una motivación.

—¿Y cómo lo sabías que tengo talento para ser actriz? ¡Yo no he fingido contigo en ningún momento! —Saco mi artillería.

—¿Quieres decir que yo contigo sí? —Me desafía levantando la cabeza de nuevo.

—Eh... yo esperaré fuera. —Milagros se va y me deja sola ante el peligro.

—Contéstame. —Vuelve a desafiarme con los brazos cruzados.

—Sí. Eso hiciste. —Imito su gesto.

—Sin embargo, la que se ha echado pareja de los dos eres tú. O eso es lo

que le dijiste a la abogada que te contraté. —Su gesto se vuelve más severo. —
¿Es eso cierto? ¿Estás con otro, Luna?

—¡Ja! ¡Esa sí que es buena! —Le grito y me pongo hecha una histérica. —
¡Tú no has parado de follarte a la pelandrusca esa de Nika desde que te fuiste de
Madrid y me vienes con esas!

—Nika no es una pelandrusca, Luna. —¿Me está vacilando?

—¿No? ¿Y cómo llamas a una persona que viene a mi trabajo sólo para
decirme que la noche anterior se acostó contigo para hacerme daño?

—Eso no fue culpa de Nika. Sólo mía. —Sigue mirándome impasible y
parece que enfadado conmigo. ¡De qué va! —Y no has respondido a mi
pregunta. ¿Estás con otro?

—¡Sí! —Miento llena de rabia. ¿Cómo puede ser tan cabrón?

—Eso es mentira. —Farfulla apretando la mandíbula.

—Aunque no lo creas, algunos hombres me consideran una mujer de valía.
Y me alegro mucho de haber dado con alguien así. —¿Por qué le digo esto? Es
como si sólo quisiese hacerle daño... ¡Y es lo que quiero! ¡Que pruebe de su
medicina!

—Eso no lo dudo. Pero ahora estás aquí, conmigo. Y ese tipo no está, por
lo que veo. Así que, sintiéndolo mucho, Lunita, voy a intentar hacer que te
olvides de ese tipo. Haré que me ames a mí. —Descruza los brazos y da un paso
en mi dirección. Yo me tensó y doy dos hacia atrás. Pero no puedo retroceder
más porque tengo la mesa del despacho tras de mí.

—No te acerques más. —Casi no me sale la voz.

—No me pienso alejar. Olvídalo. —Da otro paso más. Joder. Está justo
frente a mí. Siento su cálido aliento en mi cara. Me quema. —He soñado muchas
noches con esto. —Sujeta mi cara y lo miro embobada. —No me niegues tus
besos. Los necesito para respirar. —Sus labios impactan en los míos y me dejo
llevar por la necesidad que mi cuerpo tiene de Tristan. Pero, entonces recuerdo
que es un gran actor y que sólo está interpretando conmigo.

—No. —Me separo como puedo. —No voy a engañar a mi novio con un
cobarde que no fue capaz ni de despedirse de mí como es debido. —Tristan abre
los ojos. Creo que se siente dolido. Bien. —Sólo te besaré cuando sea
estrictamente necesario. Cuando el guion así lo diga.

Digo y salgo a toda prisa de su presencia y de ese despacho, o sé que
acabaré sucumbiendo a sus besos.

No quiero. No estoy preparada para esto ahora mismo. No me he
mentalizado para hacerle frente. Creí que nunca más lo tendría a mi alcance, de

hecho. Creí que la vida ya lo había apartado de mí para siempre. Pero la vida es más caprichosa de lo que uno puede llegar a imaginar.

Al salir del despacho salgo en dirección a la calle. Sin saber muy bien qué hacer. Pero necesito aclararme las ideas.

Milagros me sigue y me sugiere ir al hotel a descansar. Por lo visto, por la noche hay una cena en donde todo el elenco final de actores de la película cenaremos juntos, con la compañía del director, cámaras y demás miembros del equipo.

Voy a volver a verlo esta noche...

¿Qué digo esta noche? ¡Vamos a compartir hotel durante el rodaje!

Madre mía...

TRISTAN

Estoy soñando. Luna y yo vamos a hacer una película juntos, como coprotagonistas. ¿Será verdad que hay alguien ahí arriba y que además se ha apiadado de mí? ¿Merezco yo esa compasión? Sea como sea tengo que aprovechar la situación. No creo que se me den más oportunidades como ésta en mi vida. Maldita sea... pero tiene novio... ¡No! ¡No puedo amedrentarme por eso! Sé que dentro de ella sigue existiendo algo de lo que sentía por mí. Lo sé. Lo he notado en sus besos. Así que tengo que dar las gracias al cielo por tener de nuevo una oportunidad para hacer que se quede conmigo.

Aunque yo sé que detrás de todo esto está la mano de Mila, John y creo que Joe también se ha confabulado con esos dos.

Sé que Mila se sorprendió mucho de que yo al fin le hablase de sentimientos hacia una mujer y ella mejor que nadie conoce mi sufrimiento interno. Me imagino que, desde que me fui de Madrid, ha hecho lo posible por averiguar sobre Luna y cómo contactar con ella. Aunque dudo mucho que ella sepa que pretendo tener una relación con Luna, eso no lo permitiría nunca mi querida Mila. También me imagino a John, sabiendo como sabe lo mal que lo he pasado por Luna, haciendo lo posible por traerla a mí. Porque, como bien dice mi amigo, yo soy un inútil para estas cosas del amor.

Ha sido maravilloso volver a besarla, sentirla, acariciarla, mirar sus increíbles ojos. Hasta he podido decirle cuantísimo la quiero. Aunque fuera interpretando un papel. No creo que sea capaz de decir una cosa así en una situación normal. Pero, ha huido al final.

No sé qué se supone que debo hacer cuando Luna me rechaza o escupe sus frustraciones conmigo. Nunca antes había sentido algo así por una mujer y nunca antes una mujer que me interesara me había rechazado. Pero Luna lo hace constantemente, a pesar de que su cuerpo da muestras continuas de querer acercarse a mí.

Su rechazo provoca sensaciones desconocidas para mí. Por un lado, lo convierte todo en un juego emocionante e intenso. Por otro, me pone de los malditos nervios y me provoca mandarla a paseo, porque no estoy acostumbrado a que me hablen así. Pero sé que sería incapaz de hacerlo con ella.

Esta noche nos vamos a ver las caras de todos modos. Así que tengo que

planear bien mi siguiente jugada.

Cuando llego al hotel me instalo en la que será mi habitación. Muy cerquita de la habitación de Luna. ¡Ja! No tiene escapatoria.

Llevo una maleta con mis cosas. A pesar de que tengo mi casa aquí, en Los Ángeles, siempre me ha gustado alojarme en el mismo hotel que mis compañeros de rodaje. Y ahora con Luna como compañera, más aún.

He llamado a John. Necesito el consejo de alguien que no esté tan tarado como yo. Ha accedido a acompañarme esta noche, cosa que le agradezco enormemente.

En mi habitación, a falta de unos míseros minutos para que la cena del elenco de actores tenga lugar, mi amigo John me da las instrucciones pertinentes para que no cunda el pánico en mí durante la noche.

—Tristan, recuerda no perder el control.

—Tranquilo, John. Al final la mierda esa de la relajación funciona. Lo tengo bajo control. —Sonrío nervioso.

—Contigo nunca se puede estar tranquilo... Siempre encuentras la forma de cagarla. —Me dice el muy estúpido.

—¡Oye, no me jodas! ¡Te he traído para que me ayudes! ¡No para que me sermonees! —John aguanta la risa. —¡Dime ahora mismo que esa mujer se va a derretir en cuanto me vea! —Le amenazo con el dedo. —Me he arreglado más que para salir en la tele...

—Vámonos antes de que me me tire yo a tu cuello y te bese rendido a tus encantos. —Sigue mi amigo con la burla. Yo pongo los ojos en blanco.

En el ascensor, camino a la sala de reuniones que han habilitado en el hotel para celebrar nuestra cena y una pequeña fiesta, voy sintiendo náuseas y mareos. ¡Mierda! John me mira de arriba abajo. Tengo que demostrar que puedo con esto. ¡Vamos, Tristan! ¡No me toques los cojones! Para ya esta mierda.

—¿Estás bien? —Pregunta John cuando me ve con los ojos cerrados. Abro un ojo y lo miro.

—Joder, John...

—¿Qué sientes?

—Náuseas, mareos... ¡Mierda! ¡Joder! —Me pellizco la nariz.

—¿Ansiedad?

—No lo sé... me siento raro.

—Tranquilo —dice sujetándome de los hombros —son sólo maripositas.

Se abre la puerta del ascensor y John sale de él. Yo me quedo mirándolo y enfadado porque ese parlanchín sepa antes que yo lo que me sucede.

Se vuelve al ver que no he salido y me ordena con la mirada que le siga. Lo hago resoplando por el camino.

Cuando llegamos a la sala, Richard, el director, es el primero que viene a saludarme. Me da un apretón de manos y me suelta un rollo de que está muy emocionado con el futuro rodaje de la película y con la elección final del elenco de actores. Yo asiento a todo lo que me dice mientras busco a Luna con la mirada. ¡No está!

Varias actrices me saludan entusiasmadas y me dedican infinidad de cumplidos por mis trabajos anteriores. Sí, sí, muy bien... pero, ¿dónde está esa mujer del diablo?

Richard me señala mi lugar en la mesa, justo en el medio de la enorme mesa, y todo el mundo ocupa su lugar en ella. Comienzan a traer vinos, platos de canapés y entrantes para todo el mundo. Yo miro a John, que está sentado demasiado lejos de mí por orden del director, y con mi mirada le pregunto que dónde demonios está Luna. Él se encoge de hombros. ¡Maldita sea!

Pero, entonces, la puerta de la sala se abre y allí está. Enfundada en un impresionante vestido de noche plateado, más típico de Mila que de Luna, y con un precioso recogido, hace aparición la diosa de mi cuento. Me levanto por impulso. Menos mal que Richard también lo hace para saludarla y le indica que se siente en el lugar vacío que hay justo a mi lado. ¡Bien!

Luna me mira con miedo, pero obedece y se sienta.

Creo que Mila también ha llegado con ella, pero yo sólo tengo ojos para Luna. Me saluda parcamente al sentarse a mi lado y yo inspiro su aroma. Está tan cerca que puedo sentir el calor que emana su cuerpo. El corazón se me va a salir del pecho. Al fin está conmigo. Bueno... al menos, cerca.

—Hagamos un brindis por la pareja del año. —Propone el director refiriéndose a nosotros. Sonrío y la miro. Ella pestañea sin cesar, evitando mirarme a los ojos. —Por el amor de estos tortolitos y por que todo salga sobre ruedas. —Levanto mi copa, pero al ver que Luna está nerviosa y no sabe qué hacer, le sujeto de la barbilla para obligarla a mirarme.

—Por nosotros. —Le digo levantando mi copa. Ella asiente y choca su copa con la mía. Bebe rápidamente, prácticamente todo de un trago. Sí, está muy nerviosa.

La cena transcurre y no consigo que vuelva a mirarme. Luna apenas prueba bocado y bebe sin parar.

—Para de beber o voy a tener que llevarte en brazos a la habitación. —Le digo a la quinta copa de vino que veo en sus manos. Ella da un respingo al sentir

mi aliento en su cuello y al fin me mira.

—Necesito beber. —Me dice y parece que me está pidiendo permiso.

—¿Estás nerviosa? —Sacude la cabeza rápidamente para decirme que sí y sigue bebiendo. —Yo también... Tranquila, lo harás muy bien. —Intento infundirle confianza.

—¿Tú también estás nervioso?

—Ajá. —Parece sorprendida. ¡¿Cómo no voy a estarlo?! ¡La tengo a ella a mi lado! ¡Va a alojarse a escasos metros de mi habitación! ¡Vamos a trabajar juntos! ¡Codo con codo! —Pero me alegra mucho compartir esta experiencia contigo. —Mi mano busca la suya por debajo de la mesa y la acaricio. Ella quita su mano rápidamente.

—Yo no voy a ser otro trofeo para ti. —Me suelta de buenas a primeras, apartando la vista de mí y vuelve a coger su copa de vino.

—¿Por qué dices eso? —Me ofendo.

—Porque sé de tu afición a acostarte con las mujeres con las que trabajas. —Vuelve a mirarme y lo hace con recelo. —Milagros me lo dijo. —¡Qué! ¡Voy a matar a esa diabla!

—¡¿Ahora confías más en Mila que en mí?! —Luna tose mientras está bebiendo y yo le ayudo palmeando su espalda.

—¿Milagros es Mila? —Me pregunta escandalizada y alzando la voz. Menos mal que el resto de los presentes están todos enzarzados en conversaciones. —¿La Mila esa que era rubia y con el pelo largo que fuiste a ver cuando estabas en Madrid? —Asiento evaluando su reacción. ¿Todavía no le ha hablado Mila de nuestra relación? Eso sí que es raro...

—Sí, y si mal no recuerdo, no te caía muy bien. —Luna mira a Mila y luego a mí.

—¿Te acostaste con ella? —¡Vaya! ¡La gatita al fin demuestra su interés en mí! Me encojo de hombros y ahora el que bebe soy yo. Yo también sé jugar a esto, Luna. —¡Habla! ¡¿También me la pegaste con ella?! ¡¿Con mi manager?! —

—Luna, yo no te la pegué con nadie porque no teníamos una relación. Pero si me dejas que...

—¡Sí lo hiciste! —Mierda. ¿Me va a montar una escenita delante de todos? Miro a mi alrededor y no sé qué hacer. Al final aprieto los ojos y decido aguantar el chaparrón porque podría empeorar las cosas con Luna si la mando callar. —Te dije lo que sentía por ti —menos mal que ahora habla más bajo —y me prometiste que hablaríamos de ello. ¡Pero te fo...

—Luna, si quieres hablar de ello te sugiero que lo hagamos en privado. Yo

también tengo cosas que decir y...

—¡No tengo nada que hablar contigo! —Vuelve a girarme la cara y yo gruño. —Ya me dejaste claro el lugar que ocupó para ti. Y has tenido dos malditos meses para arreglarlo. Ahora que voy a dejar de ser una camarera mediocre es cuando te interesa aclararme cosas... ahora no hay nada que aclarar. —Miro al cielo. Dame fuerzas...

—No eras una camarera mediocre para mí. No te he menospreciado jamás. Sólo que tenía problemas que resolver antes de decirte que... —Luna vuelve a mirarme, esperando que termine mi frase —que... bueno... yo —me pierdo en sus ojos —quiero hacerte el amor. —Suelto. Es una forma de decir lo que no sé decir de otra forma. No sé hablar de amor. Y ruego para que Luna se haya percatado de las palabras que he empleado para pedir un acercamiento. —Estás preciosa...

—No voy a follar contigo, Tristan. No soy tu terapia. Olvídalo.

—Creo que no he empleado la palabra follar. —Le reto sosteniéndole la mirada. Ella se queda callada. Me mira de esa forma. Y sus ojos bajan hasta mis labios. ¡Ella me desea! ¡Lo sé! Sacude la cabeza y la vuelve a enfocar en su copa. ¡Es desesperante! ¡¿Qué más se supone que tengo que hacer?! —Ven a mi habitación esta noche. —Susurro en su oído.

—No. —Susurra ella.

Pero he notado la vacilación en su voz.

—Ven y te haré sentir el placer más intenso y prohibido. —Vuelvo a intentar. Luna se remueve en su asiento. Tarda en contestar. ¡Sí! Lo está meditando.

—No. —Vuelve a insistir.

—Luna, ven y déjame compensarte por la forma en que me fui. —Ahora abre sus ojos y me miran con rabia. ¡Ups! Creo que no he debido recordarle eso.

—No. Tengo novio. —Dice nítidamente.

Pongo los ojos en blanco y decido dejarlo estar hasta que vuelva a encontrar la fórmula para que se vuelva a relajar.

Y la verdad es que no tengo que esperar mucho. En cuanto terminamos de cenar, Richard Carlin hace un speech acerca de trabajar en equipo y la importancia de confiar en tus compañeros para acabar dando paso a la pequeña fiesta con música y cócteles que celebramos en ese mismo espacio en el que estamos.

Luna parece algo más relajada cuando la música comienza a sonar y los más animados incluso empiezan a bailar. Creo que en realidad está un poco

borracha.

Yo me hago con un par de cócteles y le doy uno a Mila, que ya está en la pista dándole todo. Cuando me ve llegar se aferra a mi cuello instándome a bailar con ella. Y lo hago. Necesito hablar con ella a solas.

—¡Qué guapo te has puesto hoy, Tristan! Se nota que el lobo ha salido a cazar esta noche... —Dice esa pequeña diabla de Mila.

—Mila, ¿por qué narices le has dicho a Luna que me follo a las chicas que trabajan conmigo?

—Es la verdad... siempre lo haces. —Me dice con esa vocecita irritante que pone cuando piensa que me está dando una lección.

—¡No me jodas! ¡¿Quieres espantármela?! ¡Sabes lo importante que es ella para mí! Deja de meterte en mi vida privada.

—¿Cuánto de importante es ella? —Me desafía.

—Eso a ti no te importa. —¿Qué pretende, que le confiese a ella mis sentimientos? Si a duras penas lo he podido hacer conmigo mismo.

—Sí que me importa. No voy a permitir que la hundas. Esa mujer ha sufrido mucho. John me ha contado lo del juicio, lo de los malos tratos, todo. —Hago una mueca de dolor al recordar esa parte y busco a Luna con la mirada. La encuentro dedicándome una mirada envenenada. Seguramente por estar bailando con Mila. —Escúchame, insensato, —vuelvo a mirar a Mila tras su reclamo —no voy a permitir que la machaques tú también. Esa chica tiene mucho talento. He conectado con ella y quiero ayudarla. —Frunzo el ceño. —Tampoco voy a permitir que te hundas más a ti mismo. Aléjate de ella.

—Luna no es de tu propiedad, Mila. Aunque tengas beneficios gracias a ella. Sé muy bien que no la ves así, te conozco. Pero Luna y yo ya somos mayorcitos para saber lo que nos hacemos. Y yo no pretendo machacarla, sino todo lo contrario.

—Cuando lo vea lo creeré. Porque hasta la fecha no te has comportado como un adulto con ninguna de las numerosas mujeres con las que te has relacionado. Ahora Luna tiene una oportunidad de oro para ser alguien en la vida. De modo que no la distraigas para tonterías. La necesito enfocada en esta peli.

—¡Yo pensé que me estabas ayudando a traerla de nuevo a mí! —Gruño.

—Y te estoy ayudando, Tristan. Aunque tú todavía no lo veas lo estoy haciendo. Esta va a ser una prueba de fuego para ti y tendrás que demostrar quién eres de verdad.

—¡¿Cómo me ayudas?! ¡Diciéndole que soy un capullo! ¡Me la estás

asustando, Mila! Deja de hacerlo o me voy a tener que poner serio contigo.

—A mí no me das ningún miedo. Así que te sugiero que te relajes o puedo ser todavía peor. Esta vez no voy a ser tu cómplice en tus estupideces, Tristan. No fuiste el único que lo pasó mal con aquella desgracia. Pero te has refugiado en eso toda tu vida. Si de verdad esta vez es diferente y te importa Luna realmente, demuéstralo. Crece de una vez y deja tus mierdas de una vez atrás. — Las palabras de Mila me enervan. Aunque tengo que admitir que algo de razón tiene.

—Pues entonces no te metas. —Me bebo el cóctel de un solo trago y me separo de Mila.

Voy directamente en busca de Luna, que tiene una cara de enfado muy graciosa. Cuando la tengo de frente me mira de arriba abajo y cruza los brazos.

—¿Qué? ¿Ahora toco yo? —No puedo evitar sonreír.

—Siempre estarás tú por delante. ¿Bailas? —Levanto mi mano. Ella la mira y vacila.

—No, gracias. —Aprieto los labios para no reírme.

—Vaya, una lástima. —Me guardo mi mano en el bolsillo. —Estás verdaderamente preciosa. Hasta con morritos y todo. —Levanta una ceja.

—Te has acostado con mi manager también, ¿verdad? Te has tirado a Mila, admítelo. —Me apunta con el dedo. Su voz suena cómica por culpa de la borrachera.

—No, Luna, Mila es...

—¡No me mientas! —Guau, nunca la había visto así de firme. —¿Y también has repetido con ella? ¿A ella también le contaste ese cuento de fobias raras y traumas de pacotilla? —Vaya, sí que se está poniendo dura.

—Nunca te he mentado, Luna. —Me pongo serio y mantengo una posición distante, con mis manos en los bolsillos.

—Ah, ¿no?

—No.

—¡Pues admite que te acostaste con ella!

—Pensé que tenías novio y yo ya no te importaba. Y no voy a admitir algo que no es cierto.

—¡Te he visto besarla en los labios cuando estuviste en Madrid! — Suspiro.

—Siempre ha sido su forma de saludarme, sólo eso.

—¡Ya! ¡Sólo eso! ¡Ja! ¡Y con Nika también te has saludado solamente! — Agacho la cabeza, avergonzado. —Creí que yo te importaba, Tristan. —Al fin

estamos hablando. Aunque sea con Luna borracha y hecha una furia. Algo es algo...

—Me importas. No sabes cuánto. —Confieso, pero me mantengo en mi posición defensiva. —Y también te puedo acusar a ti de lo mismo.

—¿A mí?! ¿Qué he hecho yo?

—No te importo ni un poquito.

—¡Mira, Tristan, no me vengas con cuentos! ¡Te demostré lo importante que eras para mí! Te di todo de mí, te elegí frente a todo lo demás.

—Yo también hice eso mismo, Luna. —Ella se calla y me mira creo que con ganas de llorar.

—¿Por qué dices que no me importas? ¿Cómo puedes tener tanta cara? He aguantado que fueras a ver a Mila cuando te estabas viendo a la vez conmigo, he soportado que la besaras en los labios en público, frente a mí, y, ahora mismo estoy prestándote atención después de haber elegido bailar con ella antes que conmigo. —Unas lágrimas se escapan de sus increíbles ojos y mi corazón se dispara.

—¡Eh! ¡Ven aquí! —Desisto de seguir haciéndome el duro e intento abrazarla, pero se resiste.

—No, déjame. —Llora.

—Luna, —la sujeto de los hombros y levanto su barbilla para que me mire —si fuera verdad que te importo algo habrías indagado en internet sobre mi vida y habrías averiguado que Mila es mi hermana. —La boca de Luna se abre hasta desencajarse. Se ha quedado pálida y de piedra. —Es mi hermana pequeña. Ella y mi tía Carolina son la única familia que me queda. Aunque ella use nuestro apellido materno, porque no quiere que la relacionen con nuestro padre. Pero es así. —Aprovecho su estado de shock para colocar sus manos sobre mi cuello. —¿Ahora ya puedes bailar conmigo? —Comienzo a mecerla sin esperar la respuesta y cuelo mi nariz en su cuello. —Mmmm, hueles tan bien... Te he echado mucho de menos, Lunita. —Sigue sin hablar. Se deja llevar por la música de LP “Muddy waters” y por fin siento la calma llegar a mi cuerpo tras tantas semanas añorando su cuerpo. El calor me abrasa y a la vez aplaca el frío severo que he sentido en mi interior desde que nos forcé a separarnos. —He pasado demasiadas noches sin mi Luna.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Me acusa, pero no se separa de mí, sino que apoya su cabeza en mi hombro.

—No me has dado oportunidad. Te llamé para disculparme y... explicarte algunas cosas. —La voz se me vuelve ronca al notar su nariz acariciando mi

cuello. ¡Joder! Se me pone dura en el acto. Creo que no he pasado un periodo tan largo sin sexo en mi vida como el actual. —Te vuelvo a pedir perdón. —Acerco mi cara a la suya para sentir el calor de su mejilla en la mía. Ella se restriega a la mía al notar el contacto, como una gatita mimosa.

—¿Qué quieres de mí, Tristan? No me hagas más daño. —Suplica con voz lánguida. Ya no suena tan dura. Miro a mi alrededor. Hay demasiado público para demostrarle con actos lo que quiero ahora mismo de ella.

—¿Es verdad que estás con alguien? —Calla. —No puedo culparte, pero, me partirías el corazón.

—No. No estoy con nadie. —Admite con su cara enterrada en mi cuello. ¡Joder! ¡Qué alivio!

—Vente a mi habitación, Luna. Conmigo. Toda la noche. —Levanta la mirada buscando mis ojos. ¡Dios! ¡Cómo me pone esta mujer! Sus ojos chispean y no es sólo por el alcohol.

—He bebido demasiado. —Confiesa y se ríe. Grrr, está borracha. Y yo necesito expresarle todo lo que siento sobria. De otro modo no me creerá nunca.

—Has bebido demasiado y no has comido nada. —Le regaño.

—¿Ahora eres mi papá? —Vuelvo a gruñir.

—Luna no tienes más mi paciencia. Yo no tengo de eso.

—¿Y qué vas a hacer si sigo tentándola? —Inesperadamente siento su mano sobre mi pantalón, justo encima de mi erección. Me aclaro la voz y miro a todos lados.

—Oye, aquí hay mucho público. Todos nuestros futuros compañeros de trabajo, para ser más exactos.

—Me da igual. —Me reta apretando mi miembro. ¡Joder! ¡Va a hacer que explote! —No necesito una imagen pública bonita, ni tanto dinero, ni lujos. Yo lo que necesito es sentirme viva. —Susurra con sus labios pegados a los míos.

—Estás borrachísima. —Sonrío. —Jamás te había visto tan indiscreta y osada. Por no decir lo bipolar. —Me burlo de ella. Levanta una ceja. —No hace ni un minuto estabas rechazándome.

—Cuando se me pase la borrachera volveré a ponerte en tu sitio, Tristan Moore. —Dice tambaleándose por el alcohol. La sujeto de la cintura para que no se caiga. —Pero, adivina qué quiero ahora. —Susurra en mi oído. —Quiero que me folles y me hagas olvidar toda la mierda que he tragado estos dos últimos meses, por tu culpa. —Trago saliva.

—Vamos a mi habitación. —Le pido y me la llevo de la mano. Sin esperar a su contestación.

Me despido apresuradamente del resto del equipo y veo a Mila dedicándome una mirada rencorosa a la distancia. Yo le sonrío triunfalmente.

Introduzco a Luna en el ascensor del hotel con rapidez. No tengo tiempo que perder. La deseo más que nunca. Ella se ríe con fuerza. ¡Voy a tener que darle una duchita para quitarle esa borrachera tan inoportuna!

—Esto es gracioso. —Dice. Me pone nervioso esa mirada tan maléfica.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Todo. Tú. —Se acerca a mí y dibuja mi pecho con uno de sus dedos. Me acelera de nuevo. —¿Sabes? Me juré no volver a caer en tus redes. —Ahora acaricia mi labio. Yo fijo mi mirada en los suyos. —Pero por esta noche voy a dejar que mi cuerpo haga lo que le dé la gana. Porque... estoy borracha y puedo permitírmelo. —Sin aguantar más la tentación de su cercanía me abalanzo sobre ella y me como sus labios en un beso lleno de rabia, deseo y anhelo infinito. Ella enreda sus dedos en mi pelo y tira de él. Gime.

—Joder, me vuelves loco. —La aprisiono contra la pared del ascensor y le clavo mi erección sobre su vientre. Vuelve a gemir y levanta la cabeza, dejándome vía libre para devorar su cuello.

—Fóllame Tristan. —Vuelve a pedirme y ya estoy fuera de control.

El maldito ascensor al fin se abre y enlazo mi mano en la suya para llevarla a mi habitación. Abro apresuradamente la puerta y ella entra. Al entrar, mira la enorme cama. Justo como el primer día que la llevé a la habitación en la que me hospedé en Madrid.

—Desnúdate. —Le pido sin aliento. Ella se gira y me mira.

—Hazlo tú. —Me pide. Me acerco lentamente a ella y saboreo su mirada cargada de deseo hacia mí.

—Sí, ama. —Nuestro juego vuelve a revivir de una forma instantánea y mágica.

Bajo lentamente la cremallera lateral de su vestido sin parar de mirarla y dejo que la tela se deslice hasta llegar al suelo. Me muerdo los labios al ver su pecho desnudo y, sin pausa, pero sin prisa, me agacho para quitarle las braguitas negras de encaje que lleva. Mientras beso su vientre y sus muslos.

La observo arrodillado y me recreo en su perfección.

—Ahora fóllame. —Suspiro. Me pongo en pie y la miro intensamente.

—Esta vez prefiero hacerte el amor, ama. Pero, sin duda, después de eso te follaré como un loco. —Le beso y Luna se tambalea al cerrar los ojos. Mmmm, creo que debería parar. Luna no está psicológicamente presente del todo. Sin embargo, no puedo pararla cuando ella comienza a desvestirme. La observo

embobado. Es la cosa más bonita que mis ojos han visto en la vida y... está aquí, conmigo, de nuevo. Ignoro la punzada en mi pecho, no puedo permitirme pensar en eso ahora.

—Ahora ya estás listo. —Dice cuando me desnuda del todo. Sigo quieto, mirándola, besando todo su cuerpo con mi mirada. —Vamos. —Tira de mis manos y me lleva hacia la cama, tumbándose ella bocarriba y colocándose sobre ella. —¿Qué pasa? —Pregunta. Sacudo la cabeza y sonrío.

—Nada, que eres preciosa. —Me besa de forma ardiente y enrosca sus piernas en mi cintura. ¡Ay dios!

—¡Ah, házmelo ya! Antes de que me arrepienta. —Me pide y yo me separo de sus labios al oírlo. —¿Qué? —Pregunta jadeante. —Ay, madre mía, todo me da vueltas. —Se queja tocándose la cabeza.

—Será mejor que descanses. Ya continuaremos cuando estés en condiciones de continuar. —Le digo sin saber de dónde saco las fuerzas y me recuesto a su lado. Suspiro y miro al techo. Este calentón inconcluso va a ser doloroso.

—¿Cómo? —Me mira herida. ¡Mierda! Ahora piensa que la estoy rechazando. Le acaricio la cara y me llevo sus labios hasta los míos. Le doy un dulce beso.

—No pienses ni por un segundo que te vas a librar de mí. Pienso hacer lo que esté en mis manos para arreglar lo que estropeé al irme de Madrid y dejarte a ti atrás. —Me mira confundida.

—No entiendo. —Arrastra las palabras. —¿No quieres hacerlo conmigo?

—Lo deseo más que nada en este mundo, —la abrazo y la recuesto sobre mi pecho —pero quiero que seas consciente de lo que haces cuando eso suceda y, sobre todo, no quiero que te arrepientas después. —Beso su pelo y la escucho suspirar.

—Me da todo vueltas. —Dice.

—Anda, duerme. Ya buscaremos nuestro momento.

Se acurruca en mi pecho y no tarda nada en quedarse dormida mientras yo acaricio su espalda. Sí, me he quedado con las ganas, pero, incluso así, esta sensación de tener a Luna durmiendo relajada en mis brazos es la mejor sensación que he tenido en mucho tiempo. Para ser sinceros, es el mejor momento de mi vida desde que volví de Madrid.

LUNA

—¡Tristan abre la puerta! —Un aporreo me despierta. ¡Au! ¡Mi cabeza! ¿Dónde estoy? —¡Tristan! ¿Dónde está Luna? ¡Abre! —¿Cómo? Me siento rápidamente en la cama y veo a Tristan desnudo, durmiendo junto a mí. ¡Mierda, yo también estoy desnuda! ¿Qué ha pasado?

Tristan se queja.

—¡Joder, Mila, déjame en paz! —Grita y se tapa con la almohada. Yo me quedo mirándolo estupefacta, tratando de recordar qué pasó la noche anterior entre Tristan y yo.

—¿Luna? ¿Estás ahí? —Vuelve a insistir Milagros al otro lado de la puerta. Miro hacia la puerta y sigo bloqueada. —¿Luna? —Finalmente voy a contestarle, pero siento la mano de Tristan silenciándome en el acto y empujándome hacia la cama. Le miro asustada.

—Shhh, no digas nada. Es una pesada. —Me pide. —¡No está aquí, Mila! ¡Vete de una vez! Habrá ido a las clases de baile. —¡Ay, las clases! Miro a Tristan con ojos aterrados.

—Voy para allá. —Milagros al final parece que se va.

—¡Las clases! ¡Tengo que irme! —Me levanto rápidamente. ¡Joder! ¡Es verdad! ¡Estoy desnuda! —¿Dónde está mi ropa? —Grito a Tristan. Él parece divertido con mi actitud. Sigue sentado y contemplándome con diversión.

—Creo que tu vestido se cayó por detrás de la televisión.

—¿Y tú de qué te ríes? —Le acuso. —¡No tiene la más maldita gracia que te aprovecharas anoche de mi borrachera para hacerme lo que te diera la gana! —La expresión de Tristan cambia en el acto.

—¿Cómo dices? —Se levanta y se planta frente a mí con una cara de enfado amedrentadora. —¿Que yo me aproveché de ti? —Me siento pequeña ante su repentino enfado y me quedo muda. —¡Por si no lo recuerdas, fuiste tú la que me pidió que te follara cuando descubriste que tus celos por mi hermana Mila eran del todo absurdos! —Maldición. ¡Es verdad! Ahora lo recuerdo. —Y yo quien te paró al final los pies para que no hicieras nada de lo que al final te arrepintieras. —¿Eso hizo? Y yo he supuesto que todos los hombres son como Juan, pero Tristan no es así... ¡Bueno, pero tampoco es un santo!

—Bien, mejor así. —Digo avergonzada y me doy la vuelta para buscar mi

vestido y escapar de su mirada acusatoria.

—¡Eh! ¡Mírame! —Tira de mi brazo y me vuelve a poner de frente. Miro su mano. No me gusta ese gesto. Creo que se da cuenta porque enseguida me suelta. —Tenemos que hablar, Luna. —Prosigue esta vez sin presionarme físicamente.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué? —Me pongo a la defensiva, me cruzo de brazos y levanto el rostro para demostrar una seguridad en mí que no siento. —¿Qué es eso que te ha costado dos meses sentir la necesidad de decirme? —Tristan aprieta los labios y creo que empieza a temblar. Me mira fijamente. —¡Vamos! ¡Habla! ¡Te escucho!

—Yo... —Se rasca la cabeza. —Uff, maldita sea... ¿Por qué es tan difícil? —Dice mirando al techo. Yo sigo de brazos cruzados. —Me ayudaría mucho que te relajaras. —Me acusa con el dedo y comienza a dar vueltas. —Mierda, no me vendría nada mal una pastillita ahora mismo. —Creo que piensa en voz alta.

—¿Por qué? ¿No eres capaz de ser sincero conmigo sin drogas de por medio? —Sigo en mis trece.

No te lo voy a poner nada fácil, Tristan. No tienes ni idea de lo que llevo sufrido por Juan y luego por ti. ¡Ni una más! Tristan me mira otra vez enfadado.

—¡No se te ocurra trivializar con mi problema! —Me grita y parece muy nervioso.

—Si tu problema soy yo sólo tienes que apartarte de mi camino. —Le reto.

—¡Luna, no tienes ni idea! ¡Es un jodido martirio para mí! Por culpa de ese problema no he tenido una maldita relación en mi vida. ¡Pero lo estoy intentando, al fin! —Sigue hablándome en tono de reproche.

—Sí, lo he visto. Estoy al tanto de tu relación con Nika.

—¡Eso es un golpe bajo!

—¡Ja! ¡El golpe bajo fue que salieras huyendo de mí! ¡El golpe bajo fue que te la follaras a ella cuando te confesé que estaba empezando a sentir algo por ti! —Tristan suspira y aprieta los ojos. Ojalá sienta vergüenza por lo que hizo. —Pero he salido de cosas peores, ¿sabes? Y conseguí olvidarte. —Me tiembla la voz. Tristan me observa levantando una ceja, incrédulo. ¡Joder! ¡Así no voy a poder ser actriz! —¡Sí! ¡Tengo novio y es...

—¡No sigas por ahí porque anoche también me confesaste que tu noviete ese no existe! —Vuelve a recriminarme. ¡Mierda! ¿Por qué hice eso?

—Pues... ¡bueno sí! ¡Pero no voy a olvidar lo que me hiciste! —Intento recuperar el control de la situación.

—¿Por qué no intentas escucharme primero, Luna? Escucha lo que tengo

que decirte, sé que he sido un capullo, pero...

—¡Sí! ¡Un capullo de órdago! ¡Y un egoísta!

—También...

—¡Y un gilipollas!

—¡Bueno, vale ya! —Me silencia. —¡Sí! ¡Y un gilipollas también! ¡Pero este gilipollas quiere arreglarlo, ¿vale?!

—¡Cómo! ¡¿Qué piensas hacer para que no me venga a la mente cada vez que te vea que preferiste follarte a Nika antes que hablar claramente conmigo de lo que yo representaba para ti?! —Estoy al borde del llanto, sin embargo, lo controlo como puedo. Tristan me dedica una mirada perdida. —¡Habría sido más valiente que me dijeras que yo no pinto una soberana mierda en tu vida!

—Pequeña, quería estar contigo, no con ella. —Me acaricia el rostro y yo me separo rápidamente. ¡No sucumbas!

—Sí... ya lo vi...

—Luna, padezco filofobia. —Dice con expresión de derrota y yo no sé de qué habla. —Es un miedo inmenso al amor. Lo de mis padres me marcó mucho de pequeño y me ha convertido en un inválido emocional.

—¡No me vengas con otro cuento como el de la somnifobia! —Le recrimino.

—¡Eh! ¡Eso también es verdad! Te lo he confesado sólo a ti. ¡Joder Luna! No tienes ni idea de la tortura que supone para mí irme cada noche a la cama. — No sé qué pensar ni qué decir, después de meses dándole vueltas, mi conclusión fue que me había tomado el pelo, pero el verlo así me hace de nuevo dudar. —Ni sabes el pavor que siento cuando creo que existe la posibilidad de que pueda existir amor entre una mujer y yo. Pero, contigo, fue distinto...

—¡¿Distinto?! ¡Huiste de mí! —Ahora sí se me escapa una lágrima. ¡No! ¡No caigas otra vez, Luna! Él te engañó y te usó, después se fue corriendo con el rabo entre las piernas y te dejó sola... muy sola...

—Sí, pero... sólo lo hice porque siempre he actuado así. Pero me costó un mundo dejarte, Luna, créeme. —Suelto una risa de incredulidad. —¡Es cierto! Pasé todo el tiempo que pude contigo porque necesitaba sentirte cerca, mucho más de lo que necesitaba alejarme. Pero al final... la cagué con Nika y creí que era justo para ti darte la oportunidad de olvidarme. —Suspiro. Olvidarlo... ¡Pues no he podido! Incluso ahora, que la rabia me domina, me muero por besarlo y entregarme a él. —Dime qué tengo que hacer para que me perdones. —Vuelve a coger mi rostro y esta vez le dejo. Me pierdo en su mirada azul. —Puedo intentar arreglarme, por ti. Si tú quieres...

—No soy una terapia, Tristan. —Sacudo la cabeza.

—Tienes razón. —Dice con los hombros hundidos. —Pero para mí eres mucho más que eso. —Vuelve a mirarme y me acaricia el labio inferior.

—¿Qué soy? ¿Qué es lo que buscas en mí ahora, después de todas estas semanas? —Pongo los brazos en jarra y le desafío con la mirada. —¡Vamos, Tristan, qué soy! ¿Qué es lo que buscas en mí? Yo también necesito salir de mis mierdas personales, ¿sabes? He vivido cosas que ni te imaginas y he tratado de no salpicarte a ti con ellas, porque para mí tú sí significabas algo. ¡Dime qué demonios soy yo para ti! —Tristan abre sus ojos y me mira intensamente. Su voz desaparece, pero sus ojos me hablan y me dicen que no es capaz de contestar esa pregunta. Su respiración se hace agitada. Aguardo largos segundos y no dice nada. —Quizá deberías primero intentar aclararte ese punto, Tristan. Antes de volver a marearme. —Me doy finalmente la vuelta y comienzo a vestirme. —Nos vemos en las clases de baile. —Lo miro por última vez y lo veo temblando, pero inmóvil, viendo cómo me largo de su habitación a toda prisa.

Me meto en mi habitación y controlo las ganas de llorar mientras me quito el vestido de la noche anterior, me ducho y me pongo ropa adecuada para las clases de baile.

Durante las clases de baile siento la mirada profunda de Tristan proveniente de la habitación contigua a la mía. Un enorme cristal es lo único que nos separa, y, al parecer también lo hace su “filofobia” o como sea que fuera que Tristan lo llamó. Él está con un profesor particular y yo con una profesora para mí, que me enseña las cosas básicas sobre baile de salón.

Agradezco el desgaste físico que proporcionan las clases de baile porque así, cuando llega la hora de la cena, cuando Mila y yo estamos en el restaurante del hotel, apenas tengo fuerzas para dar unos cuantos bocados e irme a la cama a dormir. Necesito descansar el cuerpo, pero también la mente.

Decido irme justo cuando veo a Tristan aparecer por el restaurante del hotel acompañado de Joe y su amigo John. Me mira con rabia y yo le aparto la mirada en el acto.

—Voy a dormir, Milagros. —Informo y me levanto.

—¿Es por él? —Me pregunta señalando disimuladamente a su hermano con la cabeza. Yo miro brevemente a Tristan y suspiro.

—Estoy cansada y mañana me espera un día duro.

—No dejes que te maree, Luna.

—¡Vaya! ¡Hasta su propia hermana sabe lo capullo que Tristan Moore puede llegar a ser! —Suelto con furia y me coloco el bolso en el hombro. —No te preocupes, no pienso dejarle.

—No es un capullo porque quiera, Luna. Tiene un problema. Siempre lo ha tenido. Y no tiene solución. Pero tú ahora no necesitas de esa mierda. —Las palabras de Mila, lejos de animarme, me preocupan mucho más. Me acerco a ella para que no pueda oírme nadie.

—Eres su hermana, recuérdalo. No deberías echar más mierda en su desquiciado mundo. —Mila sonrío y me alarma todavía más. —Ya veo que la locura es hereditaria. —Se ríe aún más. —Voy a estar apartada de ese maldito seductor del demonio, Milagros, lo tengo claro. No me trago nada de sus sucias tretas de folobia ni lo del sueño ni nada de esas gilipolleces. ¡No soy imbécil!

—Es filofobia. —Responde tranquila y sigue comiendo. Como si nada.

—¿Cómo dices? —Consigue atrapar mi atención y vuelvo a sentarme, frente a ella. —¿Qué sabes tú de eso?

—¡Soy su hermana! —Levanta una ceja. Como si fuese obvio que lo supiese.

—Entonces, ¿es cierto?

—Lo que me extraña es que te lo haya contado a ti. —Milagros deja la comida en el plato y me mira extrañada. —Al final va a ser cierto que eres diferente. —Se me para el corazón. La sangre se me agolpa en el pecho y comienzo a temblar.

—¡Cuéntamelo!

—Luna, no comparto en absoluto la forma en que mi hermano aborda sus problemas sentimentales, pero, aun así, no voy a darte información sobre mi única familia para que la vendas a la prensa rosa.

—¡Cómo! ¡¿Crees que no habría podido hacerlo ya si quisiera hacerlo?! ¡Genial! —Me vuelvo a levantar ofendida y con ganas de irme y mandarla a la mierda.

—Siéntate. —Me pide serenamente cuando ya me he girado. Me vuelvo y la miro, herida. —Te importa Tristan, ¿verdad? De verdad te importa. —Me quedo callada. Vuelvo a mirar a Tristan que hace un intento estúpido por ignorarme, sentado a sólo dos mesas de distancia de mí. —Siéntate. —Vuelve a pedirme y lo hago resoplando.

—¡Qué!

—Mi padre la mató. —Suelta de repente y se me hiela la sangre.

—¿Hablas de...

—Mi madre. Sí. La mató frente a Tristan. Y, bueno, frente a mí también. Pero yo tenía meses, no lo recuerdo. Tristan, sin embargo, tenía cuatro años y trató de despertarla de todas las formas posibles, durante... los tres días que tardaron en encontrarnos. —Mi mundo se para y siento un nudo gigante que no me deja respirar. Vuelvo a mirar a Tritan que se ríe con esa preciosa sonrisa, mientras pretende ignorar que yo estoy allí, al lado.

—No... —Mis ojos buscan al hombre que ocupa todo mi corazón y las lágrimas los inundan, convirtiendo su imagen en borrosa. Tristan... mi pobre Tristan... Ahora su sonrisa parece todavía más forzada.

—Sí. Así fue. Luna, mírame. —Vuelvo a depositar mi mirada vidriosa sobre Mila. —Mi hermano está roto. No puedes arreglarlo. Ni tú ni nadie. Porque lo que ha vivido lo ha traumatizado a un nivel que tú no entiendes. —Siento como me voy despedazando poco a poco por dentro. —No quiero que empeore ni que te haga daño a ti. Tú no lo mereces y... él tampoco. No puedes arreglarlo, Luna. Lo ha intentado todo. Si fracasa contigo su problema se hará mil veces mayor.

—Yo... yo no...

—No quieres hacerle daño, lo sé. Pero lo harás. Y él te lo hará a ti porque no puede darte eso que quieres de él. —Se me escapa una lágrima que borro de mi mejilla rápidamente. —No hay mujer en el mundo suficientemente fuerte para soportar la condena tan pesada de ese hombre. —Vuelve a señalar a su hermano. Vuelvo a mirarlo por un segundo y siento como si algo dentro de mí se rompiera en millones de cristallitos puntiagudos. Lo amo tanto... —Y sé que tú le gustas, mucho. —Dios. Le gusto. Mucho. No fue del todo una mentira. —Pero él ha encontrado la fórmula para que nada le empañe más su delicado estado mental, y así debe seguir siendo, lo entiendes, ¿verdad? No quiero que mi hermano sufra más, Luna. No entiendes la gravedad de la situación. Si te traje hasta aquí fue porque John, su terapeuta, me engañó para que lo hiciera. Pero no quiero llevarte de vuelta a Madrid. Creo que tienes potencial para alcanzar este sueño y una oportunidad de oro para hacerlo. Pero debes entender que Tristan no está a tu alcance en el sentido que tú deseas que esté.

—Sí. Lo entiendo. —Susurro casi sin aliento.

—Debes renunciar a otro amor dañino, Luna. Te lo estoy poniendo fácil. Te estoy contando lo que mi hermano lleva toda la vida luchando por borrar del dominio público. Ya has vivido suficientes desgracias amorosas, ¿no crees? Él es incapaz de quererte, solo serás un experimento desastroso para él. Porque se alejará de ti cuando sus demonios vuelvan a aparecer por su mente y, créeme, no

tardarán en aparecer. Ya has tenido suficientes mierdas en el amor. —Asiento derrumbada. —Y él también. Déjalo estar. Él acabará siendo como siempre y se olvidará del encaprichamiento que siente por ti. Siento haberte traído al centro de la hoguera, a mí me engañaron también y me siento víctima de un intento de terapia de choque que estoy segura que será nefasta para vosotros dos. Por eso quiero explicarte cuál es mi visión de la realidad de mi hermano. —Vuelve a mirar a la mesa de Tristan y le sonrío forzosamente. Tristan responde a Mila de la misma forma. —No me dijeron que mi hermano trabajaría en esta película. Fue una artimaña para traerte a sus brazos. Debí haberlo imaginado sabiendo lo que eras para él.

—¿Él pidió que me trajeran? Entonces, ¿no tiene nada que ver con mi talento? —Me siento mareada por tanta información que no sé cómo digerir.

—¡Claro que sí tiene que ver con tu talento! —Me riñe. —Pero ha sido más fácil que te tuvieran en cuenta gracias a esos dos y su complot.

—Necesito descansar. —Digo simplemente y me levanto de nuevo. No quiero echarme a llorar aquí, frente a todo el mundo. —Necesito pensar en soledad. —Mila asiente.

—Mañana iremos juntas a las clases de baile. Te recogeré en tu habitación. Aprovechemos esta oportunidad, Luna.

—Sí, vale... adiós...

Me pongo en camino a mi habitación sintiendo una tonelada de peso sobre mis hombros.

Jamás había pensado en Tristan Moore sufriendo una realidad tan dolorosa. El hombre al que amo... con todas mis fuerzas... el hombre que no he conseguido comprender, pero que, esta noche y gracias a la confesión de Mila, comprendo un poco más.

Pero, ¿por qué me ha querido traer hasta aquí? Si no puede amarme, si no puede sentir esto que yo siento por él. ¡Esto que él sabe que siento por él! ¿Para qué insiste? ¿Por qué no me deja seguir?

Por la noche no puedo dormir pensando en él. No me mintió cuando me confesó que tenía un problema. Lo que no me contó fue la magnitud de dicho problema. Yo he sufrido mucho por un mal amor, pero sigo viva. Afortunadamente.

He temido por mi vida en multitud de ocasiones cuando vivía con Juan, pero he sobrevivido a todos y cada uno de sus ataques. Tristan no. Parte de él murió cuando con cuatro añitos fue consciente de que su padre había apagado para siempre la luz de su querida mamá. Y, aunque no puedo hacerme cargo de

la magnitud del dolor que lleva desde entonces consigo, soy capaz de imaginarme una pequeña parte del mismo. Y me duele más que todas las palizas, insultos y humillaciones juntas que he recibido de la persona que un día decía amarme. Me duele porque yo amo a Tristan con todo mi ser y, ahora más que nunca, soy consciente de cuánto lo amo.

Siento una inmensa tentación de ir a su habitación, buscarlo y ofrecerle mi abrazo. Pero, como dice Mila, eso no haría más que hundirnos a los dos hasta el inframundo. Tengo que renunciar a él y tengo que hacerlo por los dos. Va a ser una tortura tener que mirarlo cara a cara durante el rodaje. Va a ser un infierno sentir el calor de sus labios sobre los míos para tener que volver a perderlo después de nuevo y para siempre.

Unas horas después de deshacerme en llanto sobre la almohada, escucho que alguien llama a mi puerta. Muerdo la almohada para ahogar mis gemidos de dolor. Sé que puede ser él y, muy a mi pesar, he prometido a Mila que me mantendría lejos de Tristan, para protegernos de un dolor aún mayor.

Sea quien sea, no insiste y se va. Cuando yo ya estoy levantada, frente a la puerta, acariciando la madera y mordiéndome los labios para llorar en silencio. Supongo que pensará que estoy dormida. Nada más lejos de la realidad. Esa noche no consigo conciliar el sueño y sólo hago imaginarme a un pequeño de cuatro añitos llamando a su mamá sin consuelo, a una bebé de pocos meses llorando desatendida en su cuna y, a un asesino despiadado sintiéndose victorioso tras la dura condena ejercida sobre el cuerpo de la mujer que decía amar.

¿Qué pasa por la mente de esas personas para llegar a hacer algo tan monstruoso delante de tus propios hijos?

¿Qué clase de amor es capaz de apagar el aliento de una vida para siempre?

¿Cómo puedes volver a mirarte al espejo tras algo así?

¿Cómo voy yo a poder aguantar el tipo y no caer en sus brazos si sigue insistiendo en un acercamiento dañino para ambos, pero a la vez, tan necesitado y deseado por mi alma?

TRISTAN

Luna está más que rara y me preocupa. No he querido insistir mucho en un acercamiento porque he entendido el mensaje por su parte: está muy dolida conmigo y no confía en mis intenciones.

Y lo comprendo y respeto. Yo solito me lo he buscado. Por eso he decidido darle un poco de tiempo y espacio para que se relaje conmigo, para que vea que no soy el mismo que se fue y la abandonó cuando más me necesitaba, para que entienda que no ha sido mi intención hierla. Simplemente no estaba preparado. En mis planes no entraba enamorarme y mucho menos ser correspondido. No sé qué hacer con unas sensaciones tan fuertes, impredecibles y peligrosas para alguien como yo.

Pero no quiero rendirme ahora. He pasado tantas horas recordándola, extrañándola e imaginándome otra clase de circunstancias entre los dos que, ahora que la vida la ha vuelto a colocar en mi camino, tengo que aprovechar la oportunidad. Aunque he de ser paciente. He de aprender a ahuyentar algunos fantasmas que aún rondan por mi cabeza cuando la siento cerca. Y he de hacerlo antes de prometerle cosas que no sepa cómo cumplir después.

Sin embargo, no soy tan fuerte. Hoy es la segunda vez que me hayo pegando en su puerta en mitad de la noche. Hace dos días también lo hice, tras verla tan fría y distante mientras cenaba a escasos metros de mí en el restaurante del hotel, con mi hermana Mila. Hoy la respuesta es la misma: el silencio.

Llevamos dos días sin mediar palabra más que un simple “hola” cuando nos cruzamos por los pasillos del hotel o en las clases de baile. Es cierto también que su entrenamiento en el campo del baile y de la interpretación está siendo duro, pues carece de experiencia en este terreno. Pero es buena. Tiene espíritu y sabe conectar con la gente, que es de lo que se trata, básicamente. Pero lo dicho, está rara, y ya no siento que me mire con rabia ni rencor, más bien con algo todavía más duro de digerir; dolor.

Mila no me da ninguna pista del extraño comportamiento de Luna y yo ya sé que de ella no voy a sacar ni media palabra. Mila nunca ha estado muy a favor de que yo intentase algún tipo de relación con una mujer. John, mi terapeuta y amigo, opina que es por la falta de referente paterno y materno. Desde que mi progenitor se suicidara tras haber asesinado a mi madre, sólo nos hemos tenido

el uno al otro y yo he sido más que un hermano mayor para ella. De pequeña me tenía idolatrado, ahora es ella la que se cree mi madre a veces, pensando que entiende mejor que yo mismo mi propio dolor y erróneamente, a veces, sabiéndose conocedora de qué es lo mejor para mí. Por supuesto, para mi hermanita, nunca será una mujer a mi lado que ocupe un lugar preferente ante ella. Esa pequeña posesiva... ¡cómo si alguna vez alguien pudiera ocupar su lugar! Espero que no sean celos absurdos los que la llevan a la conclusión de que una relación amorosa sería dañina para mí, al menos, no con Luna. Luna es diferente.

Tras llamar a la puerta de Luna, sin obtener de nuevo respuesta, me vuelvo cabizbajo hacia mi habitación.

Mierda. No me va a dejar explicarle lo que siento. Y mi estupidez mental tampoco me ha dado tregua en las pocas ocasiones en que he podido hacerlo. No soy capaz de ponerlo en palabras. Es demasiado duro para mí abrirme en ese aspecto. El otro día mismo, cuando me preguntó que era ella para mí, casi me da otro ataque de ansiedad. Menos mal se fue y pude cortarlo con las técnicas de relajación.

Al menos, sí que consigo dormir algo. Tenerla relativamente cerca aplaca un poco mi ansiedad y me llena de paz por las noches. Me hace sentir una mínima esperanza en mi pecho de que todavía puedo recuperarla. Y definitivamente me alivia saber que está bien, lejos de ese desgraciado de Juan y haciendo de su vida algo mejor. Ese tanto me lo tengo que apuntar yo, o, por lo menos, siento que algo de responsabilidad tengo en el salto de calidad que su vida ha dado. Mila se ha fijado en su talento porque sentía curiosidad por conocer a la mujer que me ha sacado un poco de la oscuridad. Joe ha confiado en ella para la audición porque sabía que mejoraría mi concentración y motivación en el rodaje de la película. Y John, mi gran amigo, ha hecho todo lo posible para convencer a Joe y a Mila de este plan, que espero que sirva para algo.

Es viernes. Son las siete de la mañana y ya llevo despierto al menos dos horas y media. Me he duchado, me he cambiado de ropa cinco veces para matar el tiempo y he bajado a desayunar al restaurante del hotel.

Ya son cuatro los días que llevo con Luna a mi alrededor sin dirigirnos la palabra y todavía no sé cómo acercarme a ella para hacerle confiar en mí de nuevo. Está tan liada con su entrenamiento para la película que no encuentro el momento de volver a iniciar un acercamiento. Y las pocas veces que está libre,

Mila siempre anda pululando por su alrededor.

Por eso me pongo tan nervioso cuando la encuentro hoy, sola, en la mesa del bufé del desayuno, sirviéndose el suyo.

—Hola —La saludo nervioso. Ella levanta la vista y al verme da un brinco.

—¡Hola! —Me sonrío. ¡Eh! ¡Esa es buena señal!

—Tus desayunos eran mejores. —Digo para tratar de sonar amable señalando la comida que hay frente a nosotros. Ella vuelve a sonreír, tímidamente, y sacude la cabeza. —Pero esa sonrisa acaba de mejorar este desayuno, sin duda. —Me mira con intensidad y parpadea.

—Tristan...

—Necesito un rato de intimidad contigo, Luna. —Vuelvo a suplicar. Ella contiene la respiración. —Por favor... No soy tan asqueroso como crees. Déjame que me explique.

—No pienso eso de ti. —Su gesto parece más blando ahora conmigo. Me pierdo en su mirada.

—Te echo de menos...

—No me hagas esto, Tristan...

—¿El qué? ¡Vamos, Luna! ¡No ha sido todo tan horrible conmigo para que no me des ni siquiera la oportunidad de hablar!

—No, no lo ha sido. —Ella suspira y agacha la cabeza. —Y por eso mismo es mejor quedarse con un buen recuerdo antes de hacernos más daño. —Su alegación me deja congelado.

—No voy a volver a hacerte daño, Luna. Créeme. Jamás te lo prometería si no estuviese convencido. —Vuelve a mirarme y creo que está luchando por no caer en las redes de nuestro amor. —Mírame. No voy a hacerte daño, Luna.

—Pero yo sí puedo hacértelo a ti.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso? —Suelto mi plato y me sitúo frente a ella. Sujeto su barbilla para que me mire.

—Por lo que me confesaste... tu problema con el amor. Yo... no sé ser sólo tu amuleto para dormir.

—Estoy solucionándolo. Puedo hacerlo.

—¿Estás realmente convencido de eso? —En ese momento veo que los ojos de Luna se posan en otra persona y se aparta de mí. Miro a mis espaldas y veo a Mila dedicándonos una mirada de recelo. —No me prometas cosas que no puedes cumplir. —Susurra en voz baja mirando a su plato.

—¿Qué te ha dicho? —Luna se pone nerviosa y no habla. —¡Luna!

—Nada que yo ya no supiera. —Dice muy nerviosa. —Yo ya sabía que tú

no estás hecho para lo que yo necesito.

—¡Habla! ¡Qué te ha dicho Mila!

—Hola, hermanito. —Mila llega hasta nosotros y yo la miro lleno de rabia. Ignoro su saludo.

—No me voy a rendir, Luna. Tenemos que hablar, tú y yo. A solas. —Me giro con mi plato de comida en las manos y me siento en una mesa. Solo.

Mila arrastra a Luna del brazo hasta otra mesa, distante a la mía, pero en mi campo de visión. Luna no deja de mirar en mi dirección y parece atormentada por lo que sea que mi hermana le esté diciendo.

Hoy es viernes. Por fortuna, la semana que viene daremos las clases de baile Luna y yo al fin juntos. Así que tendré tarde o temprano mi momento con ella.

Como durante el día tampoco consigo encontrar un rato a solas con Luna, pues está más que entregada al entrenamiento coreográfico e interpretativo, le propongo a Richard, nuestro director, que hagamos una especie de salida nocturna los del elenco de actores esta noche, con la excusa de así ir conociéndonos mejor. Aunque mi único fin es poder iniciar un fructífero acercamiento con Luna.

Richard accede encantado cuando lo llamo por teléfono para proponerle el plan y dice que él mismo se encargará de informar al elenco de actores y a sus representantes.

¡Por fin tendré mi momento!

Reconozco el bar en el que hemos quedado. Es una discoteca bastante selecta a la que mi hermana me ha obligado a venir más de una vez cuando ha venido a visitarme a Los Ángeles.

Me estoy empezando a poner de los nervios al ver que mi hermanita no se separa de Luna en ningún momento y que Luna, de nuevo, no deja de beber como una tonta. Además, lleva un vestido bastante corto que me está poniendo muy nervioso. Necesito tantísimo volver a sentirla que me cuesta mucho concentrarme en lo que Joe, mi representante y ahora también de Luna, me está contando sobre el rodaje.

—Y si el entrenamiento de Luna sigue así de fructífero como parece ser que lo está siendo, van a adelantar el rodaje a dentro de una semana o dos. —Me dice Joe y yo no aparto la mirada de Luna, que de vez en cuando también mira en mi dirección con una expresión de miedo absoluto.

—Ajá...

—Así, si termina antes el rodaje, podemos plantearnos que aceptes el papel en la película policiaca de la que te hablé. Estaría bien que te abrieses las puertas a otros estilos.

—Ajá. —Me levanto en el acto cuando veo a Mila desaparecer de escena. Creo que se ha ido al baño. ¡Tengo que aprovechar mi momento!

—¿Adónde vas? ¿Me estás escuchando?

—Perdona un momento, Joe. Esto es todavía más importante que la película esa. —Digo mientras me remango las mangas de mi camisa y me dirijo rápidamente hacia la barra, donde está Luna, nerviosa, bebiendo.

Se gira al notar mi presencia y da un brinco. Intenta beber de su copa, pero la freno.

—¿Qué haces?

—Luna, para, te vas a poner mala. —Le riño con dulzura.

—¿Qué más da? —Su expresión refleja preocupación y vuelve a demandar de su copa.

—¿Qué te pasa? —Abre los ojos.

—¿Por qué? Estoy bien. Más que bien. —Finge sin éxito y con la voz achispada.

—Te conozco. Algo te pasa.

—No importa... ya no...

—Cuéntamelo. —Tiro de su barbilla para que me mire. Sus ojos del color del caramelo líquido se me clavan y mi polla se estremece. Es tan bonita...

—No es asunto tuyo. —Me reta.

—Te equivocas. Cualquier cosa que te pase a ti es asunto mío. Muy mío. Aunque me odies.

—¡Ya te he dicho que eso no es así!

—Ah, ¿no? Si no me odiases me permitirías hablar, al menos.

—¡Has tenido dos malditos meses, Tristan! ¡Dos condenados meses que has dejado que pasen haciéndome pensar que estabas con Nika, que me manipulaste para acostarte conmigo y que ni te acordabas de mí! —Sus ojos se llenan de lágrimas. Quiero hablar, pero me vuelve a cortar. —¡Y ahora me vienes con que no me has olvidado, pero que tienes un problema que te impide enamorarte!

—Luna, eso...

—¡Sí! ¡Ya sé que es verdad, maldita sea! ¡Mila me lo contó! —Da un golpe con el puño en mi pecho. Ay dios...

—¿Qué te ha dicho mi hermanita?

—¡Qué más da! ¡Lo que había entre tú y yo se acabó y no puede volver a existir porque me acabaría enamorando perdidamente de ti! —Contengo el aliento. —¡No puede repetirse porque yo querría más! ¡Y tú no podrías ofrecérmelo! Ni siquiera puedo acercarme a ti, consolarte, ayudarte, estar a tu lado en las malas —confiesa y las lágrimas comienzan a rodar por su rostro. Me quedo paralizado —porque si hago eso me metería en un pozo sin fondo en el que me juré que no volvería a entrar. ¿No lo ves? ¿Es tan absurdo que me quiera mantener alejada de ti después de todo esto?

—No... —Confieso abatido.

—No puedes darme tu amor, ¿verdad? —Pregunta limpiándose las lágrimas. No sé qué decir. Lo estoy intentando, pero aún no lo he conseguido del todo. De hecho, estoy comenzando a hiperventilar. —¡Dime!

—No, todavía no. —Ella se ríe con tristeza y se seca las lágrimas con las palmas de sus manos. —Pero lo estoy intentando, Luna. Quiero hacerlo.

—Querer no es siempre poder, Tristan. Y sólo vas a conseguir que nos destrocemos. —Trago saliva.

Está renunciando a lo nuestro, a nuestro amor y... duele. Mucho. Muchísimo. Sobre todo, porque la culpa es sólo mía. Aunque sus palabras han frenado lo que estaba empezando a despuntar como un inminente ataque de ansiedad en mí. El hecho de que me esté diciendo que no quiere intentarlo me ha vuelto a hacer sentir que estoy a salvo del amor. Sin embargo, por una vez en mi vida, no quiero estar a salvo. Quiero el peligro de sus besos, de su piel, de su amor.

—No me dejes. —Casi no me sale la voz.

—Tristan, fuiste tú quien....

—¡No! —Le sujeto del rostro. —¡No te dejé! ¡No te he dejado en ningún maldito momento! ¡Has estado siempre aquí! —Me martilleo la sien con el dedo. Ella me mira de esa forma que... me mata. Quiere creerme. Lo sé. —De verdad. Luna, eres mi luz.

—Viene Mila. —Me anuncia y miro a mi espalda. ¡Mierda! —Ella no ve bien que hablemos. Tristan, para mí es muy importante conservar este trabajo. No puedo volver a Madrid ahora...

—¡Ven! —Tiro de ella y me la llevo a la pista de baile. Entre el bullicio pasaremos desapercibidos.

—¿Qué haces?

—Baila conmigo. —Poso mis manos en su cintura después de colocar las

suyas en mis hombros y la aprieto contra mí. ¡Siento su calor! ¡Su perfume! Me llena por dentro de cálida esperanza. —Déjame intentarlo. —Susurro en su oído y ella restriega su mejilla con la mía. —Si una vez estuviste a punto de quererme cuando menos te merecía, podrás hacerlo de nuevo ahora que quiero cambiar. Por ti. —Me mira y mira mis labios.

—¿Qué pasará si sale mal? —¡Se lo está pensando!

—Te dejaré que me fustigues. —Bromeo y ella al fin libera una de esas risas tan adorables.

—No quiero hacerte daño.

—Pequeña, daño me harás si me rechazas.

—¡No es justo! ¡No puedes hacerme ese chantaje!

—Es verdad. Es verdad. Eres libre de rechazarme. Pero, te perseguiré día y noche. —Apoyo mi frente en la suya. Comienzo a sentir los dedos de Luna masajeando mi nuca y mis ansias por besarla se disparan. —Luna...

Voy a besarla, no puedo más. Ella parece desearlo tanto como yo. Así que acerco mis labios. Lentamente. Casi puedo rozar los suyos...

—¡Aquí estás! —Joder con mi hermanita. Mila tira de Luna y me la arranca literalmente de los brazos.

—¡Mila, qué coño...

—¡Calla! —Me ordena la condenada. —Mira, Luna, a quién me he encontrado preguntando por ti. —De repente veo que un tipo al que no conozco viene con mi hermana y le dedica una mirada muy acaramelada a Luna. Ella parece sorprendida. ¿Quién cojones es éste? —¡Es Marc! Dice que tiene ganas de bailar contigo y, como yo sé que te hacía tilín, te hemos estado buscando. — ¡Qué! Miro a Luna, que parece horrorizada por lo que dice mi hermana, pero no niega nada.

—¡Ey! ¡Hola! —La saluda el tipo. Es todo sonrisa y músculo. —Es verdad, Luna. Tenía ganas de bailar contigo. Llevo días viniendo a ver si volvía a verte. Baila conmigo. —Le tiende la mano. —¿Puedo? —Me pregunta a mí el muy cabrón.

—Es la señorita quien decide. —Contesto en un gruñido. Luna me mira sin saber qué hacer, mira a Mila y... maldita sea, coge la mano del tipo y se pone a bailar con él. ¡Joder!

En décimas de segundo han desaparecido de mi vista entre el gentío. Luna... bailando con otro... dándole su calor, su... ¡no, no, no!

—Vamos, Tristan. Déjala. No quiere que la distraigas de su camino. —Me dice Mila tirando de mi brazo. Le dedico una mirada endemoniada y me suelto

en el acto.

—¿A qué juegas?! —Ella se asusta al verme tan fuera de mis cabales. Creo que nunca antes le he gritado a mi hermana. —¿Qué cojones te crees que haces, Mila?!

—Protegerte... —Susurra atemorizada.

—¡Pues no quiero tu puta protección! ¡Quiero que dejes de interferir entre Luna y yo! —Le grito encolerizado.

—Tristan, este juego se te está yendo de las manos. —Mierda, el cuello de la camisa me aprieta. No puedo respirar. Me desabrocho el primer botón de la camisa sin dejar de emitir llamaradas por mis ojos en dirección a mi hermanita. —¡Mírate! Te está dando un ataque de ansiedad, ¿verdad? ¡Eso es por no dejarlo estar con Luna de una vez! Te estás poniendo en peligro, debes calmarte.

—¡No tienes ni idea de los dos malditos meses que llevo desde que me fui de su lado! ¡No sabes el horror que he vivido! ¡ESO SÍ QUE HAN SIDO ATAQUES DE ANSIEDAD, MALDITA SEA, NO ESTO! —Mila me mira sorprendida.

—Entonces, ¿por qué la dejaste? ¿por qué te fuiste si de verdad te gustaba?

—¡No me gustaba, Mila, me había enamorado de ella! —Mila contiene un grito en su mano. —¡Sí! ¡Estoy condenadamente enamorado de esa mujer! — Señalo al gentío. —Y estoy dispuesto a lo que sea por recuperarla. ¡¿Me oyes?!

—Tristan Moore... he esperado toda mi vida para escucharte decir algo así. Lo has dicho. Lo has hecho. —Joder, es verdad. —Pero... no estás preparado. Tú lo sabes.

—Mila, te lo ruego. Cree un poquito más en mí. No me niegues tú también la oportunidad de vivir algo real. Ya bastante me lo he negado yo mismo.

—Esta bien. —Suspira —Ve por ella. Pero estaré atenta por si caes. No puedo perderte a ti también. —Las lágrimas de mi hermana y su caricia en mi rostro me reblandecen.

Pero vuelvo a buscar a Luna con la mirada entre el gentío. La encuentro, en brazos del tipejo ese, que intenta robarle un beso y ella trata de zafarse sin éxito de él.

—¡Maldito cabrón! —Comienzo a empujar a gente para abrirme paso hasta ella. —¡Suéltala ahora mismo! —Grito encolerizado a ese mequetrefe asiéndolo del cuello de la camiseta. —Vete de aquí o te parto la cara, imbécil. — Le escupo con rabia.

—¡Eh, amigo, tranquilo! —Me suplica acojonado.

—¡Para! —Luna tira de mí y la miro lleno de rabia.

—Te estaba molestando.

—Pero ya se va. ¿Verdad, Marc? —El tipo asiente, asustado, y al fin lo suelto.

—Ya me voy, sí. —Sale huyendo como un gallina.

—¿A qué ha venido eso? —Me acusa Luna.

—¿Que a qué ha venido?! ¡Se estaba proparasando contigo! ¡Debería partirle la cara! —Me vuelvo a buscar al tipejo.

—¡No! —Vuelve a tirar Luna de mí. Estoy enloquecido. —Eh, mírame, mírame —pide y me aplaco un poco al conectar con su mirada y al sentir la calidez de sus manos en mi rostro. —No ha pasado nada. —Sin decir nada más me lanzo a sus labios y los beso como si fuese el último instante de mi vida. ¡Dios, y cómo me aplacan sus besos! Ella contesta con las mismas ansias a mi ataque y comienzo a sentir sus manos resbalando por mis brazos y aferrarse a mi pelo. —Tristan... —susurra igual de perdida que yo.

—Bésame. —No le dejo separarnos y entre besos voy guiándola hasta el fondo del local, hasta estamparla contra la pared.

Si me estoy condenando más por esto, sinceramente, ahora mismo me da igual. Si la estoy condenando a ella, no puedo evitarlo. Ella es lo único que me ha llenado el pecho de vida de verdad.

LUNA

Tengo una maraña de sentimientos en mi pecho que no me dejan pensar con claridad. Creo que Tristan me está intentando decir que le importo de verdad. Que quiere intentar curarse de su miedo al amor conmigo. Y yo... yo quiero que lo intente. Aunque Mila me haya convencido que no es buena idea. Aunque Tristan Moore me haya hecho un boquete en el alma cuando se fue, cuando se acostó con Nika, cuando me traicionó.

Siento sus labios devolverme a la vida de nuevo. Siento su lengua revivir mi alma. Estoy perdida y no quiero otra cosa más que estarlo. Así. Para siempre. Perdida en él. Sus manos se deslizan por mi cintura y se cuelan por debajo de la falda de mi vestido. ¡Oh, joder!

—¡Tristan, para! —Digo casi sin aliento.

—Te necesito. —Dice en un gemido sin intentar pararse ni un poco y besando mi cuello. ¡Me voy a derretir!

—Para, nos están fotografiando. —Digo cuando me percató de algún flash en nuestra dirección. Tristan gruñe y se separa.

—Vamos a mi casa. —Sonrío.

—Dirás al hotel.

—No. A mi casa. Ya. —Tira de mi brazo y me hace salir así del club en el que estamos.

Por el camino veo a Mila que me mira alucinada. Yo me encojo de hombros y me agunto la risa ante la ridícula situación.

En el parquin del club, Tristan se para justo frente a un descapotable impresionante negro.

—¿Esto es tuyo? —Casi no tengo tiempo de admirarlo por fuera. Tristan lo abre apresuradamente y me abre la puerta del copiloto desde dentro.

—Sí. Entra. Ya. —Lo hago con cara de alucinada. Tristan arranca el coche y hace una maniobra rápida para salir del parquin a toda prisa.

—¿Vas bien para conducir? —Me mira de reojo.

—Yo sólo me he tomado una copa. ¿Vas bien tú para no arrepentirte de lo que pienso hacerte? —Me desafía.

—No voy a arrepentirme. —Confirmo. Tristan suspira sin dejar de mirar la carretera. —¿Por qué a tu casa?

—No quiero más irrupciones estúpidas de Mila, ni que te siga convenciendo de que lo mejor para ti es que estés alejada de mí. No voy a correr más riesgos contigo. —Pronuncia con la mandíbula apretada.

—Yo soy quien toma mis decisiones. —Me vuelve a mirar de reojo, pero no dice nada más.

Llegamos a la entrada de una impresionante mansión y Tristan acciona un mando a distancia que hace que se abran las verjas de ese majestuoso lugar. Yo miro a mi alrededor, alucinada. No sólo es su casa, todas las de alrededor son sacadas de las revistas. ¡Madre mía!

El coche de Tristan se para frente a la puerta de una inmensa mole de mármol blanco. Ni siquiera ha aparcado el coche bien. Sale apresuradamente del vehículo y yo lo observo moverse con rapidez alrededor del coche, abre la puerta de mi lado y me tiende la mano.

—¡Vamos! —Me ordena con evidente tensión en el gesto. Miro su mano y me asedian las dudas de nuevo. ¿Debo entrar? Si le miro a los ojos no podré pensar, sé que diré que sí a todo lo que me pida. Pero tengo que ser fuerte. Por una vez en mi vida tengo que serlo. —¡Vamos Luna! —Vuelve a insistir. Vacilo y le miro a los ojos. Tristan suspira y se agacha hasta que su mirada queda a la altura de la mía. Me coge de ambas manos y las acaricia. —Si quieres irte te llevaré, pero, si me has echado la mitad de menos de lo que lo he hecho yo, me dejarás al menos esta noche para decirte todo lo que tengo que decirte de la única forma que sé hacerlo. Después, respetaré la decisión que tomes, sea cual sea. Pero déjame esta noche al menos, Luna, por favor.

—De acuerdo. —Digo sin pensar y poso mi mano en la suya.

Tristan cierra los ojos y suspira. Salgo del coche de Tristan y enseguida me encuentro en sus brazos. Me abraza con fuerza y yo siento como mi cuerpo se mezcla con el suyo. Siento que estoy en mi hogar. Siento que recupero la ilusión, las ganas de vivir, el amor de mi vida.

—Vamos adentro. —Le sigo cogida de su mano. Sin dejar de suspirar por el camino.

Me siento inflada por dentro de un millón de sensaciones distintas que me abrasan en mi interior.

Tristan abre la puerta con torpeza. Está nervioso. Nunca lo había visto así. Al abrirla, me hace un gesto con la mano para indicarme que entre. Lo hago.

Miro a mi alrededor y veo que el lujo lo ocupa todo. ¡Es impresionante! Cuadros impresionistas, muebles de diseño... Y me hace recordar sus palabras durante la entrevista que hizo para un canal de televisión refiriéndose a mí. Yo

no pertenezco a este mundo. No pertenezco a su mundo...

Aunque ahora esté un paso más cerca gracias a la película que vamos a rodar juntos. Pero, ¿qué pasará conmigo después de esa película? ¿qué pasará con lo nuestro? Mila dice que Tristan siempre acaba teniendo aventuras amorosas con sus compañeras de rodaje. Nada serio, claro está, sus taras mentales no le permiten llegar a más. No le permiten llegar a más. No le permiten llegar a más...

Inesperadamente vuelvo a sentir los labios de Tristan sobre los míos y me dejo llevar por ese beso tan necesitado por una parte enorme de mí, aunque una pequeña voz me grite en mi interior que me vaya de aquí, que me aleje de él. Tristan no pierde el tiempo y comienza a desabrocharme el vestido, sin dejar de besarme, guiándome de espaldas hacia el interior de su templo de veneración. Me dejo llevar. No tengo las fuerzas suficientes para pararlo. Ni quiero hacerlo, para ser sinceros.

Le he dado el beneficio de la duda, por esta noche.

—¿Adónde vamos? —Pregunto sin aliento pegada a sus labios.

—Al oscuro rincón de mi corazón que necesita de tu luz, Luna. —Abre una puerta a mis espaldas y así, de espaldas, me hace entrar en la habitación. Sus besos me distraen y no puedo ni parar a mirar a mi alrededor. Yo también comienzo a desvestirlo justo después de tirar mi bolso al suelo. Necesito sentir su piel. Él me observa embobado mientras le quito la camisa y desabrocho sus pantalones. Me ayuda para quitárselos y desliza mi vestido hasta el suelo. —¿Quieres que siga contándote lo que eres para mí? —Pregunta cuando ambos estamos ya en ropa interior, acariciando con uno de sus dedos la piel que cubre mi clavícula y siguiendo en dirección a mi ombligo. Me deleito en la visión de su escultural cuerpo.

—Sí, por favor. —Susurro embebiéndome de su mirada azul. Sonríe. Me vuelve a besar y desabrocha mi sujetador en un gesto rápido y ágil, dejándolo caer por mis hombros y perderse en el suelo de la oscura habitación.

—Eres lo más bonito que he tenido nunca en mis manos. Por favor, perdona lo que te hice. —Me asombro al ver en sus ojos un brillo que parece contener emoción. Aunque Mila me dijo que él nunca llora. Por nada ni por nadie.

—Quiero saber qué soy para ti. —Pido. Tristan asiente con un suspiro y se acerca para besar mis labios, después mi cuello y por último mis senos. Mi piel arde en deseo y cierro los ojos para degustar la sensación, echando mi cabeza hacia atrás. Sus manos bajan mis braguitas y, al llegar al suelo, mis pies las

destierran lejos de mí.

—Eres la única que ha llegado hasta aquí. —Me dice y abro los ojos para adivinar a qué lugar se refiere.

Tristan está desnudo y eso hace que casi consiga distraerme del mensaje. Pero no. Lo veo. Justo detrás de él. Sobre una enorme cama negra. Un reflejo artístico del mensaje de advertencia que Mila y el propio Tristan me llevan emitiendo desde siempre: un enorme cuadro de Cupido herido por las flechas del amor.

Ya conocido por mí. Es una réplica del que vi una vez, en Madrid, en su cama.

No puedo evitar que las lágrimas se me escapen.

“Él está roto, Luna, no puedes arreglarlo”. Las palabras de Mila retumban en mi cerebro.

—Tristan...

—No llores. Ven. —Tira de mi mano y me lleva junto a la cama. No puedo dejar de mirar el cuadro y, al ver mi cara de estupor, él también lo hace y suspira. —Siempre pensé que era como él, pero ya no. Al menos, puedo intentar evitarlo. —Dice y no sé a qué se refiere.

—¿Como él?

—Como mi padre. Es una larga historia...

—Lo sé. Sé la historia. —Confieso rota y él me mira aterrado.

—¡Yo jamás te haría daño, Luna!

—Lo hiciste.

—Sí, lo hice. Y sé que soy un maldito y que no te merezco por ello. Sé que no soy digno de alguien como tú, pero quiero cambiar eso. —Me acaricia el rostro.

—No me hiciste daño porque fueras indigno, ni nada por el estilo. Me hiciste daño porque me enseñaste la parte bonita del amor y después me condenaste a renunciar a ella, haciéndome pensar que renunciaría para siempre. —La respiración de Tristan se vuelve agitada mientras me mira. —Jamás había soñado con sentir algo como lo que sentí a tu lado, esos días, en Madrid...

—Yo tampoco, Luna.

—¿Puedes dar el siguiente paso? ¿Puedes darme tu amor? —Tristan palidece. Su respiración cada vez más ruidosa y mueve su cuello como si lo estuviese pasando realmente mal. Doy un paso atrás, asustada. No quiero causarle daño.

—No te alejes. —Me coge de la mano y tira de mí hasta que choco con su

cuerpo. Me aprieta de la cintura y siento su erección sobre mi vientre. —No puedo prometerte nada, te estaría engañando si lo hago. Pero quiero decirte con mi cuerpo lo que eres para mí.

Tristan me besa con desesperación y me levanta del suelo, entre sus brazos. Se tira sobre la cama colocándose sobre él. Nuestros cuerpos comienzan a frotarse, a sentirse, tras más de dos largos meses de añoranza mutua. Mis caderas se mueven solas, sin pensarlo, y se colocan justo en el lugar indicado. Tristan es quien aniquila la distancia final entre ambos, presionando mis nalgas y empujándose para acceder a mi interior. Ambos gemimos ante el magnífico contacto y automáticamente volvemos a buscar nuestros labios.

Acaricia mi rostro, mis labios, mi pelo, mientras posee mi cuerpo con calma, pero de una manera más que intensa. Yo también me recreo en él, en su perfección física con mis manos, en su gesto de placer grabándolo en mi cerebro así, a través de mis emocionados ojos.

Me hace girar entre sus brazos, sin romper el divino contacto de nuestros cuerpos entrelazados, posicionándose sobre mí, enredando sus dedos en los míos y aprisionando mis manos sobre el colchón. Siento que voy a morir de placer. Si antes sentía que lo amaba, ahora ese amor me inunda con una fuerza aniquiladora y arrolladora. Creo que voy a explotar.

—Luna... —Susurra mi nombre en mi cuello. Que no acabe nunca este momento. Exploto en un intenso orgasmo y Tristan me sigue segundos después gritando mi nombre. —¡Luna!

—¡Dios! —Me siento liberada. Volando. Tristan se deja caer sobre mi cuerpo, con la respiración muy ruidosa.

—¡Joder, cómo necesitaba esto! —Levanta la cabeza y vuelve a buscar mis labios. Le beso, satisfecha con mi cuerpo. Pero al abrir los ojos vuelvo a toparme con ese cuadro sobre mí. —Ese cuadro no me representará más, si te quedas... —dice. Vuelvo a mirarlo, preguntándome si se refiere a para siempre. —Eres la primera mujer que entra en esta habitación. —Confiesa sonriente.

—¿Debo creerte?

—¡Ajá! —Suspira y se recuesta junto a mí. Con uno de sus brazos me abraza y tira de mí para colocarme junto a su pecho. Escucho el contundente latir de su corazón. —Has iluminado las sombras de este descarriado, Lunita. —Le miro y me regala otro beso.

—Espero que no nos arrepintamos ninguno de este nuevo acercamiento. —Tristan gruñe, pero no dice nada más. Sólo siento sus caricias sobre mi espalda y el latir de su corazón y, sin darme cuenta, me sumerjo en un profundo sueño.

Un estruendo me despierta en mitad de la noche y me incorporo de un salto. No sé dónde estoy hasta que me percato de la enorme y lujosa cama negra en la que me encuentro.

¿Dónde está Tristan?

Lo busco con la mirada en la oscuridad y lo encuentro desnudo, guardando algo en un armario.

—¡Maldita sea! —Refunfuña.

—¿Qué haces? —Pregunto confundida. Tristan se gira y me ve despierta.

—¿Te he despertado? Lo siento. Estaba guardando el dichoso cuadro. —Miro a la pared, sobre el cabecero. El cuadro de Cupido ha desaparecido. Vuelvo a mirar a Tristan, sorprendida. —Duérmete, o te devoraré de nuevo. —Dice en tono juguetón subiéndose sobre mí y besándome, como sólo él sabe besar a una mujer. Yo me río.

—Vas a tener que hacer que me vuelva a entrar el sueño. —Levanta una ceja.

—¿Me estás provocando, Lunita? —Me aferro a su cuello y tiro de él hacia mí, para besarle más intensamente. Me remuevo ansiosa bajo en contacto de su cuerpo. —Mmmm, creo que voy a tener que emplearme más a fondo contigo.

Y lo que empezó como una unión dulce de entrega, terminó como una noche loca de pasión desatada.

Sé que Tristan lo necesitaba tanto como yo. Sé que la rotundidad con la que se cuele en mi interior es eso, pura pasión. Consigue que me olvide hasta de mi nombre durante largos minutos en los que sólo soy capaz de emitir alaridos de intensísimo placer entre sus brazos.

Después de dos increíbles orgasmos, ambos caemos rendidos y, abrazados, nos dejamos arrastrar por un profundo sueño.

Es de día. La luz que entra por la ventana incide en mis adormilados ojos y me hace parpadear varias veces para acostumbrarme a ella. Tardo unos segundos en volver a ubicarme y sonrío al ver a Tristan dormido como un tronco a mi lado. Acaricio su incipiente barba y lo miro con dulzura. Algo me dice que hoy es la primera vez que duerme en condiciones desde hace mucho tiempo. Ahora que sé de su problema puedo hacerme cargo de que es así. Mila me ha contado

más de lo que me gustaría saber. Pero no me ha asustado ni un poco. Si él me quiere de verdad a su lado, es aquí, a su lado, donde permaneceré. Sin embargo, tengo que estar segura de que no le dañaré más si me quedo.

Un zumbido llama mi atención. Levanto la mano que Tristan tiene rodeándome con precaución de no despertarlo y me incorporo un poco para averiguar que es ese zumbido. Viene de mi bolso, que está tirado en el suelo. ¿Mi móvil?

Me levanto con cuidado de la cama y rebusco en mi bolso hasta dar con mi móvil. ¿Una llamada de Ana? ¡Oh, es verdad! Llevo días prometiéndole que la llamaría cuando tuviera tiempo y, como no he parado en estos días, no lo he hecho. Veo una camiseta de Tristan sobre una silla, la cojo y salgo rápidamente de la habitación para atender a la llamada de mi amiga sin molestar a Tristan en su necesario sueño.

—¡Ana! —Contesto mientras me voy poniendo la camiseta por el pasillo sin saber adónde me dirijo exactamente. —Perdón por no llamarte antes. ¿Cómo va todo? ¿Ha vuelto ya tu amorcito de la gira?

—¡Ey! Sí... todo bien... bueno.

—¿Qué pasa, Ana? —Pregunto preocupada por su tono y su respuesta esquiva. Ana siempre es muy expresiva.

—¿No te ha llamado tu abogado? —El corazón se me para.

—Lo hizo cuando estaba a punto de entrar en el avión, camino a L.A. ¿por qué? ¿Es sobre la fianza de Juan de lo que hablas? Espero que no tenga cómo conseguir ese dinero... Juan está sin blanca sin mí y no creo que...

—Ha salido. —La respiración se me corta. —Ha salido, Luna. No sé cómo cojones ha conseguido la pasta, pero lo ha hecho. Anoche estuvo en mi casa y casi derrumba la puerta. Estaba hecho una furia y gritaba sin cesar que le dijera dónde estabas tú. Menos mal que Brandom estaba conmigo en casa y, al ver a mi novio enfurecido por su actuación, se marchó cagando leches. ¡Es un maldito cobarde! ¡Sólo se atreve con mujeres indefensas! ¡Pero, como me vuelva a encontrar a ese capullo me va a oír! —El mundo se me cae a los pies. No soy capaz de emitir palabra, ni siquiera de mantenerme en pie. Así que me dejo caer al suelo hasta que acabo arrodillada. —¡Pienso cortarles los huevos!

—No, Ana...

—¿Cómo que no! ¡Ni se te ocurra defender a ese malnacido! ¡¿Me oyes?!

—No quiero que te pongas en peligro. Juan es... el demonio, Ana. —Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos ante el pavor de pensar que algo malo le suceda a mi mejor amiga por mi culpa.

—¡No me da ningún miedo!

—Ana, no sabes de lo que Juan es capaz.

—¡Oye, ni se te ocurra llorar por ese mojón de orco de las tabernas! —Su comentario me saca una leve sonrisa.

—Déjalo estar. Yo ya estoy lejos. No me encontrará aquí. Tranquila.

—No vuelvas, Luna... no mientras ese monstruo siga suelto.

—Descuida. No voy a suicidarme de esa forma tan absurda.

—Bueno, bien. Y, ¿cómo van por ahí las cosas? ¿Has visto a Tristan? ¿Has sabido de él? —Suspiro y miro en dirección a la puerta de la habitación de Tristan.

—Sí, lo he visto.

—¡¡¡¿Y?!!! ¡Luna, estoy segura que no se ha podido olvidar de ti! ¡Habla con él!

—Hemos hablado... bueno, más o menos. —Me encojo de hombros y se me escapa una sonrisa al recordar las largas horas de sexo recientes en los brazos de Tristan.

—¡Te lo has follado! ¡¿Serás jodida?! —Suelto una carcajada. —Ya decía yo que el cuento ese de que querías olvidarlo no era nada creíble...

—Quería hacerlo, pero era imposible. Sobre todo si vamos a ser coprotagonistas de la misma película.

—¡¡¡¿QUÉ?!!!! ¡CUÉNTAMELO TODO!

—Es muy largo, Ana, y ahora mismo no puedo. Tristan está dormido y si despierta no quiero que me escuche hablando de lo que siento por él. Esta vez será él quien tenga que decirme qué siento por mí.

—¡Oh! ¡Estás con él! Bien, bien, pero sé lista, Luna. No le dejes jugar contigo.

—No creo que esté jugando... pero tampoco sé si tener una relación conmigo sea una opción para él. Ya te contaré, ¿vale? Es largo. Y necesito digerir lo de Juan. Maldita sea, nunca me libraré de él.

—¡Olvida lo que te he dicho y sigue con tu vida! Ahora mismo tienes otros proyectos más interesantes que Juan.

—Sí, eso haré. Gracias por mantenerme informada. Te quiero mucho, ¿sabes?

—Yo a ti también. Que la fuerza te acompañe, amiga. —Sonrío.

—Un beso.

Cuelgo y me quedo un rato sentada en el suelo, con la mirada perdida. No puedo volver. No. Si vuelvo Juan me encontrará y... me aplastará. Sobre todo

ahora, que ha visto con qué facilidad ha sido capaz de salir impune de ésta. No debería odiar, lo sé. Pero lo hago. Odio a Juan y odio lo pequeña, vulnerable y miserable que siempre consigue hacerme sentir. Aunque haya miles de kilómetros de distancia entre nosotros.

Un grito repentino me saca de mi estado de shock. Proviene de la habitación de Tristan.

—¡Tristan! —Me levanto y salgo corriendo en dirección a su habitación. Lo que veo al entrar en ella me deja helada. Tristan está convulsionando sobre la cama y con los ojos en blanco. —¡Tristan! ¡Tristan! ¡Mírame! ¡Eh! —Me subo sobre la cama y le sujeto de la cara, obligándole a mirarme, pero no lo hace. Sus ojos siguen en blanco. —¡Por favor! ¡Háblame! ¡Qué te pasa! —Sus convulsiones son cada vez más violentas y yo comienzo a hiperventilar y a tirarme del cabello, sin saber qué hacer. Me levanto y cojo mi móvil del suelo y llamo... ¿a quién? Pulso el primer número que veo de la única persona que se me ocurre.

—Hola, Luna. Dime que mi hermano no te ha hecho o dicho una barbaridad o lo voy a...

—¡Mila! ¡Ayúdame! ¡No sé qué le pasa! ¡Tiene los ojos en blanco y... ay dios... convulsiona y no responde! —Me vuelvo a subir sobre la cama. Sobre Tristan. —Tristan, Tristan, háblame por favor.

—¡Joder! ¡Voy a llamar a John! ¡¿Dónde estáis?!

—En su casa.

—Vale. Sujétale bien. Que no se haga daño. ¡Mierda, sabía que esto pasaría! Voy para allá. Quédate con él y sujétalo bien.

—¡Sí, sí! —Mila cuelga y yo trato de sujetar los brazos de Tristan como puedo, aunque tiene mucha más fuerza que yo y casi salgo disparada de la cama. —¡Tristan, mi amor, escúchame! ¡Estoy aquí! ¡Mírame! —Sus convulsiones remiten poco a poco y sus ojos se cierran. —Ya está, ya está. —Acaricio su rostro mientras trato de contener el llanto como puedo. —Eh, ya está. Abre los ojos. —No responde a mi petición. Está tan quieto que me asusta. —Eh, ¡eh! ¡Tristan! ¡Joder! —De pronto mi móvil vuelve a sonar. Es un número desconocido. —¿Sí? —Pregunto entre lágrimas.

—¿Luna? Soy John, el médico de Tristan.

—¡Oh, John! ¡Haz algo! ¡Tristan no responde, no abre los ojos, no se mueve! —Comienzo a llorar amargamente.

—Tranquila, voy de camino. No tardaré en llegar. ¿Ha convulsionado?

—Como un loco. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no responde? ¡Tristan, Tristan!

—Sacudo su rostro sin encontrar respuesta.

—Debe haber perdido la consciencia. No te preocupes. He llamado a una ambulancia. Lo examinaremos mejor en el hospital. Hazme un favor, Luna. Ábrele la boca y comprueba que no se haya tragado la lengua.

—¡Qué!

—Hazlo, rápido.

—Sí, sí, voy. —Me tiembla el pulso como una loca, pero hago lo que John me pide. —Está en su lugar.

—¡Uf, menos mal!

Tres minutos después John me llama para pedirme que le abra las puertas de la mansión de Tristan. Menos mal que él conoce las claves de acceso de la verja de entrada y entra rápidamente en dirección a la habitación de Tristan. Yo le sigo preocupada y muy nerviosa. Lo observo tomarle el pulso y hacerle todo tipo de reconocimientos médicos y espero ansiosa a que me dé alguna información sobre su estado.

—Está bien. Débil, pero bien. —Me dice al ver la preocupación de mi rostro.

—¿Qué le ha pasado?

—Una crisis grave de ansiedad provocada seguramente por alguna de sus fobias. Nunca le había dado una tan fuerte. Le ha dejado inconsciente. —Admite con tristeza mientras observa a Tristan. —¿Ha habido algo raro en su actuación en las últimas horas?

—No... dormía como un niño cuando salí de la habitación para atender una llamada para no despertarlo. —Le informo abatida señalando el cuerpo inconsciente de Tristan.

—Debe haber sufrido alguna emoción muy fuerte.

—Es por mí. —Susurro apretando los ojos. —Mila me lo advirtió.

—No es tu culpa, Luna. Este chico ha sufrido un infierno y está tocado, sólo eso.

—¡¿Sólo eso?! ¡Míralo! —Comienzo a llorar como una niña. John atiende una llamada de teléfono e informa del estado de Tristan. Será Mila. Supongo que Mila querrá asesinarme tras esto. Ella me lo advirtió. Me advirtió de que no pusiera en riesgo la vida de su hermano. De lo único que tiene en la vida.

Una ambulancia llega poco después y se lleva a Tristan después de que John les diera a los sanitarios las instrucciones precisas.

Yo me visto entre lágrimas y John me pide que le acompañe hasta el hospital. Dice que a Tristan le gustará verme cuando despierte.

Yo obedezco como una sonámbula pidiendo al cielo que Tristan se ponga bien. No me importa renunciar a él si así él mejora.

En el hospital nos encontramos con Mila, que está desesperada y no deja de preguntar entre gritos qué ha pasado. Yo no sé qué contestar y mantengo la cabeza agachada. Joe la acompaña y trata de serenarla. John, sin embargo, se esfuerza más en serenarme a mí.

Las horas pasan y no sé nada de Tristan y a cada minuto que pasa me siento más miserable y dañina. Esto no ha sido buena idea. No puedo querer tanto a alguien y no importarme lo que le pase por mi culpa. Ahora sé que Tristan siempre tuvo razón y que sus motivos no eran que no me quisiera, o que yo no fuera suficiente para él. Sus motivos eran lo que siempre me dijo: que simplemente no podía y no debía quererme.

Mila apenas me dirige la palabra y yo estoy desesperada por saber cómo está él. Doy vueltas de un lado a otro, vestida con ropa de sport de Tristan, con el pelo enmarañado y el alma rota.

TRISTAN

Abro los ojos súbitamente. Otra vez ese intensísimo horror. ¿Qué es esto?

—¡No! —Grito y me incorporo. Con el terror apoderándose de mí desde dentro. —¡No, no, no! —Me sujeto la cabeza, desesperado. ¿Cómo he podido hacer algo así? ¡Soy un monstruo! —¡¡¡No!!!

—¡Tranquilo, señor Moore! Usted está bien. Tranquilo. Han llegado a tiempo. —Un señor con bata blanca me habla y yo me aferro al cuello de su bata.

—¡La he matado! ¡La he matado! ¡¡¡No!!! ¡Arrrggg! —Libero un grito descomunal de angustia y comienzo a llorar como un niño. No recuerdo la última vez que lloré en mi vida, pero seguro que no fue ni la mitad de dramático que esta vez.

—No ha matado a nadie. Ha sufrido una pesadilla, sólo eso. —Me dice cuando siento que mi cuerpo comienza a sacudirse involuntariamente. —¡Señor, relájese o tendremos que sedarlo de nuevo!

—¡Déjenme pasar, soy su médico! —Escucho el grito de John, aunque no puedo verlo. Mi visión se ha vuelto a nublar. —¡Tristan, mírame! ¡Sea lo que sea que te ronda en la mente ha sido una alucinación! ¡Un sueño! Luna está aquí y está muy preocupada por ti. Mila también. Por favor, relájate de una vez, por ellas. ¡Hazlo por ellas! —Las palabras de John me revientan el pecho de alivio. ¡Luna! —Eso es, así, cálmate. Todo está bien. Sí, Tristan, respira, controla la respiración. —Mi cuerpo vuelve al estado de reposo y el cansancio vuelve a intentar apoderarse de mí. Pero lucho por no caer dormido con todas mis fuerzas.

—Ella... está viva... ¿verdad?

—¡Claro que está viva, Tristan!

—¡Oh, joder! —Vuelve el llanto. —Soñé que... ¡soñé que la mataba, John! —Mi amigo me coge de la mano y la acaricia.

—Puede irse, —le dice al doctor que me mira estupefacto —está controlado. —El doctor asiente y se va.

—Soñé que no despertaba. Que estaba inmóvil, en mis manos. ¡Dios, soñé que la había estrangulado, John!

—Jamás harías algo así, Tristan. Lo sabes. —Lloro. —Dime que lo sabes.

—Sí... —digo sin fuerzas. —¿Cómo está ella?

—Aterrada. Ha pasado muchísimo miedo. Escucha, Tristan, tienes que relajarte. Mila está pensando en destruir el contrato de Luna con la productora. Piensa que lo nuestro es muy dañino para ti.

—¡Qué! ¡No puede hacer eso! —Me incorporo en la camilla del hospital. —¡No puede hacerlo! ¡Esto es lo mejor que le ha pasado a Luna en su vida! ¡Ella no tiene la culpa de nada, John! ¡No puedes permitirlo!

—Tristan, lo intento. Pero que el médico haya dicho que casi te da un infarto no ha ayudado mucho en mi credibilidad.

—Mierda...

—Sí, mierda, Tristan. Creo que tendremos que profundizar más en tu terapia si quieres realmente que este experimento funcione. Tengo que pedirte perdón. Pensé que no tendría consecuencias tan nocivas para ti. —Miro a mi amigo desolado. Sé lo que intenta decirme. Asiento.

—¿Dónde está? —John suspira sabiendo a qué me refiero.

—Fuera, en la sala de esperas.

—Dile que venga, por favor, John.

—¿Estás seguro? Estás débil, acabas de pasar una crisis enorme...

—Dile que venga. Sólo te pido eso. Déjame un momento a solas con ella, por favor. —John asiente con dudas.

—Está bien.

Sale de mi habitación y me quedo solo. Más solo que nunca. Siempre había encontrado refugio en la soledad. Pero ahora, no sé dónde encontrarlo. No hallaré paz en la soledad ni en compañía. Esto es peor que mil torturas juntas.

La puerta de mi habitación se abre y aparece ella. Su rostro refleja el gran dolor que siente. Sus preciosos ojos están inundados de lágrimas. Sus piernas tiemblan y su labio inferior también.

—Tristan —llora tras pronunciar mi nombre y se tapa la cara con las manos.

—¡Eh! ¡Ven aquí! —Abro mis brazos para ofrecerle consuelo entre ellos. Ella me mira y duda. —Ven, vamos. —Le ofrezco una triste sonrisa. Sin estar segura del todo, se acerca lentamente hasta la camilla en la que estoy sentado. Cuando está lo suficientemente cerca, cojo su mano y le ayudo a romper la poca distancia que nos separa. Haciéndonos fundir en un emotivo abrazo.

—Tristan... —llora en mi hombro y yo acaricio su espalda y sus preciosos rizos. Me abraza con fuerza y descarga su amargo llanto. —He pasado tanto miedo...

—Shhh, tranquila, estoy bien. —Miento. Luna me mira con unos enormes

ojos ambarinos abiertos y llenos de lágrimas.

—Pensé que te perdía para siempre. —Sus palabras y su expresión de intenso dolor son un puñal. —Si te hubiera pasado algo por mi culpa... yo... no podría soportarlo. —Aprieto los ojos y cojo aire.

—Ven aquí. —Le señalo la camilla para que se tumbe junto a mí. Lo hace y me recuesto a su lado, sin dejar de acariciar su bello rostro y tratando de borrar sus lágrimas. —Esto no es culpa tuya. —Intenta replicar, pero la freno. —No, Luna, no lo es. No tienes nada que ver en mi tara mental. —Trato de sonar dulce.

—Pero esto lo ha provocado nuestro acercamiento...

—Sí. —Dudo, pero al final le confirmo. Tengo que ser sincero con ella. Se lo debo. Ella suspira. —No estaba preparado para una maravilla tan grande como tú en mi vida. —Las palabras se me atragantan en la garganta. Ella abre los ojos tras adivinar mi mensaje. —Lo siento, Luna. Siento hacerte pasar por esto. Siento fallarte de nuevo y siento no poder darte lo que tanto me habría gustado darte. —Vuelve a llorar y a mí se me parte el alma.

—Te quiero... —La cabeza me da vueltas.

—Jamás nadie ha significado para mí lo que has significado tú. Créeme, ¿lo harás? —Ella asiente lentamente. —Mereces otra clase de relación tras todo lo que has vivido.

—No quiero...

—Shhh —beso sus labios y siento como si los besara con el corazón, que siento hecho añicos. —Sí, lo harás. Porque tu corazón es grande y está en perfectas condiciones de amar.

—Puedes salir de esta, Tristan. Yo te ayudaré. —suplica entre lágrimas. Me siento morir ante su dolor.

—Mila no permitirá que tu contrato con la productora siga en pie si sabe que me expongo a un grave peligro por tu cercanía, Luna. Y tú no puedes dejar pasar esta oportunidad. —Luna me abraza de nuevo y se deja morir de pena en mis brazos.

—No dejaré de quererte nunca. —Esto es sin duda lo más duro que he hecho jamás.

—En unos meses tendrás centenares de hombres rendidos a ti cuando el mundo vea todo lo que Luna Sáez tiene que ofrecerles. —Disparo mi propio dardo venenoso. Ella me mira aterrada. Trato de sonreír. —Es mejor ahora, antes de un peor desenlace. —No puede hablar, pero asiente. Se incorpora en la camilla y se dispone a salir de la habitación y... de mi vida. Aunque, en el último momento, no puedo evitar que el pánico me invada. —¡Luna! —Ella se

gira. Su precioso rostro bañado de lágrimas me observa con cautela.

—¡Tristan! —Corre a mis brazos y me besa, y yo sé que es un beso de despedida, en el que ambos gemimos, pero de dolor.

No puedo hablar. Tengo un nudo enorme en la garganta y tampoco quiero separarme de sus besos. Al final es ella quien lo hace, abatida, y desaparece de mi vista dejándome aniquilado.

Ya está, Tristan, lo has intentado. Y, has fracasado. Sí. Pero, ¿qué esperabas? ¿Acaso no estabas abocado al fracaso del amor desde el principio?

Mila y John entran en la habitación, justo después de que Luna desapareciera del alcance de mis ojos. Mila acude a mis brazos, también entre lágrimas, y me informa del enorme miedo que ha padecido y de lo cerca que ha estado de perder a su único referente paterno. John me observa con pesadumbre, él deseaba tanto como yo que mi amor por Luna hubiera conseguido sanar mis heridas.

—¡Dios! ¡Tristan! ¡No puedes hacerme esto! —Llora Mila. —No puedes dejarme aquí, sin ti. No puedes irte tú también. —No puedo hablar. La marcha definitiva de Luna de mi vida me ha dejado hueco, vacío. Sólo la abrazo por intentar consolarla al menos un poco. —Ella no puede quedarse. Nos matarás a las dos si algo terrible te sucede. Luna debe irse...

—¡No, Mila! —Al fin reacciono. —Luna y yo hemos hablado. Hemos acordado que lo mejor será dejar de vernos y volver a nuestra vida, por separado. —Mila me mira con dudas. —Es cierto. Ella no puede arreglarme. Nadie puede. Sé lo que tengo que hacer para no pasar por esto otra vez. Y ella no tiene la culpa. Así que no pienso joderle su futuro. Si Luna se va yo me iré detrás de ella. Prometí una vez ayudarla y, si eso es lo único que puedo hacer por ella, será lo único que haré.

—No quiero que sufráis, Tristan. —Confiesa mi hermanita. —Pero tienes que admitir que esto no ha sido buena idea.

—No, ya lo sé. No ha sido buena idea si quiero lo mejor para ti y para ella. Os he dado un susto de infarto y no es eso lo que quiero. Déjame un momento a solas con John, hermanita, por favor. —Mila asiente, me da un beso en la boca, como es su costumbre, y sale de la habitación. Miro a John. Él también lo está pasando mal. Es un buen amigo. —Dime que podré conseguirlo, John. —Mi amigo suspira.

—Acabas de prometer que no lo intentarías más, Tristan.

—Por ahora. Porque no estoy listo. Pero no quiero renunciar a ella todavía para siempre. Tengo tiempo. El tiempo que dure el rodaje.

—Haremos lo que podamos, ¿vale? —Pone su mano en mi hombro. — Pero no nos precipitemos de nuevo. —Asiento.

Diez días han pasado desde que le dije a Luna que lo mejor para ambos era que nos mantuviéramos separados. John ha vuelto a ponerme la medicación, no se fía de mí. De nuevo he tenido que conformarme con retroceder.

Por las noches duermo gracias a las pastillas, pero las pesadillas continúan. Aunque ahora no le hago daño, sino más bien ella me lo hace a mí. Luna me dice en sueños que no soy bueno para ella, que soy nocivo. Escuece.

Apenas nos hemos cruzado unas pocas veces por los pasillos del hotel. Mila siempre va a su lado y no le permite siquiera mirarme. Hasta se ha instalado en la habitación de Luna para “controlarnos” y evitar que alguno de los dos vaya en busca del otro. Tengo que comprenderlo, pero me cuesta. Ella, sin embargo, me ha mirado a escondidas, y sus ojos me gritan que me extraña. Si no fuera por esos ojos y todo el sentimiento que esconden me rendiría. Pero no voy a hacerlo.

Luna ha continuado su entrenamiento, prácticamente día y noche. Yo también me he centrado en el mío. No le he prestado atención a las noticias que han salido en algunos medios de que Luna y yo teníamos un romance, por culpa de las fotos que nos tomaron juntos aquella fatídica noche, en la discoteca. No, lamentablemente no estamos juntos. Es la primera vez que desearía que una noticia falsa de mí fuera real, pero no lo es y me cuesta asumir que nunca lo será.

Lo que sí me toca los cojones esta noche, cenando con John en mi habitación del hotel, es cuando veo aparecer a Nika en un programa de prensa rosa, en la televisión. Está dando una entrevista que en principio parece estar relacionada con su carrera profesional, pero que, inesperadamente, acaba siendo sobre nuestro supuesto “pasado romance”. Nika dice que es la primera mujer a la que llevé a mi casa. ¡Oh, joder! ¡Y es verdad! Pero no tenía para mí esa intención. Quería olvidar a Luna. Sólo eso. La comida se me atraganta y John se alerta al verme así.

—¡Mierda! ¡¿A qué juega esta estúpida?! —Me levanto encolerizado de la silla.

—¡Eh, tranquilo!

—¡Qué tranquilo ni tranquilo! ¡Quiero que desmienta esa información ahora mismo! ¡¿Qué cojones pretende?! ¡¿Hundirme?! ¿Por qué, John?

—Sólo es la típica pataleta de mujer despechada. Habrá visto las fotos

tuyas con... bueno con...

—¡Luna, John! ¡Se llama Luna! ¡No seas infantil, puedo pronunciar su nombre sin que me dé un ataque! ¡Además, estoy medicándome, ¿recuerdas?! No me va a pasar nada. Quiero hablar con Joe, mi representante. ¡Quiero que le haga saber a Nika que si no desmiente todo eso la denunciaré por calumnias!

—Tranquilo. Estás acostumbrado a cosas peores, Tristan.

—¡Pero eso era antes de Luna!

—¿Piensas que esto pueda hacerle alejarse de ti?

—¡Por supuesto que lo pienso!

—Luna no quiere volver a intentarlo, Tristan. He hablado con ella y dice que lo vuestro ya es pasado, historia. —Siento un puñal en el corazón.

—¿Ha dicho eso? —Me siento en la cama, abatido.

—Es lo mejor...

—Me dijiste que lo intentaríamos, John. Me lo prometiste...

—No puedo interferir en los sentimientos de otras personas, Tristan.

—Ella me quiere... me lo dijo.

—El amor viene y va cuando menos te lo esperas, Tristan. Tú no lo conoces tan bien como yo. He amado para siempre hasta a diez mujeres, que ya no significan nada para mí. —Mi mundo se para. Claro, yo soy el único incapaz de amar, sólo a ella porque... es única.

—Voy a hablar con Nika. —Digo convencido. —Si Luna verdaderamente quiere olvidarme, le daré motivos. —Digo esto dominado por la rabia y por la sensación de abandono.

John no me frena, así que seguramente no será una tontería lo que pienso.

Hoy vamos a ensayar juntos las escenas de baile. Luna y yo. Juntos. Ufff...

Se ha retrasado todo por mi reciente convalecencia, pero ahora que vuelvo a estar como siempre, Richard, el director, ha decidido que los ensayos tienen que volver a reanudarse.

Llevo unos días dándole vueltas a la idea de llamar a Nika y restregarle a Luna por la cara que yo también puedo jugar a este juego del olvido, pero no he podido. Algo dentro de mí guarda la esperanza de que todo cambie al volver a vernos y sentirnos tan cerca. Apenas la he visto en estas dos últimas semanas y estoy más que nervioso por verla hoy.

Estoy ya en la sala de baile con Carric, mi profesor de baile, y Hannah, la profesora de Luna, esperando a que ella haga aparición. El corazón se me va a

salir por la boca. Aunque John me ha insistido en tomar la medicación antes de venir, yo no he querido hacerlo hoy. No quiero estar a bajo rendimiento cuando la tenga aquí, delante.

—Hola a todos. —Su voz suena a mi espalda. No sé si girarme o no. Me tiemblan las piernas.

—¡Hola, Luna! ¡Te estábamos esperando! —Dice Hannah. Yo me agacho para disimular que estoy atándome las deportivas y fingir poco entusiasmo con su llegada. —Vamos, ponte ahí, delante de Tristan. Vamos a empezar la coreografía del final de la película, antes de nada. —Dice Hannah. De repente, veo unas piernas delante de mí. Trago saliva y me pongo en pie, y recorro con mi mirada esas piernas de vértigo, sus muslos, caderas, cintura, pechos...

—Hola. —Pronuncio y casi no reconozco mi voz. Luna va enfundada en unas mayas que dejan poco a la imaginación. El pelo semi alisado en una cola de caballo. Y me mira con cierta irritación.

—Hola. —Dice muy alto. —Empecemos ya. —Le dice a Hannah y Carric. Vuelve a mirarme, con los ojos entrecerrados. ¡Oh, oh! Esto me suena a que algo ha tenido que ver de lo que Nika va diciendo por ahí.

—Vale, mira Tristan, esto es más o menos una balada. Pero tiene que ser muy sensual. Tenéis que hacer algunas acrobacias, así que tienes que sujetar bien a Luna, ¿de acuerdo? —Hannah me da las instrucciones.

—¡Perfecto! —Contesto y le muestro una sonrisa pícara a Luna. Ella sigue con cara de enterrador. —Si sonrías un poco no pasa nada, ¿sabes? —Le provoco.

—Ya sonreiré cuando lo exija el guion. —Ay, madre... me lo va a poner complicado...

Comenzamos con los primeros pasos y vuelvo a la vida al sentir su cuerpo tan próximo al mío. Ella apenas me mira, pero siento su respiración entrecortada, el temblor de su mano apoyada en mi hombro.

—Mírala con más pasión, Tristan. —Me indica Carric.

—Y tú acaricia el pecho de Tristan en los parones en los que la música baje de intensidad, Luna. —Añade Hannah. Luna obedece y me acaricia el pecho mirándome con esos ojos que... uff... concéntrate Tristan.

Casi no puedo concentrarme. Quiero besarla y desaparecer en sus gruesos labios.

Creo que ella lo nota, por cómo me mira. Parpadea y parece nerviosa.

—¡Genial! ¡Otra vez! —Grita Carric dos horas después, cuando ya hemos conseguido hacer los dos bailes enteros sin equivocarnos. Y eso es toda una

proeza. Estoy luchando contra una erección que me amenaza constantemente. — Probemos ahora los portés. —Luna y yo asentimos. Ambos estamos sudorosos de tanto ejercicio. —Tienes que cogerla así, mira. —Carric se coloca frente a Luna, ella me mira de reojo y vuelve la vista a Carric. —De la cintura. Y la levantas hasta arriba. —Observo intentando poner cara de impasible mientras Luna le restriega las tetas a Carric por la cara. Mmmm... ¿se habrá visto con alguien estos días? ¡Mierda, no pienses eso ahora! ¡Joder! —Y luego la bajas lentamente hasta que quede frente a ti. Ahí es donde le das el beso final, el que cierra la película.

—Ajá. —Digo de forma profesional.

—Pero no tenemos que besarnos ahora, ¿verdad? —Añade Luna. Pongo los ojos en blanco.

—No ahora, pero no estaría nada mal que lo ensayaseis cuando tengáis el baile listo. —La voz de Richard, el director, nos interrumpe. —Buenos días chicos. ¿Cómo lo lleváis?

—Bien, Richard. Nos faltan los portés del baile final. Y los del baile de mitad de la película. Sólo eso. —Le informo.

—Bien. Me gustaría empezar a rodar a finales de esta semana. ¿Creéis que sería posible?

—¡Sí, sí, claro! —Dice Luna con entusiasmo.

—Claro. —Añado yo.

—Vale, mostradme qué tenéis. Tengo que organizar cómo colocar las cámaras y los planos. Demostradme que no me he equivocado al ponerlos juntos. —Luna suspira, nerviosa, y se coloca frente a mí. Levanto su barbilla para que me mire.

—Vas a hacerlo. —Aguanta una sonrisa y asiente.

Comenzamos a bailar. Siento su calor y su aliento sobre mis labios. Acaricia mi pecho, mi cara, me mira con deseo, pasión. ¡Joder! Saltamos las partes de los portés, menos el último. La levanto en el aire y la bajo lentamente, acariciando su vientre con mi nariz hasta que vuelvo a ponerla en el suelo. Luna...

Acerco mis labios sin pensarlo. Ella acerca los suyos también.

—Luna...

—La llevaste a tu casa. Me mentiste. —Susurra cuando estoy a punto de besarla. Mierda.

—¡Ha sido increíble! —Nos interrumpe Richard y Luna y yo nos separamos. —Tengo los planos perfectos en mente. ¡Rodamos en dos días,

chicos! —Se va dando palmas, muy satisfecho con lo que ha visto. Me giro y miro a Luna.

—No te mentí. —Le digo en voz baja.

—Da igual, Tristan. Eso ya no importa.

—¿Por qué? ¿Por qué no te importo ya? ¿Estás con otro? —Luna se queda callada. Ufff...

—Venga chicos. Vamos a ver los dos portés que quedan.

Nos pasamos las siguientes dos horas ensayando los portés, que son de lo más difícil. Después, nos vamos a comer, Carric, Hannah, Luna y yo a la sala que han preparado como “bufet” libre para los trabajadores.

Los cuatro nos sentamos juntos para hablar del día y medio de ensayo que queda y sobre cómo vamos a plantearlo.

—Creo que lo que queda de día vais a tener que ensayar solos y al final de la tarde vendremos Carric y yo a ver si queda algo para pulir mañana. —Nos dice Hannah. —Nosotros vamos a estar esta tarde con el resto de bailarines contratados para la película. Vamos a repasar la coreografía con ellos. Mañana se hará un ensayo general con todos juntos. Descansad lo justo y os ponéis manos a la obra. —Yo miro a Luna. Ella asiente, pero parece nerviosa por quedarse a solas conmigo.

Yo también lo estoy.

LUNA

Esto es lo más difícil que he hecho nunca. Le he prometido a Mila que lucharía con todas mis fuerzas por no sucumbir a los encantos de Tristan. Aunque Nika me lo ha puesto un poquito más fácil cuando ha dado esa maldita entrevista, dando detalles de la casa de Tristan. Detalles que sólo puede conocer si ha estado allí, antes que yo, y, por lo tanto, Tristan me vuelve a mentir.

Me siento ninguneada, ultrajada y menospreciada. Ahora sé muy bien que Tristan tiene un problema y no debe exponerse al peligro del amor. Pero yo no debo volver a sentirme responsable de los problemas ajenos, ni hacerlos míos. Además, nada de eso le da derecho a jugar conmigo. No voy a permitir que juegue sucio con sus mierdas para convertirme de nuevo en una prisionera de los problemas de los demás. Yo también he pasado lo mío. Yo también tengo cosas que superar.

Además, he tenido noticia, por medio de mi abogado, que mi coche ha desaparecido y lo han encontrado estrellado en las afueras de Madrid. Me importa una mierda ese coche, que siempre perteneció más a Juan que a mí, y hasta me alivia que haya sido destruido. Pero, por otro lado, ese hecho vuelve a dejar patente que la sombra de Juan sigue sobre mí, porque no puede haber sido más que él quien hizo eso con el coche. Y sé que es una advertencia por su parte.

No he dicho nada a nadie sobre ese tema, pero necesito algún tipo de consuelo, de apoyo, algo que me diga que no estoy sola, que tengo un hombro en el que llorar si se sigue torciendo la cosa con Juan.

Y Tristan ni siquiera ha intentado acercarse a mí de nuevo, tras aquella noche en sus brazos, en su casa. A pesar de que se lo he suplicado con la mirada las pocas veces que me lo he cruzado por los pasillos del hotel.

Me tragué su cuento una vez más. El mismo que supongo le habrá contado a Nika.

Hoy, tras días evitando pensar en él como buenamente puedo, tengo que hacer frente a su presencia en el ensayo de las dos coreografías que tenemos que preparar juntos y me vuelvo a sentir pequeña frente a su presencia.

Durante cuatro intensas horas hemos estado preparando los bailes con la ayuda de nuestros entrenadores personales. Y, ahora, acaban de irse ambos y me han dejado sola ante el peligro: con Tristan.

Me estoy comiendo un yogurt y siento su ardiente mirada sobre mí. No pienso hacerle ni caso.

—Mírame. —Me pide. Yo lo hago unos segundos. Me pone nerviosa su presencia. —No la llevé a mi cuarto, ni a mi cama. —Pongo los ojos en blanco. Va a intentar convencerme de nuevo.

—Déjalo, Tristan.

—No. Tienes que creerme.

—¡Por qué! —Le reto encolerizada. —¡Para qué! ¿Te vuelve a picar la polla? ¡Llámala a ella!

—No me he visto con Nika...

—¡¡¡Mientes!!! —Doy un golpe en la mesa y me levanto. —¡Si no la hubieses llevado a tu casa no sabría tantos detalles de ella! —Tristan me mira sin saber qué contestar. Finalmente lo hace.

—Fue antes de volver a verte. —Se defiende en un hilo de voz.

—Por lo tanto, me estás confirmando que mientes. —Me voy hacia la sala de ensayo. No quiero seguir con esto. Tristan aparece, minutos después, cuando yo estoy estirando. Se pone frente a mí.

—Luna, quiero volver a intentarlo. —Libero un jadeo parecido a una risa y me incorporo. Está frente a mí y me suplica con la mirada. —De verdad...

—Yo no. Pon la música. —Le ordeno. Suspira, pero no se mueve.

Me mira de una forma que me hace dudar hasta de mi existencia. Así que finalmente rompo yo el contacto visual y le doy al reproductor. Pongo la canción de Orianthi, “How do you sleep”, en bucle. La música le distraerá de esta conversación sin sentido. Suena y comenzamos con nuestro sensual baile. El primero de ellos.

Me cuesta una barbaridad concentrarme en el baile, sobre todo porque no deja de acariciarme y susurrarme mensajes apasionantes al oído, los que trato de ignorar inútilmente.

“Necesito tu piel. Tu contacto...”

“Quiero pasar las horas perdido en tu cuerpo, pequeña...”

“Me vuelves loco...”

“Por favor, dame tus besos, tu cuerpo...”

No sé cómo me controlo cuando tengo sus labios rozando los míos, sus manos rodeándome, sus ojos devorándome.

Paso el momento más largo y eterno de toda mi vida, luchando contra mis instintos naturales que me gritan desbocados que me entregue a él.

Y, cuando finalmente Tristan me besa al final de la canción, mi cuerpo se

rinde y mis labios dejan escapar un agónico gemido de deseo y desesperación. Hasta a mí me coge por sorpresa mi propia reacción. Aprieto su cabello con fuerza y le beso como una auténtica gata en celo. Con furia. Con un hambre infinita.

Tristan gime con fuerza y responde a mi ataque, estampándome contra la pared y levantando mis piernas, que enrosco en su cintura. Siento su durísima erección sobre las mayas que llevo y la fuerte presión que ejerce sobre mi sexo mientras nos besamos de forma devastadora.

Mi mano tampoco responde a mis razones y se cuela por debajo de sus pantalones deportivos y su ropa interior. Rodeo su dureza con ella y presiono con fuerza.

—¡Ah, joder! ¡Dios, Luna! —Me muerde el labio inferior y yo lo torturo un poquito más masajeando su miembro sin piedad. Entonces es Tristan quien me devuelve la jugada colando su mano por debajo de mi ropa, desde mi trasero, y colando dos dedos en mi ardiente humedad.

—¡Ahhhh! —Gimo con fuerza.

—Vas a acabar conmigo. —Gruñe aplastándome entre sus labios y la pared.

—Eres un maldito.

—No más que tú.

Nos maldecimos, pero ninguno deja de tentar al otro con nuestras manos.

De pronto escuchamos un murmullo y ambos sacamos nuestras manos a la vista, aunque nos cuesta un poco más separar nuestros labios. Tristan respira como si hubiese corrido una maratón. Yo, creo que aún peor. Pega su frente a la mía.

—¡Aquí estáis! —Nos grita Richard. Tristan sigue sin separarse de mí. —Mostradme cómo va la cosa. ¡Vamos!

Obedientes, hacemos de nuevo la coreografía, con más sensualidad de lo moralmente aceptable. Si Tristan está la mitad de excitado que yo, debe estar pensando lo mismo: necesito perderme en su cuerpo. Sólo una vez más. Sólo una...

Al terminar el porté final, frente a frente, vuelve a besarme y me pierdo de nuevo en sus labios. Sin recordar siquiera que Richard nos está mirando.

—¡Maravilloso, joder! ¡Esto era exactamente lo que quería! ¡Chicos, sois cojonudos! Mañana os veo en el ensayo general. Podéis descansar. ¡Perfecto! ¡Perfecto! —Grita mientras desaparece.

Tristan y yo estamos sin aliento.

—Necesito una ducha. —Digo y me separo medio mareada de él. Cojo mi mochila con mis cosas y, en mi fuero interno, sigo rezando para que Tristan venga a mí, a por más.

—Quiero saborearte, ama. —Dice a mi espalda, presionando con su erección mi trasero, rodeándome con sus manos la cintura y asiendo con una de ellas mi sexo por encima de la ropa. Aprieto los ojos y suspiro. Muerta de la excitación. —Sabes que tu cuerpo me quiere a mí, sobre ti, dentro de ti. —Susurra en mi cuello.

—Creí que eras tú el que luchaba por impedir que eso mismo volviera a ocurrir. —Mi rebeldía comienza a abandonarme. No puedo separarme de él.

—A veces pienso que es lo mejor. Otras veces pienso que jamás me rendiré contigo. Ni yo mismo sé qué hacer contigo. Pero es simplemente por un motivo.

—¿Qué motivo?

—Ya te lo he dicho. Me vuelves loco. Muy loco...

Me giro y miro sus increíbles labios. Y soy yo esta vez quien se lanza a por ellos. Tristan responde con fiereza. Estoy condenada a arder en las llamas del infierno de este hombre.

Menos mal que la irrupción de Mila impidió que me follara a Tristan en la mismísima sala de ensayo. Y menos mal que ella iba hablando por teléfono y no se percató de la escenita que estábamos dando su hermano y yo. Estoy loca.

Pero ahora, en mi habitación, bajo el agua de la ducha, sonrío como una estúpida. Tristan me desea...

Puede que sea un hombre maldito, con una rara dolencia, peligroso, impasible con las mujeres, demasiado deseable para no perder la cordura, pero me desea y eso me hace sentir inmensa.

No me ama. No me amaré jamás. No, y aunque lo hiciera, sería sólo por unos días. Porque él es así. Pero me desea. No ha dejado de hacerlo desde el primer día que nos conocimos y yo... tampoco.

Mila me grita desde el otro lado de la puerta del baño que tiene que hacer un viaje urgente a Nueva York para hablar con una productora y que mañana por la noche volverá y yo le digo que ok. Eso me hace sonreír todavía más. Voy a hacer una locura, lo sé. Pero estoy deseando hacerla.

Cuando oigo la puerta de mi habitación y sé que Mila no está, salgo de la ducha, me enfundo en mi albornoz y, sin secarme siquiera salgo con sigilo hacia

la habitación de Tristan. Golpeo con fuerza e insistencia la madera de su puerta. Le oigo maldecir, pero no me freno. Sigo aporreando su puerta hasta que me abre.

—Luna...

Parece más que sorprendido. No digo nada. Simplemente me quito el albornoz a la par que voy entrando en su habitación y lo tiro al suelo. Él lleva una minúscula toalla también cubriendo su entrepierna y esta mojado, resbaladizo, como yo.

Tampoco dice nada más. Me tiro a sus labios y, de un salto, me engancho con mis piernas a su cintura. Su toalla cae al suelo, sus labios se adhieren a los míos y, sujetando mis nalgas, me lleva directamente hacia el interior de su habitación, depositándome sobre una mesa que hay antes de llegar a su cama. Allí nos fundimos en manoseos y besos lascivos. Sin decir nada también, Tristan conduce su erección hacia mi húmeda hendidura y me empala con fuerza. Grito. Grita. Me vuelvo loca ante el contacto y me contoneo como una loca a su alrededor. Sus gemidos suben de nivel ante mi osadía y su lujuria también. Me agarra con fuerza del cabello y comienza a embestirme con salvajismo. Yo aprieto su trasero con fuerza para colarlo todo lo dentro de mí como sea posible. Pero, cuando estoy a punto de perderme en un potente orgasmo, se separa de mí. Desolada lo observo. Con un movimiento rápido, me carga sobre su hombro y me deposita en la cama, haciéndome girar hasta quedar bocabajo. Jadeante, noto como tira de mis caderas hacia arriba con una mano y, con la otra, sujeta en una madeja mi cabello.

Esto promete ser intenso.

Y lo es.

Con un movimiento brusco vuelve a entrar en mí haciendo que nuestros cuerpos choquen con el contacto. Grito con fuerza, pero él no se amedrenta. Sale despacio de mi cuerpo y vuelve a empalarme. Gruñe.

Joder, otra vez estoy a punto de correrme. Dos embistes más y ya noto mi cuerpo comenzar a temblar.

Pero, justo cuando estoy en el vértice del abismo, vuelve a salir de mí, dejando mi cuerpo de nuevo desamparado.

Gimoteo y agacho la cabeza, aunque él no me lo permite. Tira de mi cabello de nuevo para hacerme mantener la postura.

—No te lo voy a poner tan fácil yo tampoco. —Susurra en mi oído. — Sabes que me necesitas tanto como yo a ti. Pero te niegas a admitirlo. Me estás desquiciando y es lo justo que haga yo también lo mismo contigo.

—¡Tristan, fóllame! —Le exijo.

—Puede que seas mi ama. Que tengas el control sobre mí. Pero yo también sé jugar, ama.

—¡Hazlo!

—Suplícame. —Resbala su miembro por mi trasero y yo me contoneo para intentar reconducirlo hacia mi desangelado interior. —Pídeme lo que quieres que te haga con deseo y te lo haré. Como nunca nadie antes te lo hizo. Dímelo, Lunita.

—Por favor, Tristan. Haz que me corra.

—¿Cómo, ama?

—Follándome, como tú sabes. —Casi no puedo terminar mi súplica cuando siento su fuerte embiste de nuevo y grito.

Su juego ha subido mi excitación al máximo y me corro en cuanto lo siento dentro de mí. Pero él no se detiene. Continúa invadiendo mi cuerpo sin compasión. Rápidamente vuelvo a sentir unas convulsiones potentes y reveladoras de un nuevo orgasmo. Rompo de nuevo entre intensos gemidos y Tristan sigue. No sé cómo está aguantando tanto. Su dureza me indica que está muy excitado.

Cuando llego al tercer orgasmo y sin fuerzas para mantenerme en dicha postura, me gira de nuevo, haciendo que quede tumbada bocarriba. Me sonrío satisfecho. Yo miro asombrada su erección.

—¿Quieres más? Porque no he acabado contigo. —Asiento temblorosa. Pero esta vez entra en mí despacio, desquiciantemente despacio. Con mis manos aprisionadas en las tuyas y con su lengua enredada en mis pezones. ¡Dios, me voy a correr otra vez!

TRISTAN

No sé qué planetas han debido alinearse esta noche para que Luna haya aparecido en mi habitación, con la intención de tener sexo salvaje conmigo. Pero, sin duda, ha hecho que esta noche sea una noche para la posteridad. Digna de celebración.

Por eso estoy al borde del infarto, aguantando un orgasmo que quiere acudir a mí, más potente que ningún otro que haya vivido, lo sé. Pero la espera merecerá la pena.

Luna está bajo mi cuerpo y siento mi dura polla acariciar su interior. Sus terminaciones nerviosas están completamente enloquecidas. Sus pezones duros como nunca. Sus gemidos de placer, o más bien alaridos, me indican que ella está tan poseída por la lujuria del momento, como yo.

Su cuerpo vuelve a temblar. ¿Va a correrse otra vez? Mmmmm. Es una deliciosa noticia. Pero, cuando aprieta los ojos para recibir su siguiente orgasmo, vuelvo a parar. Esta vez dentro de ella.

—No pares. —Gimotea.

—¿No has tenido suficiente, gatita?

—No. —Se contonea bajo mi cuerpo, sensualmente. —Y quiero que tú también te corras. —Sonrío.

—Gánatelo. —Le desafío. Levanta una ceja. Yo tiro de sus manos, me siento y la siento sobre mí. —Vamos, muévete. Hazme correr. Demuéstrame que me deseas. —Ella sujeta mi miembro con su mano y, sin dejar de mirarme, se lo vuelve a introducir.

—Será un placer, amo. —Y comienza a mover sus caderas en círculos sobre mí. ¡Voy a explotar! Así no aguantaré más. No. No. No. ¡Me corro!

—¡Luna! ¡Ah! ¡Luna! —No se apiada y sigue. Con movimientos condenadamente placenteros. —¡Voy a correrme, Luna! —Aprietos sus nalgas y le ayudo en su implacable ritmo. Ella echa la cabeza hacia atrás y grita con fuerza. Está en mitad de un orgasmo. Yo le sigo dos segundos después apretando su cuerpo contra el mío, gritando su nombre y descargando mis fluidos en su interior. —¡Dios! —Una corriente eléctrica posee mi cuerpo, más placentera que ninguna otra sensación que haya experimentado en mi vida. Me quedo en tensión, saboreándola, mirando en dirección al cielo, durante unos segundos.

Luna se deja caer sobre mi cama sin aliento. Cierra los ojos y trata de recuperar la respiración. Yo me tiro a su lado y la observo. Joder. Que preciosa es. Es una diosa. Una diosa agotada...

Menos mal que no me he terminado la paja que me estaba haciendo en la ducha cuando ella llamó tan insistentemente a mi puerta.

La miro, con una sonrisa en los labios. Está muerta. Yo también lo estaría tras cuatro orgasmos seguidos. Y, tan intensos. Creo que voy a dejarla dormir aquí. Lo haré para comprobar si sigo igual de tarado o, si, por el contrario, vuelvo a sentirme mejor con su compañía.

Me acurruco junto a ella, asiéndola por la cintura, y cierro los ojos relajado y feliz. Creo que ya está profundamente dormida y, por primera vez en mi vida, siento una paz plena y contundente al ver a alguien dormir. Beso su hombro desnudo y me dejo llevar yo también por un profundo sueño.

Me acabo de despertar. En mitad de la noche. Jadeante. Con el cuerpo en tensión. Empapado en sudor. Pero, no ha sido una pesadilla. He soñado que Luna venía hasta mi habitación, ataviada únicamente con un albornoz, he soñado que se lo quitaba justo al abrirle la puerta, se enredaba entre mis brazos y echábamos el polvo más salvaje de toda mi miserable vida. Ha sido un sueño erótico, del que me he despertado al sentir un extraño roce sobre mi potente erección. ¡Oh, vuelvo a sentirlo! Miro a mi lado con confusión y doy un salto al ver a Luna dormir a mi lado. ¡Joder, no ha sido un sueño! Enciendo la tenue luz de mi mesita de noche para comprobar que no es una alucinación.

¡No lo es! Ella está dormida y se restriega contra mi cuerpo, creo que soñando lo mismo que yo.

Levanto un poco la sábana que cubre su cuerpo y contemplo excitado su bellissimo cuerpo desnudo. Mis labios acuden a mimar uno de sus pezones como si estuvieran hipnotizados por ellos. Luna se retuerce de placer en sueños y yo, sigo con mi dulce ataque.

Lamo su vientre, hasta llegar a su ombligo. Sus piernas se abren involuntariamente y me suplican que continúe. Así que tomo posición en el vértice de las mismas y saboreo con hambre su húmeda necesidad de mí.

Comienza a gemir y me doy cuenta de que está despierta cuando siento sus dedos apretar mi cabello. Pero no me detengo. Sus caderas se elevan, pidiendo más. Doy gracias al cielo de que quiera más, porque yo estoy a punto de estallar.

—Tristan...

Noto su palpitación en mi boca y segundos después siento el sabor de su orgasmo en mi paladar. Se retuerce entre mis brazos y tomo posición sobre su cuerpo. Todavía está saboreando los latigazos finales de su clímax, con los ojos cerrados. Entro despacio en ella, tanteando su estado ante mi intromisión. Y parece que está más que contenta de recibirme, pues sus manos comienzan a arañar mi espalda apretándome y pidiéndome más.

Estoy encantado de la vida de darle más. Por lo que subo el ritmo mientras la beso como si estuviese poseído por el mismísimo Satanás y aprisiono sus manos en las mías.

Su lengua acaricia mi atormentada alma. Su cuerpo se mece al compás del mío. Creo que voy a morir de pasión. Y, cuando siento que está a punto de correrse, me dejo llevar yo también, estallando de nuevo en su interior.

—Ahhh... Luna...

Me dejo caer sobre ella y siento las fuertes palpitaciones de su pecho.

—Vas a acabar conmigo. —Dice y yo sonrío. —Debería irme a mi habitación. —Levanto mi cabeza para mirarla.

—No. Quédate. —Ella me mira aterrada.

—Pero...

—¡Quédate! —Exijo.

—Tristan, no quiero que...

—¡¡Quédate!! —Suspira.

—Está bien. —Me tiro a su lado y al fin me relajo al saber que se quedará, al menos esta noche, junto a mí.

—Ven. —La atrapo entre mis brazos y la pego contra mi pecho. Ella comienza a jugar con el vello de mi pecho. Es relajante. Yo acaricio su espalda.

—No sé por qué he venido. —Dice y sé que está pensando en voz alta. Yo miro al techo y respiro profundamente.

—Me necesitas como yo a ti. —Respondo. Ella no lo niega.

—Pero no podemos... tú no... no está bien que juguemos a algo que no podemos tener.

—Me niego a pensar que no podamos tenerlo. —Luna levanta su cabeza y me mira, creo que ilusionada por lo que digo. —Sólo fue una noche, una fatídica noche que se me fue de las manos. Pero mírame. Estoy bien. Más que bien. Me he despertado en mitad de la noche y no he tenido pesadillas. Nunca me ha pasado nada cuando he dormido contigo, sólo aquella vez.

—Tristan, acabaste en el hospital, casi te da un infarto, Mila me mataría si

descubriese que me estoy volviendo a ver contigo.

—No tiene por qué enterarse.

—No deberíamos hacer esto. No deberíamos hacernos esto. Para mí no es un juego, ni una terapia, Tristan. —Sus ojos me miran suplicándome que no le cause más dolor, que ya ha tenido suficiente. Me siento maldito, pero no lo suficiente como para renunciar a ella.

—Quiero estar contigo, Luna. Es lo único que quiero en esta vida de verdad. Si te he hecho daño, no ha sido mi intención. —Ella se incorpora y se queda sentada, con la mirada perdida. Yo evalúo su reacción e intento sacar fuerzas de algún lugar, en mi interior, para hacer lo que voy a hacer.

—¿Por qué? No entiendo por qué no me dejas ir. No entiendo por qué insistes en acercarte, para después alejarte y dejarme con ese vacío tan árido y doloroso en mi interior. —Me siento, junto a ella, y trato de hacerme entender. Pero Luna me silencia. —¡No! ¡No vuelvas a explicarme lo muchísimo que me deseas! ¡Eso ya lo sé! ¡Sé cómo eres, conmigo y con todas! ¡Sé que me has mentido y que no soy la única con la que te has visto así, una y otra vez! ¡No soy la única con la que juegas con sus sentimientos aprovechándote de un problema que tienes! ¡Pero ese problema no te da derecho a que nos jodas la vida a las personas que estamos a tu alrededor, encandiladas de ti, Tristan Moore! —Me deja sin palabras. —¡No soy la única, Tristan, que está perdidamente enamorada de ti, que no sabe qué hacer para merecerte! ¡Deja de hacernos esto!

—¿De quienes estás hablando, Luna?

—¡De Nika, joder! ¡He visto las últimas declaraciones que ha hecho a una revista en la que narraba cómo la buscabas, le dabas toda la pasión y consideración del mundo y luego desaparecías! ¡Exactamente igual que conmigo!

—No he leído nada de eso. —Confieso perturbado.

—¡Pero sabes que así ha sido! —La miro. Está a punto de llorar.

—No ha sido mi intención.

—Pero lo has hecho. Nos has hecho daño a las dos sólo para salvarte tú. Nos has condenado para librarte tú de la condena. Y no sólo no lo has hecho, te has puesto en un peligro que casi hace que me vuelva loca. Después has vuelto a desaparecer y no he sabido nada de ti hasta que, el maldito destino, me ha vuelto a colocar en tus brazos, en el ensayo de ayer.

—No te he buscado antes porque pensé que no querías que lo hiciera, Luna. John me dijo que no querías saber más de mí.

—¡Y no quiero! ¡Pero aquí estoy! —Llora. Me quedo paralizado. Díselo,

Tristan. Díselo antes de que tome la determinación de alejarse del todo. Porque te está suplicando que le des un motivo para no tener que hacerlo. —Dime, ¿por qué nos haces esto? ¿Qué buscas de Nika y de mí?

—Pensé que Nika sabía que nunca sería nada para mí. Pensé que lo había aceptado. Me equivoqué. Solo quería dejar de pensar en...

—¡Por mucho que lo sepa te ama, Tristan! ¡Yo también lo sabía y no hizo que dejase de amarte, al revés!

—Luna, tú eres distinta.

—¿En qué? ¿No soy tu compañera de rodaje, como lo fue Nika? ¿No me has repetido hasta la saciedad que no puedes darme más, igual que a ella? ¿No he sido simplemente una terapia para ti para que no...

—Luna, yo te amo. —Suelto de repente y se me corta la respiración. No frenes ahora, Tristan. Controla la ansiedad. Necesitabas que ella lo supiera y ella necesita saberlo. Luna ahoga un gemido en su mano y me mira ojiplática. —He intentado decírtelo de mil maneras, —prosigo nervioso y me levanto para evitar demostrar mi creciente ansiedad. Comienzo a dar vueltas por la habitación, bajo la mirada petrificada de Luna, que no sabe qué decir —pero no sabía ponerlo en palabras. Me asfixia y me quema en la garganta. Me mata la ansiedad de tener que confesar mi amor y condenarte más todavía. No he sentido nunca esto antes y pensé que lo haría nunca, Luna. Me siento tan perdido que no sé cómo actuar contigo, qué decirte, no sé si debería dejarte libre de esta tortura que siento, porque quiero que seas feliz, o luchar junto a ti para controlarlo y poder así ser felices, juntos. —La garganta se me seca y siento un nudo que no me deja tragar. —Mierda... joder...

—Tristan...

—Estoy bien, estoy bien. —Cierro los ojos y hago los ejercicios de relajación que hasta hace poco me funcionaban. Concentrándome en mi respiración y ejercitando los músculos de mi cuello.

—Tristan... —Siento sus manos sobre mi torso desnudo y abro los ojos. La increíble mirada de Luna me atrapa, llena de lágrimas por mi culpa. —¿Es eso cierto? —No puedo hablar. —¿Me amas? —Asiento con la cabeza, que es la única parte de mi cuerpo que ahora mismo me responde. —¡Oh! —Luna se tapa la boca y comienza a llorar más fuerte.

—Lo siento. No quería... ejem —toso para intentar deshacer el nudo que no me deja hablar —no quería arruinarte la vida con un patético desquiciado como yo. —Se me quiebra la voz. Creo que estoy incluso a punto de llorar. —Yo... yo... ¡Maldita sea, una puta lágrima! —Me la borro.

—Tristan, mírame. —Casi no puedo hacerlo. La humedad de mis ojos me impide verla bien. —Te amo con todo mi ser, con toda mi alma. —Aprieto los ojos y multitud de gotitas salen de ellos. Niego con la cabeza. —Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Gimo de dolor. No puede ser. Yo no soy para nada lo mejor que le puede pasar a una mujer. —Y, si de verdad me quieres, lucharé a tu lado para que lo nuestro funcione. No me importa nada más.

—No... Luna... yo soy un lastre para ti...

Sus labios me besan con dulzura y mi llanto se hace aún más agónico. No puedo separarme de ella y protegerla de mí. No puedo. La necesito para seguir respirando.

Luna acaricia mi cara, mi torso, mis brazos y yo la aprieto contra mí con desesperación.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, sus besos calman mi creciente ansiedad y consigo controlarla. Siento su amor y me resulta casi suficiente para no dejarme llevar al lugar oscuro de mi mente que me paraliza y me descontrola.

Acabamos tirados en la cama, besándonos con todo el sentimiento a flor de piel y haciendo el amor como si fuera el último día de nuestras vidas.

Un pitido estridente me despierta y protesto. Mmm... quiero dormir... ¡Espera! ¿Qué? ¿Cuándo he querido yo eso! Me siento rápidamente en la cama y veo a Luna dormida, o más bien desmayada, a mi lado. Respiro satisfecho. Sí... qué noche más mágica y agotadora la de anoche...

El pitido continúa. ¡Mi móvil! Me levanto rápidamente para contestar. ¿Mila?

—¿Qué pasa? —Mi voz suena somnolienta. No estoy acostumbrado a escucharme así.

—¡¡¡¿Estabas dormido?!!!

—Sí, ¡qué pasa! —Miro a Luna que comienza a desperezarse, desnuda. Sonríe. ¡Ups! Mi polla también se está despertando. Tal vez sea buena idea echar un polvo en la bañera, con el agua caliente aliviando un poco su escozor...

—¡¡Son las diez de la mañana!! ¡¡Richard está llamándome hecho un histérico porque deberíais estar ya en el ensayo general y nadie ha conseguido contactar con Luna!! —¡Joder, ¿las diez?! Luna abre un ojo y me sonrío. Yo comienzo a dar vueltas por toda la habitación buscando mi ropa de gimnasia.

—¡Ya vamos! ¡Ya vamos!

—¡¡¡¿ESTÁS CON LUNA, MALDITO SUBNORMAL?!!!

—Ehhh... no... ¡Y no me llames así!

—Mmmm... ¿Seguro que no?

—No, Mila, no. —Digo su nombre cuando siento los besos de Luna en mi espalda, para que entienda lo que sucede. —No sé dónde está Luna, pero la encontraré y en media hora estaremos en la sala de ensayo, ¿vale? —Luna busca rápidamente un reloj en mi habitación y se tapa la boca al ver el de mi mesita de noche. Me mira asustada y yo me encojo de hombros. —Lo siento. —Vocalizo con los labios.

—¿Y qué hacías tú dormido a estas horas? ¿Estás bien?

—Más que bien. No me distraigas más. Voy a darme una ducha rápida, busco a Luna y me voy al ensayo. Llama tú a Richard y dile que se me ha pinchado una rueda o invéntate algo, hermanita. ¡Un beso! —Cuelgo antes de escuchar su réplica.

—¡Oh, maldita sea! —Exclama Luna. Yo aguanto la risa. Ella, al verme, comienza a reírse también.

—Vamos a ducharnos y nos vamos juntos al ensayo, anda.

En la ducha Luna se enjabona con rapidez y yo la observo pensativo.

—¡Vamos, date prisa! —Me urge. Le hago caso.

Salimos de la ducha y ella se coloca su albornoz. Dispuesta a salir cagando leches hacia su habitación para vestirse. Abre la puerta para irse y, antes de que salga, la agarro de una de sus muñecas.

—Paso por ti en cinco minutos. —Le digo. Ella asiente y me besa rápida y contundentemente.

En mi coche, dirección a la sala de ensayo, ambos estamos callados, pensativos y no dejamos de suspirar.

Casi estamos llegando cuando finalmente le hablo.

—¿Vendrás esta noche a mi habitación? —Ella me sonrío y se muerde el labio.

—Mila vuelve esta noche.

—Yo te necesito más que ella. Contigo puedo dormir. —Se ríe.

—No nos lo va a poner nada fácil y lo sabes.

—Tendremos que sortear su control, durante un tiempo. —Digo convencido. Luna sigue mordiéndose el labio. —Hasta que pueda demostrar a todo el mundo lo muchísimo que te necesito en mi vida y todo el bien que me haces. —Le informo mientras aparco el coche en el aparcamiento de la sala. Inesperadamente, Luna se quita el cinturón de seguridad y se abalanza sobre mí. Me besa con ansias y yo vuelvo a empalmarme. —Luna, no sigas o no

llegaremos nunca. —Digo sin aliento. Ella se separa y me mira, creo que feliz.
—Vámonos.

LUNA

El día de ensayo general ha sido de lo más productivo. No hay nada como sentirte feliz para hacer las cosas bien. Entre Tristan y yo ha habido más que química en el ensayo. Más bien había magia. Saltaban las chispas y todo el mundo nos ha felicitado.

El muy insensato no ha perdido la oportunidad de besarme frente a todos cuando terminábamos cada baile. Menos mal que son exigencias del guion, o tendríamos que dar muchas explicaciones.

Pero no me importaría darlas. Él me ama, y viniendo de él no puedo dudar de su confesión, con todo el esfuerzo que ha supuesto para él. Y yo, no puedo ser más dichosa.

Ahora lo tengo todo. Un trabajo prometedor, mi autoestima más o menos rehabilitada, y al hombre de mis sueños dispuesto a luchar por lo nuestro y por mí. Bueno, más bien, al hombre de los sueños de media humanidad.

He comprendido que no debo hacer caso a lo que diga Nika, o cualquier otra mujer encandilada de mi hombre, por ahí. Él está acostumbrado a esas situaciones, yo no. Pero lo haré por él. Ahora no me siento inferior ni nada por el estilo.

Después del ensayo, nos vamos juntos al hotel, y Tristan va metiéndome mano por el camino. Hace que me ría a carcajadas y jugamos a que yo no me dejo, aunque en el fondo estoy deseando abalanzarme sobre él.

Al llegar al hotel, cuando estamos de nuevo en público, ambos aparentamos un distanciamiento y un saber estar que se esfuma en cuanto se cierran las puertas del ascensor con nosotros dos dentro.

Tristan me acorrala contra la pared del ascensor y se restriega contra mí.

—No tienes nunca suficiente... —Susurro sin pararle en su labor de realizarme tocamientos incívicos.

—Contigo nunca. —Dice sensualmente.

—¡Joder, Tristan, hay cámaras en el ascensor, para! ¡Jajajaja! —Le empujo.

—¡No me importa! —Contesta el muy descerebrado y trata de volver a la tarea, pero yo le freno con ambas manos en su pecho. —¡Ven aquí ahora mismo!

—¡Para de una vez, loco! —Estamos los dos de lo más divertidos. Como

yo ya sabía, no tengo la fuerza suficiente para pararlo y Tristan consigue paralizar mis manos a mi espalda, apretándome contra él.

—Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. —Me besa. De pronto, el ascensor se abre y nos encontramos a Mila al otro lado de la puerta, pero, por arte de magia, Tristan ha dado un salto y está de repente al otro extremo de donde estoy yo, con cara de póquer. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo puede disimular también?

—¡Ah! ¡Aquí estáis! Hola hermano —besa a Tristan en los labios —Hola Luna. —A mí me coge del brazo y tira de mí hacia el exterior del ascensor. —Tenía que hablar contigo, Luna. ¿Por qué no te duchas y cenamos juntas? Tengo cosas interesantes que proponerte. —Me lleva a tirones hacia mi habitación, lejos de Tristan, lo sé. Yo miro de reojo a mi espalda mientras camino. Veo a Tristan con cara de asesino a sueldo observándonos y con las manos en los bolsillos. También sé que no lo dejará estar y me preocupa cómo acabe todo esto.

Ya en mi habitación me doy una ducha mientras Mila parlotea de algunos posibles contratos que alguna productora nos ha ofrecido sobre opciones variopintas: anuncios de perfume, un papel secundario en una serie de ciencia ficción y un posible papel de coprotagonista en una película de muchísima menos influencia que la que estoy haciendo. Finjo prestar atención, pero mi cabeza está en otra cosa: en Tristan. No me he planteado todavía mi futuro como actriz. Directamente no me considero tal cosa. Ahora me doy cuenta de que he aprovechado la coyuntura con esta película sólo para estar cerca de él, no porque considere que yo tengo talento para algo como el cine. Pero Mila no para de insistirme que sí lo tengo. Puede que acabe por creérmelo.

Después de ducharme me dice que me ponga algo de ropa cómoda para ir al restaurante del hotel a cenar, donde también estará Joe, el representante de Tristan y mío. Yo la desoigo en ese aspecto. Quiero estar guapa. El cuerpo me pide estar guapa. ¿Qué digo guapa? ¡Quiero estar explosiva!

Así que me decanto por unos tejanos muy ajustados (para tener un toque informal), unos botines de tacón de aguja de piel negros y un minúsculo short de encaje negro con un escote de corazón y de hombros caídos. Me recojo el pelo en una coleta alta y dejo algunos rizos sueltos, para que parezca descuidada (aunque nada más lejos de la realidad). Me he aplicado máscara de pestañas de manera contundente y gloss labial.

Mila me mira sorprendida al verme salir así de la habitación, yo me hago

la distraída ante su gesto de sorpresa y ambas nos dirigimos hacia el restaurante del hotel.

En cuanto pongo un pie en el restaurante mi respiración se detiene. ¡Lo veo! ¡Qué guapo está! Se ha engominado el pelo, y me encanta como le queda. Se ha afeitado y lleva también unos tejanos con una camiseta blanca ajustada de amplio cuello. ¡Está perfecto! Y, sentado junto a Joe en la misma mesa. ¡Bien! ¡Vamos a compartir la velada! Me acaloro mirando los músculos de sus brazos mientras Mila y yo nos acercamos a ellos dos. Tristan ni se ha dado cuenta de mi presencia, pues está hablando con Joe de algo que parece importante. Pero, en cuanto me ve, su gesto de pasmo es indescriptible, y parece que se tensa en la silla. Aguanto la risa. Tristan es un gran actor y suele disimular mucho mejor de lo que está haciéndolo ahora mismo.

—Buenas noches, chicos. —Saludamos Mila y yo al unísono.

—Buenas noches, preciosidades. —Saluda Joe.

—Joder... digo... ¡hola! —Saluda Tristan y se levanta rápidamente para ofrecermelo asiento en la silla que hay justo a su lado. Yo le sonrío con coquetería y tomo asiento. Mila nos observa con el ceño fruncido. —Eres cruel. —Susurra Tristan en mi oído cuando estoy sentada. —Vienes así cuando sabes que no puedo tocarte. —Aprieto los labios para no reírme.

—Así conseguiré sacar más partido de ti cuando puedas hacerlo. —Susurro yo con cuidado de que ni Mila ni Joe nos escuchen. Tristan gruñe.

—¿Tiene la señorita quejas de mi actuación en la cama? —Le miro y niego sonriente y contundentemente con la cabeza. Tristan sonrío de vuelta.

—¿De qué habláis vosotros dos? —Interrumpe Mila. Tristan y yo tosemos y nos colocamos bien en nuestro asiento.

—Nada, del ensayo de hoy. —Miento.

—¡Richard me ha dicho que ha ido genial! ¡Que se os ve genial juntos tras la pantalla! —Se me infla el pecho de orgullo al escuchar eso. Se nos ve genial juntos. Eso es gracias al amor que existe entre los dos. —¡Mañana empezamos ya a rodar! ¡Estoy ansiosa! —Grita Mila excitada.

—Sí, esto os va a abrir las puertas a los dos sin duda. —Añade Joe.

—Yo tengo pensado tomarme un tiempo, sin trabajo, después del rodaje de esta película. —Nos informa Tristan y todos lo miramos incrédulos.

—¡Tristan, estás en el mejor momento de tu carrera! ¡Ahora es cuando vienen los proyectos importantes! —Grita Joe.

—¡Así es, tonto! —Añade Mila. —¿Cómo se te ocurre frenarte ahora? —Parece muy contrariada.

—Tengo proyectos más importantes en mi vida ahora mismo. —Dice y parece tranquilo. De pronto, siento la mano de Tristan sobre mi muslo y comienza a acariciarlo. ¡¿Soy yo su proyecto importante?! ¡Tengo ganas de llorar de felicidad! Para evitarlo, me remuevo nerviosa en la silla.

—¡Cuál! ¡A ver! —Insta Mila gesticulando excesivamente con las manos.

—Mi vida. —Sentencia Tristan. —La vida que existe más allá del dinero y la fama. La vida real, no la que finjo tener en cada personaje que interpreto.

Su respuesta nos silencia a todos. Más bien nos deja pensativos. Incluso yo, que he vivido toda mi vida pasando penurias económicas soy capaz de comprender que la vida va mucho más allá de tener dinero.

Durante la cena Mila intenta motivarme a mí para aceptar algunas nuevas ofertas, mientras siento la mano de Tristan por debajo de la mesa metiéndome mano. Menos mal que no llevo una falda, o lo lamentaría.

Cuando su provocación ya es insostenible, pido perdón y me dispongo a irme al baño. Un poco de agua fresca en la frente y en la nuca ayudará a bajar el calor que siento por su culpa.

Pero, cuando estoy precisamente echándome agua en el lavabo, lo veo a él detrás de mí a través del espejo del baño. Me giro escandalizada.

—¡Qué haces aquí, insensato! ¡Es el baño de mujeres! —No habla. Simplemente se abalanza sobre mí y me besa excitado. —Tristan...

—Necesito estar dentro de ti. Ahora. —Susurra en mi oído mientras va desabrochando mis tejanos.

—Tristan... no... ¡ah! —Me hago líquido entre sus brazos. La puerta del baño se abre y Tristan me empuja hacia el interior de un habitáculo individual. Cerrando la puerta con llave cuando estamos los dos dentro.

—¿Has visto que está en el hotel Tristan Moore? —Dice una mujer mientras Tristan sigue desabrochando mis pantalones y besando mi cuello. No tengo fuerzas para detenerlo. —¡Qué bueno está el cabrón! ¡Si averiguo su habitación te juro que me hago la que se ha equivocado esta noche y me lo follo! —Gruño al oír eso. Tristan parece que ni siquiera lo ha escuchado y comienza a besar mis labios mientras introduce una de sus manos por debajo de mis braguitas. Yo hago lo mismo con él, deseando marcar mi territorio tras escuchar tan espantosos comentarios.

—¡Sí, joder, ese hombre es impresionante! —Dice la otra acompañante cuando siento dos dedos de Tristan entrar en mí.

Ahogo un gemido y Tristan me dedica una sonrisa maliciosa. Yo también sé jugar a esto. Presiono su miembro y lo masajeo. Tristan levanta el cuello

como si quisiera aullar, dejándome espacio para saborearlo.

Estamos los dos, masturbándonos mutuamente, en el baño de señoras del restaurante de un carísimo hotel, mientras dos clientas comentan indecencias sobre mi hombre. Pero está conmigo. Me ama a mí. Así que no voy a arruinar este momento por dos estúpidas desesperadas.

Las mujeres salen del baño, pero ni Tristan ni yo paramos nuestra diablura. Estoy hecha líquido bajo el embrujo de sus dedos y de sus labios. Tristan aguanta los gemidos a base de besos y, cuando noto un fuerte gruñido de sus labios y un espeso y caliente líquido en mi mano, me dejo ir entre sus agasajos. ¡Joder! ¡Esto ha sido muy morboso!

—Te quiero esta noche en mi cama. —Me dice tras limpiarse la mano con papel y mientras está abrochándose el pantalón. Yo me limpio también.

—No creo que Mila me deje...

—¡Mila no manda en nosotros! Así que o vienes tú a la mía, o voy yo a la tuya. —Dice muy serio.

—¡Tristan! ¡Mila duerme en mi habitación! —Me río.

—Ya te he dicho que me da igual. Si no quieres público ven a la mía, sino te visitaré yo a ti. —Me da un rápido beso y abre la puerta del habitáculo en el que estamos encerrados. —Por cierto, —dice antes de salir —si te sigues vistiendo así no podré parar de hacer locuras. —Me ruborizo y me siento culpable. Agacho la cabeza. —¡Eh! —Me sujeta del rostro. —Me encantas... ¡no dejes nunca de mirarme! —Vuelve a besarme y se va. Yo me quedo durante unos minutos mirándome al espejo y sonriendo como una tonta. No pienso salir de aquí hasta que no se me quite esta sonrisa de estúpida de la cara.

Por la noche, en la habitación, Mila no deja de hablar desde su cama de todas las oportunidades que se me van a abrir de ahora en adelante. Yo sigo con mi cabeza en los brazos de Tristan, y suspiro y sonrío mirando al techo de la habitación como una tonta.

—Estás rarísima. —Me dice de repente Mila tras un bostezo. Yo la miro y me aclaro la voz, como si así pudiese aclarar mi mente. Eso no es tan fácil. —¿En qué narices piensas? Porque está clarísimo que no prestas nada de atención a lo que te digo yo. —Me pregunta y bosteza de nuevo. —Ups, perdón.

—Sólo estoy feliz. —Me encojo de hombros.

—¿Por qué? ¿Has tenido buenas noticias de España? —Mila se recuesta y abraza su almohada. De repente mi gesto cambia al acordarme de Juan y de que anda suelto. Pero aquí jamás me encontrará.

—No... no es eso.

—¿Entonces? —Creo que Mila comienza a sospechar algo y tengo que distraerla. Todavía.

—Voy a ser la protagonista de una película de la Summit. ¿No te parece suficiente? —No me contesta. —¿Mila?

—Mmmmm. Perdona, estoy super cansada. Más que de costumbre. ¡Apenas son las once y media! Y yo nunca me duermo antes de la una... Será el jet lag... —su voz se va apagando y creo que se ha quedado dormida.

Automáticamente pienso en levantarme e ir a la habitación de Tristan. Pero no me puede cegar la impaciencia. Se acaba de quedar dormida y podría despertarse si me precipito.

—¿Mila? —La llamo. No responde. ¿Qué hago?

Finalmente me levanto con sigilo y hago un poco de tiempo por la habitación mientras pienso qué hacer.

Busco algo de ropa interior sexi. ¡Maldita sea, no tengo nada! Bueno... creo que tengo un picardías por algún lado... ese que me compré precisamente para la primera noche de sexo que iba a pasar con Tristan...

Rebusco y rebusco hasta que doy con él.

—¡Aquí estás! —Le digo a la prenda.

Miro a Mila. Sigue K.O. y no paro de mirarla mientras me desnudo y me pongo el picardías. También decido no ponerme braguitas ni nada. Me pondré simplemente la bata para salir al pasillo y atravesarlo hasta llegar a la habitación de mi hombre.

Me dirijo al cuarto de baño acto seguido. Será mejor que me repase un poco las piernas con la cuchilla de afeitar. Y... un poco de perfume. ¡Ana me regaló uno con feromonas! ¡Es muy oportuno!

Cuando ya me he afeitado y he esparcido unas gotas del perfume por casi todo mi cuerpo, decido atusarme un poco el pelo. ¿Lo dejo suelto? ¿Lo recojo? Pruebo a soltarlo y echarlo a un lado, después a otro... Pongo mi pose más seductora frente al espejo... ahhhh ¡no sé si será demasiado!

¡Maldita sea! ¿Quién llama a la puerta a estas horas? ¡Va a despertar a Mila!

Salgo rápidamente del baño y compruebo que efectivamente Mila aún duerme. Vuelven a aporrear la puerta. ¡Mierda! Abro rápidamente y asomo únicamente la cabeza, porque no estoy para nada decentemente vestida para recibir a nadie.

—¡Qué! —Contesto a la llamada de malas pulgas. —¡Tristan! —La

sorpresa de verlo ahí es gigante. Aunque tiene aún más cara de malas pulgas que yo. Lo miro de arriba abajo, sólo va vestido con unos pantalones cortos. —¿Qué haces...

—¡Llevo esperándote un rato y ya no pienso esperar más! —Abre la puerta de un manotazo y yo me cubro con las manos instintivamente. ¡Lo que llevo es completamente transparente!

—¿Qué haces? ¡Mila está aquí...

No me deja hablar. Estampa sus labios en los míos y se introduce en mi habitación, cerrando la puerta con una patada y empujándome a mí al interior.

—Ya te he esperado suficiente, niña rebelde, has agotado mi pobre y escasa paciencia. —Me dice sin parar de besarme por todos lados y tirando de los tirantes de mi picardías para deshacerme de él. Yo trato de impedirlo como puedo.

—¡Tristan, Mila está aquí, justo al lado! —Señalo el cuerpo inconsciente de su hermana que yace sobre la cama que hay al fondo de la habitación.

—No te preocupes por ella. —Continúa succionando uno de mis pezones. —Mmmm joder, qué bien hueles...

—Tristan... para... —mi voz es casi un gemido —ahhhh... —acabo por caer sobre mi cama y Tristan cae sobre mí y, mientras lo hace, va quitándose los pantalones cortos que lleva.

—No te preocupes, le he metido uno de mis tranquilizantes antes, durante la cena, en su bebida. —Dice refiriéndose a Mila. ¡Está loco! Me río a carcajadas y me tapo la boca con la mano para no montar un escándalo. Él me observa también divertido. —Bien... ¿por dónde nos habíamos quedado en el baño? — Noto su mano surcar mi piel en dirección a mi sexo. Yo le beso con erotismo.

—Por ahí precisamente. —Digo cuando su mano alcanza mi húmeda sed de él.

—Dios... me moriría así, pegado a ti...

—¡Tristan! —Le regaño.

—¿Qué? —Pregunta sin entusiasmo mientras sigue besuqueando mis pezones y los muerde.

—Mmmmm, no bromees con eso...

—Estoy bien, nena —siento su enorme y duro sexo entrar en mí —ahh... más que bien... mmm

Creo que es el sexo más morboso y excitante de toda mi vida, además del más loco... follar con su hermana dormida justo al lado... ¡dios mío, en qué estamos pensando! Intento mitigar mis gemidos como puedo, mordiendo su

hombro, arañando su espalda, apretando con fuerza su cabello. Él no se queja y también aprieta mis muslos y mis nalgas con fuerza con una de sus manos. Con la otra, me mantiene sujeta de la barbilla para evitar que mire hacia otro lado que no sea a él.

Su rostro es el rostro de la lujuria extrema. Es sexi, guapo, perfecto. Es la creación más maravillosa que mis ojos hayan presenciado de cerca, y... tan cerca. Dentro de mí. Haciéndome explotar.

—Te amo... —gimo en sus labios.

—Yo más. —Su confirmación de la que hasta hoy ha sido la mejor declaración de amor que he vivido nunca me hace sonreír. —Y te voy a hacer explotar de pasión entre mis brazos todos los días de mí vida.

Mila gruñe en sueños y yo me tenso, pero Tristan ni siquiera hace ademán de parar.

—Estamos locos. —Le aprieto aún más fuerte al notar las contracciones de mi sexo. Estoy cerca...

—Prefiero esta locura a ninguna otra. Créeme —me besa y con su lengua surca mi boca y acaricia la mía.

—No estás loco. —Digo suplicando porque deje de pensar en su problema. —Juntos lo lograremos. ¡Ahh! —Grito al notar una estocada de Tristan en mi interior.

—Shhhh... no grites, preciosa. Ufff, estoy muy cerca. —Muerdo su hombro para acallar mis gritos de nuevo. Estoy entrando en un potente orgasmo que se alarga y se intensifica de forma impetuosa. Si lo suelto gritaré con todas mis fuerzas. —Grrrr —Tristan gruñe y no sé si es de dolor por mis mordiscos o porque está eyaculando él también. Pero creo que es más bien lo sengudo. —Joder... —Se deja caer sobre mí. —Eres una salvaje. —Me besa y se acomoda junto a mí en la cama. Miro su hombro. Tiene un gran morado.

—¡Mierda! ¿Te he hecho yo eso? —Me siento como si fuese lo peor al haber maltratado así el escultural cuerpo de Tristan. —Lo siento —digo contrariada.

—Yo no. —Cierra los ojos con una gran sonrisa de satisfacción en la cara. Sonríe yo también y me muerdo el labio. Vuelvo a mirar a Mila. Sigue inconsciente.

—Tienes que irte. —Le empujo. Tristan abre un ojo y me mira serio.

—¿Por qué? ¿Ya te has divertido conmigo y me echas? —Me río. —Me rompes el corazón...

Mila vuelve a hacer un ruido durmiendo y yo vuelvo a asustarme.

—¡Vamos vete! —Vuelvo a empujarlo hasta que lo tiro de la cama. —¡No quiero problemas con mi manager! ¡Vete! —Sigo empujándolo hasta la puerta de la habitación.

—¡Vale, vale! ¡Malvada! ¡Descorazonada! —Se burla levantando las manos. —Te veo mañana, preciosa. —Me besa en la puerta mientras se coloca los pantalones.

—Hasta mañana, loco. —Le beso después yo y abro la puerta. —Que duermas bien.

—Dormiría bien contigo. —Me chantajea y pone una cara de triste muy infantil y graciosa.

—Pronto.

—Sí, me encargaré de ello. Buenas noches, Luna mía.

Se va mientras lo observo perderse en el pasillo y no paro de suspirar. Cierro la puerta y me deshago de más suspiros apoyada en ella. Soy feliz... muy feliz...

Hoy es el primer día de rodaje y estoy emocionada, aunque un poco preocupada cuando Mila me pregunta que a qué se deben los moratones de mis muslos. Aguanto la risa al recordar los dedos de Tristan presionándolos y le contesto que anoche me caí de la cama en sueños. Creo que funciona, porque no insiste más.

El primer día de rodaje es toda una experiencia para mí. Tras horas de maquillaje y caracterización me miro al espejo y no me reconozco. ¡Estoy preciosa! Salgo de camerinos ilusionada con que Tristan me vea así. Seguro que le impresiona.

No me equivoco. Su cara lo dice todo. Está tan sorprendido como yo del partido que puedo llegar a sacarme. Sólo tengo que aprender a cómo hacerlo.

El primer día de rodaje es en la calle. Para ello, la productora ha conseguido los permisos pertinentes para parar el tráfico. Pero eso no ha frenado a unos pocos paparazzis que nos fotografían, alentados por la noticia de que la última película de Tristan Moore está siendo rodada en L.A. y con su “nueva amante” como coprotagonista con él.

Todo marcha sobre ruedas y conseguimos rodar todas las escenas propuestas para dicho día. Tristan actúa como un profesional frente a los demás y consigue disimular bien lo nuestro. Yo, sin embargo, no hago más que mirarlo y morderme el labio. Si la gente supiera lo que tenemos... seríamos la envidia de

medio mundo.

Lo único que Tristan me dice en referencia a nuestro pasional encuentro de la noche anterior es que tiene las señales de mis dientes y mis uñas en su piel y que las de maquillaje se han escandalizado al verlo. Me contengo la risa a duras penas y él también. No parece que le moleste tener restos de mi ataque en su piel, más bien lo contrario.

La primera semana de rodaje transcurre genial. Entre nosotros hay química y pasión fuera y dentro de las cámaras. Los rodajes van como la seda y, fuera de cámaras, aprovechamos la mínima oportunidad para tener sexo salvaje en los camerinos, baños del set, o en su habitación del hotel. Siempre que conseguimos esquivar la vigilancia de Mila, que creo que se huele algo por nuestro repentino más que buen estado de ánimo.

Por eso durante la segunda semana de rodaje nos cuesta mucho más encontrar la fórmula para vernos. Mila me asedia a todas horas.

La tercera semana de rodaje es aún peor. Los pocos momentos que logro esquivar a Mila es Laura, una de las chicas de maquillaje, la que me vigila con poco disimulo. Se ha hecho muy amiga de Mila y creo que mi “queridísima cuñada” le paga a mis espaldas para evitar que me vea a solas con Tristan. ¡Esto es de locos! Sólo puedo verlo durante los rodajes y eso nos tiene a los dos exasperados.

Tristan quiere hablar con su hermana y decirle que, gracias a nuestra relación, ya no ha tenido más ataques de ansiedad, ya no hace apenas uso de la medicación y que ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones. Pero, al final, ambos hemos coincidido que será mejor cuando avance un poco más el rodaje y sea más difícil que la productora o la propia Mila intente cortar mi contrato en la película. O al menos, evitar que Mila monte un escándalo ahora mismo y lo paralice todo.

Pero echo de menos un maldito rato a solas con Tristan.

Casi me da igual la película y mi prometedora futura carrera.

Nada de lo que tengo ahora mismo es más fuerte que lo que siento por él. Y me da miedo que se evapore.

También me dan miedo todas esas mujeres que se le acercan constantemente con sus irrespetuosos coqueteos.

De todo eso hablo únicamente con Ana por teléfono, cuando tengo un pequeño rato para mí y puedo hablar con ella a solas. Ella está tan feliz como yo de mi clandestina relación con Tristan, pero, las noticias que me da de España, no son alentadoras en absoluto.

Juan ha ido por la cafetería en unas cuantas ocasiones preguntando por mí, y, en una de ellas, ha destrozado la mitad del mobiliario de la misma.

Menos mal nadie, excepto Ana, sabe dónde estoy ni qué estoy haciendo. Pero mi miedo con Juan vuelve a renacer cuando Ana me dice que en algunos medios locales han salido fotos mías con Tristan del rodaje de la película.

Si Juan ve eso soy mujer muerta.

Si Juan descubre que estoy con Tristan será mi fin y, lo peor de todo, meterá a Tristan en su sucia guerra contra mí.

No puedo permitir que la prensa se haga eco de esa noticia aún.

He hablado con Ramón, mi abogado, y dice que hasta dentro de un mes o dos no será el nuevo juicio contra Juan en el que el Tribunal Supremo tendrá que decidir si hubo o no agresión sexual.

Me lo juego todo a eso. Y tengo que rogar al cielo que Juan no descubra mi relación con Tristan hasta que esté entre rejas, ojalá que por mucho tiempo. Porque podría conseguir venir hasta aquí... o hacer algo a alguien que yo quiera... a Ana... sólo para castigarme a mí.

No puedo permitirlo. Por eso hoy estoy tan nerviosa tras la conversación con Ana. Creo que no sería tan mala idea hablar con Tristan y contratar esa abogada que él me ofreció. Pero, por otro lado, no quiero que Tristan sepa nada de esto.

TRISTAN

Hoy al fin voy a tener un rato a solas con ella. El bicho de mi hermana tiene que viajar a Seattle unos días para unos asuntos laborales y dejará a Luna en paz al menos durante su viaje. Necesito sentirla. Necesito sus besos, su piel...

Llevo más de una semana sin hacerle el amor y me estoy volviendo loco. Ya no tengo pesadillas, pero, cada noche, me levanto tras tener un sueño húmedo con Luna más que alterado. Me siento extraño, nunca me he sentido así, como ahora. Me resulta tan raro irme a la cama sin miedos ni histerias que a veces hasta las echo de menos. No me da miedo dormir y no volver a despertar, porque si eso sucediera ahora mismo, no podría morir en un momento más feliz de mi vida y dejaría este mundo en paz conmigo mismo. Puede que esté hasta rehabilitado.

Hoy, además, nos toca rodar una escena de sexo a Luna y a mí y estoy más que deseándolo. Aunque sé que va a ser duro por un lado, por otro va a ser sensacional poder besarnos y manosearnos sin impedimento alguno.

Cuando la veo aparecer en el set de rodaje recién salida de maquillaje se me corta la respiración. Richard le da las instrucciones precisas de cómo deben ser sus movimientos y dónde se tiene que colocar y yo, mientras tanto, la desnudo con la mirada. Lleva un camisón de seda celeste. Está impresionante.

Luna obedece las instrucciones de Richard, que le indica que se sitúe frente a mí. Me mira y me dedica una tímida sonrisa. Después baja la vista, nerviosa. Supongo que la forma en que yo la miro le intimida. No puedo apenas esperar a que Richard dé la voz de “acción” para abalanzarme sobre ella. Se me acelera el pulso, me sudan las manos, la quiero para mí. Ya.

—¡Acción!

La voz de Richard suena como música para mis oídos. Sin esperar un segundo más me lanzo a saborear sus besos con desesperación. Luna vierte un gemido en mis labios que me desmorona por dentro. ¡Mierda, me estoy empalmado! ¡Grrr! ¡Contrólate, Tristan, joder! ¡Pareces un puto principiante!

—¡Corten! Perfecto. Ya tenemos los planos de ese lado. —Dice Richard y yo me separo con pocas ganas de los labios de Luna. Ella me mira pidiendo también más. Frunzo los labios y me encojo de hombros. No puedo ahora, nena, pero créeme que te lo haría como un loco si pudiera. —Ahora grabaremos

también el beso desde el otro ángulo. El plano es mayor, así que mientras la besas, Tristan, ve bajando los tirantes de su camión hasta que caiga al suelo. — Mmmm, es cierto, no recordaba que iba a tener que exponerse Luna semidesnuda... joder, esa idea no me apasiona. Pero bueno, es nuestro trabajo. —Tú, Luna, tienes que tirar de los botones de su camisa con fuerza. Arráncasela, mientras que vais cayendo sobre la cama.

Luna asiente y yo también. Cuando vuelve a gritar “acción” me vuelvo a abalanzar sobre ella. Mis manos no tienen tanto reparo como mi mente en desvestirla. Añoraba demasiado sentir el tacto de su piel. Sus gemidos vuelven a revolucionarme como desde el primer día que posé mis labios sobre los suyos. De pronto, todos nuestros momentos juntos acuden de golpe a mi mente. Todos esos mágicos minutos que hemos compartidos se agolpan en mi pecho, que late con fuerza. Es la primera vez en mi vida que siento un amor como éste en mi interior y creo que puedo asegurar que jamás amaré a nadie más como la amo a ella.

Luna arranca los botones de la camisa que llevo y desviste mi torso con impaciencia, creo que más impaciencia incluso que la que nos exige el guion, pero nadie se queja, así que continuamos con nuestra escena. La levanto entre mis brazos y la recuesto sobre la enorme cama que nos han preparado para el set de rodaje, posicionándome sobre ella, sin dejar de besarla.

—Muy bien, chicos, seguid así. ¡Quiero una cámara en el extremo opuesto! —Richard habla. Aunque Luna y yo estamos sumergidos en nuestro mundo de lenguas y besos.

Siento que mi miembro está a punto de explotar bajo los pantalones que llevo y, como acto reflejo, presiono con él a Luna que vuelve a gemir. ¡Joder, como corten ahora la escena voy a dar un numerito de lo más simpático!

—¡Corten!

—¡Joder! —Pienso en voz alta mientras cierro los ojos y respiro profundo para serenar mi sangre a punto de bullir.

Repaso la plantilla de los Lakers mientras hago movimientos circulares con mi cuello. ¡Bájate, joder! Le digo con la mente a mi polla. Un temblor bajo mi cuerpo me hace abrir los ojos. Al abrirlos, me encuentro a Luna muerta de la risa mientras me observa. Yo le dedico una mirada airada entrecerrada.

—Levántate. Hemos terminado este plano. —Sigue riéndose.

—¡Bruja! —Le recrimino mientras intento disimuladamente recolocarme la polla con una de mis manos.

—¡Perfecto, chicos! Ahora sin ropa bajo las sábanas. Tenemos que rodar la

escena de sexo. ¿Estáis listos? —Mierda, ¡¿sin ropa?! Trago saliva.

—¡Sí! —Contesta Luna muy simpática mientras me aparta de un manotazo de ella. La miro y la maldigo. ¡Seguro que ella está tan cachonda como yo! ¡Qué suerte ser mujer a veces para poder disimular este tipo de situaciones incómodas!

—Voy un segundo al baño, perdóname Richard. —Digo de mal humor.

Después de echarme agua fría por mis partes menores y hacer un poco de relajación vuelvo al set.

Pero la peor parte comienza justo ahora. Bajo las sábanas, Luna y yo fingimos tener sexo durante largos y agónicos minutos. Mi libido está por las nubes volando a algún planeta lejano. Siento que me arde la piel mientras reproducimos una y otra vez la dichosa coreografía de la dichosa escena de sexo. Y de un momento a otro me olvido de donde estoy. Me olvido de todo y lo único que recuerdo es que no puedo vivir un minuto más sin amar a esta mujer. Así que, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, resbalo mi miembro por su más que húmeda hendidura y me cuelo en su cuerpo. Juro que ha sido involuntariamente. Y me doy cuenta de lo que estoy haciendo justo cuando siento sus uñas clavarse en la piel de mis brazos y escucho su alarido de pasión. Abro los ojos. ¡Oh, joder! Estoy haciéndole el amor a Luna delante de todos... Ella me mira asustada, pero muy, muy excitada. Gime y cierra los ojos. ¡Mierda, así no voy a poder parar!

—¡Maravilloso chicos, seguid así, joder! —Y cómo sé que nadie puede ver lo que está sucediendo bajo las sábanas le hago caso a Richard y continúo saboreando el precioso cuerpo de mi niña amada.

Luna al principio se tensa. Es normal. No estoy jugando limpio. Pero poco a poco se deja llevar también y sé que está al borde del orgasmo cuando siento sus uñas con más fuerzas en mi piel.

—Te quiero. —Digo en sus labios sin pensar. Ni siquiera está en el guion.

—Te quiero. —Me responde y me siento explotar en su interior. Ella me sigue segundos después con un fuerte gemido.

—¡Corten! ¡Perfectísimo! Vamos a dejarlo tal cual. No creo que haga falta otra toma. ¡Vestíos! —Dice Richard. Luna sigue jadeante bajo mi cuerpo. Me mira y sonrío por nuestra travesura.

—Esta me la vas a pagar. —Me amenaza divertida.

El rodaje termina y nos volvemos al hotel en mi coche. Ha sido el mejor día de trabajo de mi vida. Y no sólo porque por fin soy el protagonista de una película, sino también porque por fin soy el protagonista de mi vida. Me siento así con Luna: vivo, lleno de vida y de deseo por ella.

Mientras ella me va regañando por el camino por mi sucia jugada en el set cambio de planes y decido llevármela a mi casa. Allí no tendremos distracciones externas y, como Mila está fuera por unos días, tampoco habrá impedimentos por su parte.

Luna también parece que recibe bien la idea cuando veo la sonrisa que muestra al adivinar mis intenciones.

Pasamos una noche intensa, sensual y lujuriosa de sexo en varios rincones de mi enorme casa. Tanta hambre acumulado del uno por el otro en las últimas dos semanas hace que nos tomemos la tarea con entusiasmo.

Jamás había visto a Luna tan desatada en la cama y creo que es la primera jodida vez en mi vida que tengo cinco orgasmos en una sola noche.

Quizá por eso estoy tan destrozado que ni me inmuto cuando suena el despertador por la mañana. Es más, me dan ganas de estrellarlo contra la pared cuando lo oigo.

—Despierta Tristan. Tenemos que trabajar. —Siento su mano acariciar mi mandíbula. Gruño y me tapo la cara con la almohada. —Tristan... si no te despiertas seré mala. —Vuelvo a gruñir. No quiero despertar. Es la maldita primera vez en mi vida que estoy mejor en cama, durmiendo. Sé que es porque ella está aquí.

De repente siento su húmeda lengua sobre mi polla y me despierto todo yo de una vez.

—Joder... mmmm... buenos días...

—Buenos días. —Me dice sonriente subiéndose sobre mí y dándome un bonito beso de buenos días. —Levántate. Vamos a llegar tarde.

—Primero voy a darte tu merecido. —Me giro para colocarme sobre ella, pero su dichoso teléfono empieza a sonar.

—Levanta. Tengo que atenderlo. Puede ser Mila. —Vuelvo a gruñir y le dejo libre para que atienda la llamada. Pero, cuando ve el número que la llama palidece y sale de la habitación. ¿Quién cojones es? La tentación de saberlo es tan grande que no puedo evitar salir tras ella y espiarla. —¿Cómo has conseguido mi número? —Le dice a quien sea. —No, no voy a volver. ¡¿Hablar conmigo?! ¡De qué! ¡No hay nada de qué hablar! Te dije que lo nuestro se acabó y no quisiste oírme, como siempre. —Suena muy nerviosa. ¿Con quién cojones habla? Si Juan está en la cárcel no sé quién más puede ser que haya tenido una relación con Luna. ¿Será el tipejo ese de la otra vez del bar? ¡¿Se habrá visto con él estos días a escondidas?! Mi pecho está a punto de explotar y siento que la boca se me seca. ¡No, no, no, no! ¡Otro ataque de ansiedad no! ¡Llevo tres

semanas sin sufrir ninguno, me estaba arreglando! —¡Juan, olvídame! ¡Déjame hacer mi vida de una maldita vez! —¡¡¡Cómo!!! La ira me ciega y voy directo hacia Luna, que al verme se tapa la boca. Le arranco el teléfono de las manos sin titubeos.

—¡Escúchame, maldito cabrón! ¡Vas a dejarla en paz de una puta vez o yo mismo cogeré un vuelo a España para arrancarte la cabeza! ¡¡¡¿me oyes?!!!

—No, escúchame tú, actorucho de pacotilla. Luna jamás se va a librar de mí. Ella es mía y quien toca lo mío está muerto. —Me encantaría decirle mil cosas a este malnacido, pero en estos momentos veo que quien realmente está sufriendo un ataque de ansiedad es Luna. Yo mejor que nadie sé cómo son y me necesita.

—Tú ya eres historia. ¡Que te jodan, Juan! —Cuelgo el teléfono y me dirijo rápidamente hacia Luna, que tiembla de pies a cabeza y comienza a hiperventilar. Le sujeto el rostro para que me mire. —Eh, nena. Tranquila. Ya está. Respira despacio.

—No me va a dejar... no me va a dejar... —Dice sin cesar sacudiendo la cabeza. —Quiere hacerme daño, Tristan. Quiere hacerte daño a ti. Por mí. Por mi culpa. —Llora desesperadamente.

—No me va a hacer nada a mí ni a ti. Juan no tiene ese poder. Luna. Mírame, nena. Eh... tranquila. Ven. —La abrazo con fuerza y dejo que lllore un poco en mi hombro. Pero siento que el abrazo le hace bien y poco a poco su respiración se normaliza. —Nena. Mírame. —Al fin lo hace con el rostro cubierto por la tristeza y la preocupación. —Nadie nos va a quitar esto, ¿me oyes? Estoy aquí, para ti. Para siempre. —Emite un sonido de sorpresa. —Sí, mi amor, para siempre. Nada ni nadie nos arrebatará esto. Y menos ese asqueroso desgraciado. —Ella al fin asiente a lo que digo. La beso tiernamente.

—Te quiero tanto... no podría soportar que te hiciera algo por mi culpa.

—Eso no pasará. Yo estaré bien porque te tengo a ti. Ya está. Es así de simple.

—Siempre me tendrás. —Me dice con media sonrisa.

—Pero dime una cosa, Luna. ¿Qué cojones hace Juan en la calle? —Me pongo más serio ahora. A Luna se le corta la respiración y baja la vista. —Luna... mírame.

—Ha recurrido la sentencia y le han dado la libertad bajo fianza hasta que se celebre el nuevo juicio. —Inflo de aire mis pulmones para no soltar todos los improperios que se me vienen a la cabeza. —Parece ser que no me creyeron cuando conté lo que me hizo. Él dijo en el juicio que los golpes me los había

provocado yo y que no hubo agresión sexual porque fue listo y usó el con... — Luna se para en seco cuando ve la expresión de mi cara. —Mierda. —Masculla.

—¡QUÉ HAS DICHO!

—Nada yo... no importa. —Agacha la vista y se cubre con sus manos su desnudez para protegerse.

—¡¿QUE NO IMPORTA?! ¡¡¡¡JODER!!!! ¡¡¡¡MALDITA SEA!!!! —Doy un puñetazo a la pared para aplacar la ira tan aplastante que siento.

—¡Tristan! ¡Te vas a hacer daño! —Luna toma mi puño y lo examina. Yo la miro fuera de mis casillas.

—Dime por lo que más quieras que no te violó ese degenerado, Luna. — Ella me mira asustada. Yo aprieto la mandíbula hasta casi romperla.

—Eso ya pasó...

—Piensa en un prado verde con flores. —Divago en voz alta mientras cierro los ojos. —Respira, Tristan. —Vuelvo a abrir los ojos al no escucharla más. La encuentro aterrada mirándome. Con los ojos llenos de lágrimas. Me siento morir al pensar lo que ese bastardo le hizo pasar. —Ven aquí. —Consigo medio calmarme, sobre todo por ella, y le doy un abrazo sincero. Que ambos necesitamos. —Todo se arreglará. Vas a dejarme de una vez que yo me haga cargo de esto. —Sentencio.

Esa mañana obligo a Luna a llamar al director de la película para decirle que está enferma y no podrá ir a rodar. Ella no está ahora mismo en circunstancias de ir a trabajar y yo necesito asegurarme de que Luna está bien y de que me va a hacer caso esta puñetera vez con la abogada.

Yo, por mi parte, llamo a Mónica Sanz, la abogada que contraté en Madrid para que llevara el caso de Luna, y le ofrezco tres veces más de sus honorarios si consigue reconducir el caso y agravar la condena de Juan en el juicio próximo. Acepta sin problemas cuando le digo que Luna está conmigo y que está conforme. Acordamos una entrevista entre Luna y ella por Skype para la semana que viene, porque no estoy dispuesto a que Luna viaje a Madrid con ese loco suelto bajo ninguna circunstancia. También le pido a Mónica que ponga vigilancia a Juan. Si está suelto, puede intentar hacer de las suyas. Pero ella me tranquiliza diciéndome que no hay modo alguno de que Juan pueda llegar hasta Luna; tiene el pasaporte retirado y tiene que ir cada varios días a sellar al juzgado...

Yo intento por todos los medios que eso me deje más tranquilo. Pero lo cierto es que la tranquilidad me ha abandonado desde el minuto en el que supe que ese cabrón la llamó.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, he logrado frenar toda señal de ataque de ansiedad en mí. Y me han intentado dar unos cuantos. Pero estoy más preocupado por dar la talla y estar aquí, junto a Luna, de forma activa y protegiéndola, en lugar de dándole más problemas.

LUNA

He sido una bocazas. Ahora Tristan sabe que Juan me violó en aquella ocasión y me preocupa el estado de alteración en el que se encuentra. No quiero que recaiga por mi culpa. Lleva tres semanas tan bien... tanto que no parece ni él.

Ahora me mira con esa mirada tan horrible... llena de lástima. Odio la lástima. No quiero que me vea así.

He accedido a llamar a Richard para decirle que estoy enferma y así quedarme con él a solas. Necesito saber que estará bien tras lo que ha averiguado de mí. Y necesito desesperadamente saber que está bien conmigo, que lo nuestro sigue en pie.

De modo que después de hablar con Richard y de que me diga que no me preocupe y que me tome un par de días de descanso, decido apagar mi móvil y centrarme sólo en Tristan y en mí.

Me pide que me duche y me deja algo de ropa suya de sport mientras él hace el desayuno. Yo sé que es porque quiere unos minutos a solas para recomponerse de lo que acaba de averiguar. Se los doy y trato de mostrarme paciente. Aunque en la ducha los miedos me asaltan, y no es miedo a Juan esta vez. Tengo miedo que esto suponga un adiós a lo que Tristan y yo estábamos construyendo.

Es lógico que tema perder lo único que me ha hecho sentirme viva alguna vez. Es lógico que tema perder a la única persona que me ha enseñado la parte bonita del amor y la pasión. Pero no quiero volver a caer otra vez.

Cuando salgo de la ducha, escucho a Tristan manteniendo una conversación telefónica con alguien sobre mí. Enseguida descubro que se trata de Mónica Sanz, la abogada que una vez contrató para mí y que yo desestimé. La voz de Tristan suena desesperada. Suplica a esa mujer que consiga que se haga justicia conmigo, dice que le pagará lo que sea. Lo que sea... por mí... Me emociono al oír cuánto me quiere este hombre. Porque sí, no me cabe ninguna duda que me quiere. Siento en mi pecho la enorme dicha de ser la primera mujer que ha conseguido enamorar a Tristan Moore y, lucharé con uñas y dientes por ser la última.

—Sí, hablaré con Luna y concertaremos una cita contigo por Skype. —Le

dice a Mónica mientras sirve dos cafés en dos tazas, sin percatarse que yo estoy a su espalda. —¡No! ¡Luna no va a pisar Madrid hasta que no sea estrictamente necesario! ¡Hasta el juicio! ¡Y de mi mano, claro está! —Instintivamente le abrazo por la espalda y Tristan se sobresalta al sentirme. Pero acaba apretando mis manos en la suya. —Sí, Mónica. El lunes que viene podemos quedar para hablar los tres por Skype. Estupendo. —Tristan se gira y me besa la frente. —Vale, a las once de la noche hora de aquí. Perfecto. —Tristan cuelga, me mira y suspira. —Todo acabará pronto. Te lo prometo. —Me dice llevándose una de mis manos a su boca y besándola con ternura.

—Gracias por haber vuelto a mí. —Le sonrío emocionada. —Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eres tú quien me ha salvado a mí, Luna. Te estaré eternamente agradecido.

Pasamos el resto del día dándonos besos y caricias. Tristan propone hacer un poco de turismo y enseñarme lo mejor de Los Ángeles, y yo accedo encantada.

Primero paseamos por las playas de Santa Mónica, justo después de dejar que Tristan me comprase un bikini en una tienda de la zona.

Son unas playas preciosas y en su compañía todavía más. Jamás hice algo tan trivial y relajante con Juan como pasear por la orilla del mar de algún lugar.

Cogida del brazo de Tristan, voy escuchando lo que él me cuenta de su niñez mientras siento las lenguas saladas del mar acariciar mis pies.

Tristan me dice que su niñez transcurrió normal, gracias a su tía Carolina, hermana de su madre. Ella fue la que se encargó de criar a Milagros y a él. Por lo que me cuenta, parecía un niño de lo más corriente y feliz, hasta que, llegada la adolescencia, comenzaron sus problemas con el sueño y sobre todo con las chicas que se le acercaban. Parece ser que todo comenzó cuando Tristan descubrió una vieja nota de prensa que tenía su tía en la que se narraba la tragedia de sus padres. Desde entonces, sus pesadillas con lo que presenció aquel día en el que su padre acabó con la vida de su madre comenzaron a perseguirle cada noche y, cuando tuvo su primer acercamiento sexual con una chica con la que solía salir en el instituto, sufrió su primer ataque de ansiedad severo. Tristan dice que se vio a sí mismo estrangulando a la chica. A mí se me hiela la sangre al escuchar eso. Aunque yo sé que él sería incapaz de hacer algo así.

Terminó con aquella chica porque pensaba que había algo en ella que le hacía tener esas malas sensaciones. Pero, desde entonces, cada vez que tuvo un acercamiento íntimo con una mujer, durante la noche, cada vez que dormía con

su acompañante, soñaba con lo mismo una y otra vez. Soñaba que acababa con su vida y después gritaba de miedo hasta que el pánico le dominaba y daba paso a un nuevo ataque de pánico.

Así es como tomó la determinación de no volver a acercarse a una mujer más de lo necesario para tener simples y distantes relaciones sexuales. También comenzó su carrera como modelo, aunque su meta era siempre convertirse en actor y poder vivir de alguna manera la vida de otro que no fuese la suya propia.

Después de contarme todo esto, me pide que le cuente cómo llegó una persona como Juan a ser importante para mí. No me gusta la idea de que conozca lo que viví con Juan, pero supongo que se lo debo a Tristan. Él se está esforzando en que yo comprenda su situación y necesita comprenderme a mí también.

—Juan me estuvo invitando a salir durante mucho tiempo, pero yo sólo lo veía como un amigo. —Le explico. Parecía un buen chico. Un chico al que le faltaba el amor. —Mi narración me transporta a tiempos en los que yo todavía era muy niña para comprender en dónde me metía, aunque yo me sentía muy adulta. —Pero cuando mi madre falleció y mi hermana Alba se fue al sur a vivir con su novio, me sentí tan sola que me refugié en él. —Intento como puedo excusar mi falta de criterio por haber escogido a alguien tan deleznable como Juan.

—No sabía que tenías una hermana...

—Alba, sí. Es dos años mayor que yo. Pero hace mucho que no hablamos. Ya tan sólo nos llamamos en nuestros cumpleaños y para navidad. —Afirmo con tristeza mirando al mar. —Ella tampoco aceptaba mi relación con Juan y se alejó para no ser cómplice de mi destrucción. Eso me dijo...

—¿Por qué no la llamas y le dices que tu novio ahora soy yo? —Miro a Tristan sorprendida. —Seguro que deja de hablarte ahora por envidia, y no por desagrado. —Bromea y me da un beso sonriente.

—¿Eres mi novio? —Pregunto en sus labios, divertida. Tristan carraspea. ¡Oh! ¿Le habré puesto nervioso? —Sólo estaba continuando tu broma...

—Eres mi novia. Sí. —Dice muy serio. —Y no sólo eso. Eres la mujer de mi vida. —Me quedo de piedra, pero Tristan hace como si nada, cogiéndome la mano y haciendo que continuemos nuestro paseo. —Sigue, ¿qué pasó después de que tu madre se fuera?

—Juan era el único que estaba a mi lado. —Sigo hablando mirando mis pies cubiertos por el agua. —Se esforzó tanto en animarme que comencé a sentirme en deuda con él. No sé cómo pasó, Tristan, no sé decirte cuándo ni

dónde comenzó la tortura emocional. Pero lo cierto es que un día dejé de saber quién era yo. No me atrevía a tomar decisiones por mí misma. Puede que fuera cuando se vino a vivir conmigo... Sus palabras hacia mí comenzaron a ser duras y cargadas de reproches. Me sentía culpable por todo. Las cosas tenían que ser a su manera, de lo contrario se enfadaba mucho. Me gritaba, comenzó a insultarme y yo lloraba cada vez que eso pasaba. Pero siempre venía suplicando perdón. Culpaba a su familia y a lo poco que le habían querido siempre de su ineptitud ante el amor y yo... lo creía. Tampoco me atrevía a plantearle una situación en el que el responsable fuera él. Tenía miedo. —Digo esto mirando a Tristan a los ojos y me sorprende al ver en ellos comprensión.

—Hablas de insultos... ¿Cuándo llegaron los golpes? —Trago saliva.

—La primera vez fue después de una cena de navidad con sus compañeros de trabajo. Un amigo suyo comenzó a contarme chistes. Eran muy graciosos. — Recuerdo con una triste sonrisa en los labios. —Me reí mucho. Juan parecía divertido también de verme reír así. Por eso no pensé nunca que estaba haciendo algo mal.

—No estabas haciendo nada mal, Luna. —Dice preocupado. Le miro intensamente.

—Lo sé Tristan. Ahora al fin lo sé.

—Bien. ¿Qué pasó entonces?

—Cuando llegamos a casa, abrí la puerta y entré cansada de tanto bailar. Me dolían los pies, lo recuerdo... Me quité los tacones, los tiré al suelo y, de pronto, todo estaba oscuro. Juan me golpeó en la cara tan fuerte que perdí la consciencia. Cuando desperté estaba en el suelo y Juan me arrastraba por el pasillo tirándome del pelo, en dirección a la habitación. —Siento la mano de Tristan presionar con mucha fuerza la mía. Lo miro. Está pálido, pero no dice nada.

—Continúa. —Dice al fin.

—Puedes imaginártelo. No me hagas decirlo. —Le suplico.

—¿No te libera hacerlo? Quiero decir, John siempre me dice que no hay nada como soltar la mierda para librarse de su tortura emocional.

—No me libera que seas tú quien escuche esto, Tristan. No cambiaría nada de lo que tengo contigo ahora mismo. Porque es lo mejor que me ha pasado nunca. Pero temo que contarte más haga que tú me veas como alguien roto...

—¿¿Roto?! ¡Te admiro tanto, nena! ¡Mírame a mí, yo sí que estoy jodido y no he vivido ni la mitad que tú me cuentas! —Se para y me sujeta del rostro. — Tú no has tenido miedo al amor después de haber vivido algo así. Tú me has

dado todo de ti sin reservas. Y yo te fallé... Lo lamento tanto... Nunca volveré a hacerlo. —Sonrío y le beso con fuerza.

—Pero estás aquí. Diciéndome que me amas y que me aceptas como soy. Luchando por dejar atrás tu pasado, como yo, sólo para estar conmigo. Tú también lo has conseguido, Tristan. Y lo has hecho por mí.

—Sí, por ti, Luna.

TRISTAN

Pasamos dos días impresionantes juntos. Para no arruinar la fiesta le oculto a Luna que Mila ha estado llamándome insistentemente preguntándome qué cojones hace Luna en mi casa. Sé que el torbellino de Mila viene esta noche de su viaje y voy a tener que enfrentarme a ella para convencerla de que por fin siento que he solucionado mis taras mentales gracias a la relación clandestina que mantengo con Luna desde hace un mes.

Pero eso ya será esta noche.

Ahora mismo estoy en el jacuzzi, disfrutando de un estimulante baño con mi chica y su piel resbaladiza por el agua. Mordisqueo sus pezones y se enciende. La beso con pasión y siento como se remueve ansiosa bajo mi cuerpo.

Pero cuando estoy a punto de entrar en ella, un pensamiento de ella me interrumpe.

—¿Qué pasará cuando la película se acabe, Tristan? —Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros...

—¡Oh! —Me separo un poco de ella para evaluar su reacción cuando le proponga lo que tengo en mente. —Pues supongo que tendré que amoldarme a los trabajos que te salgan. —Ella parece extrañada de mi respuesta.

—¿Los trabajos que me salgan?

—Sí, creo que Richard mismo quiere proponerte para una serie que está dirigiendo junto con otros dos directores más. Es para Netflix. Yo me lo pensaría si fuese tú. —Vuelvo a besarla, pero ella me separa con su mano.

—Me refería a ti y a mí. El trabajo me da igual.

—Nena, por eso mismo. Yo pienso tomarme unos meses de descanso de trabajo. Iré contigo a donde te lleven. —Le beso el cuello.

—¿Vendrás conmigo?! —Pregunta emocionada. La miro sonriente y asiento. Luna me besa con fuerza.

—Ya has visto lo peligrosas que son las escenas de sexo en el cine... no quiero que me cambies por otro tan pronto. —Bromeo. —Y... bueno, y quiero que te vengas aquí, a vivir conmigo.

—¿A tu casa?!

—Sí. —Susurro y la observo expectante, esperando su respuesta. —No

quiero que te me escapes, nena.

—Jamás te librarás de mí. —Sentencia conduciendo mi miembro a la entrada de su vagina con su mano. —Quiero estar todos los días de mi vida así.

—Mmmm... sigue... me estás convenciendo...

Volvemos al hotel como tortolitos. Aunque Luna parece un poco reacia de demostrar nuestro amor en público. Cree que Mila puede ponerse en nuestra contra o la productora. Lo que ella no sabe es que si lo nuestro salta a los medios de comunicación hará que nuestra película sea todavía más taquillera. Pero eso tampoco voy a decírselo. Lo que más me gusta de Luna es que es la primera mujer que no ha visto en mí un mero método fácil de hacer dinero. Y tampoco quiero que nuestra relación tenga un precio para los medios. Como tampoco le he dicho que pienso hablar con Mila esta misma noche para decirle que Luna está conmigo, se ponga como se ponga.

En el ascensor, en dirección a la planta donde se encuentran nuestras habitaciones, le meto mano mientras ella intenta deshacerse de mí entre risas.

En cuanto llegamos a la planta en cuestión y el ascensor se abre, nos encontramos con la cara de perro rabioso de Laura, la chica de maquillaje que mi hermana tiene sobornada para que nos vigile.

Luna se pone muy recta y disimula como puede su nerviosismo. Yo le muestro una sonrisa que parece sincera a esa mujer. Ella ni me saluda.

—Señorita Luna, ¿se encuentra mejor? ¿Dónde ha estado? —Tira de Luna y la saca del ascensor, separándola de mí rápidamente y yo siento unas enormes ganas de lanzarle un rugido. Pero me callo. Sin embargo, me quedo esperando a que Luna entre en su habitación para dejar de comérmela con los ojos.

—Sí, ya estoy mejor. —Dice ella. —He estado... por ahí. —Frunzo los labios. Quiero que ella también quiera gritar a los cuatro vientos que está conmigo. —Voy a mi habitación a repasar las escenas que nos quedan, hasta luego Laura. —Dice mientras se despide de Laura y abre la puerta de su habitación. Yo me dispongo a abrir también la mía mientras pienso en cuáles serán las mejores palabras para usar con Mila esta noche, cuando le informe que no pienso renunciar a Luna ni un día más de mi vida. Pero, de pronto, algo me detiene. Es una música que proviene del fondo del pasillo, de la habitación de Luna. ¿Hay alguien en su habitación? Creí que Mila llegaba dentro de un par de horas... La veo inmóvil mirando hacia el interior de su habitación, como paralizada. Y entonces reconozco la música. “Requiem por un sueño”. ¿Quién

narices ha puesto esa música...? ¡Joder!

—¡¡Luna!!! —Grito en su dirección y ella se gira consternada hacia mí. Con los ojos llenos de pánico y abiertos de par en par comienza a correr hacia mí y yo hacia ella.

—¡Tristan, corre! —Me grita muerta del miedo cuando llega hasta mí. — ¡¡Corre!! ¡¡Corre!! —Tira de las mangas de mi camisa. Comienzo a correr con ella entre mis brazos en dirección a mi habitación, pero cuando llego a la puerta de ésta, me freno en seco. Esa infernal música sigue sonando por todo el pasillo, la habitación de Luna sigue abierta y yo no puedo dejar de mirar hacia allá esperando encontrarme con ese demonio. —¡¡Corre, joder!! —Luna sigue tirando de mí. —¡Me ha encontrado! ¡Oh, Tristan, nos ha encontrado! —Al fin miro a Luna y siento bullir mi sangre de ira y adrenalina, todo mezclado.

—Entra en mi habitación y llama a la policía. —Le ordeno.

—¿Qué?! ¡¡NOOO!!! ¡Por favor no vayas, Tristan, te lo suplico, por favor, por favor!

—¡Luna, no voy a permitir que ese cabrón se escape si está ahí!

—No, Tristan, por favor...

De repente vemos salir a un encapuchado de la habitación de Luna que corre hacia nosotros con una pistola en la mano. No sé cómo consigo esquivar el disparo, empujar a Luna a mi habitación y entrar tras de ella en tan sólo décimas de segundo, pero doy gracias al cielo de que lo hago.

—¡Tírate al suelo! ¡Detrás de la cama! —La empujo y nos tiro a los dos tras escuchar varios disparos más que atraviesan la puerta de mi habitación. A gatas llegamos los dos hasta detrás de la cama. Luna me abraza aterrada y grita mientras escuchamos más disparos.

—¡Va a entrar! ¡Va a matarnos!

—No, no lo hará. Tranquila. —Digo poco convencido. Sin soltar el abrazo, saco mi móvil del bolsillo del pantalón y marco el 911, número de la policía. — ¡Policía le llamo del hotel Summer Love Inc! ¡Estamos siendo disparados por un individuo que se encuentra fuera de nuestra habitación! ¡La 430! ¡Vengan rápido!

—Enseguida llegarán refuerzos. —Me aseguran mientras no cesan los estruendos.

Luna llora tapándose las orejas con las manos, pegada a mí. De un segundo a otro los estruendos paran y pocos segundos después comienzan a sonar las sirenas de la policía. Por fin respiro aliviado y miro en dirección al cielo. Pero Luna sigue en la misma posición y con el cuerpo en tensión. Sujeto su barbilla

para que me mire y veo el más inmenso pánico en sus ojos del color de la miel.

—Nena, ya pasó. Tranquila. Lo cogerán. —Ella asiente y se quita lentamente las manos de las orejas. Suenan unos golpes en la puerta de mi habitación. Luna grita y me abraza con tanta fuerza que casi me asfixia.

—¡Policía! ¡Abra! ¡Con las manos en alto!

—Eh, nena. Vamos, ya están aquí. —La cojo de la mano y la llevo hacia la puerta de la habitación. Luna tiembla de pies a cabeza. Abro la puerta, agujereada por los tiros, y me encuentro a varios policías armados hasta los dientes.

—¿Están bien? —Preguntan. Miro a Luna. Ella no lo está.

—Sí. —Digo confundido. —¿Lo han cogido?

—Estamos peinando la zona. —Eso significa que no.

—¡Mierda! ¡Tienen que coger a ese bastardo!

—¿Tiene idea de quién pueda ser? ¿Alguien quiere hacerles daño? —Dos de los policías entran en mi habitación para indagar. Miran la puerta y examinan los balazos, después echan un vistazo al interior de mi habitación. Luna está aferrada a mi brazo y parece que ha perdido el habla. Porque no dice nada a la policía de Juan.

—Creo que puede ser la expareja de mi novia. —Les digo. —Pero no hemos podido verle la cara. Iba tapado con un pasamontañas. —De pronto siento cómo el cuerpo de Luna cae y a duras penas consigo que no se dé un buen golpe contra el suelo. —¡Luna! ¡Luna!! —Intento reanimarla. ¡Joder! ¡Se ha desmayado! —Nena, eh, estoy aquí. Estás a salvo. No pasa nada. Vamos a pillar a ese cabrón y se pudrirá en la cárcel. —Saco mi móvil rápidamente al ver que Luna no responde y llamo a John. Mi amigo contesta enseguida.

—¡Eh, qué tal!

—¡John, ven a mi habitación del hotel cagando leches!

—¿Qué pasa?

—¡¡YA, JODER!!!

—Señor, podemos llamar a una ambulancia. —Me dice uno de los policías.

—No, se pondrá bien. Ayúdenme a ponerla sobre la cama. —Les pido y me asisten. El cuerpo de Luna es peso muerto. —Se ha desmayado del shock. ¡Eh, mi amor! ¡Despierta, nena! ¡Por favor! —Le acaricio el rostro y me muero de la tristeza de verla así. ¡Ese malnacido de Juan me las va a pagar todas! ¡TODAS!

—Tenemos que preguntarle por la identidad de un cadáver que hemos

encontrado en el pasillo, señor. —Me dice uno de los policías y yo lo miro blanco como la pared.

—¿Qué?!

—Venga conmigo. Mi compañero se quedará con su novia. —Me levanto y observo a Luna preocupado. Acompaño al policía hacia el exterior de la habitación y, cuando llego al pasillo que conduce a todas las habitaciones de la planta, veo a lo que se refiere el policía. Dos hombres toman huellas y examinan el cuerpo sin vida de Laura, la chica de maquillaje.

—¡Joder!

—¿La conoce? —Me pregunta el policía.

—Sí... su nombre es Laura... es una de las chicas de maquillaje de la película... —Digo muy afectado con lo que veo. Hay varios curiosos más que han salido de sus habitaciones ante el escándalo. Los policías les ordenan que entren en sus habitaciones y no abran hasta que ellos den la orden. Mi vista se va entonces hasta donde está la habitación de Luna. Hay un hombre haciendo fotos desde allí. ¡Qué hay allí! —¡¡¡Mila!!! —Grito hasta casi romperme la voz y salgo corriendo hacia la habitación de Luna. —¡¡¡Mila!!! ¡¡¡MILA!!!

¡Cogedlo! —Grita un policía y siento como uno de ellos me sujeta por la cintura desde la espalda, interceptándome e impidiéndome llegar hasta la habitación de Luna.

—¡NOOOO! ¡NOOOO! ¡MILAAAA! —Libero un amargo gemido de dolor y trato de escapar como puedo, pero dos policías más vienen a ayudarme a apresarme. Me tiran al suelo y me inmovilizan. —¡¡¡Soltadme!!! ¡¡¡Milaaaaaaaaaaaaa!!!

—Señor, cálmese. ¿Quién es Mila?

—¡Mi hermana! ¡Mi hermana! ¡Nooo! —Noto como mi cuerpo comienza a sacudirse involuntariamente en el suelo.

Es uno de mis conocidos ataques de ansiedad, pero, inmediatamente me acuerdo de Luna, que está inconsciente sobre la cama de mi habitación, y me obligo a serenarme como nunca antes. Si ella se despierta y me ve a mí de nuevo al borde de la muerte, querrá morirse. Consigo serenarme con mucho esfuerzo y comienzo a gimotear, por el dolor que siento en el pecho tan enorme.

—¡Rob! ¿Hay otro cuerpo ahí? —Pregunta uno de los policías al hombre que fotografía en la habitación de Luna.

Aprieto los ojos, aún inmovilizado en el suelo por tres policías, y aguardo a la respuesta de ese cuarto policía.

—¡¡¡Tristan!!! —Oigo su voz. Levanto la cabeza y veo a mi hermana salir

del ascensor escoltada por dos policías más. Dejo caer mi cabeza de nuevo contra el suelo y lloro como un niño de alivio. —¡Tristan! ¡Qué demonios ha pasado! ¡No me dejaban subir! ¡Eh, qué pasa! —Viene hasta a mí, asustada por verme así. —¡Luna! ¡Dónde está! ¡Maldita sea, Tristan, dónde...!

—¡En mi habitación! —Consigo decir y al fin los policías me liberan del suelo. Me abrazo a mi hermana con todas mis fuerzas. —¡Mierda, enana, por un momento pensé que te había perdido! —Mi hermana me acaricia la espalda y vuelvo a sentir todo mi cuerpo temblar.

—¡Tristan! ¡Tranquilo! —Pero vuelvo a controlar mi ataque de nuevo al recordar que Luna me necesita.

—Estoy bien. —Me separo de Mila y vuelvo en dirección a mi habitación. Mila grita.

Me doy la vuelta y veo que ha visto el cadáver de Laura. Así que vuelvo a por ella y me la llevo de la mano hacia mi habitación.

Al entrar, Luna sigue inconsciente y el policía que la custodia trata sin éxito de reanimarla.

—¡Mi amor! ¡Ya estoy aquí! ¡Luna, despierta! —Le doy varios golpecitos en la cara.

Mila nos observa atónita.

—¿Qué ha pasado, Tristan?

—Alguien ha intentado matarnos. —Le confieso. —Creo que ha sido Juan. Ella está en estado de shock. —El policía que antes me sacó de la habitación vuelve a entrar.

—Un tal John que dice ser médico y amigo suyo está abajo en la recepción diciendo que usted le ha llamado urgentemente, señor Moore.

—¡Dígale que suba!

—Estamos desalojando el hotel, señor.

—¡Tiene que atender a mi novia, joder! —Le grito señalando el cuerpo inconsciente de Luna.

—Está bien. Por ser usted quien es y porque no quiero que esto llegue a la prensa rosa. Pero no podrá subir nadie más.

LUNA

—Luna... respóndeme, Luna. —Siento una voz hablándome en inglés. No quiero abrir los ojos. Ahora mismo estoy feliz en mi casa, con mi madre, con mi hermana. Jugando con mis muñecas. —Luna, sé que me escuchas y sé que estás intentando protegerte de lo que ha pasado. Pero tienes que despertar si no quieres que a Tristan le dé un infarto. —¡Tristan!

—Tris... —Pronuncio suave.

—Sí, eso es. Tristan te necesita. Reacciona, Luna. —Parpadeo y abro un poco los ojos. Miro a mi alrededor. Estoy en una habitación de un hotel. Sí... ya sé dónde estoy.

—Tristan...

—Mírame. Mira aquí. —John me sujeta la cara y me alumbra un ojo con una linterna, después el otro. —Bien, ya estás volviendo.

—Dónde... está...

—Con Mila. Están respondiendo a algunas preguntas de la policía.

—¡Mila! —Me incorporo de golpe y John me sujeta.

—Está bien. Tristan también. Y tú. Relájate. —Me pesan los ojos y tras escuchar esas palabras vuelvo a dejarme caer en la cama, más que aliviada. Vuelvo a estar en casa, con mamá... con Alba... —Luna, si no despiertas ya voy a tener que internarte. —La voz de John me vuelve a sacar de los momentos más despreocupados de mi vida. —Y a Tristan le dará algo si tengo que internarte. —Vuelvo a abrir los ojos.

—Él va a matarnos. A los dos. —Digo y me tiembla el labio mientras lo digo. Comienzo a llorar como una niña y me tapo la cara.

—¿Crees que ha sido Juan?

—Estoy convencida, John. —Confieso sin dejar de taparme el rostro. Pero John tira de mis manos hasta poder mirarme a los ojos.

—Entonces tendrás que ser fuerte para combatirlo. Porque Tristan no va a renunciar a ti.

—Tiene que hacerlo...

—¡No, Mila! ¡Ella está conmigo, te guste o no! —Escucho la voz de Tristan desde el otro lado de la puerta de la habitación. Me siento y miro hacia la puerta. Desde algunos agujeros causados por los disparos de Juan puedo ver la

cara del hombre que amo con todo mi ser. —Me da igual cómo te pongas.

—¿Ves? —Me dice John. Miro a John aterrada. —Y cuanto más le digamos lo contrario será peor. —Dice y parece despreocupado.

—Tristan, hermano. ¡Si te jodes la vida con otro ataque como el de la otra vez matarás a Luna del sufrimiento! ¡Y de paso a mí también!

—¡Mila, tú misma has visto que ya puedo controlar los ataques! ¡Y es gracias a ella! ¡Llevamos casi un mes viéndonos a escondidas de ti y no me ha dado ni un solo ataque! ¡Ni uno!!

—¿Un mes?

—Sí, un mes. Escucha, la amo. Lo digo sin miedo, Mila. Y se lo digo a ella, y también a todo el universo si hace falta. —Comienzo a llorar emocionada al oír eso. —¡Luna! —Tristan me oye y entra rápidamente en la habitación. Al verme se muerde los labios, como queriendo ahogar un gemido. —Nena... —Me mira congelado desde los pies de la cama. Yo me lanzo a sus brazos.

—¡Tristan! —Me deshago en lágrimas en sus brazos.

—¿Cómo está? —Le pregunta a John.

—Ha salido del shock, creo. Pero sigue asustada.

—Escúchame, Luna. —Tristan me sujeta de la barbilla para que lo mire. —He empaquetado tus cosas. Te vienes a mi casa. He contratado vigilancia hasta que pillen a ese cabrón. Allí estarás a salvo. —Me quedo perpleja y miro a Mila, que nos observa con evidente preocupación. —Eh, mírame a mí. —Me exige Tristan. —Te vienes conmigo. —Asiento lentamente. —Bien, vamos. —Tristan me ayuda a levantarme, me sienta en el filo de la cama y me pone los zapatos. Mila no deja de mirarme con terror.

—Lo siento. —Le digo. Tristan me mira y después mira a su hermana. Con la mirada le pide que no ponga más impedimentos a lo nuestro. Tristan tira de mí y me levanta de la cama cuando ya me ha puesto los zapatos, apretándome entre sus brazos.

—Cuídamelo, por lo que más quieras. —Me pide Milagros con los ojos llenos de lágrimas. Yo me suelto de los brazos de Tristan como puedo y abrazo a Mila.

—No permitiré que le pase nada. —Le prometo en el oído. —Lo amo demasiado. —Tristan vuelve a cogerme de la mano.

—Vámonos. Mila, Joe y tú os quedaréis en la casa de John hasta que esta pesadilla haya acabado. Os he puesto vigilancia también. —Mila asiente.

—¿Qué pasará con la película? —Pregunta Mila angustiada.

—Richard ha hablado con la policía. Mañana miércoles, grabaremos Luna

y yo las canciones de la película en un estudio y entre el jueves y el viernes se grabarán las escenas que faltan. La policía nos va a acordonar la zona del set de rodaje.

En casa de Tristan todavía estoy con la cabeza en las nubes. Él no para de ir de un lado para otro de la casa mientras yo me quedo plantada en mitad del pasillo, creo que está haciendo hueco a mi ropa en algunos cajones de su casa, y yo sigo bloqueada por el miedo. Sé que junto a la verja de su casa hay dos guardaespaldas y en la parte trasera otros dos. Esto se está poniendo feo...

Estoy segura de que el ataque que hemos sufrido ha sido obra de Juan. Tristan también lo cree. Y no dice nada. Pienso en lo que podría haber pasado si Mila hubiese llegado antes y la hubiera encontrado en la habitación y me estremezco.

Tristan pasa por mi lado y me roba un beso. Me sonrío. Creo que intentando sacarme de mis oscuros pensamientos. Le sonrío de vuelta y entonces recuerdo algo. Sigo los pasos de Tristan y lo encuentro sacando ropa de mi maleta y guardándola en uno de los cajones de la inmensa cómoda negra que hay en su habitación.

—¿Has podido hablar con Laura, Tristan? ¿Está bien? —Tristan se para un momento, pero no me mira.

—¿Quién?

—¡Laura! ¡Estaba en el pasillo cuando Ju... —Ni siquiera soy capaz de pronunciar su nombre ahora mismo —cuando eso pasó...

—No he hablado con ella. —Me dice serio y continúa sin mirarme. Suspiro.

—Si Mila hubiese llegado antes...

—¡Oye! ¡Para! —Me pide y esta vez sí me mira. —No ha pasado nada. Estamos bien y van a coger a ese cabrón. Tú y yo vamos a terminar la película del año y te saldrán cientos de proyectos maravillosos. Y yo estaré ahí para verlos. —Me abraza.

—Sí. —Digo más tranquila. —Voy a llamar a Laura. —Abro mi bolso para sacar mi móvil, pero Tristan me detiene.

—¡No! —Lo observo pensativa. —Tú vas a venir a mi cama ahora mismo. —Tira de mi brazo y me lleva hasta su cama.

—Tristan, no estoy para eso ahora...

—Sólo quiero tus besos, nena. Vamos, no me los niegues. Ya no tenemos que ocultarnos más. —Me besa con pasión y me tumba sobre el colchón. Colocándose sobre mí. —Te amo, Luna. —Sus palabras son un gran bálsamo. Junto con sus preciosos besos que me cubren la cara.

—Yo también te amo, Tristan.

Varias horas después, ya de madrugada, mientras Tristan y yo seguimos abrazados en la cama llenándonos de caricias y besos, la policía llama al teléfono de Tristan. Nos informan que han encontrado a Juan y que está en Madrid. Además, piensan que no puede ser él, porque tiene el pasaporte retirado y tiene que ir religiosamente a los juzgados a demostrar que no ha salido del país. Tristan monta en cólera con las explicaciones de la policía y yo me preocupo todavía más. Estoy segurísima que Juan está detrás de todo esto, y lo peor de todo, es que va a volver a salir absuelto de todo esto.

Pasamos una noche terrible. Ninguno de los dos pegamos ojo prácticamente en toda la noche. Tristan trata de tranquilizarme diciéndome que confíe en la policía y en la investigación. Pero no confío en nadie.

El miércoles pasamos el día entero en el estudio de grabación para grabar la voz de los temas de la película.

Tristan está más tenso que de costumbre y apenas me deja hablar con la gente del equipo. Está siempre pululando alrededor mío y controlando todos mis movimientos.

Por la noche, volvemos escoltados a su casa y yo sigo más que pensativa.

John viene a visitarnos con Mila y nos traen la cena. Cenamos los cuatro en el enorme salón de la mansión de Tristan. No paran de hablar de Juan, y Tristan sugiere ponerle un detective privado para seguirle los pasos a ese desgraciado. Yo no sólo no pronuncio palabra, tampoco pruebo bocado en toda la cena.

—Nena, tienes que comer. —Me dice al cabo de un rato Tristan con voz dulce en el oído. Después besa mi sien.

—No lo veis. No va a parar. No vais a conseguir pararlo. Él sabe lo que está haciendo. —Digo al fin y comienzo a temblar. —No parará hasta hacerme el mayor de los daños, Tristan. Y eso significa que iré a por ti. —Tristan me observa serio.

—Nada nos va a pasar, Luna, ya te lo he dicho de todas las formas posibles. He pagado a cuatro guardaespaldas para que nos vigilen día y noche. Y

pagaré lo que haga falta para encontrar las pruebas suficientes que lo incriminen. —Me aprieta de la mano. Mila me mira y agacha la mirada.

—Tu hermana también está convencida de que te estoy exponiendo a un inmenso peligro, Tristan. ¿No lo ves? —Señalo a Mila que guarda silencio ante mi afirmación y mira a Tristan con ojos llenos de preocupación. Tristan mira a su hermana y me mira a mí. Aterrado.

—No te voy a dejar sola en esto. —Me promete cogiendo mis dos manos en las suyas y besándolas.

—No voy a permitir que te haga esto, Tristan. —Lloro.

—¡No, nena! ¡No pienses lo que estás pensando! ¡Hemos pasado un infierno para estar juntos! —Suplica. Miro a John. También nos observa preocupado.

—Tú también piensas que lo estoy metiendo en un lío, ¿verdad, John? —Él agacha la mirada y sigue comiendo. Eso es un sí como un camión. Miro a Tristan y sé que comienza a hiperventilar.

—¡Basta! —Grita dando un golpe en la mesa. —¡No quiero que vuelvas a sugerir lo que estás sugiriendo, Luna! ¡¿Me oyes?! ¡No! —Su respiración es cada vez más entrecortada y Mila y John se levantan de la mesa automáticamente, muy preocupados. —¡Dejadme! ¡Joder! —Tristan se levanta y se aleja de nosotros. —¡Estoy bajo control, maldita sea! —Sale del salón y los tres nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer. Finalmente soy yo quién se levanta y sale en busca de Tristan. Lo encuentro en la cocina sirviéndose un buen trago de whiskey y bebiéndoselo de una sentada. No me ve llegar. Le abrazo por la espalda y descarga un amargo suspiro cuando nota mi presencia. —No quiero perderte ahora... Ese malnacido no puede hacernos esto... —Dice de espaldas a mí. —Si me dejas ahora ya nada tendrá sentido para mí.

—No te dejaré. —Prometo. No podría hacerlo, aunque supiera que es lo que debo hacer. Tristan contiene la respiración. —Juan no va a ganar esta vez...

—Prométemelo. —Tristan se gira y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Por lo más sagrado. —Le beso y él responde con amargura a mi beso. —Pero no debes alterarte, ¿vale? Tú tienes que prometerme que seguirás teniéndolo bajo control. —Tristan me mira a los ojos y asiente.

—Podré controlarlo si te quedas conmigo.

—Ejem. —Mila nos interrumpe desde el quicio de la puerta. Ambos la miramos. —Creo que ya lo está haciendo, Luna. Jamás había visto a mi hermano tan controlado bajo unas circunstancias tan estresantes. —Miro a Tristan y le

sonrío.

—Lo hago por ti. —Me confiesa. —No quiero traerte más problemas. —
Besa mi frente.

—Yo a ti tampoco, Tristan.

—Tú no eres el problema, Luna. ¡Dime de una maldita vez que lo ves!
¡Dime que ves que aquí el único jodido de la cabeza de verdad es ese demonio
de...

—Shh. —Tapo su boca con mis dedos. —No pronuncies más su nombre.
No sigas metiéndolo en nuestras vidas. No quiero volver a pensar en él.
Conseguiré que no me encuentre más. Que nos deje tranquilos. —Tristan asiente
conforme.

—Bueno chicos, os dejamos descansar. —Nos comunica Mila cogiendo
del brazo a John, que nos mira sonriente. —Estaréis cansados y mañana tenéis
que rodar bastantes horas.

—Buenas noches, hermana. —Tristan le da un beso en los labios a su
hermana, como es costumbre en ellos, luego estrecha la mano de John y vuelve
de nuevo junto a mí.

En la habitación, esa noche, Tristan me hace el amor como un desesperado.
Ni siquiera se detiene cuando es consciente de que he llegado a mi tercer
orgasmo y las fuerzas me están abandonando. Y yo sé que su brío se debe sobre
todo a que está preocupado y muy muy estresado. Por eso dejo que use su pasión
por mí como terapia para controlar un más que probable ataque de ansiedad.

Después de vaciarse en mí se deja caer derrotado sobre mi cuerpo y yo le
acaricio la espalda y el cabello hasta que se queda profundamente dormido.

En mitad de la noche me despierto cuando oigo un quejido extraño.
¡Dónde está Tristan! ¡Mierda! ¡No está en la cama! El quejido continúa y yo
busco mi teléfono por la habitación para llamar a la policía, pero no lo
encuentro. ¡Maldición, lo dejé anoche en el salón! Los quejidos no cesan y yo no
sé qué hacer. Abro el primer cajón que veo y me pongo una camiseta interior de
Tristan, decidida a salir y ver qué sucede.

Por el pasillo voy tanteando las paredes para no caerme, pues no se ve
nada. Detrás de una de las puertas del pasillo escucho que los quejidos se hacen
más fuertes. ¡Hay alguien ahí! ¡Por favor, por favor, que Tristan esté bien!
Suplico mirando hacia arriba mientras giro el pomo de la puerta con sumo
cuidado de no hacer ruido y no ser descubierta. Al abrir la puerta me encuentro

un enorme despacho con una gigante mesa de despacho y un ordenador encendido en ella. El ordenador está conectado a un viejo aparato de VHS y reproduce una película antigua. Me acerco sigilosamente pues veo que hay alguien sentado en la silla que hay frente a la mesa, de espaldas a mí. Aunque estoy segura que es Tristan cuando oigo sus quejidos de nuevo.

—Tristan... —Susurro su nombre. Está dormido. Al llegar junto a él lo veo dormir y suspiro aliviada. En la mesa hay una botella de whiskey medio vacía y unas pastillas. —Mierda, Tristan... eh, mírame. —Le sacudo la cabeza y trato de abrirle los ojos, pero los tiene vueltos por completo. —¿Qué has hecho, loco? —Sigue quejándose. Suspiro y miro a mi alrededor. Me encuentro con el susodicho cuadro del cupido herido por sus flechas de amor hecho trizas en el suelo. —Tristan... ¿por qué has hecho eso? —Y entonces miro con detenimiento la pantalla del ordenador. ¡No es una película! ¡Es Tristan de pequeño con su madre! Era una mujer bellísima y me quedo extasiada mirándola. Tristan... tienes que dejar de sufrir por esto. Vuelvo a acercarme a él. Está borracho y no sé si además ha tomado tranquilizantes. Sé lo que tengo que hacer, ya lo he hecho mil veces con Juan. —¡Ehhh! ¡Vamos! ¡Despierta! —Le doy más fuerte en la cara y se queja. —¡Vamos! ¡Si no te despiertas me iré ahora mismo para un hotel!

—Mmmm. —Farfulla algo incomprendible.

—¡Vamos!

—No te vayas. —Dice y trata de levantarse torpemente.

—Ven, te ayudo. —Me pongo uno de sus brazos por mis hombros y lo levanto con cuidado. Lo cargo por el pasillo con cuidado de que no se caiga al suelo.

—Sí... vamos a la cama. —Dice con una voz muy ebria cuando llegamos a su habitación.

—Ni soñarlo. Vamos a la ducha. —Gruñe, pero no le hago caso. A duras penas consigo meterlo en la ducha del baño que hay en su habitación y abro el grifo del agua fría con él dentro. No me detengo en quitarle los calzoncillos que lleva. Se queja más aún por el frío.

—¡Abre el agua caliente, joder!

—No. Aguanta un poco.

—¡Arrg! ¡Está muy fría! —Parece que la ducha fría surte efecto y que empieza a reaccionar.

—¡Aguántate! ¿Has tomado tranquilizantes mientras te atiborrabas a whiskey? —Le pregunto con cara de asesina.

—¡No! ¡No! ¡Sólo he bebido! ¡Tengo frío! —Sigue con la queja y se frota los brazos con sus manos.

—¿Por qué?

—Déjame salir ya. Ya estoy bien. —Me suplica y yo me pongo frente a él.

—No. Me vas a contestar primero. —Tristan me mira y frunce los labios.
—Dime por qué has bebido.

—Estaba agobiado.

—¿Te iba a dar otro ataque? ¿Es eso? —Tristan intenta rehuirme de nuevo y salir de la ducha, pero yo se lo impido y me meto en la ducha con él y bloqueando su salida. —Dímelo.

—No. —Entrecierro los ojos ante su falta de convicción al hablar. —¡No lo sé!

—Si me mientes me iré ahora mismo de aquí y no volverás a verme nunca más, joder, Tristan.

—¡Eh! ¡No me ha dado! ¡Lo he controlado!

—¿Emborrachándote hasta perder el sentido? ¿Eso es para ti controlarlo?

—Luna, por lo que más quieras, abre el puto grifo del agua caliente. —Dice tiritando. Yo también tengo frío, pero no me importa.

—Respuesta incorrecta.

—¡No sabía cómo pararlo de otra forma, ¿vale?! —Dice al fin exasperado levantando los brazos al aire.

—¿Por qué no me has despertado para decirme lo que te pasaba?! ¡Podría haberte ayudado!

—¡Luna, tú no eres una terapia para mí, tú misma me lo has dicho muchas veces!

—¡No soy una maldita terapia, no, pero soy tu novia! ¡Y la causante de que estés esta noche así! —Grito con rabia.

—¿Así cómo? Si te refieres a que eres la causante de que por primera vez en mi vida lleve casi un mes sin ataques de ansiedad, tienes razón. Tú y sólo tú tienes la culpa de que haya conseguido por fin dormir noches enteras, de que haya conocido lo que es el amor, de que haya sido capaz de controlar una y otra vez mis ataques de ansiedad, por ti. Y esta noche no me ha dado al final ninguno, Luna. ¡Eh! —Me agarra de la cara cuando ve que estoy llorando. —Lo siento... no volverá a pasar. —Me besa tiernamente y yo lo abrazo con fuerza.

—Te podía haber pasado algo si te hubieras tomado esas pastillas bebiendo de esa forma. Me habría despertado y te podría haber encontrado muerto. Y, ¿qué sería de mí entonces, Tristan? —Digo llorando abrazada a su pecho. Él

suspira.

—No iba a tomármelas. —Lo miro enfadada. —Bueno, me arrepentí en el último momento. —Confiesa tratando de poner cara de niño bueno. —Perdóname, por favor. —Vuelve a besarme.

—No me hagas algo así otra vez.

—No lo haré.

TRISTAN

El rodaje de la película al fin ha terminado. Acabamos de rodar la última escena y los dos bailes de la misma. Nos espera la sesión de fotos para los distintos carteles y todo habrá acabado. Un mes o dos de postproducción y Luna y yo comenzaremos con las entrevistas promocionales.

Hemos tenido ya la visita de algunos paparazzis durante los últimos días de rodaje, pues han salido más fotos mías con Luna del día que estuvimos paseando por la playa. Ya no me escondo. Ella está conmigo, le pese a quien le pese. Y sé que tendremos que hacer frente al acoso de la prensa sensacionalista a partir de ahora. Pero, ahora mismo, eso es lo que menos me preocupa.

Juan ha sido listo. No sé cómo lo ha hecho, pero sé que es él quien ha estado detrás del intento de asesinato de Luna y mío. Él ha sido el responsable de la muerte de Laura y no he podido evitar que al final Luna se enterara de ello. Casi se desmaya de nuevo al conocer la noticia. Y sé que se culpa en silencio por lo que le pasó a Laura. Gracias al cielo ella parece estar tan convencida como yo de luchar por lo nuestro y, a pesar de que ha llorado mucho la muerte de Laura, parece ser que ha sacado fuerzas de algún sitio para seguir creyendo en nuestro amor. Diez horas después de aquella trágica muerte, encontraron a Juan en la casa que tiene alquilada actualmente en Madrid... Diez horas son suficientes para haber cogido un vuelo e irse de nuevo a su madriguera.

Hoy, en la sesión de fotos, me como a Luna con los ojos. Los de maquillaje la han dejado espectacular. Ya no queda apenas nada de la camarera tímida y escurridiza que un día conocí. Las circunstancias la han cambiado todavía para mejor. Nos han cambiado a los dos.

Jamás me habría imaginado amar a alguien como la amo a ella. Jamás teniendo una relación seria. No lo puedo evitar con ella... la quiero tanto...

Cuando terminamos las fotos nos damos un fuerte abrazo con todos los compañeros del set y nos despedimos hasta la próxima.

Richard quiere hacer una cena con todo el elenco. Yo siento un poco de pánico de exponer a Luna así, en público, pero creo que Luna se merece vivir de una vez por todas sin miedo y disfrutar un poco de la vida. Así que al final accedo. Pero no le digo nada a ella.

Es en mi casa, en la ducha, mientras le hago el amor como un loco, cuando

le digo que tengo una sorpresa para ella. Está a punto de llegar al orgasmo cuando se lo digo y, como la buena cotilla que es, lo consigue frenar para preguntar por ello.

—¿Qué es? —Pregunta mientras besa mi cuello.

Tiene sus piernas enroscadas a mi cintura y yo me clavo un poco más en ella, aplastándola contra la pared de la ducha. Gime.

—Luego lo sabrás. Pero tienes que ponerte muy guapa. —Luna hace un movimiento de caderas sobre mí que me desarma. —Mmmm, si haces eso otra vez creo que no podré esperar a que llegue tu orgasmo, señorita Sáez. —Vuelve a hacerlo, la condenada. Y se ríe de mi cara de placer combinada con sufrimiento. —¡Luna!

—¿Vamos a ir a la cena? ¿Es eso? —Me besa con lujuria y yo estoy al borde de un infarto.

Si sigo frenando el orgasmo voy a explotar.

—Ajá, eso también. —Para evitar que pregunte más le empalo con fuerza y consigo que deje la preguntera para dar paso a un fiero orgasmo de Luna, que provoca el mío segundos después.

Nos vestimos en mi habitación. Ella ha optado por un corto vestido negro con algunas transparencias que le queda increíble. Yo por unos pantalones tejanos azules y una camisa celeste.

En el coche, va mirando por la ventanilla disfrutando del paisaje de Los Ángeles, como si le estuviera diciendo adiós, mientras el coche con dos de los guardaespaldas que he contratado nos sigue. No me ha preguntado más por la sorpresa y me alegro. Prefiero ver su cara cuando sepa de qué se trata.

La cena es en un restaurante japonés bastante conocido. Ella entra encantada de la vida, porque le encanta el sushi. Se abraza con las actrices con las que hemos compartido rodaje, según ella, ya son casi de la familia. Y, de repente, se queda de piedra, pues frente a ella se encuentra su gran sorpresa: su querida amiga Ana.

Luna se gira hacia mí con los ojos llenos de lágrimas y la boca abierta, preguntándose si es obra mía. Sonrío y asiento. Vuelve a mirar a Ana, que ahora tiene el pelo morado, y ambas amigas se dan un gran abrazo y lloriquean la una en el hombro de la otra.

—¡Ana! ¡Qué alegría verte, amiga! —Gimotea Luna.

—¡Lunita! ¡Estaba deseando darte un apretón! —Yo saludo a Brandon, el novio de Ana, que ha venido con ella también. Nos damos un apretón de manos y observamos después la dicha de nuestras chicas.

—¿La has traído tú? —Me pregunta Luna secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Sí. Ana también tiene derecho a que le persigan los paparazzis. — Bromeo. Luna se me tira al cuello y me besa con fuerza.

—¿Sabes que te quiero?

—Estaba empezando a sospechar que algo te gusto. —Vuelvo a bromear. Luna ríe como nunca. Me encanta verla así.

Ana y Brandom se unen a la cena del elenco y Luna y Ana se sientan juntas para ponerse al día de todo. Está radiante. Pletórica. Y yo estoy más feliz que en toda mi vida.

—Al final te ha salido como el culo eso de olvidar a Tristan, por lo que veo. —Bromea Ana y Luna libera una risita nerviosa.

—No me ha dejado el muy pesado. Me ha perseguido día y noche. — Contesta Luna y yo abro la boca de par en par.

—¡Eh, fuiste tú quien apareció en mi habitación con albornoz y sin ropa! —Le recrimino.

—Ya veo que el amor ha surgido en el set. —Richard se incorpora a la conversación. —Me alegro por los dos.

—Gracias. —Responde Luna risueña. —Este hombre es lo mejor que me llevo de la película. —Se me infla el pecho de orgullo.

—Si te pones así, dejaré que abuses un poquito más de mí. —Le digo con picardía.

La cena es de lo más amena. Tanto que al final decidimos ir a bailar. No quiero cortarle la magia a la noche de Luna tan pronto. Pero me llevo a los escoltas de nuevo con nosotros.

Después de bailar hasta casi morir, decidimos volver a casa. Le propongo a Ana y Brandom que se queden en mi casa a dormir, y así poder disfrutar más de su compañía. Acceden y nos volvemos los cuatro en mi coche, medio muertos.

Esa noche Luna me abraza hasta casi la asfixia mientras dormimos. Pero me hace sentir en paz. Ese ángel caído del cielo me quiere. Me quiere de verdad. Con mis defectos y mis virtudes. Mi cupido me ha herido de amor y ya no me asusta. Lo que me asusta es que sufra o me deje de querer algún día. Pero lucharé con uñas y dientes para que eso no pase.

Finalmente, Ana y Brandom se quedaron cinco días con nosotros en casa y fue como un soplo de aire fresco para los dos. No se habló de Juan, a pesar de

que seguíamos teniendo escolta por culpa de ese cabrón y sus desvaríos. Pero aun así salimos de paseo los cuatro. Fuimos a la playa, salimos a cenar, a bailar... como jóvenes normales con ganas de vivir.

Cuando Ana y Brandon se despidieron de nosotros, Luna se quedó un poco triste. Pero esa noche me echó el mejor polvo de mi vida.

También tuvimos la entrevista con Mónica Sanz por Skype para tratar el tema de Juan. Ella dice que lo tiene vigilado constantemente y que no tenemos nada que temer, pues, al parecer, ha tratado de saltarse la orden de no salir del país. Lo atraparon en el aeropuerto de Barajas y ahora está bajo arresto domiciliario en el piso que tiene de alquiler hasta la celebración del juicio con Luna. ¡Esa es una magnífica noticia!

Eso ha permitido que podamos al fin tener una relación normal y salir y entrar de casa sin miedos.

Luna ya vive conmigo desde hace algo más de un mes. Ha aceptado un papel en una serie para Netflix y comenzará el rodaje de dicha serie dentro de un mes, más o menos cuando empezamos también las promociones de nuestra película juntos.

No he vuelto a tener más ataques, ni siquiera intentos.

Soy feliz, muy feliz. Y estoy segurísimo de que Luna también lo es.

LUNA

Me tiembla un poco el pulso cuando pulso la tecla de llamada de mi teléfono. Pero Tristan ha insistido en esta llamada y confío en su criterio para buscar lo mejor para mí.

Hace mucho tiempo que no hablamos, pero tengo mucho que contarle...

—¿Hola? —Contesta dubitativa.

—Hola Alba. Soy Luna. —El silencio se hace por un momento.

—Hermanita, ¡hola! ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Qué sucede? — Parece preocupada.

—Sí, sí, estoy muy bien, Alba. ¿Y tú?

—¿Yo? Bien, bueno, rompí con Raúl hace meses... pero ya estoy bien. — Se me hace un nudo. Ambas hemos sufrido rupturas dolorosas y no nos hemos apoyado en nuestro dolor. —¿Y tu novio? —Nunca lo llamó por su nombre, sonrío.

—Dejé a Juan hace más de seis meses. —Digo con placer. Alba se queda callada. —Ahora estoy saliendo con Tristan Moore. —Miro a mi novio que me sonrío orgulloso. Alba sigue sin hablar. —Vivimos juntos desde hace dos meses. No es una broma, hermana. Tristan quiere que vengas a L.A., a vernos. Podrías pasar una temporada con nosotros y... si te gusta, quedarte a vivir...

—¿Estás hablando en serio? ¿Has dejado a ese cabrón de Juan?

—¡Sí!

—¡Oh, Luna! ¡Cuánto me alegra esa noticia! Pero... espera... ¿Cómo narices has conocido tú a Tristan Moore? ¡Eso tienes que contármelo!

Paso una hora pegada al teléfono hablando con mi hermana, narrándole un poco de mi descabellada historia de amor con Tristan, él me observa complacido. Para Tristan la familia tiene un valor inmenso y sé que se siente feliz de verme hablar así con Alba. Mi hermana y yo siempre estuvimos muy unidas hasta que Juan se cruzó en nuestro camino y nos separó. En realidad, Juan me separó de todo lo que no fuese él. ¡Qué diferente es Tristan!

Y no podía haber encontrado a alguien más perfecto para mí. Aún con sus imperfecciones y todo. ¿Quién no las tiene? Pero las tuyas son culpa de las atrocidades de otro monstruo.

No obstante, su amor hacia mí ha conseguido que las supere y que pueda

hacer una vida de lo más normal.

Alba y yo quedamos en que la avisaré cuando tenga que volver a España, para el juicio definitivo contra Juan y ella vendrá a verme y a apoyarme. Después ella vendrá a verme a L.A., a la casa en la que vivo con Tristan desde hace ya dos meses... cómo pasa el tiempo.

Al fin la vida me sonrío. Al fin estoy convencida de que todo saldrá bien.

Si los dos primeros meses que vivo con Tristan son mágicos, el tercer mes lo es mucho más. Esta noche estoy sola en casa. Tristan ha salido a cenar con John y unos amigos para hablar de proyectos futuros. Yo le he convencido. Yo he aceptado el papel en la serie de Netflix, cuyo rodaje comenzará en un par de semanas, cuando vuelva de las entrevistas promocionales de la película que hemos rodado Tristan y yo, y me apetece que Tristan me acompañe en las primeras semanas de rodaje, pero no quiero que se olvide de sí mismo por mí. Yo cometí ese error con Juan y no quiero que él lo haga por mí.

Así que va a estudiar varios proyectos para el año que viene, para ver por cuál se decanta.

Le he preparado una sorpresa, que creo que le gustará. A mí me encanta.

De modo que le espero despierta cuando me escribe un mensaje diciéndome que no tardará en volver.

Me he puesto un picardías bastante sexi y he alisado mi cabello. Sé que a él le encanta así.

Mañana tenemos la primera entrevista en la televisión para promocionar nuestra película, que se estrenará en los cines en dos semanas más. Y después de esa primera entrevista aquí, en L.A., tenemos un tour de más entrevistas por toda Europa. La segunda parada será en Madrid, precisamente. Tristan la ha hecho poner en segundo lugar porque coincide con la fecha del juicio contra Juan, que sigue bajo arresto domiciliario. Después de ese juicio, del que espero que toda esta pesadilla acabe, iremos a Londres, París y Roma. Estoy deseando que todo acabe y nos relajemos en ese gran viaje por toda Europa.

Todavía no me he acostumbrado a esto de la fama y a veces se me olvida cuando salgo a pasear o a hacer la compra. Pero ahora ya soy un personaje muy reconocido en esta parte del mundo. No por mi trabajo en la película, para mi pesar, pues todavía nadie la ha visto, sino por ser la primera relación estable conocida del deseado Tristan Moore.

Estoy nerviosa por la aceptación que tendrá la película en el público y por

cómo la crítica hablará de mí. Pero Tristan parece de hielo. Está tan acostumbrado a esto que ni piensa en eso. Se pone más nervioso por verme a mí estresada que por otra cosa. Ni siquiera le preocupa lo que digan de nuestra relación. Según él, tiene tan clarísimo que soy lo mejor que le ha pasado, que nada ni nadie podría manchar eso.

Ni siquiera Nika, que ha vuelto a reaparecer en televisión hablando de su “supuesto” antiguo romance con Tristan. Él dice ignorarla, pero en el fondo le enfada mucho que diga esas mentiras sobre él, porque ya sé que son eso, mentiras. A Tristan le molesta que intente empañar de alguna forma lo que él considera una historia de amor “pura y verdadera” conmigo. Es tan tierno...

Pero no la empaña. Sólo son celos, y en eso se quedará, porque pienso quedarme al lado de Tristan hasta el último día de mi vida.

La puerta de la casa suena y escucho de sus labios canturrear mi nombre. ¡Aquí está mi hombre!

—¡Lunita! ¡Ya he llegado! ¡Ven ahora mismo a darme mi beso de bienvenida! —Canturrea de forma graciosa.

—Hola hombretón. —Pronuncio de forma seductora apoyada sensualmente en el quicio de la puerta que da al pasillo. Me mira de arriba abajo y resopla.

—Uff ¡Joder! ¡Quítate eso ahora mismo que creo que me he quedado con hambre! —Viene a mis brazos y devora mis labios con erotismo, a la par que trata de quitarme el picardías.

—No. No. No. Esto tiene que aguantar puesto un ratito más. —Frunce el ceño. —Si pasas la prueba te dejaré quitármelo.

—¿Qué prueba? —Pregunta curioso.

—Tengo un regalo para ti. Pero sólo te lo daré si contestas bien a tres preguntas. Date la vuelta. —Le ordeno. Obedece dubitativo.

—¿Qué preguntas? —Coloco un antifaz sobre sus ojos y paso mi mano por delante para comprobar que no ve nada. Bien. No ve nada. —Eh, ¿qué estás tramando, pequeña?

—Vamos a la habitación y te lo diré. —Le llevo de mi mano y le quito la camisa en cuanto lo hago.

—¿Tú si puedes verme desnudo y yo a ti no? ¡No es justo!

—Tumbate sobre la cama. —Le ordeno.

—Sí, ama. —Tantea con su mano y se tumba sobre ella risueño. Me siento a horcajadas sobre él. Rápidamente coloca sus manos sobre mi cintura.

—Levanta las manos. Sobre tu cabeza. —Vuelvo a ordenar.

—¿De qué va esto? —Pregunta curioso, pero obedece.

—Ahora lo verás. —Esposo sus manos al cabecero, donde previamente tenía colocadas un par de esposas y él se queja.

—¡Eh! ¡No vale!

—Si contestas bien te recompensaré. —Digo con travesura.

—Mmm. ¡Suéltalo ya! ¡Qué preguntas son esas!

—Veamos. Quiero que me digas cuál es mi bebida favorita.

—¿Cómo?

—¡Contesta!

—Mmmm, joder... ¿puedo dar varias opciones?

—No, sólo una.

—Está bien, deja que piense. —Comienza a hacer un repaso mental de nuestros momentos juntos y yo le entretengo desabrochando la bragueta de sus pantalones y quitándoselos, junto a sus bóxers. —¡Oye, no me distraigas! —Adivina mis intenciones.

—Si contestas rápido será mejor para ti. Si no sufrirás. —Amenazo pasando mi mano sobre su creciente erección.

—¡Champán! ¡Champán! ¡Es champán!

—¡Muy bien, querido! —Alargo mi mano y cojo una copa de champán que tengo preparada sobre la mesita de noche. Le doy un trago y vierto desde mi boca un poco en sus labios.

—Mmmm. Así está más rico. —Me quito el picardías y me quedo en tanga sobre él. Después esparzo un poco de champán sobre mis senos. —¡Eh! ¡¿Te has quitado la ropa?! ¡Déjame ver! —Coloco uno de mis senos bañado de champán sobre su boca y gime ante la sorpresa. —Ufff, así me gusta todavía más. —Mordisquea uno de mis pezones y yo gimo.

—Ya está bien. —Me separo y gruñe. —Ahora dime, ¿cuál es mi comida favorita? —Me levanto y me agacho un poco, quedando mi boca justo sobre su ya viva erección. Me relamo pensando en mi diablura.

—Pues ehh... ¡Joder! ¡Joder! —Grita cuando me introduzco su duro pene en mi boca. —¡Nena, ahhhh!

—Contesta. —Digo y vuelvo a repetir mi travesura.

—¡Chocolate! ¡Es el chocolate!

—¡Maravilloso, Señor Moore! —Cojo el lubricante con sabor a chocolate de la mesita de noche y esparzo un poco mis pezones de nuevo. Después me vuelvo a sentar a horcajadas sobre él. —Pruébalo, quiero que disfrutes tú también de su sabor. —Tristan obedece y yo me acaloro más todavía. Separo mis

senos de su boca cuando creo que estoy a punto de ebullición.

—¡Quiero más! —Se queja. —¡Vuelve aquí, diabla!

—Falta la última pregunta. —Digo todavía sentada sobre él. Tristan se retuerce desesperado sobre la cama.

—¡Hazla ya y suéltame de una vez! ¡Voy a destrozarte cuando te coja!

—¿Cuál es mi película favorita? —Pregunto disfrutando de lo lindo con su desesperación. Tristan suspira.

—Espero que la misma que la mía.

—Su nombre es...

—Te doy mi amor. —Dice el nombre de la película que hemos rodado juntos y se me llena el pecho de felicidad. Me vuelvo a acercar a sus labios y los beso lentamente, le quito el antifaz y me encuentro con su mirada azul eléctrica envuelta en llamas clavándose en la mía.

—Muy bien, nene. —Le beso ahora con salvajismo.

—¡Suéltame ya! ¡Te vas a enterar!

—Antes quiero que veas mi regalito y me digas qué te parece.

—¿Cuál regalo? ¡Mi regalo eres tú y lo quiero ya! —Levanto la vista hacia el lugar en el que antes estaba el cuadro de cupido y él guía su mirada hacia allí mismo, imitando mi gesto. —Ohhhh. ¡Nena! —Ahora, en ese espacio, luce un enorme poster de nuestra película, en el que aparecemos Tristan y yo besándonos con devoción. —¡Me encanta!

—¿En serio? —Yo lo miro fascinada. Es precioso. Una foto preciosa.

—Muy en serio. —Me mira sonriente. —Pero suéltame ya, bruja. Ahora te espera tu merecido. —Decido soltarlo entre risas. —Vas a dejar de reírte muy pronto. —Me amenaza cuando ya he soltado una de sus muñecas.

—Todavía no te he soltado del todo. Deberías esperar un poquito para ponerte tan chulo. —Le indico regañándole, aguantándome la risa.

—¡Suéltame de una vez! —Le suelto la otra muñeca y, en décimas de segundo, ya me tiene atrapada bajo el peso de su cuerpo. Yo estoy tumbada sobre el colchón, bocabajo y Tristan se coloca entre mis piernas desde atrás. Tira un poco de mi melena para que levante el rostro y lo mire y me susurra en el oído. —¿Estás preparada para que te folle salvajemente? —Me muerdo el labio y asiento impaciente.

—Aún tengo puesto el tan... —Tristan me arranca de cuajo la pequeña prenda sin esperar a que yo termine mi frase —ga... ¡Bruto!

—¿Con que champán y chocolate? Mmmm veo que tienes preparado nuestro banquete aquí mismo. —Alarga la mano a la mesita de noche y coge el

bote de lubricante con sabor a chocolate. —¿De dónde has sacado esto? —Me pregunta excitado mientras esparce un poco por mis nalgas y mi sexo.

¡Oh!

—Lo compré esta tarde, cuando fui a recoger el poster. —Contesto con voz ronca. Tristan gruñe y tira de mis caderas para levantarlas un poco. Sin decir nada más comienza a lamer mis nalgas primero y mi sexo después. Muerdo la almohada loca de placer. —Mmmmm.

—¿Mmmmm? ¿Qué quieres decir con eso mi amor? —Me provoca.

—Sigue...

—¡Oh sí! —Continúa su invasión con su lengua y mis gemidos aumentan de nivel. Estoy a punto de explotar, pero de repente Tristan para. —¡Sigue! —Le ordeno de nuevo, con una enorme sensación de frustración.

—¿Así? —Gruñe y le siento entrar en lo más profundo de mi ser. Grito ante la sorpresa. Tristan arquea sus caderas en círculos mientras se mantiene dentro de mí. —Dime Luna, ¿así?

—¡Sí, sí, así!

Es entonces cuando me embiste con salvajismo haciendo que nuestros cuerpos choquen y ambos gritemos locos de deseo y un placer infinito.

Su divina venganza en la cama es de las cosas que más me gustan de Tristan y, en esta ocasión la disfruto más que nunca gracias a la expectación que ha conseguido crear en nosotros mi juego inicial.

Tristan se vacía en mí con un gruñido cuando yo ya estoy en mitad de un grandioso orgasmo y cae sobre la cama.

—Mmmmm me encanta eso de vivir contigo. —Me dice y me abraza con fuerza, con los ojos cerrados y una enorme sonrisa en los labios. —Quédate para siempre. —Mi corazón se llena de inmensidad con sus palabras.

Beso sus labios y me dejo llevar por un bonito sueño.

TRISTAN

Estamos a punto de salir a plató para dar nuestra tercera y última entrevista promocional sobre la película que Luna y yo hemos rodado juntos en L.A.: Te doy mi amor. Mañana volaremos a Madrid a dar la siguiente y a hacer frente al juicio final contra Juan.

Luna tiembla de pies a cabeza y yo sujeto su mano con fuerza. Está radiante de guapa y se lo digo.

—Estás preciosa. —Susurro en su oído. Me sonrío.

—Estoy histérica.

—Yo también.

—¿Tú? —Se sorprende. Asiento sonriente. —Tú nunca te pones nervioso para estas cosas. —Se defiende. Tiene razón. Para estas cosas no, pero para lo que tengo en mente estoy a punto de sufrir un infarto. —Aquí la que siempre tiembla como un flan soy yo. —Me pone unos morritos muy graciosos y acaricio su rostro.

Me quedo con ganas de besarle esos gruesos labios, pero arruinaría su maquillaje justo antes de salir a plató.

—Tranquilízate. Todo irá genial. —Suenan los aplausos enlatados que nos indican que tenemos que salir a plató.

Ambos respiramos hondo y salimos a escena entre gritos del público, cogidos de la mano. ¡Vamos, Tristan, puedes hacerlo!

El presentador se levanta de su asiento y nos estrecha la mano. Después tomamos Luna y yo asiento en el sofá que hay junto a su mesa.

—¡Buenas noches, chicos! ¡Es toda una alegría tener al fin en plató a una de las parejas de moda! —Luna me mira asustada. Todavía no se ha acostumbrado a que la prensa nos asedie allá por donde vamos.

—Gracias, es un honor venir a tu estupendo show, Jimmy. —Saludo al presentador. Ya es la cuarta vez que vengo a su programa en este año que está a punto de acabar, y es un buen tipo. Muy divertido.

—Buenas noches, Luna. Creo que para ti esta es tu primera experiencia tras las cámaras, ¿me equivoco? —Luna le sonrío.

—Muy buenas noches. Sí, así es. Y ha sido una experiencia maravillosa.

—¡Ya veo, por cómo os aferráis el uno al otro de la mano! —Dice el

presentador y yo aprieto más la mano de mi chica. —Parece ser que ha surgido el amor entre los dos en el set. —El presentador me mira ahora a mí.

—Si lo dices por mí yo ya caí en sus redes mucho antes que fuese una actriz de prestigio. —Miro a Luna y se sonroja. —El rodaje de “Te doy mi amor” sólo ha fortalecido aún más lo que yo ya sentía.

—¡Precioso! ¡Vamos a ver un clip de la película! Que se estrenará en todos los cines dentro de dos semanas. —El presentador da paso a un avance de lo que será la película. Luna y yo observamos embobados. Aún no la hemos visto terminada. Pero se ve que entre los dos hay más que magia. ¡Somos una pareja magnífica! —¡Mucha química! ¡Esto promete! —Sentencia el presentador cuando el clip ha terminado. Yo me remuevo nervioso en mi asiento. Luna me mira y alza una ceja.

—Sí, Tristan tiene la capacidad de que las mujeres sucumbamos a sus encantos. —Dice Luna de manera descarada.

¡Eh, nena, no eches leña al fuego! Le regaño con la mirada.

—Así es. Este hombre enciende pasiones allá por donde va... —Creo que el presentador va a sugerir algo de mi “supuesta” relación con Nika, así que me levanto de mi asiento para impedirlo.

—La única que ha conseguido volverme loco de amor has sido tú, Luna. —Digo en pie frente a mi chica.

Ella me mira escandalizada por mi repentina improvisación.

—¿Qué haces? —Me susurra asustada y mirando a su alrededor.

—Mírame. No dejes de mirarme. —Le digo y me arrodillo frente a ella.

Se escuchan gritos de sorpresa entre la audiencia y del propio presentador.

—¡Tristan! —Ella me mira alucinada.

—Sí, así. Mírame. Cásate conmigo, Luna. —Abro la caja que tengo en mis manos y que siento quemar entre mis dedos.

Me ha costado menos decirlo de lo que pensaba. Ha sido conectar con su mirada y recordar que todo mi mundo gira en torno a esta maravillosa mujer.

Luna ve la sortija y palidece.

—¡Oh! —Ella se tapa la boca y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Dime que sí. Aquí, delante de toda la humanidad. Que todos sepan que nada ni nadie nos separará. Que nuestro amor es más fuerte que todo eso.

—¡Si! ¡¡¡¡SÍ!!!! —Luna se lanza sobre mi cuello y me besa con fuerza. — ¡Claro que sí!

—¡Maravilloso! —Grita Jimmy, el presentador. Aplaude y todo el público enloquece.

—Estás loco. —Susurra Luna más que sonriente, abrazada a mi cuello.

—Por ti. —Cojo su mano en la mía y coloco el anillo de compromiso con orgullo. Después lo beso, sin dejar de mirar sus increíbles ojos. —No te librarás nunca de mí.

Estamos en el avión con algunos de los compañeros del set, rumbo a Madrid, para la entrevista que tenemos programada allí.

Ocho horas nos esperan desconectados del resto del mundo en este avión. ¡Menos mal! No sé cuántos cientos de llamadas he recibido hoy de todo el mundo preguntándome por mi futuro matrimonio con Luna, y a ella también le han llovido las llamadas.

El camino al aeropuerto ha sido un infierno. Toda la maldita prensa de Estados Unidos y parte de la Internacional nos ha seguido.

Ahora ya respiramos tranquilos. Desde ayer que salimos del plató de televisión en el que le pedí matrimonio no hemos tenido ni un rato de tranquilidad. Sólo cuando Luna se coló en mi camerino tras la inesperada proposición y me desnudó y me hizo el amor como una gata en celo. Seehhh eso estuvo muy bien... cierro los ojos en mi asiento del avión, cogido de la mano de Luna, que está sentada junto a mí y recreo esa morbosa escena en mi mente.

—¿De qué te ríes? —Susurra ella en mi oído. Abro los ojos y sigo sonriendo.

—Me estaba acordando de cómo me violaste ayer. —Bromeo. Ella ríe. La beso con ansias.

—Relájate, aquí hay mucho público. —Me tienta.

Pero la calma en el avión también dura poco. Enseguida vienen a donde estamos sentados algunos compañeros del set, exigiendo ver la sortija de compromiso. Luna la muestra una y otra vez con alegría. Muchos dicen que nos envidian. Yo también me envidiaría si pudiera.

—Futura Señora Moore, ya hemos llegado. —Susurro en su cuello para despertarla cuando el piloto anuncia el aterrizaje en el aeropuerto de Barajas.

Luna abre los ojos y suspira. Debe estar nerviosa. Esta noche tenemos la entrevista en apenas dos horas y mañana la cita con Mónica Sanz para ultimar el juicio contra Juan, que será pasado mañana.

La entrevista sale bien, como ya me imaginaba, nos preguntan una y otra vez por nuestro futuro enlace y yo hablo de ello con ilusión, aunque Luna permanece callada más tiempo de lo normal.

Me irrita verla así y no poder ayudarla a sentirse mejor. Ella ha conseguido en mí una proeza con respecto a mis ansiedades y yo no soy capaz de ayudarle, porque su monstruo sigue vivo.

He conseguido que me reserven la habitación del Hotel Verona en la que me hospedé aquella vez en Madrid, cuando la conocí, pensando que así ella se relajaría, pero no es así.

Por la noche intento un acercamiento íntimo con Luna, pero desisto enseguida al notar que está más ausente que nunca.

—Luna... nena, todo va a salir bien. —Le digo abrazado a su espalda. Ella suspira.

—Sí. —Susurra. —Lo sé. —Beso su sien.

—Descansa. Mañana hemos quedado con Mónica en una cafetería que hay por Atocha.

LUNA

Tristan duerme como un niño. Yo no puedo. Saber que Juan está de nuevo tan cerca de mí me pone de los nervios. Pero al menos uno de los dos parece que ha superado a sus fantasmas.

Beso a Tristan con ternura y le acaricio el rostro.

—Encontraremos nuestra paz, mi amor. No puede ser de otra forma.

Me levanto con sigilo de la cama y escribo un whatsapp a Ana. He tenido una idea. Gracias al cielo está despierta y consigo su ayuda para llevar a cabo el plan que tengo en mente. También le escribo a Mila, que lleva aquí en España desde hace dos meses con Carolina, la tía de Tristan y Mila que se hizo cargo de ellos dos cuando apenas eran dos niños. Pero Mila no responde. Estará dormida.

Supongo que mañana por la mañana lo leerá y me contestará.

Vuelvo a la cama y veo a Tristan dormir como un niño y mi corazón se llena de paz gracias a esa bonita imagen.

Ambos hemos sufrido un calvario. Y ambos nos hemos sacado el uno al otro de la penumbra en la que vivíamos. Aunque yo no me siento tranquila ahora mismo al saber que Juan está a unos escasos dos kilómetros de mí y de Tristan. A pesar de que sé que está en arresto domiciliario, la intranquilidad me inunda de pies a cabeza. Siento como si pudiera oler mi rastro. Como si supiese que estoy cerca. Debe saberlo. Pasado mañana es el juicio y tendré que volver a verle la cara. Así que debe figurarse que estoy por aquí.

Ojalá haya llegado a sus oídos la noticia de que Tristan y yo vamos a casarnos. Ojalá sepa que ya no le pertenezco. Que he sobrevivido a su destrucción y ahora soy más fuerte que nunca.

Si la vida es justa me dejará disfrutar de Tristan por muchos años y hacer una familia con él. Es lo que más deseo. Tanto que quiero hablar de ello con Tristan. Pero lo haré cuando el juicio ya haya terminado y pueda al fin creerme que no tendré que volver a cruzarme con Juan nunca, nunca, nunca más.

Al final consigo dormir algo abrazada a Tristan, sintiendo el latido de su corazón en mi oreja e imaginándome nuestra futura boda y una vida mejor con nuestros futuros hijos y su grandioso amor conmigo, para siempre.

Es todo cuanto quiero. Lo demás me da igual.

Estoy sentada junto a Tristan y Mónica en la cafetería donde hemos quedado y no hago más que mirar a todos lados. Me siento observada.

—Lo único malo es que no había restos de fluidos corporales de Juan en el cuerpo de Luna. —Dice Mónica y yo me tenso. No me apetece recordar esa violación con Tristan a mi lado. Miro de reojo a Tristan y lo encuentro apretando la mandíbula, lleno de rabia. ¿Por qué tiene que vivir esto él? ¡No es justo! ¡Él ya ha salido de su mierda y le ha costado muchos años de horror y soledad! — Pero podemos probar que ha habido muchas palizas, Luna. He conseguido encontrar a varios testigos, vecinos de tu antigua vivienda, que van a testificar mañana que Juan te pegaba reiteradamente. Algunos te escucharon llorar más de una vez. —Agacho la mirada. Tristan carraspea. Debe ser horrible para él escuchar todo esto.

Yo moriría por dentro si supiese que alguien le trató alguna vez a él como Juan lo hizo conmigo.

—Júrame por lo que más quieras que pasará una buena temporada en prisión. —Sisea Tristan con la mirada envuelta en cólera.

—Voy a hacer lo que esté en mis manos, lo prometo. —Dice Mónica.

—Bien, tenemos que irnos. —Digo al mirar el reloj. Tristan abre los ojos de par en par.

—¡Qué! ¿Adónde?

—Tristan Moore, llevamos dos días prometidos y quiero y necesito disfrutar de mi gran estado de prometida tuya. —Digo enfadada poniéndome en pie. Tristan asiente.

—Nos veremos mañana en el juicio, Mónica. —Le estrecha la mano a mi abogada. Yo le secundo.

—Mañana nos veremos.

Cuando llegamos a la calle paro un taxi y obligo a Tristan a meterse en él.

—¿Me vas a decir adónde vamos? —Pregunta tratando de sonar relajado. No lo está.

—A ver el atardecer. —Le doy las instrucciones al taxista para que nos lleve al mirador en el que una vez Tristan me besó por primera vez como nadie me había besado en mi vida.

Gracias al cielo no pregunta nada más y se deja llevar.

Al llegar, ya está todo preparado. Ana, con la ayuda de Mila, ha

conseguido que coloquen allí una carpita blanca, llena de flores y con música de fondo.

Salimos del taxi y Tristan mira a su alrededor embobado.

El taxi se va después de que yo le dé instrucciones de que vuelva en dos horas a por nosotros, y Tristan se gira para mirarme, con cara de alucinado. De fondo suena la canción de “Dreaming my dreams” de Cranberries a modo de bucle.

—¡Luna! ¡Eres increíble! —Me abraza y me besa con dulzura.

—Quiero que esta se convierta en nuestra canción. —Le digo sonriente.

—Me parece perfecto.

—Quiero casarme contigo y que suene de fondo. Quiero que suene siempre de fondo. Te quiero Tristan.

—Lo sé, pequeña. —Me acaricia.

—Quería hacer algo por cambiar mi estado de ánimo de estos días. No puedo evitar seguir sintiendo miedo por... ya sabes. Porque esta vez tengo mucho que perder. Te tengo a ti. Tú eres mi casa, mi familia, mi futuro.

—Siempre me tendrás, Luna. No te fallaré nunca. Lo prometo. Mañana acabará la pesadilla y comenzaremos a vivir nuestro sueño. Baila conmigo nuestra canción. —Tira de mí y me arrastra hasta la carpa para bailar pegados.

Me acoplo a su pecho y le abrazo con fuerzas. Dejando mi cabeza recostada en su pecho. Tristan besa una y otra vez mi pelo.

—Tengo otro regalo para ti. —Susurro en su oído.

Me ha costado mucho conseguirlo, pero ha sido gracias a Mila.

Esta mañana me contestó y dijo que hablaría con su tía para ver si encontraba algún vídeo de la mamá de Tristan siendo feliz con sus hijos.

Ha conseguido una gran obra de arte. Es un vídeo de su madre cantándole a un Tristan de sólo dos añitos una canción española llamada “Sólo le pido a Dios” que cantaba Ana Belén.

Además, él no lo sabe, pero Mila está grabando con una cámara oculta este momento, nuestro momento, y lo dejará junto con el vídeo de su madre en nuestra habitación para que lo veamos juntos esta noche. Y así comenzaremos nuestro álbum de vídeos de familia y de momentos felices.

—¿Qué es?

—Lo tendrás preparado en la habitación del hotel. Cuando volvamos lo verás.

—Todo lo que quiero eres tú.

—Y me tendrás para siempre.

Tristan y yo bailamos y nos decimos todo lo que sentimos con nuestro baile, nuestras caricias, nuestras miradas.

Sus besos me llegan a lo más profundo de mi alma y hacen que consiga disfrutar de este momento y atesorarlo en mi mente como uno de los mejores de mi vida.

¡Voy a casarme con Tristan Moore!

Dos horas más tarde estamos de camino al hotel en la parte trasera del taxi, besándonos acaloradamente. ¡Cuánto amo a este hombre, Dios mío!

El taxi para frente al hotel y yo recibo una llamada de Mila. Así que le digo que entre él y me espere en la recepción. No quiero que se entere de mi conversación con Mila.

Tristan hace lo que le pido.

—¡Mila! ¿Está todo listo? ¿Has podido grabar nuestro momento?

—¡Siiiiii! ¡He hecho un vídeo con la canción de mi madre, con algunos clips de vuestra película, con la pedida de manos que mi hermanito hizo por televisión y que vio tooodo el planeta y con vuestro baile de hace un rato! ¡Le va a encantar, cuñada!

—¡Vaya, es mucho más de lo que me esperaba! ¡Será genial! Voy para el hotel y se lo muestro ahora mismo.

—Está en un pendrive en la recepción del hotel, Luna.

—Vale. Un beso. —Cuelgo y guardo mi móvil en mi bolso.

Pero, al girarme hacia la recepción, me encuentro lo peor que podía encontrarme en mi vida: al monstruo de mis pesadillas justo frente a mí.

Me quedo helada y parpadeo un par de veces, para ver si es una alucinación.

No funciona.

¡Oh, no! ¡Está aquí! ¡Ha vuelto!

—Hola, nena.

—¡Ju...

No puedo decir nada más. De pronto su mano aplasta mi boca y de un movimiento rápido y ágil, me introduce dentro de la parte trasera de un coche, mientras yo siento cómo las fuerzas me están abandonando. Me ha drogado. Es mi fin.

—Te dije que tú eras mía. Que no permitiría que te fueras con otro. Nunca.

Ese maldito me ha encontrado, como yo sabía que pasaría. El no descansaría nunca hasta lograrlo.

Y lo ha hecho.

Justo antes de que mis ojos se cierren pasa por delante de mí todo un futuro con Tristan que creo que no podré vivir nunca.

TRISTAN

¿Qué estará tramando, Luna?

Ya lleva un rato ahí fuera haciéndome esperar por mi sorpresa y no aparece.

¿Es parte de la sorpresa?

Aunque no imagino qué otra cosa puede ser. Mmmm a lo mejor es otro de sus polvos salvajes. Sí... eso sería genial.

Miro mi reloj por enésima vez y ya comienzo a desesperarme un poco. ¿Me tiene que hacer sufrir de esta manera?

Quiero salir a buscarla, pero no quiero interrumpir su conversación ni fastidiar la sorpresa.

¡Pero ya comienzo a ponerme muy nervioso!

¡Ya sé! La llamaré al móvil y si da línea es que ya no está hablando con nadie.

Eso hago. La llamo y su móvil suena una y otra vez, pero no responde.

¡Esto no me gusta nada!

Salgo a toda prisa a la entrada del hotel. Está todo desértico. ¡Dónde cojones está Luna!

El taxi no está, ella tampoco. ¡No puede haberse ido sin decirme nada! Maldita sea, estoy hiperventilando. Ya se me había olvidado esta maldita sensación.

Vuelvo a llamarla.

—¡Vamos nena, responde, maldita sea! —Pero no lo hace y, además, creo que estoy escuchando su teléfono por algún lado. Me giro y veo el jodido bolso de Luna en el suelo y su teléfono al lado. —¡¡Joder!! ¡¡¡JODER!!! ¡LLAMEN A LA POLICÍA! —Grito como un energúmeno y entro en el hotel de nuevo. — ¡Por favor, por lo que más quieran, ayúdenme! ¡Se la ha llevado ese cabrón, joder! —Las fuerzas me fallan y mis piernas flaquean. Escucho las voces de los trabajadores del hotel como un eco, pero no escucho nada con nitidez. —No, mierda, ahora no, aguanta, Tristan. ¡Aguanta el jodido ataque, joder y tráela de vuelta como sea! ¡¡¡Como sea!!!

Consigo medio controlarme y llamo a Ana. Menos mal me contesta en seguida.

—¡Tristan!

—Dime por lo que más quieras que Luna está ahí contigo, Ana.

—¿Cómo? ¿Luna?

—¡¡¡Maldita sea!!! ¡Se la ha llevado, Ana! ¡Frente a mis putas narices! —
Vuelvo a salir a la parte de la entrada del hotel y miro a todos lados, con los ojos
llenos de lágrimas.

—¿Juan? No puede ser...

—Sí. —Sollozo y caigo de rodillas al suelo. —¿Dónde se la ha podido
llevar?

—Voy a llamar a la policía mientras voy de camino a su casa, está aquí al
lado. Te aviso de lo que sea cuando llegue.

—Vale. —Digo casi sin voz y derrumbado. Enseguida oigo las sirenas de
la policía llegar. Alguien del hotel ha debido llamar. Menos mal. Me levanto
rápidamente y voy corriendo hacia ellos. —¡Ayúdenme, se lo suplico! —Grito
aferrado a la ropa de uno de ellos.

—Tranquilícese, señor. ¿Qué ha pasado?

—¡Se la ha llevado! ¡Estaba aquí, hace sólo unos minutos! ¡Tenemos que
encontrarla, antes de que le haga algo! ¡Tenéis que encontrarla! ¡Ay! —Siento un
dolor punzante y agudo en mi pecho.

—¡Señor, relájese! ¡Quién dice que se la ha llevado!

—¡Juan! ¡Maldita sea, no me acuerdo del apellido de ese bastardo! Un
segundo. —Saco mi móvil torpemente del pantalón y veo que estoy recibiendo
una llamada de Mónica Sanz, la abogada de Luna. —¡Mónica! ¡Necesito que me
digas el nombre completo de Juan! ¡Y cuál es la dirección de la vivienda que
compartía con Luna! ¡¡¡¡Ya!!!!

—Sí, claro. Yo quería justo comunicarle que Juan se ha saltado el arresto
domiciliario, Señor Moore.

—¡Lo sé! ¡Se ha llevado a Luna, me cago en dios! —La policía me quita el
móvil de las manos cuando me ve perder así los papeles y hablan con Mónica,
que les proporciona la información necesaria.

Después me devuelven el teléfono.

—¿Es posible que su novia se haya ido porque discutieran, señor? —Me
pregunta el muy imbécil.

—¡Mire, si a Luna le pasa algo por su ineptitud, juro que se las verá
conmigo!

—Señor, conteste. Y relaje el tono.

—¡No, joder, no hemos discutido, iba a darme una sorpresa! —En ese

momento me entra una llamada de Ana. —¡Ana! ¡Dime!

—¡Tristan! ¡Creo que la tiene en su casa! ¡En casa de Luna! Estoy aquí, delante. Intentando averiguar. ¡Un vecino me ha dicho que ha escuchado follón por aquí! —Levanto la vista al cielo. ¡Por favor, por favor, que no le haya hecho nada! —¡Estoy llamando insistentemente a la puerta, pero no me abre! ¡He llamado a la policía y hace un rato que me han dicho que venían de camino, pero no aparecen!

—¡Voy para allá! ¡Hazme saber cualquier cosa que pase! —Cuelgo y me vuelvo hacia el policía, encolerizado. —¡La tiene en la maldita casa de mi novia! ¡¿Piensan hacer algo o tengo que ir yo solo?!

Al final la policía decide hacerme caso cuando uno de ellos me reconoce de la serie que grabé en Madrid y se da cuenta de que puedo tener muchas influencias.

Me meto en el coche patrulla y les apremio durante todo el camino en dirección a la antigua casa de Luna.

Es el viaje más largo de toda mi vida. Siento unas inmensas ganas de llorar y un nudo en la garganta que no sé cómo deshacer.

Sólo quiero que esté bien.

Sólo pido eso.

Si hay alguien ahí arriba, que me la devuelva.

Me da igual que vuelvan mis ataques, mis paranoias, mis fobias. Me da igual todo. Sólo quiero volver a ver esos ojos mirarme de la forma en la que siempre lo hacen.

En la radio del coche de policía, escucho a varios agentes que dicen estar en la vivienda de Luna, llamando a la puerta, pero que parece que no hay nadie. Sin embargo, una chica (que supongo que es Ana) insiste que una tal Luna y un tal Juan están ahí, y que si no entran rápido la va a matar.

—¡Por todos los cielos! ¡Decidles que entren ya!

—Señor, no podemos hacer eso sin una orden.

—¡Maldita sea! ¡Pues corra! —Me tiro del pelo.

Estoy al borde de un puto colapso emocional y no sé de dónde cojones estoy sacando la entereza para mantenerme de una sola pieza.

El coche de la policía en el que voy aparca sobre la acera. ¡Reconozco este sitio! ¡Es su portal! Es el portal en el que una vez creí decirle adiós para siempre a la mujer de mis sueños.

Salgo a toda prisa cuando veo a Ana, llorando y rogando a los policías que están con ella que saque a Luna de allí. Que la ayuden.

—¡Tristan! —Me ve y se acerca.

—¡Vamos Ana! ¡Vamos a echar la maldita puerta abajo! —Tiro de ella, que me sigue. Los policías me miran aturdidos.

El que me ha reconocido habla con sus compañeros y les dice que puede que yo tenga razón, y que deberían actuar. Yo no espero a que lo hagan y entro en el portal, dirección a la puerta del piso de Luna.

—¡Juan! —Voy gritando por las escaleras. No voy a esperar al ascensor. —
¡Suéltala! ¡Ven a por mí! ¡Aquí estoy! ¡Suelta a Luna! ¡¡¡Ya!!! ¡Y juro por la memoria de mi madre que no pasará nada! ¡¡¡SUÉLTALA!!!

LUNA

Abro los ojos. ¿Dónde estoy? ¡Oh, no! Reconozco esta habitación. Estoy en el suelo, de rodillas y con las manos atadas a mi espalda en mitad de mi habitación de mi piso de Madrid.

Levanto la vista y veo al monstruo.

Me observa desquiciado.

Sé que debería rogarle, suplicarle, para que me deje tranquila. Pero nunca lo hará. Ya me tiene dónde quería y no tengo salida. Así que no voy a darle el placer de suplicar.

—Hola otra vez, Luna.

—Juan, suéltame. Vas a joderte la vida con esta estupidez. Déjame ir de una maldita vez. Hagamos nuestras vidas y olvidemos lo que pasó.

—¡Jamás! ¿De verdad piensas que te vas a librar alguna vez de mí, Luna? ¿De verdad piensas que voy a dejar que te cases con ese cabrón? ¿Qué le des a él los hijos que me debes a mí? ¡Escúchame bien, ¡jamás! ¡Antes te mato! — Reconozco esa mirada de odio. No habrá nada que pueda hacerlo entrar en razón, porque, simplemente no quiere.

—Vas a arder en el infierno por esto, Juan. —Le escupo con rabia.

—Sabes que no creo en esas cosas. —Se acerca a mí mostrándome un enorme cuchillo.

Trato de mantenerme serena. No voy a suplicar. Esta vez no.

—No hace falta que creas. Tu vida será un infierno. No habrá nadie en la faz de la tierra que quiera a un ser tan despreciable como tú. —Entrecierra los ojos cuando ya está frente a mí y me pasa la hoja de su cuchillo por la mejilla.

—Tú me querías. Hasta que apareció ese maricón y te convirtió en la puta que ahora eres. En su puta.

—Ese hombre es más hombre que tú mil veces. Me ha hecho el amor como tú jamás lo hiciste. Me he corrido más veces con él en seis meses que en los cinco años que pasé contigo. —Digo con la cabeza en alto. —Nada de lo que hagas podrá borrar eso. Ya no te pertenezco Juan, ya no somos nada. Jamás debería haber permitidos que entraras en mi vida, un ser como tú no merece ni un poquito de amor.

Juan me golpea con fuerza el rostro y caigo al suelo. Noto el sabor de la

sangre en mi labio. Otra vez me lo ha partido.

Pero vuelve a levantarme tirando de mi melena.

—¡Calla! ¡Mientes! ¡Nadie conoce tu cuerpo como yo! ¡Sólo quieres desquiciarme, como siempre! ¡Tú eres mía, de nadie más, y estás aquí para que yo te lo recuerde, Lunita!

—No, no miento. Y no sólo me he corrido con él como nunca. Él me ha enseñado el amor de verdad. A ti sólo te tenía miedo. Pero ya no. Hagas lo que hagas esta noche te cogerán y pasarás el resto de tu vida viviendo tu condena. ¡No me das miedo!

—¿No? —Me presiona con la hoja de su cuchillo sobre el cuello mientras sigue agarrándome del pelo con la otra. Le miro a los ojos, intentando mostrarme valiente. —¿No temes que te mate ahora y te arrebatte toda tu maravillosa historia de amor? ¡Porque créeme que sería lo que más feliz me haría en el mundo! Ver a ese cabrón retorcerse de dolor por no poder tenerte y a ti enterrada y jodida para siempre.

—No me importa. ¡Hazlo si quieres! Ni matándome podrás arrebatarme todo lo que él me ha dado. ¡He sido la mujer más feliz de la tierra estos benditos meses a su lado! ¡Me han amado como nunca! ¡Me han besado, acariciado y hecho vibrar como jamás nadie lo hizo! Nadie podrá quitarme eso, Juan. Como nadie podrá hacer que yo vuelva a sentir por ti algo diferente al asco más profundo.

—¡Putas! ¡Sólo eres eso, una puta! —De repente siento la hoja de su cuchillo hundirse en mi vientre. Miro hacia mi estómago, asustada, y veo el puño de Juan clavándome el cuchillo en él. ¡Tristan! Irremediablemente pienso en él cuando sé qué me espera tras esto. ¡Qué va a ser de Tristan! —Vas a morir ahora mismo, y yo voy a disfrutar viéndolo. —Los ojos de Juan están llenos de lágrimas y furia. Yo sé que no saldré de aquí. —Tú vas a morir y yo voy a vivir muchos años más disfrutando de este momento.

—Me iré en paz, Juan. Tú no. Puede que yo muera hoy, pero cuando tu momento llegue, verás que todo lo que has construido a tu alrededor es mierda podrida. Yo no. Yo he hecho un hogar. Si me voy hoy, me llevaré conmigo todo el amor que me han dado y que tú jamás supiste ni quisiste darme. Jamás sabrás lo que es que te amen de verdad, sólo provocas miedo y terror. Tú vivirás condenado a no saber jamás lo que es el amor.

—¡Zorra! ¡Muérete! ¡Vete al puto infierno! —Siento mi piel abrirse tres veces más, mientras Juan sigue asestándome puñaladas de ira y odio.

Aguanto los gritos de dolor. No le daré esa satisfacción.

—¡Luna! ¡Luna! ¡Juan, suéltala maldita sea! —Escucho la voz de Tristan. Debe ser él quien aporrea la puerta de mi piso.

¿O es mi imaginación?

¡No quiero que le haga nada a él! ¡A él no!

—Tris... tan... —Intento hablar, pero el dolor en mi abdomen me lo impide.

—Debería matarlo. —Dice Juan llorando, lo miro desde el suelo mientras siento que las fuerzas me abandonan mientras me desangro. —Pero quiero que sufra lo mismo que yo sufro por perderte. —Mis ojos pesan.

Los golpes no cesan. Cada vez son más fuertes y mi cabeza ya es peso muerto, cae hacia adelante.

Lo siento Tristan. No podré darte el final feliz con el que tanto habíamos soñado.

Pero, aunque me vaya, esté donde esté, siempre te querré. Me has dado por unos meses la vida que nadie jamás soñó tener. He sido la persona que jamás pensé que volvería a ser a tu lado. Y todo gracias a tu amor. A tu lucha. A que al fin alguien creyó en mí.

—Mi amor, ¿Qué he hecho? —Levanto un poco la vista con las pocas fuerzas que me quedan y veo a Juan enloquecido. —¿Por qué, Luna? ¿Por qué me has obligado a hacer esto? —Una bocanada de sangre sale de mi boca y trato de relajarme y concentrarme en mi respiración. Tengo que intentar aguantar. Juan llora con el cuchillo en las manos, lo mira y termina rajándose las muñecas y colocándose frente a mí de rodillas. —Nos iremos los dos, Luna. A un lugar mejor, dónde nadie nos separe.

Mi cara de asco lo dice todo y vuelve a caer mi cabeza hacia adelante.

A mi alrededor, un enorme charco de sangre me asevera que me estoy muriendo. Injustamente quedándome sin vida, sin los sueños que tanto deseaba cumplir.

Un estruendo hace que vuelva a abrir los ojos. ¡Tristan!

—¡Luna! —Corre hacia mí. —¡Oh dios mío! ¡AYUDA! ¡UNA AMBULANCIA! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡Tranquila, te pondrás bien! —Llora mientras me suelta como puede las manos.

—¡Maldito cabrón! —Creo que es Ana, pateando a Juan. No veo bien.

—¡Déjalo! ¡Ven y ayúdame a cortarle la hemorragia! ¡Ana, joder! Tranquila, Luna. Saldrás de ésta, mi amor. —Me tumba sobre el suelo y presiona mis heridas. —No, no, no, no... Luna... —Llora amargamente y yo levanto mi mano cómo puedo en su dirección.

—Te amo. Te amaré siempre. Gracias por todo. Me has hecho la mujer más feliz del mundo. —Consigo decir.

—¡Calla! —Me grita. —¡Ana, presiona ahí! ¡UNA JODIDA AMBULANCIA! —Escucho más gente alrededor, pero casi no veo. Ana me habla. No sé qué dice.

—Tristan...

—Mi amor, aguanta. Por lo que más quieras. Aguanta.

—Escúchame, Tristan. —Pido. —Tienes que seguir...

—¡¡NO!!! ¡Calla! ¡Te vas a poner bien! ¡Vas a volver conmigo, a casa! —
Llora.

—Quiero que Juan lo pague, Tristan. Que sufra viendo todo lo que nos hemos querido. Que sepa... —la voz se me va apagando y ya no puedo emitir sonido.

Me pesan los ojos, casi ni me llega aire a los pulmones. Tampoco tengo fuerzas para intentar llenarlos. Mi cuerpo pesa toneladas y Tristan me sacude entre sus brazos al ver mi falta de fuerza.

—¡Maldición! ¡Luna! ¡Arggg! ¡Ayudadme!

—¡Luna! ¡Luna, amiga! ¡Lucha!

Los ojos me pesan. Las fuerzas me abandonan.

Siento mi cuerpo siendo presionado por multitud de manos. Sólo quiero sentir las de Tristan en mí.

—Mi amor. Abre los ojos. Por favor. Por favor. —Sus labios cálidos presionan los míos y me dan la paz que necesitaba.

Aunque su agónico llanto me hiere en lo más profundo. Quisiera poder hablar y decirle que estoy en paz, que he conseguido a su lado más de lo que podría haber imaginado tener. Pero me resulta imposible.

Ya no veo nada más.

Ya no hay miedo. Pero tampoco hay más paseos en la playa de su mano, ni más sexo salvaje devorándonos la piel, ni los hijos con los que soñaba, ni más ojos azules llenos de amor... solo oscuridad...

TRISTAN

Se está quedando sin aliento entre mis brazos y no sé qué hacer para parar esta desgracia.

Ella no puede irse. No ahora. Tenemos mucho por vivir. Tenemos que envejecer juntos...

No dios mío, no...

La jodida ambulancia llega al fin cuando Luna está ya sin fuerzas y yace sobre mis brazos, con un enorme charco de sangre a su alrededor.

Un médico me aparta bruscamente para examinarla. Le toma el pulso y contengo la respiración. Hasta que me mira y me habla.

—Lo siento. —Aprieto los ojos. No... es mentira... no...

Cuando abro los ojos y la veo, sé que se ha ido. Sus ojos están abiertos, pero no me ven. El médico los cierra y yo siento un crujido horripilante dentro de mí.

—No... no... ¡no! ¡No! ¡¡No!! ¡¡¡NOOOOO!!!! ¡ARRRRGGGGG, LUNAAAAA! —Me tiro sobre su precioso cuerpo desangrado y sin vida y le beso con rabia. —¡Despierta! ¡¡Luna, despierta!! Ahhh. —El dolor más intenso se apodera de mí. Me abrasa por dentro. No me deja respirar. —¡Mírame Luna, por lo que más quieras, abre los ojos! ¡Ahhhh! ¡Luna! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡Respira, tienes que respirar! ¡Despierta, maldita sea! ¡Ahhh! —Intento hacerle el boca a boca, no responde. ¡Dios mío, no puede ser!

—Tenemos que llevárnosla.

—¡Nooooo! Mi amor. Mírame. No dejes de mirarme. Luna...

Varios policías me separan de su cuerpo a la fuerza y yo grito desde el suelo y aúllo hasta romperme la voz.

La suben a una camilla y Luna desaparece de mi vista. Ana se abraza a mí, buscando un consuelo que yo no puedo darle.

Estoy roto. Más que nunca. Para siempre. Se han llevado todo lo que la vida podía darme para ser feliz. Se ha ido mi Luna, mi Sol, mi Mundo.

Miro hacia atrás y veo a Juan medio moribundo subido a otra camilla. ¡¡Voy a matarlo!! Pero un par de policías me frenan.

—¡Dejadme! ¡Hijo de puta! ¡Cabrón del infierno! ¡Vas a vivir tu peor pesadilla! Ahhhh. —Me dejo caer de nuevo al suelo y hundo mi cabeza entre

mis manos.

No puede ser...

Abro los ojos de golpe. ¡Estoy en mi cama! ¡Joder, ha sido otra pesadilla! Joder, joder, ha sido una puta pesadilla.

Me giro para buscar el cuerpo de Luna al otro lado de la cama, pero está vacío. Me incorporo de golpe.

—¡Luna!

—Tranquilo Señor Moore. Ha sufrido un ataque de ansiedad. ¿Se encuentra mejor? —Me pregunta una enfermera. ¿Cómo? ¡Estoy en un jodido hospital! Me levanto rápidamente.

—¡Exijo que traigan a mi prometida! ¡Necesito verla!

—Señor tumbese. ¡Doctor Andrade! —La mujer clama el nombre de alguien que no conozco.

—¡No! ¡Quiero que la llamen y que venga aquí, ahora mismo! ¡Luna! ¡Luna! —Un hombre me bloquea la salida de la habitación.

—Cálmese, Señor Moore. Venga, le daré otro sedante.

—¡Dígame dónde está mi prometida! —Amenazo cogiendo al tipo por el cuello.

—Se lo diré cuando se calme. —Siento un pinchazo en mi espalda y me giro rápidamente. La enfermera me ha pinchado algo.

—¿Qué hace? —En el acto siento mi cuerpo relajarse de la tremenda tensión. —Dígale a Luna que venga, por favor. —Pido esta vez más relajadamente. El hombre me mira y frunce el labio. Mis miedos se hacen de nuevo realidad. Mis ojos se inundan de lágrimas. —Dígale a mi futura mujer que venga. —Me limpio como puedo las lágrimas que no dejan de salir de mis ojos. —Por favor, le pagaré lo que sea... dígame a mi Luna que venga...

—No puedo hacer eso, Señor Moore. —Me tapo la cara con las manos. Joder... la pesadilla continúa. —Siéntese. Podrá despedirse de ella como es debido si se controla. Si no, no voy a poder dejarle salir así. Y su prometida merece una despedida digna.

—No... —Gimoteo con la cara tapada entre las manos. —No está muerta... No...

—Lamento mucho su pérdida, señor. No se pudo hacer nada para reanimarla. —Me siento sobre el camastro y me dejo vencer por las lágrimas. —Su hermana está ahí fuera y quiere verlo. La dejaré pasar si usted quiere. —Sin

fuerzas asiento. —Bien. Tiene que ser fuerte, señor Moore. Su prometida querría que lo fuera. —Trago saliva. No puedo hablar.

—¡Tristan! —Siento el abrazo de mi hermana y me aprieto a ella con todas las pocas fuerzas que me quedan. Lloro con agonía en su hombro. —¡Dios mío, Tristan! ¿Cómo estás? —Continúo sin poder hablar y sigo llorando en su hombro, hasta que creo que me he secado por dentro.

—Quiero despertar ya...

En el tanatorio, un flujo incesante de personas que van y vienen me dan el pésame constantemente. No presto atención a ninguno de ellos.

He escogido una canción para ella, para su despedida, “Cordell” de Cranberries, como también lo era la canción que ella escogió como nuestra canción. Es todo lo que mi mente me ha dejado hacer en medio de esta pesadilla, pero quería de alguna forma hacerle llegar un mensaje de despedida que no pude darle. Un mensaje que le hiciera saber la fractura que ha dejado en mi alma con su injusta partida.

Así me siento. Desgarrado. Roto. Desangrado. Abandonado a mi suerte. No me quedan lágrimas. Pero si hay algo que me mantiene en pie son las últimas palabras de Luna. “Quiero que Juan lo pague, Tristan”. Y en eso voy a centrar lo que me quede de vida.

Aunque ahora no tengo fuerzas para nada, pero por ella las volveré a sacar.

Ni siquiera me atrevo a levantar la vista y comprobar que sigue ahí, frente a mí, atrapada en su ataúd. Cada vez que lo veo pienso que mi vida entera sigue ahí, tras su madera. Luna sigue ahí. Todavía. Y de un momento a otro dejará de estar, para siempre.

—Hola, eres Tristan, ¿verdad? —Oigo una voz que me resulta familiar.

Levanto la vista y no puedo creer lo que veo.

¡Los ojos de Luna!

—¡Luna! —Me pongo en pie de golpe.

—Soy Alba, su hermana. —Dice con timidez y mira al suelo.

¡No! ¡Mírame! ¡Mírame!

Bien, lo hace de nuevo y siento algo de paz en mi maltrecho cuerpo.

Pero se echa a llorar de repente y no sé qué hacer. Al final la abrazo y una extraña sensación recorre mi cuerpo. ¡Hasta su aroma se asemeja al de Luna! Me cuesta soltar el abrazo. Siento una parte de Luna aún viva entre mis brazos y me muero del dolor de tener que soltarla de nuevo.

—Lo siento mucho. —Lloro yo también.

—Gracias por hacerla tan feliz. —Me dice y mi llanto se vuelve más amargo.

—No he podido salvarla.

—Sí. La salvaste. —Dice separándose y mirándome de nuevo a los ojos.

—La sacaste de su cárcel y te estaré eternamente agradecida por ello.

—Te pareces tanto a ella...

—Ella era mejor que yo. —Sonríe con tristeza.

Alba no se separa de mí desde entonces y eso hace que me sienta un poco más fuerte. Es como si una parte de Luna estuviera todavía conmigo. La miro y veo sus ojos, aunque no son. Es extraño. Sin embargo, consiguen que la vuelva a sentir con vida, junto a mí.

En la ceremonia de despedida del féretro, decido que quiero dedicarle unas palabras a la que ha sido la mujer de mi vida.

—Ante todo, gracias a todos los que habéis venido a despediros de la que será mi mujer para siempre. —Digo y me aclaro la voz, que comienza a temblarme. —Luna habría disfrutado de veros a todos juntos hoy aquí. —Digo esto mirando a su hermana. Tengo que beber un poco de agua para poder continuar. —Gracias Alba por haber querido y sufrido por tu hermana. Ella te quería mucho. —Alba asiente y comienza a llorar. —Gracias Joe y John por haber hecho lo posible por ponerla en mi camino. Ella ha sido la luz de mis días y vosotros lo sabíais desde el principio. —Mis amigos sonrían con tristeza. —Gracias Mila por haber hecho algo que pocas personas han hecho por ella, creer en Luna. —Mi hermanita llora amargamente y yo vuelvo a aclararme la voz. —Has sido su mano derecha y has buscado lo mejor para ella. Te lo agradezco de corazón, hermana. Le dimos lo mejor que teníamos. Gracias Ana, porque sin ti Luna no habría sabido nunca lo que era la amistad de verdad, incondicional, porque ella ha salido de su oscuridad gracias sobre todo a ti. —Ana se abraza a Brandon y no puede ni mirarme mientras le digo esto. —Te quería como a nadie. Y, sobre todo, gracias a ti, mi amor —digo mirando su féretro —por hacerme el hombre más feliz y más completo de la faz de la tierra por unos meses. Nadie nunca sabrá cuántísimo te quiero. —Las palabras se me atragantan. —Nadie nunca ocupará tu lugar. Jamás. Te quiero, mi vida.

Ya no soy capaz de decir nada más. Así que me acerco a la caja de madera que ocultará para siempre mis sueños bajo la tierra y lo beso con todo mi corazón. Sin pensarlo, abro el ataúd y la encuentro ahí, dormida, pálida, quieta. Acaricio su rostro entre lágrimas y beso sus labios por última vez. Antes de

encerrarla para siempre, cojo el anillo que una vez le di para quedarme con él de recuerdo de un amor que todo lo pudo. Todo, menos la muerte. Pero cuando vuelva a verla se lo daré de nuevo.

Se llevan el féretro y me quedo allí. Quieto. Mirando a la nada. Pensando en que lo único que quiero es volver a verla.

Llevo unas semanas en Madrid. En la casa que tengo aquí, esperando al dichoso juicio de Juan. Lo único que le he pedido a la abogada es una cosa. Y espero que se cumpla. Me da igual los años que le caigan, sólo espero que mi descabellada proposición siga hacia adelante.

Mila y Alba se han afincado aquí, conmigo. No me dejan solo nunca. Y lo agradezco. Por ahora necesito que me vigilen bien para que pueda cumplir con mi único propósito en esta vida.

Los ataques han vuelto con más fuerza que nunca. Aunque tampoco es que me preocupe. Al menos sigo sintiéndola una vez más en cada sueño. Siempre vuelvo a sus brazos. Luna y yo hacemos el amor como desesperados cada noche en mis sueños pero, al terminar, ella está sin vida, entre mis manos.

He visto como un millón de veces el regalo que esa noche dejó Luna para mí en la recepción del hotel. El vídeo de la canción que me cantaba mi madre y los vídeos de nuestros mejores momentos juntos.

Me hacen recordar que existió de verdad. Porque a veces me da la sensación de que todo ha sido producto de mi imaginación. Que todo es una pesadilla de la que no sé cómo cojones despertar.

Esta noche, como todas las noches, vuelvo a soñar con Luna, haciéndome el amor entregada a la pasión, para verla después desangrándose en mis manos y me despierto entre gritos y empapado en sudor.

—¡Tristan! ¿Estás bien? —Alba entra en mi habitación y ni siquiera le preocupa encontrarme en calzoncillos.

Se sienta sobre la cama y me mira preocupada. Se parece tanto a ella...

—Sí. Sólo ha sido una pesadilla. Mañana, después del juicio, si todo sale como espero, me sentiré mejor.

—Intenta dormir. —Me dice y se levanta de mi cama. Pero yo la cojo de la muñeca.

—¡No te vayas! —Alba me mira extrañada. Yo sólo veo a Luna en ella. En este momento. De noche, a oscuras y con la luz de la luna proyectándose en ella. —Bésame. —Le pido y me abalanzo sobre ella. Ella gime por la sorpresa y por

unos segundos siento lo mismo que sentía cuando la besaba a ella. Lo necesitaba, necesitaba volver a besarla. Puede que me esté volviendo loco, pero durante unos minutos es a Luna a quien veo besarme como siempre me besaba, acariciarme como solía hacerlo, mirándome con esos increíbles ojos. —Luna...

—Tienes que descansar. —Me dice Alba acalorada por el beso, pero también con dulzura. Hace que vuelva a mi maldita realidad. —Acuéstate y hazme sitio. —Dice y yo suspiro al saber que se acostará junto a mí.

Necesito volver a sentirte Luna.

Siento la caricia de su piel y su calor y cierro los ojos. Hoy voy a pensar que Alba no es Alba. Voy a pensar que es Luna que ha venido a ayudarme con mis fobias, como ya una vez lo hizo.

Es ella, sí.

Ha venido a iluminarme en lo que queda de mi camino.

—Luna, voy a hacer lo que me pediste. —Susurro en su oído. —Y después podrás volver a mis brazos. Libre. Para siempre.

EPÍLOGO

ALBA

Es la primera vez que me siento feliz por algo desde que mi hermana se fue.

Me acaba de llamar la abogada que Tristan Moore contrató para el juicio contra Juan y me ha dado una gran noticia: no sólo le han caído treinta y dos años de condena, sino que además Tristan ha conseguido lo que quería con tantas ansias. Él quería que parte de la condena fuese que Juan tuviese que ver al menos una vez al día la película que Luna y él rodaron juntos y el juez lo ha aprobado como parte de la condena. ¡Lo ha conseguido! Y sé que eso hará que Tristan esté feliz al menos por unos minutos. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Pobre hombre... su dolor es tal que me desgarran por dentro verlo así. No lo conozco, pero no hace falta hacerlo para saber lo mucho que amó y amará a mi hermana.

Ahora, gracias a Tristan, Juan tendrá que ver cada día de su vida que no pudo con Luna ni con su inmenso amor con Tristan Moore. Que matarla no será suficiente, porque ese amor existió y existió de verdad. Y gracias a esa película será perpetuo, para siempre. Generaciones y generaciones verán la muestra física de una de las historias de amor más bonitas del mundo.

Anoche Tristan me besó pensando que la besaba a ella. Entendí por qué mi hermana se enamoró tan ciegamente de Tristan y dejó todo atrás. Yo también me enamoraría de él si no supiera que jamás ocuparé el lugar de Luna en él. Ese beso fue el más intenso que me han dado en mi vida. Aunque me destrozó verlo tan mal...

Pero voy contenta hacia su habitación para darle la noticia, sin embargo, a lo mejor ya se la han hecho saber.

Llamo a la puerta impaciente.

—¿Tristan? ¿Hola? ¿Puedo pasar? —No responde. —Tristan, tengo una muy buena noticia. Abro la puerta con sigilo y veo que la habitación está vacía. Pero sobre la cama veo una nota de papel manuscrita. Me acerco lentamente y la leo.

Adiós,

Tengo que irme, lo siento. No quisiera causar daño ni dolor a nadie, sobre todo a Mila. Quiero que entienda que mi lugar está junto a ella. Que he

cumplido mi objetivo con Juan, pero no puedo esperar un minuto más para volver a reunirme con ella, mi Luna.

Quiero que todos mis bienes sean para Mila y la tía Carolina. Quiero que Alba se quede con la casa de su hermana Luna, que he terminado de pagar para ella.

Y, ante todo, quiero que me entierren junto a ella, aquí, en Madrid, donde nos conocimos. Aquí detallaré los detalles de cómo quiero que sea la celebración de mi unión perpetua con Luna Sáez; el amor de mi vida.

No quiero lágrimas. Estaré feliz. Como lo estuve cuando ella estaba junto a mí. No quiero vivir una vida de mierda con ataques de ansiedad, pánico y soledad por todos lados. Prefiero mil veces haber vivido hasta aquí y haberla conocido a ella, que haber vivido una larga vida de vacío y desamor. Así que me voy tranquilo, sabiendo que he amado y vivido más de lo que jamás podría haber imaginado...

La carta sigue, pero soy incapaz de terminar de leerla al comprender el mensaje y me tapo la boca con la mano. Miro hacia su cuarto de baño, la puerta está entreabierta. Pero no se oye nada.

—¿Tristan? ¡Oh, dios mío! —Me acerco lentamente, muy asustada y sólo consigo ver unos pies colgando sobre el suelo. —¡No! —Retrocedo. Salgo de la habitación corriendo y llamo a la policía.

¡Por el amor de dios!

Por una parte me siento triste, por otra pienso que mi hermanita al fin está con el hombre que se merecía estar.

Nadie la habría amado jamás de esa manera. Sólo Tristan Moore.

El funeral de Tristan es mucho más alegre que el de mi hermana. En parte porque él fue quien decidió su destino, en parte porque todos aceptamos como algo bonito y mágico que se haya podido hacer su sueño realidad de estar enterrado junto a mi hermana.

En el enorme jardín de la casa de Tristan Moore, cómo él detalló en su carta de despedida, un precioso mausoleo de mármol blanco, con las estatuas de ambos abrazados, coronan ambas tumbas.

Hemos conseguido traer a mi hermanita aquí, cómo también pidió Tristan, y aquí estarán siempre juntos, protegidos del público, viviendo su amor en otra dimensión.

Con la canción de fondo que ambos escogieron como su canción, les despedimos y les deseamos que sean felices para siempre.

La pérdida de Luna y Tristan será algo que a todos nos dejará tocados para siempre, pero, todos nos esforzamos también por ver la parte bonita de este desdichado e injusto final. Acabamos brindando y celebrando el amor de verdad. Acabamos imaginándolos juntos, felices, comiéndose a besos...

Allá donde estén...

FIN